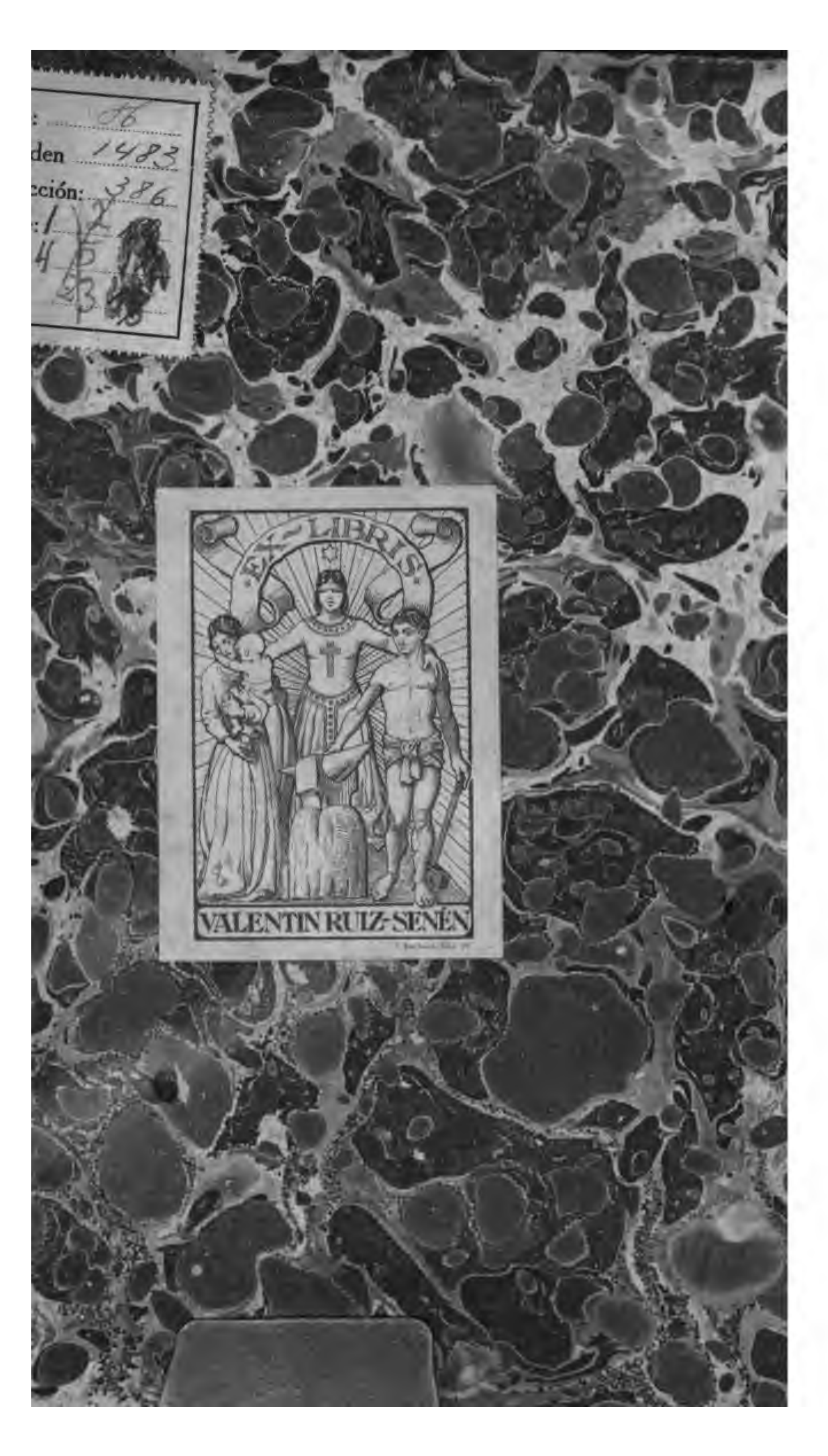
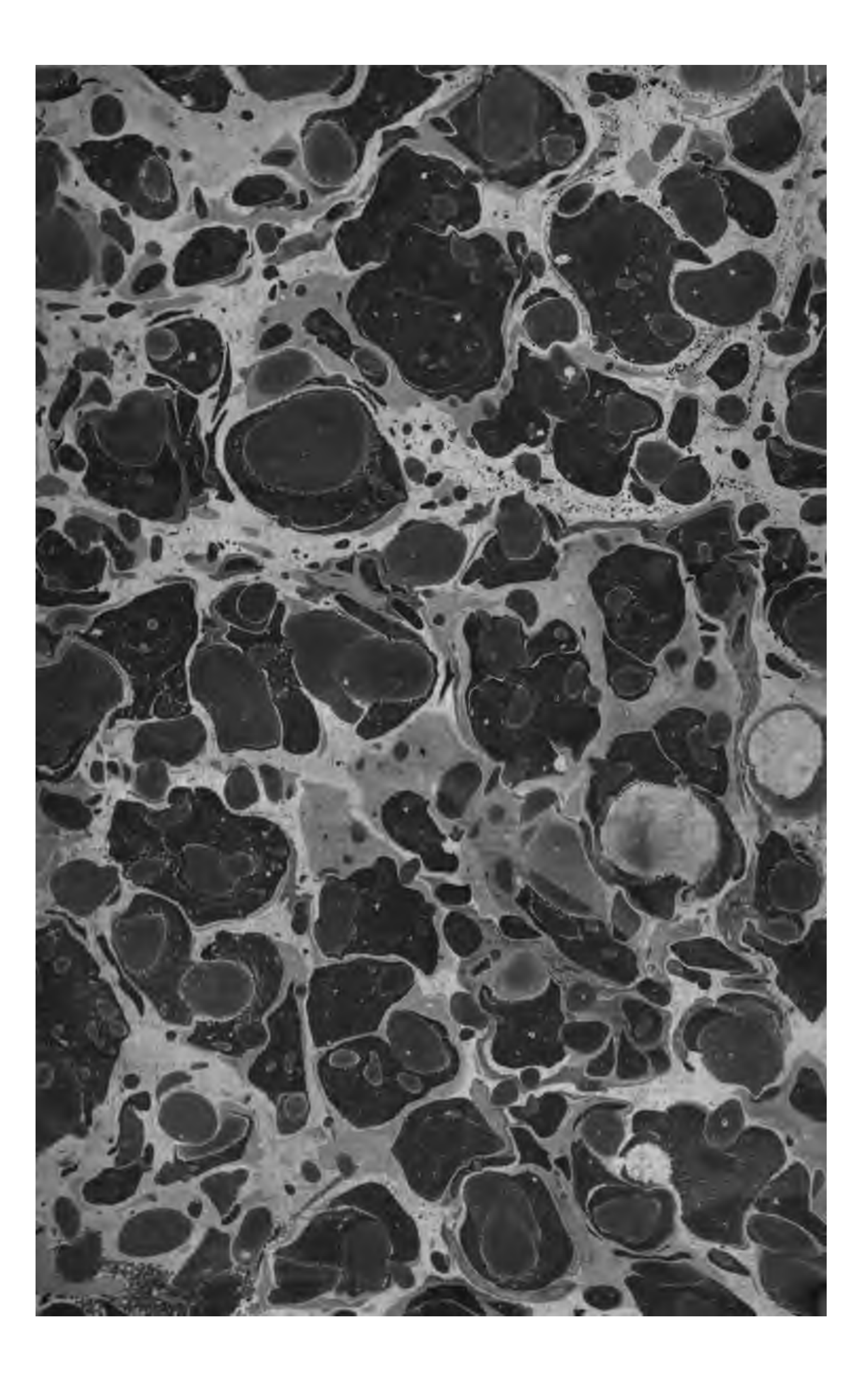



den 1483
cción: 386
EX-LIBRIS
VALENTIN RUIZ-SENÉN



HISTORIA
DE LOS DOS SITIOS
QUE PUSIERON
A ZARAGOZA
EN LOS AÑOS DE 1808 Y 1809
LAS TROPAS DE NAPOLEON.

.... en ígneas letras,
Allá, sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de ZARAGOZA;
Y el de NUMANCIA allí, y el de SAGUNTO.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria.

Poema de DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,
tomo III de sus OBRAS LITERARIAS, *página* 20.

HISTORIA
DE LOS DOS SITIOS
QUE PUSIERON
Á ZARAGOZA
EN LOS AÑOS DE 1808 Y 1809
LAS TROPAS DE NAPOLEON.

POR EL CRONISTA

DON AGUSTIN ALCAIDE IBIECA,
Doctor en ambos derechos, y Maestro en Artes, Abogado del ilustre Colegio de esta Corte, Socio de la Matritense, y de mérito literario de la Aragonesa, Académico de honor de las de nobles y bellas artes de san Fernando y de san Luis, individuo de la de la Historia, y condecorado con la Cruz de distincion concedida á los defensores de ambos sitios.

TOMO II.

MADRID: 1831.
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

Las ejemplares que no lleven la siguiente firma del Autor serán denunciados legalmente.

A. Alcayde

SEGUNDA PARTE.

COMPRENDE LO OCURRIDO EN ZARAGOZA Y PUEBLOS DEL ARAGON

DESDE 1.º DE SETIEMBRE DE 1808 HASTA EL 21 DE FEBRERO DE 1809.

Y á la verdad, aunque nunca sea tan digno de gloria el que escribe como el que hace las cosas, me parece sin embargo muy dificil escribir bien una historia, ya porque para esto es menester que las palabras igualen á los hechos, ya porque hay muchos que, si el escritor reprende algun vicio, lo atribuyen á mala voluntad ó envidia; y cuando habla del valor grande, y de la gloria de los buenos, creen sin violencia lo que les parece que ellos pueden facilmente hacer; pero si pasa de allí, lo tienen por mentira, ó por exageracion.

Cayo Salustio Crispo. *Traduccion del señor infante don Gabriel, tomo I, página 7, edicion de 1804.*

INTRODUCCION.

En el segundo sitio, que voy á describir, ejecutaron los defensores acciones muy gloriosas, y dignas de trasmitirse á la posteridad. Aunque el cuadro versa sobre un mismo asunto, contiene escenas enteramente distintas. Empeñados los unos en apoderarse de Zaragoza, y los otros en defenderla, sin la lectura de esta historia, no cabe formarse idea de sus respectivos esfuerzos. Aprestos militares; obras extraordinarias; reunion de fuerzas superiores á las que parece exigia el ataque y defensa de una ciudad sita en una llanura, sin muros ni fuertes; obstinacion y sufrimiento á toda prueba; los choques sostenidos en las casas; su conquista gradual; la guerra subterránea; la epidemia; todo ofrecerá motivos de sorpresa y admiracion á cuantos sientan arder en su seno el fuego que inspira el amor dulce de la patria y la idea grata de sostener su independencia. Es imposible leer tan singulares acontecimientos sin experimentar sensaciones vehe-

mentes. Las refriegas que, sin olvidar la exactitud propia de una narracion fiel y circunstanciada, se detallan y exornan, no podrán menos de identificar á todo español con el entusiasmo de los defensores, y hacerle tomar un vivo interes por su situacion y padecimientos.

CAPITULO I.

Se abren los tribunales—Arribo de Sir Wilians Doyle.—El Ayuntamiento de la villa de Madrid felicita al general Palafox.—Generoso donativo de sus habitantes.—Privilegio á favor de los zaragozanos.—Junta suprema de sanidad.—Posiciones de los ejércitos nacionales.—Obras de fortificacion en la plaza.—Estado de nuestras fuerzas.

Si los sucesos referidos son sorprendentes, extraordinarios y heróicos, no lo son menos los que ocurrieron en adelante hasta el desastroso momento de posesionarse de Zaragoza el ejército frances. Á pesar de tan terribles males como acabábamos de sufrir, todo estaba animado. Tan lisonjera y satisfactoria es la complacencia que inspira el triunfo. Los ciudadanos volvieron á emplearse en sus respectivas tareas, y los tribunales y autoridades á desempeñar sus funciones. El real Acuerdo expidió el 5 de setiembre á los corregidores, alcaldes y justicias del reino, para que la publicasen en la forma acostumbrada, y uniesen á sus libros capitulares, dándola el debido cumplimiento, la siguiente circular: «Cuando la invencible ciudad de Zaragoza tomó las armas en los dias 24 y 25 de mayo, tuvo la Audiencia la satisfaccion de ver un pueblo armado, sin organizarse en cuerpos militares, sin gefes, ni disciplina; y esto no obstante, sujeto constantemente á los principios de justicia y de equidad. Esta memorable ciudad, que lo será mas en adelante, se ha distinguido por todos términos en esta época. Apenas habrá

ejemplar en el mundo de un pueblo armado por sí mismo, y que respeta la espada de la justicia. La Audiencia, que conoce la honradez de este noble vecindario, y tiene constantes pruebas de su amor y respeto á los magistrados, creyó desde luego que así sucederia; y por eso procuró por medio de los lumineros de las parroquias, y de los mayordomos de los gremios, que se fijase el sistema militar antes que viniesen de fuera gentes mal intencionadas que, envolviéndose con los ciudadanos, cometiesen los desórdenes comunes en estos casos, y manchasen el honor de los inocentes y generosos vecinos. Los mayordomos y lumineros manifestaron con sinceridad los deseos que el pueblo tenia de vindicar los ultrajes que el Emperador de los franceses hacia á nuestra santa Religion, y á nuestro amado Soberano el señor don Fernando VII (que Dios guarde); que nunca, ni de manera alguna se someteria á la dominacion francesa, y que no cometeria exceso alguno. Con efecto, jamas se ha visto esta ciudad tan tranquila; jamas hubo tanto orden; jamas fueron tan respetados los ministros de justicia. El pueblo prendió á los que creía afectos al usurpador del trono, ó poco adictos á nuestro legítimo Soberano; prendió á todos aquellos cuya permanencia entre los buenos creyó perjudicial; pero entregados en manos de la justicia, recibió con respeto sus decisiones: ya no receló de quien el tribunal no recelaba; y en una palabra, acreditó que no queria libertinage, ni horror, ni desorden, sino conservarse en el mismo pie que nuestros padres cuando vencieron á los sarracenos, que por otra perfidia, no tan clásica ni escandalosa como la de Napoleon Bonaparte, invadieron este hermoso pais. Defender á Dios y al Rey era el único objeto de los ciudadanos de Zaragoza, y castigar á esa nacion que paga nuestra fiel alianza y nuestros poderosos auxilios robando nuestras propiedades, matando y talando, y arrebatando

á nuestro augusto Soberano con toda la real Familia para usurparle la corona de un modo tan escandaloso, á que no se atrevió jamas ningun tirano, ni aun ocurrió á la imaginacion vaga de ningun demente. Zaragoza, armada únicamente con tan piadosos y legítimos objetos, no podia dejar de triunfar, como se ha verificado. La fama de Bonaparte, el terror que infunde su nombre, la barbarie de sus tropas, el ardor y pericia del ejército que vino á combatirnos, los refuerzos que sucesivamente ha recibido de soldados afamados por sus hazañas en el Norte, el gran tren de artillería, la inmensidad de municiones, de bombas y de granadas, no han servido sino para confundir su soberbia, oscurecer su fama, manifestar al mundo que puede vencer á los franceses quien quiera vencerlos, acreditar evidentemente que son incapaces de conquistar la España mientras reine en ella el mismo espíritu que en Zaragoza, y coronar á esta imperial y augusta ciudad de los mas hermosos laureles. No hay elocuencia bastante expresiva para dar á las naciones, y trasmitir exactamente á la posteridad una verdadera relacion de su defensa: hombres y mugeres, niños y viejos, nobles y plebeyos han sido tan constantes, tan leales, tan valerosos, que es mas que dificil pintar al vivo lo que han hecho por el Rey, por la Religion y por la Patria. La Audiencia se abstendrá de esta relacion, agena de su instituto, y se limitará á decir: que el nombre de plebeyos deberia suprimirse en Zaragoza, pues sus habitantes han acreditado tanta nobleza en sus operaciones, que no hay quien no merezca ser reputado por caballero, cuyas heróicas proezas callará la Audiencia por la razon insinuada: pero, remitiéndose á lo que habrá dicho en su carrera el mismo ejército frances; y si no hubiese hablado por vergüenza, ó por la precipitacion de su marcha, ó por la debilidad consiguiente á tanta sangre como ha derramado, informarán de la victo-

ejemplar en el mundo de un pueblo armado por sí mismo, y que respeta la espada de la justicia. La Audiencia, que conoce la honradez de este noble vecindario, y tiene constantes pruebas de su amor y respeto á los magistrados, creyó desde luego que así sucederia; y por eso procuró por medio de los lumineros de las parroquias, y de los mayordomos de los gremios, que se fijase el sistema militar antes que viniesen de fuera gentes mal intencionadas que, envolviéndose con los ciudadanos, cometiesen los desórdenes comunes en estos casos, y manchasen el honor de los inocentes y generosos vecinos. Los mayordomos y lumineros manifestaron con sinceridad los deseos que el pueblo tenia de vindicar los ultrajes que el Emperador de los franceses hacia á nuestra santa Religion, y á nuestro amado Soberano el señor don Fernando VII (que Dios guarde); que nunca, ni de manera alguna se someteria á la dominacion francesa, y que no cometeria exceso alguno. Con efecto, jamas se ha visto esta ciudad tan tranquila; jamas hubo tanto orden; jamas fueron tan respetados los ministros de justicia. El pueblo prendió á los que creía afectos al usurpador del trono, ó poco adictos á nuestro legítimo Soberano; prendió á todos aquellos cuya permanencia entre los buenos creyó perjudicial; pero entregados en manos de la justicia, recibió con respeto sus decisiones: ya no receló de quien el tribunal no recelaba; y en una palabra, acreditó que no queria libertinage, ni horror, ni desorden, sino conservarse en el mismo pie que nuestros padres cuando vencieron á los sarracenos, que por otra perfidia, no tan clásica ni escandalosa como la de Napoleon Bonaparte, invadieron este hermoso pais. Defender á Dios y al Rey era el único objeto de los ciudadanos de Zaragoza, y castigar á esa nacion que paga nuestra fiel alianza y nuestros poderosos auxilios robando nuestras propiedades, matando y talando, y arrebatando

á nuestro augusto Soberano con toda la real Familia para usurparle la corona de un modo tan escandaloso, á que no se atrevió jamas ningun tirano, ni aun ocurrió á la imaginacion vaga de ningun demente. Zaragoza, armada únicamente con tan piadosos y legítimos objetos, no podia dejar de triunfar, como se ha verificado. La fama de Bonaparte, el terror que infunde su nombre, la barbarie de sus tropas, el ardor y pericia del ejército que vino á combatirnos, los refuerzos que sucesivamente ha recibido de soldados afamados por sus hazañas en el Norte, el gran tren de artillería, la inmensidad de municiones, de bombas y de granadas, no han servido sino para confundir su soberbia, oscurecer su fama, manifestar al mundo que puede vencer á los franceses quien quiera vencerlos, acreditar evidentemente que son incapaces de conquistar la España mientras reine en ella el mismo espíritu que en Zaragoza, y coronar á esta imperial y augusta ciudad de los mas hermosos laureles. No hay elocuencia bastante expresiva para dar á las naciones, y trasmitir exactamente á la posteridad una verdadera relacion de su defensa: hombres y mugeres, niños y viejos, nobles y plebeyos han sido tan constantes, tan leales, tan valerosos, que es mas que dificil pintar al vivo lo que han hecho por el Rey, por la Religion y por la Patria. La Audiencia se abstendrá de esta relacion, agena de su instituto, y se limitará á decir: que el nombre de plebeyos deberia suprimirse en Zaragoza, pues sus habitantes han acreditado tanta nobleza en sus operaciones, que no hay quien no merezca ser reputado por caballero, cuyas heróicas proezas callará la Audiencia por la razon insinuada: pero, remitiéndose á lo que habrá dicho en su carrera el mismo ejército frances; y si no hubiese hablado por vergüenza, ó por la precipitacion de su marcha, ó por la debilidad consiguiente á tanta sangre como ha derramado, informarán de la victo-

teatro del mundo el lugar que la corresponde, y será eternamente aplaudida por su conducta en la paz y en la guerra."

Regresaron algunas de las familias que se habian ausentado despues del 4 de agosto; y la poblacion presentaba una concurrencia extraordinaria, y un aspecto belicoso. El objeto de la admiracion universal era la ínclita Zaragoza; y sus defensores reproducian á la memoria, unos, las proezas singulares que habian ejecutado, otros, las que habian visto practicar mezclados en lo mas rudo de las lides. Como quiera, á vista de lo ocurrido, puede asegurarse que siempre que en la balanza no prepondere el peso de una fuerza extraordinaria, ó calamidades que, debilitando la constitucion física abatan el espíritu, la victoria debe estar por el valor y el teson; pues si el arte y pericia militar valen mucho, no vale menos el batirse con entereza y aguijado del interes sólido de no querer admitir el pesado yugo de la servidumbre. Si los zaragozanos no hubiesen obrado con un valor á toda prueba, ¿cómo era posible no conociesen lo aventurado de la empresa? Si todos exaltados no hubiesen seguido un mismo impulso, ¿quién, sin incurrir en la temeridad, podia oponerse á unas tropas aguerridas? Se abandonó todo á la suerte, y ésta se decidió á nuestro favor porque los valientes sostenian sus derechos.

Así es como se nivelan los acontecimientos humanos. Poco importa que un órden de cosas produzca de la nada un coloso: un accidente frívolo viene á ser la causa de su aniquilamiento. Tal sucede, que al imperio de las pasiones se sustituye el de la razon; y si unos elevan en su delirio al malvado, otros le magullan y lo destruyen.

Llegó á lo mas remoto el eco de tan brillantes acontecimientos. El gobierno británico, celoso observador de las operaciones del continente, conociendo lo que podia in-

fluir este ejemplo de heroismo para las empresas ulteriores, fijó su atencion sobre Zaragoza, y dió orden á Sir Wilians Carlos Guillermo Doyle, militar de graduacion de los ejércitos de su Magestad Británica, que estaba en Madrid, para que viniese á enterarse de lo ocurrido. Arribó con efecto el 10 por la mañana, y fue recibido con todo el aparato correspondiente á su representado. En los tres dias que permaneció, visitó las obras, almacenes y demas objetos de atencion; y al contemplar las ruinas, y reconocer las tapias que sirvieron de baluartes á Zaragoza, exclamó atónito: ¡*Es posible que los vencedores de Dantzik, Ulma y Magdeburgo se hayan estrellado contra estos frágiles muros! No creerán en Londres mismo tal entusiasmo y tales sacrificios, hechos por huir de la esclavitud* (1). Palafox revistó á su presencia las tropas, y aun dispuso maniobrasen algunos cuerpos: viéndole deseoso de asociarse á los gloriosos esfuerzos de los aragoneses, le remitió el despacho de mariscal de campo; y en la contestacion que dió, admitiendo esta distincion, encargó que sus sueldos y emolumentos los destinase al alivio de los habitantes de Zaragoza.

Todos rebosaban entusiasmo, y parecian revestidos de un nuevo espíritu. La justa admiracion que habian atraido sobre sí los zaragozanos acaloraba todas las imaginaciones; y éstos, al ver los elogios que les tributaban, á una con su gefe, comenzaron á experimentar las sensaciones mas halagüeñas. El ayuntamiento de la villa de Madrid, deseando dar una prueba del placer que tomaba en el resultado ventajoso de tan singulares triunfos, dirigió al general Palafox el siguiente oficio: «Excelentísimo señor: El ayuntamiento de la villa de Madrid ha mirado con la mayor admiracion los singulares esfuerzos de ese

---

(1) Gaceta de Sevilla de 11 de octubre de 1809.

reino en defensa de nuestra sagrada religion, patria, y rey Fernando VII (que Dios guarde), de que no hay ejemplo en las historias; y deseoso de dar una idea de su reconocimiento, por el beneficio que, así al estado como á la villa de Madrid le ha resultado por la gloria de las armas que V. E. con tan incomparable acierto manda, tiene por su mayor satisfaccion la de contar á V. E. en el número de sus individuos: así lo acordó en 25 de agosto próximo, segun lo acredita la adjunta certificacion; y se promete de la atencion de V. E. que se dignará admitir esta pequeña prueba de su gratitud y consideracion. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 2 de setiembre de 1808. = Excelentísimo señor. = Angel Gonzalez Barreiro. = Excelentísimo señor don José Palafox y Melci." Los habitantes de Madrid, á su vez, y á la menor insinuacion que hizo el intendente Calvo, entregaron con el mayor desinteres camisas, dinero y alhajas para surtir de lo necesario al ejército de Aragon, que los directores de los cinco gremios recaudaron con el mayor celo y exactitud; y por lo que, agradecido Palafox, quiso darles un testimonio público de su aprecio dirigiéndoles una gratulatoria en estos términos: El capitan general de Aragon á los benéficos madrileños, que han contribuido generosos á socorrer las necesidades de sus tropas con dinero, ropas y otros efectos.—«Me llamo mil veces dichoso al ver la actividad con que los compasivos vecinos de Madrid se apresuran á dar consuelo á mis amados aragoneses. Nada mas noble, nada mas digno de grandes corazones que el demostrar un verdadero patriotismo en beneficio de estos tan valientes como honrados hijos de Fernando. Su desnudez llamaba tiernamente la compasion de los pechos generosos: tanto mas que empeñados en las lides, nunca los ví buscar abrigo, nunca los oí quejarse. *A morir vamos*, me decian; me lastimaba; les miraba con afliccion; y me consolaban diciendo: *No*

sabemos rendirnos; *y nuestras carnes solo se visten de gloria*. ¡Qué acciones les he visto hacer en la desnudez! ¿Y qué no les veré hacer ahora con los auxilios que les preparan los dignos corazones de los habitantes de Madrid? Vosotros, que en el centro de esta monarquía no habeis sufrido menos que nosotros, bien sabíais que vuestra hermosa caridad habia de brillar en las provincias: estábais bien seguros que Aragon sería el teatro de la guerra, y así vuestros esfuerzos benéficos querian ya de un principio dirigirse aquí. ¡Oh, cuán dulce es la beneficencia, y cómo empeña el agradecimiento de los que reciben sus dones! Sí, Madrid; sí, digna capital de España; sí, valientes del dos de Mayo; los pechos de Aragon serán vuestra valla y vuestra defensa: aun no han vencido cuanto tienen que vencer; aun no han acabado de pelear; aun les falta sentar en vuestra capital al mayor de los reyes, á nuestro prisionero Fernando. Proseguid, nobles corazones, en vuestros loables beneficios; y yo, que moriré defendiendo vuestros hogares y nuestra patria, bendeciré vuestras manos dadivosas, y pediré al Cielo os haga siempre felices. Cuartel general de Zaragoza 30 de setiembre de 1808.=Palafox." ¡Qué complacencia ver á todos los pueblos de una gran nacion hermanados y respirando los mas sublimes sentimientos! El extraordinario afecto que los zaragozanos profesaban al memorable Palafox hizo que la especie suscitada por los que llevaban su adhesion al mas alto punto de erigirle una estatua tomase el mayor incremento. Los mayordomos y lumineros de las parroquias lo solicitaron: el ayuntamiento hubiera querido hallarse en disposicion de acceder á sus miras; pero consideró que las urgencias y estado de cosas llamaban imperiosamente los desvelos patrióticos ácia otros objetos, y que debian esperarse tiempos mas felices. Si el vecindario se afanaba por ensalzar al benemérito hijo de Zarago-

za, que tuvo denuedo para hacer frente á las huestes agresoras cuando todos no veían sino imposibles: éste no se interesaba menos en corresponderles, procurando en cuanto podia recompensar el extraordinario mérito que habian contraido. Á este fin publicó con la mayor pompa la concesion de un privilegio á favor de los zaragozanos para que no se les impusiese por ningun tribunal pena infamatoria. «Lo heróico de la defensa que han hecho de Zaragoza los magnánimos vecinos de ella y sus arrabales es el objeto de la admiracion de todas partes, y lo será de las edades venideras. Su constancia, su imperturbabilidad, aquella serenidad con que supieron resistir á los continuos esfuerzos de un enemigo que cada dia atacaba, y cada dia era vencido, acreditan que en sus pechos se abrigaban las calidades mas nobles; descubrieron no haber desaparecido del suelo español las virtudes civiles, que son las que mejor aseguran la independencia de un pueblo; y al mismo tiempo enseñaron lo que se puede hacer cuando se quiere no dejar de ser libre. De su bizarría y valor fuí constantemente testigo; y los vi de contínuo tan grandes en sus resoluciones como nobles en los hechos. Será el mas agradable de mis dias aquel en que informe á nuestro amado rey Fernando VII de lo que merecieron por su fidelidad, por su valor, por su lealtad, y por el ternísimo amor con que le adoran; pero mientras aquel llega, no puede tanto como hicieron de ilustre quedar sin una distinguida señal que perpetúe su memoria. Por tanto, y reservándome el repartir, como tengo prometido, los premios particulares á que se hicieron acreedores algunos individuos por lo sobresaliente y poco comun de sus servicios, para cuando haya recogido los informes mas exactos que aseguren mejor su justa distribucion, he venido en conceder, como concedo á nombre de nuestro augusto soberano el señor don Fernando VII, á todos los vecinos de esta ciu-

dad y sus arrabales, que ahora son y en adelante fueren, el privilegio de que por ningun tribunal, ni por causa alguna (excepto las de lesa magestad divina ó humana) se les pueda imponer pena alguna infamatoria; cuyo privilegio sea perpetuo, irrevocable, y trascendente á todos los ciudadanos de cualquiera clase, sexo, edad y condicion que sean; sin que nadie contravenga, ni vaya contra su tenor, antes bien se guarde, cumpla y ejecute puntualmente; á cuyo fin se pase un ejemplar autorizado á la real audiencia, á la sala del crímen, y al ayuntamiento de esta ciudad. Y para que llegue á noticia de todos, y tengan esta satisfaccion, se publique la víspera del dia de la santísima protectora de ella, nuestra señora del Pilar, por bando, con clarines y timbales, en la forma acostumbrada, y se fije en los sitios públicos; circulándose ademas á todas las ciudades, villas y lugares del reino para que en todos ellos conste está justa demostracion de recompensa al valor, fidelidad y constancia de la capital, á que tan íntimamente estoy agradecido. Cuartel general de Zaragoza 20 de setiembre de 1808. = José de Palafox y Melci."

Estas gestiones eran un incentivo que enardecia los ánimos generosos. Palafox disfrutaba la satisfaccion de verse admirado y aplaudido. Él hizo frente á una empresa la mas extraordinaria: los aragoneses correspondieron á su entusiasmo, y su mérito en esta parte crecia en razon de la distancia, presentándolo bajo un aspecto ventajosísimo.

Al mismo tiempo que se proyectaron obras de fortificacion y pidieron refuerzos, se excogitaron medios para vestir y alimentar la tropa. Formóse interinamente un tribunal de seguridad pública para conocer y juzgar de los delitos de traicion á la patria, sublevacion contra las autoridades constituidas, y adhesion calificada al gobierno frances. Considerando interesante evitar un contagio, creóse una junta suprema de sanidad de la guerra, compuesta

del excelentísimo señor capitan general don José Palafox y Melci, presidente; del excelentísimo señor teniente general don Juan Butler, vice-presidente; y de los señores vocales don Juan Sanchez de Cisneros, teniente coronel del real cuerpo de Ingenieros; don Joaquin Fortanete, racionero del Pilar; don Francisco Zamora, caballero comendador de la orden de san Juan; don Pedro Miguel de Goicoechea, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III; doctor don Pedro Tomeo, médico; don Mariano Andreu, profesor de química y farmácia; don Francisco Rocha, arquitecto, director de la academia de san Luis; doctor don Joaquin Larío, médico; y del secretario el doctor don Gaspar Allué, abogado de los reales Consejos. Instalada á nombre del Soberano, publicó Palafox un edicto el 7 de octubre que comprendía diez artículos, relativos á procurar la limpieza y aseo general, á que recogiesen los cadáveres, impidiesen el uso de las aguas del canal infestadas, á que recogiesen las maderas de los blindages, y otros pormenores necesarios para la conservacion de la salud pública.

Especificadas las disposiciones de buen gobierno, trataremos de las militares, del estado de nuestras armas, y de las obras de fortificacion ejecutadas con el mayor entusiasmo y energía. Los franceses partieron anunciando nuevos furores y desastres; y nadie dudaba apurarian todos los medios, pues estaba comprometido el crédito del hombre extraordinario y la opinion de sus tropas aguerridas. Replegadas éstas á la izquierda del Ebro, ocupaban parte de la Navarra y Rioja; y los ejércitos de Castilla, vencedores de Dupont, entraron triunfantes en la corte, y permanecieron algun tiempo para arreglar los planes de una campaña que empezaba á tener los mas felices resultados. En el mes de agosto estaban (á excepcion de Barcelona, Pamplona, y parte de estos territorios) libres del yugo enemigo

todas las provincias de España; y nuestras fuerzas eran de alguna consideracion. El ejército del centro, á las órdenes del general Castaños, constaba de veinte y seis mil hombres; el de la izquierda, á las del general Blake, donde estaban las tropas inglesas, de mayor número; y el de la derecha, ó de reserva, de veinte y cinco á treinta mil hombres. Aunque las tropas francesas fuesen tan numerosas y tan disciplinadas y aguerridas, no podian menos de reconcentrarse. La operacion indicaba bien que su objeto era ponerse sobre la defensiva; y sabiéndose que los refuerzos debian venir del grande ejército que estaba observando á las potencias beligerantes, todo brindaba á no perder un momento, y excitaba á perseguirlos con la mayor energía. El pueblo, sin entrar en pormenores, y ansiando solo repeler el yugo enemigo, clamaba y censuraba la inaccion. El mismo general Castaños dirigió un oficio á la junta Central manifestándole sus deseos de salir de Madrid, á lo que accedió, dándole una satisfaccion la mas completa para apaciguar los rumores.

Tamaños males agoviaron por espacio de sesenta dias á los zaragozanos, pero tambien fue extraordinaria la gloria que adquirieron. Infatigables, y llenos de entusiasmo, se reputaban invencibles; y aunque las pruebas recientes de una defensa tan acérrima eran el mejor testimonio de lo que debia esperarse si llegaban de nuevo á ser acometidos, no obstante, suponiéndose vendrian fuerzas muy superiores, Palafox pidió auxilios, y resolvió forticar todos los puntos, como si fuese Zaragoza una plaza militar de las de primer orden. El comandante coronel de ingenieros don Antonio Sangenís formó el plan; y encargado de tan importante objeto, algunos jóvenes que habian hecho el estudio de las matemáticas en las cátedras de la Sociedad coadyuvaron á la ejecucion: uno de estos fue don Mariano Villa, que ideó y dirigió algunas baterías.

Zaragoza está situada en una espaciosa llanura, y las montañas mas inmediatas se hallan á distancia de hora y media junto al pequeño pueblo de Juslibol. Por la parte del monte Torrero hay otra cordillera, que discurre por el cajero del canal, y cuyas cimas sobrepujan á otras eminencias: todo lo demas es terreno llano, cubierto entonces de olivares y caseríos. En el camino de la Muela hay un puente por donde pasa el canal; y junto, un promontorio de tierra. En esta altura se construyó una batería. En la cabeza del puente de la Casa blanca, y tambien delante del alto que hay junto á los edificios donde remansa el agua para dirigirse á los molinos, formaron dos: y tambien en el monte que está próximo á Torrero, llamado Buenavista, y en la entrada de la calle que hay frente al canal y astillero; con lo que quedó fortificada toda la línea que forma el canal, que habia de treparse por un punto ú otro necesariamente. Para conservarla era indispensable no solo dotar de gente y cañones las baterías, sino poner un cordon extenso; pues no teniendo el canal sino nueve pies de París de altura desde la solera hasta la superficie del agua, y sesenta y cuatro de latitud, podia formarse á poca costa un puente, y pasarlo sin oposicion por diferentes puntos. Todas estas obras estaban distantes de Zaragoza una media hora. Otra línea mas inmediata la constituía el rio Huerva, que discurre de mediodia á oriente; y así es que forma una paralela con la Casa blanca y la ciudad hasta san José, donde hace un semicírculo para desaguar en el Ebro. En el trecho, pues, que hay desde el puente llamado de la Huerva, inmediato á la puerta de santa Engracia, hasta el que existe junto al convento de san José, se reputó por una línea; y sin contar que el rio es vadeable, formaron en el de la Huerva un reducto con foso y troneras para ocho cañones; fijando á la entrada sobre un madero una tabla con la inscripcion

siguiente: *Reducto de la virgen del Pilar, inconquistable por tan sagrado nombre. Zaragozanos: morir por la virgen del Pilar ó vencer.* Como el convento de san José está á la cabeza del puente, algun tanto elevado, lo rodearon de una zanja crecida, y colocaron cañones en unas troneras que trazaron á manera de almenas, convirtiendo en lo posible en fuerte aquel edificio. No cabian en este trecho otras obras; y para enlazar esta línea corría una muralla recta de tepes y ladrillos, de diez pies de altura y diez y seis de espesor, desde el mismo puente ó reducto hasta el castillo. Por delante habia una buena zanja; y en lo interior levantaron parapetos para ocupar las aspilleras en que debia obrar la fusilería. De trecho á trecho colocaron varios cañones; y como el convento de Trinitarios estaba situado en la misma línea, era un segundo fuerte desde donde podian cruzarse los fuegos con los del castillo y sostener la derecha é izquierda de la muralla, y tambien los de los reductos salientes que hicieron, en especial sobre el campo del Sepulcro, por ser bastante la distancia que hay desde Trinitarios hasta el castillo. Del mismo modo quedó incluido el convento de Agustinos, que estaba inmediato á la puerta del Portillo; y este edificio era reputado como otro fuerte, en el que terminaba aquella línea. Zaragoza quedó murada, pues desde el extremo donde desagua el Huerva hasta la puerta de Sancho, inmediata al castillo, está el caudaloso Ebro; y no quedaba ciertamente flanqueado ningun punto, por cuanto en las Tenerías habia un reducto en el sitio único por donde, desviándose de los edificios, podian, cruzando el Huerva, venir á tomar la orilla del Ebro; y otro en la puerta de Sancho. Seguia el castillo, y desde éste comenzaba hasta el de Trinitarios un parapeto con su cortadura, y en el medio un reducto; y desde este convento hasta el puente de la Huerva corría una muralla de diez pies de altura y diez

y seis de espesor, con su foso, estacada y banquetas, todo con bastante solidez; luego seguia el Huerva, que sin embargo de ser vadeable, como tan inmediato, podia defenderse el paso desde los caseríos y baterías puestas en la línea del muro.

Sobre las ruinas del monasterio de santa Engracia se formó una batería con el nombre de los Mártires, otra en el jardin Botánico, otra en el molino de aceite sobre el muro antiguo, y tambien en el referido jardin, que viene á estar en el centro de la línea de edificios; las tres con objeto de impedir la aproximacion del enemigo á la parte opuesta del Huerva, y en especial la del molino de aceite, para sostener el puente caso de perderse el fortin de san José. Continuó el cerramiento por las Tenerías, de modo que con el reducto mencionado quedaban aquellos edificios dentro de la línea murada de la ciudad. En la puerta del Portillo se construyó una batería muy crecida que abrazaba el convento de Agustinos, y servía para proporcionar la comunicacion con los del castillo.

Con esto quedó fortificado el cerco de Zaragoza; pero era preciso contar con los arrabales que estan á la izquierda del Ebro, y son de consideracion, los que si ocupaban los franceses, les hubiera sido facil apoderarse del puente, é internarse por la puerta del Angel. Los arrabales tienen cuatro caminos; uno que desde Juslibol termina en los Tejares, que es la parte mas avanzada de los edificios; el de los Molinos, que es la carretera de Zuera; el de Barcelona, ó puente de Gallego; y el del vado que principia desde el mismo punto que el de Barcelona, en el sitio donde está el magnífico edificio-convento de san Lázaro, que el rey don Jaime II el conquistador fundó en el año de 1224. Á esta parte, ó izquierda del camino de Barcelona, existía el convento de franciscanos, llamado de Jesus, el que con poca diferencia venía á estar paralelo

á la batería de los Tejares, que se formó sobre la elevacion del terreno, y en los caminos de Villanueva y de Barcelona, se levantaron otras iguales de tepes, y tambien delante de Jesus; y abrieron sus zanjas correspondientes. En las entradas respectivas al Macelo eclesiástico, y convento de san Lázaro, se construyó en cada uno su batería; formando algunas empalizadas, y cerrando bien la entrada que á espaldas de los Tejares hay frente á las balsas, por si, huyendo aquellos fuegos, venian á tomar la ribera del Ebro, ó paseo llamado antiguamente arboleda de Macanáz.

Todos los trabajos que se hicieron, y quedan referidos, se designan en el plano grande topográfico con la nota de *Obras de los sitiados*, y se distinguen con la mayor claridad. Sin embargo, los labradores y artesanos, satisfechos de que, aunque viniera (como decian) el mundo entero, no habian los franceses de conseguir sus fines, creían que la mejor barrera era el valor y el heroismo de que estaban poseidos.

Cualquiera que reflexione en las obras referidas, quedará sorprendido; pues parece increible que en el espacio de cuatro meses escasos se perfeccionasen unos trabajos tan sobre todo encarecimiento. Los materiales se acopiaron de los edificios arruinados; pero su trasporte, el abrir tanta zanja, y algunas de consideracion; los macizos que hicieron en el jardin Botánico y molino de aceite (como que para subir los cañones fue preciso desmontar los edificios de la espalda y formar una rampa de mucha consideracion), todo bien examinado, era para emplear mucho mas tiempo, aun con igual número de trabajadores: pero lo que no puede concebirse á no haberlo visto, es el ardor y energía con que los habitantes de todas clases concurrian á tomar parte en estas tareas. Eclesiásticos, religiosos, abogados, alcaldes de justicia, propietarios, todos alterna-

ban con el labrador y artesano, manejando los pisones, tomando las espuertas de tierra, suministrando el ladrillo. Por todos lados no se veía sino una muchedumbre de gentes que obraban sin intermision; y así las obras tomaban instantáneamente un aspecto que imponía. Por un cálculo moderado se invertirian unos cuarenta mil duros, que aprontarón los propietarios mas acaudalados.

Estas líneas necesitaban un ejército. Entre los voluntarios de Aragon, de Cataluña y Guardias españolas escasamente compondrian cuatro mil hombres. La division valenciana, al mando del mariscal de campo don Felipe Saint Marc, segun el aviso de la junta suprema de Valencia, constaba de cinco á seis mil hombres; y los restos de los tercios existentes por el partido de Calatayud, con los de Perena, ascenderian á unos cuatro mil; de modo que la total fuerza del ejército combinado de Aragon y Valencia sería de catorce mil hombres de infantería; y últimamente los escuadrones de caballería, reforzados con los doscientos cuarenta y cuatro que remitió Valencia, que compondrian unos cuatrocientos caballos, casi todos soldados bisoños.

La junta suprema de Valencia dispuso que, ademas de la division al mando de Saint Marc, viniesen al auxilio de Zaragoza setecientos hombres que componian la fuerza del segundo regimiento de Valencia, ciento cincuenta caballos y dos obuses, al cargo del mariscal de campo don Juan O-neille, como lo participó á Palafox en oficio de 9 de agosto; y tambien previno al general en gefe don Pedro Gonzalez de Llamas con fecha de 22 del mismo mes que con sus tropas y las del reino de Murcia, al mando de don Luis Villava, pasase á Jadraque y Sigüenza; situándose de modo que, segun lo exigiese la urgencia, pudiera socorrer en todo ó parte á Zaragoza ó Madrid; poniéndose de acuerdo con los generales Castaños y Cuesta, si creían

ventajosa la reunion de todas las fuerzas; y asimismo lo manifestó á Palafox en la contestacion de 24 de agosto.

Por el pronto, la division de Saint Marc partió á perseguir á los franceses en su retirada por la ribera del Jalon, con ánimo de incorporarse con los tercios existentes en aquel territorio. Con fecha del 15 ofició á la junta de Valencia desde la Muela, pueblo distante cuatro horas de Zaragoza, dándole cuenta de sus operaciones. El 29 de setiembre salió con parte de la misma para Ejea de los Caballeros con la dotacion correspondiente de artillería, zapadores é ingenieros. La tropa bajó desde Torrero, y atravesó la ciudad para que Palafox la revistase. El batallon de Perena, unido á los voluntarios y demas que estaban durante el asedio, partieron ácia las Cinco-villas con direccion á Navarra, para estrecharlos conforme fuese progresando el ejército de Castilla; y el 30 de setiembre salió para Cataluña la vanguardia de otra division á las órdenes del marques de Lazan.

CAPITULO II.

Arribo del general Castaños. — Orden para que los licenciados volviesen á sus cuerpos. — Operaciones del ejército de Aragon en las fronteras. — Llegada de don Francisco Palafox como representante de la junta Central. — Batalla de Tudela. — Traslacion de los franceses. — Consternacion general, y medidas que se adoptaron.

Á PRINCIPIOS de octubre, viendo la junta Central que el general Castaños deseaba activar la marcha del ejército, se puso éste en movimiento; con cuyo motivo los franceses comenzaron á internarse en Navarra, ocupando á Tafalla, Falces, Miranda, Lerín y Lodosa. En las diferentes correrías que hicieron las tropas de nuestro ejército combinado en Cinco-villas, tuvieron algunos encuentros, y rechazaron una division de mil franceses, obligándola con su superioridad á retirarse sobre Sangüesa.

El ejército de Galicia y Asturias, al mando del general don Joaquin Blake, se dirigió por las montañas de Santander á tomar las avenidas de Pamplona; y una division logró el 12 de octubre desalojar á los franceses de Bilbao, á cuya sazon iba avanzando por Tudela el ejército de Castilla y Andalucía.

El aspecto que por entonces presentaban nuestras fuerzas era respetable. Unos ejércitos de consideracion como los de Galicia, y mas particularmente los de Castilla y Andalucía, dirigidos por gefes de mérito, como lo eran

Castaños, Blake y otros, auxiliados por los de las demas provincias, despues de haber minorado las fuerzas enemigas, hacian esperanzar los mas gloriosos resultados: pero Napoleon, que conocia bien las ventajas de aprovechar los momentos, hizo que nuestras esperanzas quedasen desvanecidas. Entretanto el espíritu religioso comenzó á esplayar sus sentimientos, celebrando con la mayor pompa funerales por los valientes defensores que habian perecido.

El 18 de octubre entró por la tarde el general Castaños; y durante su corta permanencia recorrió las calles que habian sido el teatro de la guerra, y contempló sus ruinas: observó los trabajos de fortificacion, los aprestos, almacenes, fábricas, maestranzas y demas objetos análogos al continente marcial que habia tomado Zaragoza; y tambien vió maniobrar en la plaza de Santo Domingo al regimiento de granaderos aragoneses de Fernando VII bajo las órdenes del coronel don Francisco Marcó del Pont. El general Palafox mandó por orden del 23 del mismo mes que los licenciados, ya para convalecer, ya para recoger la cosecha, volviesen á sus cuerpos en el término de quince dias, pues de lo contrario se les trataría como á desertores, con arreglo á ordenanza; de cuyo cumplimiento hacía responsables á las justicias, imponiendo á los encubridores la multa de cincuenta escudos y un mes de prision por la primera vez, y que á los reincidentes los castigaría con todo rigor.

Reforzados los franceses, comenzaron á ponerse en movimiento. El 24 los atacaron las tropas del ejército de Aragon al mando de O-neille, que ocupaban nuestra derecha. Este choque fue algun tanto ventajoso; y Palafox expidió esta proclama: «VALIENTES SOLDADOS ARAGONESES: Siempre creí que vosotros seríais los primeros en romper el fuego despues de la nueva coalicion de nuestros

ejércitos españoles. Á vosotros os fué concedido por la suerte el terreno y la posicion mas próxima á las operaciones militares. Creían vuestros enemigos que solo sabíais defender vuestras casas, vuestras murallas y vuestras baterías; pero sabeis tambien batiros en el llano: lo acabais de hacer, y habeis vencido. Zaragoza, puesta en vuestras manos, no ignoraba estas cualidades de sus dignos defensores; y yo, que tengo la fortuna de ser vuestro gefe en Aragon, me lleno de la mayor complacencia al ver que sosteneis el nombre de valientes. Sí, soldados fuertes; el Cielo alienta vuestras intenciones; él mueve vuestro brazo; y la nacion toda admite con gusto, y premia con su aprecio vuestras tareas. Seguid, seguid venciendo, que no hay enemigos para vosotros: y brillando en vuestros pechos la lealtad á nuestro rey Fernando, vereis rendidas nuevamente las águilas francesas cuantas veces os presenteis en el campo del honor. Cuartel general de Zaragoza 26 de octubre de 1808. = Palafox."

La actividad y energía en continuar las obras de fortificacion era extraordinaria; y la junta de Hacienda trabajaba con el mayor esmero en proporcionar vestuario y todo lo correspondiente al armamento de los cuerpos que se iban organizando. Á principios de noviembre habia almacenados muchos paños y porcion de camisas. El aparato marcial de que nos veíamos rodeados, la multitud de obras que nos circuían, todo halagaba las imaginaciones, y hacía creer estaba próximo el momento de proclamar nuestra independencia absoluta. Las tropas estaban poseidas del mayor entusiasmo, y deseaban batirse; pero unos y otros permanecian sobre la defensiva. Entretanto entraban refuerzos muy considerables; por lo que, conociendo la dificultad de recobrar las plazas fronterizas, estábamos en expectativa. Desde el 1.º de octubre hasta el 18 de noviembre entraron en España cincuenta y cuatro mil dos-

cientos cincuenta hombres de infantería, y tres mil nuevecientos de caballería, con ciento treinta y seis piezas de artillería: y calculando que las tropas que tenían á últimos de agosto ascenderían á cuarenta mil de infantería y cinco mil de caballería, podia graduarse que el ejército frances en España á la citada época constaba de ciento trece mil hombres de toda arma, y de unas ciento sesenta piezas de artillería.

Para calmar los rumores populares, la junta Central tuvo precision de enviar á su representante don Francisco Palafox, quien llegó á últimos de octubre al pueblo de Alfaro acompañado del general marques de Coupigni y del brigadier conde de Montijo. Con este motivo salió el 30 de Zaragoza el general Palafox con Doyle; y, reunidos, resolvieron atacar al enemigo. Pero éste, que dirigía y ejecutaba los planes con mas union, burló sus esfuerzos. El representante don Francisco tomó, prevalido de su autoridad, ciertas medidas; y como Castaños creía caminaban acordes, dió las suyas; pero luego conoció que no tenía seguridad, y que no podia prometerse ningun buen resultado.

Mientras nuestro ejército conservaba su línea, sin ocuparse mas que en escaramuzas con las guerrillas, los franceses trazaron el plan de derramarse como un torrente, y ver si podian envolverlo. Al mismo tiempo de atacarnos fueron contra Blake, que tenía como unos diez y ocho á veinte mil hombres de tropa selecta veterana, entre ellos tres ó cuatro mil ingleses; y ocurrió el choque de Valmaseda, que fué preludio de la accion de Espinosa de los Monteros, donde se batieron las tropas combinadas con mucha bizarría, haciendo horrible estrago en el ejército enemigo: y aunque por nuestra parte tuvimos pérdidas, fué muy gloriosa la retirada por columnas conociendo la superioridad de las fuerzas enemigas. En tanto que arrollaban á Blake,

y seis de espesor, con su foso, estacada y banquetas, todo con bastante solidez; luego seguia el Huerva, que sin embargo de ser vadeable, como tan inmediato, podia defenderse el paso desde los caseríos y baterías puestas en la línea del muro.

Sobre las ruinas del monasterio de santa Engracia se formó una batería con el nombre de los Mártires, otra en el jardin Botánico, otra en el molino de aceite sobre el muro antiguo, y tambien en el referido jardin, que viene á estar en el centro de la línea de edificios; las tres con objeto de impedir la aproximacion del enemigo á la parte opuesta del Huerva, y en especial la del molino de aceite, para sostener el puente caso de perderse el fortin de san José. Continuó el cerramiento por las Tenerías, de modo que con el reducto mencionado quedaban aquellos edificios dentro de la línea murada de la ciudad. En la puerta del Portillo se construyó una batería muy crecida que abrazaba el convento de Agustinos, y servía para proporcionar la comunicacion con los del castillo.

Con esto quedó fortificado el cerco de Zaragoza; pero era preciso contar con los arrabales que estan á la izquierda del Ebro, y son de consideracion, los que si ocupaban los franceses, les hubiera sido facil apoderarse del puente, é internarse por la puerta del Angel. Los arrabales tienen cuatro caminos; uno que desde Juslibol termina en los Tejares, que es la parte mas avanzada de los edificios; el de los Molinos, que es la carretera de Zuera; el de Barcelona, ó puente de Gallego; y el del vado que principia desde el mismo punto que el de Barcelona, en el sitio donde está el magnífico edificio-convento de san Lázaro, que el rey don Jaime II el conquistador fundó en el año de 1224. Á esta parte, ó izquierda del camino de Barcelona, existía el convento de franciscanos, llamado de Jesus, el que con poca diferencia venía á estar paralelo

á la batería de los Tejares, que se formó sobre la elevacion del terreno, y en los caminos de Villanueva y de Barcelona, se levantaron otras iguales de tepes, y tambien delante de Jesus; y abrieron sus zanjas correspondientes. En las entradas respectivas al Macelo eclesiástico, y convento de san Lázaro, se construyó en cada uno su batería; formando algunas empalizadas, y cerrando bien la entrada que á espaldas de los Tejares hay frente á las balsas, por si, huyendo aquellos fuegos, venian á tomar la ribera del Ebro, ó paseo llamado antiguamente arboleda de Macanáz.

Todos los trabajos que se hicieron, y quedan referidos, se designan en el plano grande topográfico con la nota de *Obras de los sitiados*, y se distinguen con la mayor claridad. Sin embargo, los labradores y artesanos, satisfechos de que, aunque viniera (como decian) el mundo entero, no habian los franceses de conseguir sus fines, creían que la mejor barrera era el valor y el heroismo de que estaban poseidos.

Cualquiera que reflexione en las obras referidas, quedará sorprendido; pues parece increible que en el espacio de cuatro meses escasos se perfeccionasen unos trabajos tan sobre todo encarecimiento. Los materiales se acopiaron de los edificios arruinados; pero su trasporte, el abrir tanta zanja, y algunas de consideracion; los macizos que hicieron en el jardin Botánico y molino de aceite (como que para subir los cañones fue preciso desmontar los edificios de la espalda y formar una rampa de mucha consideracion), todo bien examinado, era para emplear mucho mas tiempo, aun con igual número de trabajadores: pero lo que no puede concebirse á no haberlo visto, es el ardor y energía con que los habitantes de todas clases concurrian á tomar parte en estas tareas. Eclesiásticos, religiosos, abogados, alcaldes de justicia, propietarios, todos alterna-

Almunia, á donde concurrió O-neille: y el 24 por la mañana un sin número de soldados venían por los caminos de Alagon y la Muela, estropeados, y la mayor parte sin fusiles. No solamente entraba sin cesar tropa por la puerta del Portillo, sino familias de los pueblos inmediatos, y del mismo Tudela, que abandonaron precipitadamente sus hogares. El militar, lánguido y derrengado, discurría por las calles; y este espectáculo, que tomaba incremento por puntos, hizo presumir que al dia siguiente estarian los franceses á las puertas de Zaragoza. Los rumores crecieron con las disposiciones que dió Palafox. Á las once de la mañana mandó á voz de pregon comenzar el corte de los olivares, y activar las obras de fortificacion. Labradores, artesanos, gentes de todas clases estaban en agitacion y movimiento. Donde quiera no se descubria sino temores y sobresaltos. Unos trataban de partir, otros iban á las baterías: derramados por las calles los dispersos, auguraban que todo estaba perdido. Míles de hachas hacian resonar sus golpes en las inmediaciones de la capital, y muchedumbre de mugeres y muchachos entraban cargados y rastreando el hermoso olivo.

El vulgo comenzó á insinuarse contra los franceses que habia en el castillo; y algunos insultaron á las personas de sus relaciones al tiempo de llevarles la comida. Temiendo Palafox algun exceso, publicó el exhorto siguiente: «Zaragozanos: Sabeis de cuánto embarazo nos sirvieron en el último glorioso asedio de esta plaza los franceses que habia dentro de ella; cuánto impidieron para que sacásemos del castillo toda la utilidad que podia darnos. Es conveniente que salgan de aquí hoy mismo, y que sean inmediatamente conducidos á encierros lejanos, dejándonos libres, y de modo que podamos acuparnos mejor de lo que nos importa, que es nuestra defensa. Sí, valientes é invictos habitantes de esta ilustre ciudad: en vano los ardides

del enemigo, y las gentes viles que éste paga, soplarán entre vosotros el furor del asesinato; yo sé que no sois capaces de manchar vuestra reputacion con bajos procederes. Seguid los avisos de vuestro general, ó mejor de vuestro padre y amigo; y decid siempre: *Los zaragozanos saben matar franceses armados en los campos del honor, pero no desarmados; y cuya muerte no puede ni conducir al bien de la patria, ni aumentar nuestro bien merecido renombre de nobles y valerosos.* Nuevos dias de gloria se os preparan: yo sé bien que no serán perdidos para vuestro patriotismo, y para vuestra bizarría; que mas que nunca sentireis en vuestros pechos lo que debemos á la religion de nuestros padres, al perseguido Fernando, á la seguridad de vuestras personas, y á vuestro propio honor. Vuestras resoluciones serán grandes, como lo han sido siempre; y descansareis en el infatigable celo con que cuidaré yo de vuestra tranquilidad interior y de vuestra defensa exterior. Cuartel general de Zaragoza 24 de noviembre de 1808. = Palafox." Al amanecer del 27 fueron trasladados en carros al castillo de Alcañiz con una escolta de fusileros y paisanos, bajo la direccion del brigadier don Antonio Torres, y del comandante Cerezo. Las gentes que presenciaron su marcha vertieron algunas expresiones, hijas del rencor que alimentaban en sus pechos.

Seguía incesantemente el corte de árboles, y tambien la entrada de los dispersos. Nadie sabía qué rumbo adoptar. Viendo que la tropa dormía por los portales del Mercado, y en las calles, sin tener donde acuartelarse, hicieron reunir á los valencianos y murcianos en los caseríos de Torrero. El 25 salió orden para que la real audiencia fuese temporalmente á Calanda, y tambien las oficinas de tesorería y contaduría, llevando los papeles mas interesantes de la capitanía general, los del archivo, secretaría de cámara, y demas correspondien-

tes á las mismas; con lo que no pudieron menos de aumentarse los temores.

Las obras de fortificacion estaban en algunos puntos atrasadas, particularmente la muralla y reducto del campo del Sepulcro, frente á la casa de Misericordia: y con las voces de que venían los franceses, comenzaron á trabajar con el mayor ahinco; y los alcaldes de barrio celaban para que todos concurriesen. ¡Qué espectáculo el de aquellos dias en lo interior y exterior de la capital! Los sensatos y reflexivos veían de un golpe, y con la mayor viveza, reproducirse las escenas de horror ocurridas en el primer sitio. Los labradores aguerridos desafiaban á los ejércitos franceses, y destruían sin compasion unos árboles que habian sido objeto de su cuidado y esmero. El militar criticaba ciertos preparativos. El religioso y eclesiástico avivaban el entusiasmo popular. Palafox no sabía nada de sus generales, hasta que O-neille ofició desde Illuecá, y Saint Marc llegó con los restos de su division. Tal era el estado de cosas. Suponian que la accion continuaba el 24 y 25; pero lo que no tiene duda es que, á excepcion de los voluntarios de Aragon, de los de Perena, Guardias españolas, Numancia, Cazadores, Segovia, y algun otro cuerpo, los demas se dispersaron, y cada uno trató de salvarse por donde pudo. La entrada de los dispersos seguia el 26; y en este mismo dia ocurrió entre once y doce una ligera conmocion, pues las tropas acuarteladas en Torrero bajaron diciendo, que estaban inmediatos á aquel punto los franceses. Esto por de pronto produjo nuevas confusiones; y el ver que casi atropelladamente habian venido á la ciudad, exaltó los ánimos, hasta que se averiguó que el rumor era infundado. El general O-neille llegó por la tarde, y tambien don Felipe Perena, quien tuvo la satisfaccion de ver reunido en Zaragoza el resto del batallon, y que habian conservado sus fusiles. Entraron asimismo

bastantes carros de brigada; y la mayor parte indicaba, por sus inscripciones, corresponder al ejército del centro: tambiem arribó la tesorería; siendo de advertir que la víspera del ataque habian llegado á Tudela dos millones de reales para el ejército, que ya no pudieron conducir al cuartel general de Ablitas.

Á cada momento anunciaban los paisanos el arribo de las tropas francesas, y que descubrian las avanzadas; y este presagio llegó á realizarse el 28 por la tarde, que avanzaron unos cien caballos á reconocer el puente de la Muela; y como en el alto inmediato estaba la batería, la tropa que ocupaba aquel punto hizo fuego con la artillería, y se retiraron al momento. Por el camino de San Lamberto apareció otra avanzada de infantería, que tambien se tiroteó con la nuestra. Con esto no quedó duda de que venía el enemigo; y, redoblando el entusiasmo, comenzaron á activar los trabajos, coronando los reductos de cañones, y ejecutando lo necesario para la defensa. En estas disposiciones tenia mucha parte el celo de los habitantes, pues segun lo que cada uno observaba concurrian á exponérselo á Palafox, quien por lo comun daba las órdenes sobre la marcha, y las obedecian, porque todos estaban poseidos del mismo espíritu. En los arrabales estaban las obras atrasadas; y los labradores dieron un memorial ofreciéndose á defender solos aquel punto: y, empeñados en el proyecto, comenzaron por su cuenta á abrir zanjas, formar empalizadas, y continuar los trabajos que habia pendientes; y satisfecho Palafox de sus operaciones, les remitió por auxiliares cincuenta hombres de los que trabajaban asalariados. Al paso que unos hacian estas fatigas, otros pidieron permiso para velar de dia y noche á fin de conservar la tranquilidad pública. Solo cooperando todos al intento podia conseguirse el arreglo de los cuerpos, y que estuviesen en cuatro dias reorgani-

zados, y en disposicion de ocupar la línea indicada desde la Casa blanca hasta el monte Torrero, y aun hasta las avenidas del camino de la Cartuja.

Subsistía siempre un cierto temor, como era natural en aquellas circunstancias; y para reanimar á las tropas se publicó en los momentos críticos esta proclama: «SOLDADOS VALIENTES DE MI EJÉRCITO DE RESERVA: Esta es la hora de coronaros de gloria: con vosotros está segura la felicidad de toda la España y la libertad de nuestro rey Fernando: haced como quien sois: vuestro entusiasmo no tiene compañero: vuestro valor excede al de los valientes numantinos: dad rienda á vuestra serenidad. ¿Qué es un ejército de bandidos para vosotros? Mirad la suerte de vuestros hogares, de vuestros hermanos, y de todos estos valientes de Aragon; uníos estrechamente á ellos. No haya voz entre vosotros de alarmas ni de temor: vosotros mismos, vuestro honor, vuestra opinion de valientes os reprueba ese abatimiento, que sería en vosotros una mancha: y yo, como vuestro general, á quien conoce el campo de Marte, á quien han visto sereno en el fuego las águilas francesas que pusísteis á vuestros pies, no toleraré la menor cobardía; no, soldados mios, la castigaré severamente; y solo premiaré vuestro valor: la gloria está en vuestras manos, y en mí la satisfaccion de ser vuestro gefe. Cuartel general de Zaragoza 27 de noviembre de 1808. = Palafox."

El 29, un bando con once artículos excitaba á todos los ciudadanos á que procurasen la defensa con sus personas, caudales y vidas, y á los pueblos á que contribuyesen con todo lo posible para atender á las urgencias: mandaba presentarse á los alistados dispersos, y que los alcaldes de barrio y los de los pueblos tomasen razon de los que existiesen en sus distritos: imponía penas contra los perturbadores que inspirasen desconfianza: autorizaba por

tres dias la salida de mugeres, ancianos de sesenta años, y niños que no llegasen á catorce; y abrazaba otras disposiciones de gobierno con respecto á aquellas circunstancias críticas. Con la misma fecha salió una circular para que se aprontasen esteras, serones, capazos, trapos, trozos de lienzo; excitando á las zaragozanas á que se dedicasen á coser camisas, sacos y tacos para atender á la construccion y surtido de las baterías.

CAPITULO III.

Los franceses llegan á la Casa blanca, y se retiran.—Disposiciones para inutilizar los pasos del Pirineo.—El enemigo hace en Alagon grandes preparativos.—Continuacion de nuestras obras.—Ereccion del cuerpo de Almogabares, y de un tribunal de seguridad pública.

La tarde del 30 á las cuatro llegaron á la Casa blanca algunas avanzadas; y las columnas fueron por el paso de las Cabras, que es el que conduce al barranco de la Muerte, que adquirió esta denominacion por haberse dado en aquellas inmediaciones una batalla el 19 de agosto de 1710 entre las tropas de Felipe V y las combinadas de Carlos, hijo del emperador de Austria Leopoldo, que aspiraban á la sucesion de la monarquía española; salvando así todos los edificios de Torrero; de modo que no turbándoles el paso por el ojo de la gran muralla que sostiene el cajero del canal para entrar en el barranco, queda flanqueada la línea, y de consiguiente inutilizada la defensa. Estaba guarnecida con tropa la Casa blanca, la batería de Buena-vista, Torrero, y sus avenidas. Apenas comenzaron á tirotearse, cuando el paisanage se incorporó á la tropa, situándose por las troneras de la muralla, que enlazada con el reducto del Pilar seguia hasta la puerta del Portillo. Palafox y O-neille fueron á la batería de Buena-vista seguidos de personas de ambos sexos, donde permanecieron á sazon que apareció una descubierta de caballería enemiga, á la que dispararon algunos cañona-

zos, y retrocedieron. Considerando que al dia siguiente, y acaso en aquella misma noche atacarian, se encargó al general Saint-Marc la defensa de Torrero, quien se trasladó á él á las dos y media de la mañana; y enterado de las disposiciones del gobernador don Pedro Hernandez, dispuso aumentar las partidas de descubierta, y distribuyó la tropa en los sitios correspondientes. Al amanecer divisaron guerrillas enemigas, y algunas columnas sobre las inmediaciones del puente de América, que estaban en continuo movimiento apoyadas de un grueso de caballería. Éstas, sostenidas por otras que desfilaban por la espalda del barranco de la Muerte, aparentaban que el objeto principal era apoderarse de la Casa blanca. Saint-Marc guarneció todos los puntos, tomando las medidas mas acertadas: y habiendo amanecido, rompieron el fuego las guerrillas de nuestra izquierda contra las enemigas, que estaban muy inmediatas; el que continuó por toda la línea hasta las tres y media en que comenzaron á retirarse, como lo verificaron casi totalmente al ponerse el sol; siendo la Casa blanca el último de los puntos atacados que sufrió sus fuegos.

Las baterías de la Casa blanca correspondieron á las tropas francesas que despedian granadas con un obús que situaron allí cerca. No obstante, los militares y paisanos que concurrieron á éste, como á los demas puntos, desempeñaron sus deberes; y desde los olivares que circuyen la Casa blanca, todavía intactos entonces, hicieron un fuego bastante sostenido. Con este motivo, se publicó en una gaceta la accion ejecutada por don Manuel de la Plaza, capitan agregado al regimiento de caballería cazadores de Fernando VII, quien, luego que se divisó por el camino de Torrero una avanzada de caballería el 1.º de diciembre, pidió á su teniente coronel le dejase avanzar con otro oficial del mismo cuerpo á encontrarse con el enemigo. Se pre-

sentaron, pues, en el llano que hay frente á Torrero, y alto de Buena-vista; y despues de haberse tiroteado con diez dragones franceses, cuatro de ellos sorprendieron al compañero de la Plaza; éste los acometió con denuedo, pero en lugar de hacerle frente retrocedieron, á excepcion de uno que se le encaró para batirse; mas al tirar los sables huyó, y siguiéndole la Plaza hasta muy cerca de donde estaba el grueso de la caballería enemiga, lo atravesó de un tiro, y regresó con su compañero á incorporarse con los suyos. En medio de esto, el bando de veinte artículos publicado en aquel mismo dia, estableciendo una compañía de preboste para castigar á todo delincuente, y en especial á los que volviesen en las acciones la espalda al enemigo y prorumpiesen *que vienen los coraceros, que nos cortan*, y otras de igual jaez, indicaba que no habia la disciplina necesaria.

Lo principal de nuestras fuerzas estaba distribuido en la Casa blanca, batería de Buena-vista, Torrero, y camino de la Cartuja: todos creían que el 2, aniversario de la coronacion del Emperador, habria accion; pero nuestras avanzadas al amanecer vieron indicios de retirada; y muy luego supieron que los franceses habian dejado el campo precipitadamente. Tambien aseguraron que habia habido franceses en Zuera, San Mateo y Villanueva de Gallego; pero no se aproximaron á los arrabales como por Torrero. En medio de esta ocurrencia llegaron desde Tarragona por el camino de Fuentes treinta carros cargados con fusiles ingleses y municiones, y tambien otros con comestibles; y aunque continuaron las tropas sobre las armas, no sobrevino ningun nuevo acontecimiento en aquel dia; y el pueblo estaba muy persuadido de que los franceses no se atreverían á conquistar á Zaragoza.

La derrota de Tudela habia hecho grande impresion en los ánimos; y todos hablaban con aquella diversidad

que es propia cuando no hay datos seguros. Por fin, se publicó el parte que desde Illueca dirigió O-neille al general Palafox elogiando la bizarría de las tropas de su mando, aunque quejándose de no haber tomado parte el ejército del centro, y auxiliádoles, como lo esperaban, la division del general Peña.

La tarde del 3 de diciembre desfilaron por el puente de piedra al camino de Barcelona todos los batallones y caballería reunida. Parecía increible que despues de tales sucesos tuviésemos de diez y seis á veinte mil hombres, y de ochocientos á mil caballos. Como la salida fué por la tarde, apénas tuvieron tiempo para formar á lo largo del camino, que ocupaban en toda su extension hasta el mismo puente de Gallego; y muy entrada la noche regresaron á sus cuarteles.

Por estos dias corrió la voz de que venía una gruesa division para entrar por los puntos de Aran y Benasque, invadiendo los partidos inmediatos. El general comisionó al comandante del resguardo Martinez, quien, con sus dependientes, pasó á tomar conocimientos y dar las disposiciones necesarias; y dirigió una proclama á los valientes habitantes de la frontera del Pirineo concebida en estos términos: «Defensores de las montañas del norte de Aragon: Vosotros tambien sois dichosos; ya la suerte os prepara asiento en la inmortalidad: vuestra memoria será colocada á la par de la de los dignos habitantes de esta capital. Partidas de bandidos os amenazan, pero son los mismos que huyeron de aquí, y los que temblaron y temblarán á la vista solo de cualquier aragones. El Cielo os prepara en vuestro suelo ventajas y facilidad para defender vuestros hogares; y vuestras mugeres, hijos y familias os recibirán gozosos cuando volvais de destrozar enteramente á los enemigos. El Todo-omnipotente os guarda; nuestro rey y nuestra patria os llaman en su socorro;

y en ellos y en vosotros mismos hallareis la recompensa. La guerra es justa; valor teneis; *á ellos*, pues, os dice vuestro general; y sea el distintivo de los aragoneses POR FERNANDO VENCER Ó MORIR. Cuartel general de Zaragoza 5 de diciembre de 1808. = Palafox." Con esto, y los trabajos que hicieron los dependientes auxiliados del paisanage, unido á la intemperie, quedaron asegurados aquellos puntos.

El 15 murió don Jorge Ibort, capitan de la compañía levantada por él mismo; y como uno de los primeros patriotas que alzaron la voz, lo enterraron con toda pompa, colocando el cadaver en el panteon que tiene la casa de Lazan en el colegio de padres Trinitarios. Tambien falleció dos dias despues el brigadier marques de Ugarte.

Una de las disposiciones que se tomaron fue, el que los eclesiásticos y religiosos hiciesen por turno guardia en las puertas, pues su influjo era necesario para evitar desórdenes. El dia 9 salieron los voluntarios al lugar de Utebo á ocupar una porcion considerable de trigo que habian dejado los franceses; y efectivamente, condujeron en veinte y siete carros y dos barcos como unos doscientos cahices que tenian ya envasados, y que abandonaron en su retirada del dia 2. Á pesar de que las señales eran de haber partido en virtud de alguna órden muy urgente, luego supimos tenian tropas estacionadas en Alagon, y que llegaban por el canal todos los dias convoyes de bombas, granadas y artillería gruesa que desde Pamplona les remitian. Segun sus relaciones, el general Dedon, comandante de la artillería destinada al sitio, llegó á reunir sesenta bocas de fuego y una porcion muy considerable de todo género de proyectiles. Por otra parte, el general Lacoste, gefe, ó comandante de ingenieros, acopió veinte mil herramientas, cien mil sacos; y los zapadores construyeron de tres á cuatro mil cestos y un número con-

siderable de faginas. Establecieron sus almàcenes en la iglesia y parages de mas capàcidad de Alagon, como tambien sus hòspitales. Noticiosos los zaragozanos de tan extraordinarios preparativos, comenzaron á censurar la inaccion de nuestras tropas, extrañando cómo no salian á desalojarlos y ocupar tan funestos acopios; y por esto se mandó reunir varios cuerpos el 11 por la noche en el campo del Sepulcro, y ordenó á Saint-Marc y O-neille hiciesen una salida. El aparato de carros para el convoy acabó de persuadir iba á ejecutarse; pero las tropas estuvieron toda la noche, y parte de la mañana siguiente, sobre las armas; y por último, despues de repetirse igual escena por tres ó cuatro veces en los dias consecutivos, llenos de desconfianza, ó noticiosos de haber llegado al punto fuerzas superiores, abandonaron del todo la empresa. Como esto daba márgen á la crítica, para prevenir el influjo que pudiese tener, segun las intenciones de los que la promovian, se publicó el siguiente manifiesto: «Zaragoza, tanto mas feliz cuanto mas enemigos tiene, no debe abrigar en su seno á los traidores encubiertos que tratan de inquietarla: sobran solos sus hijos y su ejército aquí reunido para libertarla y hacerla vencedora de los bandidos que la amenazan; los que en vano intentarán sitiarla, pues las fuerzas reunidas con todo estudio, reservadas para dar golpes seguros, y no falsos, no lo permitirán; ni sus fuertes trincheras y cañones dejarán arrimarse á los que con tanta ignominia huyeron de ellos, talando y destrozando los campos y lugares de toda España, llevándose el fruto de los que de estas inmediaciones hubieran salvado si, como era regular, hubieran prestado estos efectos cuando esta ciudad augusta los ha pedido para hacer los grandes acopios que ahora con menos proporcion vá almacenando. No ha permitido Dios, que cuida de nosotros, que á este error se siguiese el de la pérdida

de nuestras tropas, que tanto ha procurado el enemigo alejar de nuestra defensa y del ejército que el Cielo parece ha destinado para concluir la grande obra de la nacion. Zaragozanos: quien os habla es vuestro general: la vil intriga trata de ofuscaros, y vosotros mismos abrigais sin conocerlos en vuestros hogares á los inicuos agentes del mismo Emperador que robó á nuestro amado Monarca. Es preciso que yo vèle sobre vosotros. Sí; es preciso preservaros de los riesgos en que intentan envolvernos. Ningun hijo de esta digna ciudad puede abrigar un pensamiento malo, ni contra el rey, ni contra la patria; pero con capa de tales, con disfraces de lealtad, y aun con la misma ropa que vestís se han introducido, burlando mi vigilancia, los que intentan turbar nuestra paz é inalterable armonía; y ellos son los que dice Napoleon *medios para vencer*. Nuestros enemigos decantan que triunfarán sin gastar su municion; pero yo les juro que gastarán hasta sus vidas, y aun la sombra de ellas, antes que vencernos. Teneis valor; yo tambien le tengo; y con vosotros, dignos habitantes de esta ciudad, metrópoli del universo en el valor, rendiré segunda vez no solo las armas francesas á vuestros pies, sino las opiniones de los que maquinan nuestra ruina. No temais, zaragozanos: el Dios de las batallas está con nosotros: nuestra santísima madre del Pilar nos ampara; y nuestro rey y nuestra patria son nuestros deberes. Seguid con valor, y acabad de acreditaros, que yo no dormiré hasta veros completamente felices: celad sobre esta semilla que siembran nuestros enemigos para engañarnos: y para vuestra seguridad, en nombre de vuestro rey Fernando VII, á quien defiendo, MANDO: Que todos los que se llaman forasteros, y los que estos nuevos apuros de la ciudad han reunido, salgan de ella en el término de veinte y cuatro horas; para lo que autorizo á los alcaldes de barrio que reconozcan con toda prolijidad los que se ocul-

tan en las casas; siendo considerados desde luego como sospechosos y enemigos de la seguridad pública todos aquellos que no presentáren certificado de su permanencia, si despues de este término se les encontrase dentro de la ciudad y sus reductos; debiendo por tanto usarse con ellos de todas las precauciones necesarias en las críticas circunstancias en que nos vemos. Los valientes soldados de este ejército cuando vayan nuevamente á cubrirse de gloria, llevarán en su semblante el terror al enemigo; y con solo su presencia temblarán las águilas imperiales: y yo, depositario de vuestra confianza, jamás faltaré á ella. Cuartel general de Zaragoza 13 de diciembre de 1808.= Palafox."

Á pesar de los anuncios, amenazas y preparativos, que no respiraban sino desolacion, el pueblo subsistía siempre entusiasmado. Las obras iban adelante, y se emprendian otras nuevas: el corte de los olivares y asolamiento de las casas de campo seguía con el mayor ahinco. Apenas un gefe de cuadrilla designaba este ó el otro caserío, volaban con teas é instrumentos, y repentinamente aquellos sitios deliciosos quedaban convertidos en un hacinamiento de ruinas. Mi imaginacion pasaba sucesivamente de unas ideas á otras. ¡Qué contraste tan extraordinario! Las obras de tantos años, los frutos y sudores de tantas familias, el jardin del título orgulloso, y el fundo del campesino, todo desolado y convertido en maleza. La creencia de que así convenía al interés comun armó centenares de brazos que se complacieron en desbaratar de un golpe los resultados de la industria. ¿Qué se han hecho aquellos árboles erguidos, y cuyo aspecto anunciaba su antigüedad, imponiendo á la vista? ¿Qué los edificios campestres donde la juventud en tiempos tranquilos se solazaba entre los aromas de las flores? Desaparecieron como una sombra: la guerra, azote de la humanidad, sopló un aire mortífero sobre las

cercanías del mejor de los pueblos, y perecieron á la vez plantas, árboles, habitantes, y toda su hermosura.

Lo que en la muchedumbre era confianza, en los militares prácticos era zozobra. Ni las empalizadas, ni los fosos, ni veinte mil bayonetas bastaban á tranquilizarlos. En vano les oponian los resultados extraordinarios que el valor y una combinacion particular de sucesos acababan de dar para confusion del entendimiento humano. Palafox en tanto repetía nuevos oficios por medio de su hermano don Francisco para que se le auxiliase; y éste recibió contestacion de la junta Central, que con fecha de 5 de diciembre le manifestaba la imposibilidad de poder hacerlo por haber forzado los franceses el puerto de Somosierra, y precipitádose rápidamente sobre Madrid: que no pudiendo socorrernos como deseaba, haciendo venir al general Peña, habia, no obstante, dado orden á la junta de gobierno de Valencia para que remitiese á Aragon cuantas tropas pudiese y no necesitase.

Todos los síntomas eran de que Zaragoza iba á sufrir un asedio horroroso, no solo por la superioridad de fuerzas y preparativos destructores, sino por la escasez de medios para alimentar en lo mas crudo de la estacion á las tropas y al crecido número de habitantes de que abundaba todavía. Los acopios eran grandes; y aunque se reducía con anticipacion todo el trigo á harina, era de temer que, prolongándose, no sufragase para el consumo. Sin embargo, el heroismo zaragozano miraba estas cosas con una serenidad inconcebible.

Sabiendo que habia por los pueblos circunvecinos algunos soldados dispersos del ejército del centro, para atraerlos y reunirlos se publicó y circuló una proclama que decía: «Aragon está destinado por la suerte á ser el objeto de las águilas francesas: podrá ser sacrificado por la intriga y por la envidia; pero se llenarán siempre de glo-

ria sus mismos enemigos. La bandera de Aragon se desplegó el 24 de mayo, y todavía no se ha plegado. Nobles soldados españoles: aquí teneis el campo del honor. ¿Qué es para vosotros, para vuestro honor, para vuestra gloria andar vagando sin auxilio ni domicilio, sin uso de vuestras acertadas armas, que ya se acreditaron noblemente en defensa de vuestra patria y nuestro rey Fernando VII? Hermanos y compañeros de armas: nuestro ejército ha padecido en Tudela, pero no se ha deshecho; no pueden con él las asechanzas del enemigo: venid á ocupar los puestos de los que con nosotros se presentaron en el fuego el dia 23 de noviembre, y por fortuna murieron llenos de honor; ahora que ocupan mas alto empleo, y disfrutan del mas digno premio; ahora sus puestos estan cubiertos de polvo y luto; venid á ocuparlos, y sereis dichosos como nosotros. Vengaremos, sí, los ultrajes hechos á la patria, y colocaremos nuestras espadas en el ara de la inmortalidad."

Como todo estaba en movimiento, y habia un concurso tan extraordinario en Zaragoza, no faltaron genios que ideasen la formacion de un cuerpo distinguido. Adoptado el plan, admitió Palafox á los infanzones y personas de alta gerarquía; y dispuso se vistiesen á la antigua española, tomando el nombre de *Almogabares*. Nombró en primer adalid al excelentísimo señor duque de Villahermosa, y por segundo al capitan don Francisco Julian Perez de Cañas; previniendo que los demas deberian presentarse á estos gefes con caballo, armas y trage. S. E. admitió bajo su proteccion el cuerpo, esperando imitarían á aquellos caballeros del siglo XIV, que con tanto valor se portaron en las guerras contra los sarracenos. Algunos obtuvieron plazas, y comparecieron con dicho trage: pero, ignorándose el objeto y atribuciones de este cuerpo, el general fijó las reglas que deberian observarse para la admision de los individuos.

Levantada ya en masa la nacion, por todas partes ocurrian acciones memorables. Unos navarros presentaron á Palafox la mala de un correo particular dirijido al Emperador, y en ella hallaron papeles de bastante importancia, de los que algunos se publicaron, y los restantes se remitieron á la suprema junta Central; recompensando el celo de los patriotas. El comandante Melendo entró el 19 de diciembre por la tarde con noventa y un soldados franceses que su partida habia hecho prisioneros en las inmediaciones de Calatayud. Queriendo hacer alarde de su presa, determinó atravesar por el Coso; pero, viendo agitado el pueblo, los internaron por calles menos concurridas hasta llegar á la plaza de la Seo, de donde fué preciso introducirlos en el mismo palacio de Palafox. Estas ligeras conmociones, y las especies que algunos esparcian sobre el número, ventajas y disciplina de las tropas francesas, suscitaban diferencias que alarmaban al gefe y le hacian temer una desunion interior, muy perjudicial para continuar la defensa de Zaragoza. Todo era traicion; y los genios turbulentos, unas veces indiscretamente, otras con estudio, clamaban y censuraban, sembrando el descontento. Conociendo Palafox que debian contenerse tales abusos, publicó á nombre de Fernando VII un reglamento, por el que creaba un tribunal de seguridad pública, concebido en estos términos: «El porfiado empeño que ha formado la nacion francesa en usurpar el trono de esta augusta monarquía, reduciendo á esclavitud á nuestro deseado Soberano, y la imposibilidad que aquella reconoce de apoderarse por la fuerza de una nacion que parecia estar aletargada, pero que de repente ha desplegado toda su energía y valor, son las causas de que Napoleon, sus secuaces, y todos los cooperadores de su bárbaro proyecto, el mas injusto que se ha visto, apuren todos los recursos de la seduccion, de la intriga, y de las extraordi-

narias maniobras con que habia logrado anteriormente trastornar casi todos los tronos de Europa. Zaragoza era el primer pueblo destinado por su soberbia para centro de la iniquidad; y por eso fue el primero á quien acometieron sus ejércitos con el teson que es notorio, hasta que la admirable conducta de los zaragozanos, su heróico valor, y la gloriosa firme resolucion de no permitir jamás en Zaragoza la dominacion francesa, les obligó á levantar el sitio y huir precipitadamente. Á los grandes motivos de conveniencia que tenía Bonaparte en apoderarse de esta ciudad, se añadieron los de sus deseos de desahogar su cólera exaltada por la humillacion que aquí han sufrido sus águilas imperiales. Para ello ha hecho un viage al Norte con el objeto de recoger las tropas mas aguerridas que pudiese para combatir de nuevo á esta capital. Nada ha omitido para romper la línea; y aunque el combate de Tudela ha costado mucha sangre á los franceses, y aumentado el honor á nuestras armas, la superioridad de fuerzas enemigas, especialmente de su caballería, les ha proporcionado penetrar hasta estas inmediaciones. Ahora se nos preparan nuevos medios de aumentar nuestra fidelidad y nuestra gloria: tendremos que chocar con un ejército poderoso por sus fuerzas, por su ferocidad, por su desesperacion, y aun mas por sus intrigas y seducciones; pero venceremos con el auxilio de Dios y de su Madre santísima, que visiblemente nos protegen; con la justicia misma de la causa que sostenemos, y con los medios que se han proporcionado. Dentro de esta ciudad bien fortificada tenemos un ejército de tropas verdaderamente valientes, á quienes su honradez y fidelidad dará un impulso irresistible. El generoso vecindario compone otro ejército, igualmente respetable por su heróica constancia, y por su firme resolucion de conservar en el trono á nuestro augusto soberano Fernando VII. Solo necesitamos que la reunion de tantos

y tan valientes españoles no impida atender á su mantenimiento, á su abrigo y á su salud: que vivamos cordialmente unidos para defendernos y exterminar al enemigo comun, que intenta oprimirnos: que se respeten las propiedades, reine el buen orden, la paz y el sosiego interior; y, finalmente, que se sufoque en su orígen hasta el mas mínimo principio de adhesion á esa desgraciada nacion, que ha cargado sobre sí con la execracion de todo el universo." A seguida de este preámbulo decia que para precaver los expresados inconvenientes habia nombrado juez de policía para la capital y su rastro al oidor de la real audiencia don Santiago Piñuela, para que celase sobre la observancia de las leyes, autos acordados, bandos y decretos vigentes, y demas que se publicáren para el mejor régimen, tranquilidad y defensa de la ciudad; y seguía designando sus atribuciones y el modo de proceder en los pormenores que designaba; imponiendo á los contraventores las debidas penas, hasta la de muerte, que debería antes consultársele; y designándole por distintivo una banda blanca pendiente del hombro derecho al izquierdo.

CAPITULO IV.

Posiciones del ejército frances.—Ocupacion de Torrero.—Ataque acérrimo contra las baterías de los arrabales.

Los rumores de que venían los franceses iban tomando incremento. Al mismo tiempo que se conocia lo perjudicial de cerrarse con tal número de tropas, se creía que todas eran necesarias. Ya estaba convenido saliese una division de seis mil hombres para Cinco-villas, y que la caballería acampase en las inmediaciones, como inutil para la defensa interior; pero nada se ejecutó. Los generales Saint-Marc y O-neille conocian lo importante de este paso; pero Palafox estaba fluctuante é indeciso.

Reforzado el mariscal Moncey con dos divisiones del quinto cuerpo á las órdenes del mariscal Mortier, se pusieron las tropas en movimiento. Despues de haber pasado la de Gazan el Ebro frente á Tauste, marchó por Castejon á la villa de Zuera, á donde llegó el 20 por la tarde: en esta misma, la de Suchet tomó posicion sobre la derecha del rio, junto á San Lamberto, distante una hora de Zaragoza. El tercer cuerpo siguió por el cajero de la derecha del canal; y Moncey situó una sobre el terreno elevado, á la izquierda del rio Huerva, casi frente á las inclusas; y las otras dos sobre la márgen de dicho rio. Segun han querido manifestar los franceses, todas las fuerzas que presentaron para la toma de Zaragoza estribaban en diez y siete mil hombres del quinto cuerpo para formar el blo-

queo, y catorce mil destinados á poner en ejecucion los trabajos indispensables para el sitio. Tenian seis compañías de artilleros, ocho de zapadores, tres de minadores, cuarenta ingenieros, y la artillería insinuada.

Sabedores de la aproximacion de los franceses, nuestras tropas se prepararon á defender sus puntos. La línea del canal, con sus respectivos reductos y baterías, estaba guarnecida con las divisiones de Saint-Marc y O-neille, que compondrian lo menos diez mil hombres. El fortin de San José lo ocupaban los regimientos de cazadores de Orihuela y Valencia, á las órdenes del coronel don Mariano Renovales. El arrabal lo guarnecian tres mil hombres, bajo la inspeccion del mariscal de campo don José Manso. En la torre del Arzobispo habia una porcion de suizos al mando del teniente coronel don Adriano Walker. Distribuidas las tropas en esta forma, los enemigos llegaron al puente de la Muela. Desde luego comenzó á obrar aquella batería, que estaba al cuidado del brigadier don Antonio de Torres; pero las columnas tomaron el camino del cajero, ácia Santa Bárbara y Pilon de la leche; descubriéndose con la mayor distincion á lo largo del camino una multitud de tropa tendida, y fuera de formacion, que iba á doblar la línea. Varias avanzadas de caballería aparecieron al anochecer delante de Buena-vista. Tanto esta batería como los violentos, hicieron de seis á siete fuego; pero cerrada la noche, los franceses avanzaron por los almacenes hasta el ojo del murallon del barranco de la Muerte, y se posesionaron de aquel interesante punto. El mariscal don José Manso, gefe de los arrabales destacó en aquella noche el primer batallon de voluntarios de Huesca con la caballería de la Fuen-santa á las alturas de San Gregorio, y el batallon de tiradores de Florida-blanca al puente de Gallego, junto con el tercer regimiento infantería de Murcia, á las órdenes de su coro-

nel don Francisco Trujillo. El general O-neille dió orden para poner cañones en las baterías de los Tejares y del Macelo eclesiástico. Tambien salieron una porcion de trabajadores bajo la direccion de don Francisco Tabuenca á hacer varias cortaduras en el camino hondo de las balsas, y derribar las tapias de las torres circunvecinas.

La mañana siguiente, la batería indicada rompió el fuego con la mayor viveza á sazon que la segunda brigada del general Grandjeau aparentó un ataque de frente; pero como las tropas á las órdenes del general Habert ocupaban el ojo del murallon, vencieron con facilidad los obstáculos que les opusieron ácia aquella parte. Esto, unido á que una columna de la division Morlot, siguiendo la hondura de la Huerva, pasó por debajo del canal y almenara del Pilar, para tomar por la espalda la cabeza del puente inmediato á las inclusas, hizo conocer á nuestras tropas que tanto la Casa blanca, como la batería de Buena-vista y edificios de Torrero estaban flanqueados; y viendo la imposibilidad de sostenerse, los abandonaron; logrando los que ocupaban la altura de Buena-vista retirar sus cañones, á excepcion de uno que habia desmontado el fuego del enemigo. Creyendo facilitar mas la retirada, volaron el puente de América; y los defensores se agolparon dentro de los reductos y parapetos que formaban la segunda línea.

Dueños los franceses de las alturas de Torrero, desprendieron una columna, que con la mayor intrepidez llegó á tiro de fusil de toda la circunferencia del fuerte de San José, á ver si podian apoderarse, ú ocuparlo en aquella primera sorpresa. Viendo que ochocientos hombres acometian, y que iban á asaltar el foso, rompió el fuego de cañon y fusilería: y las tropas con su gefe Renovales hicieron una defensa tal, que, conociendo necesitaba de otros preparativos la empresa, se retiraron despues de

haber sufrido bastante; sin que de nuestra parte resultase otro daño que el haber tenido un capitan y cinco soldados heridos. Por la izquierda y centro avanzaron ácia la torre de los Ingleses y reducto del Pilar algunas piezas, con las que incomodaban á los que defendian estos puntos.

En esto, la division del general Gazan, que habia salido aquel dia de Zuera, estaba próxima á los arrabales; y su plan era ocuparlos para facilitar las operaciones del sitio. Las partidas apostadas la tarde anterior en las alturas de San Gregorio, subsistían en ellas cuando supieron que venían por la espalda tropas enemigas. El ingeniero voluntario don Pablo Dufú fué el que se les comunicó, acompañado de un guia. Por otra parte, se dió orden al capitan de zapadores don Francisco Lopez para que cortase la acequia por el soto de Mezquita, é inundase los campos y llanura de la izquierda. Cerciorado el teniente coronel don Pedro Villacampa, sargento mayor del batallon de voluntarios de Huesca, de que las fuerzas que iban á atacarle eran muy superiores, se replegó al camino de Barcelona, considerando, á causa de la inundacion, impracticable la retirada por nuestra izquierda. Así lo ejecutó, conteniendo en lo posible al enemigo, para que llegasen los refuerzos. Á esta sazon fué atacado el tercer regimiento infantería de Murcia, á las órdenes de su coronel don Francisco Trujillo, apostado en el puente de Gallego; y tuvo que replegarse hasta unirse con la caballería, que con dos violentos tenía orden de sostenerlos: y reforzados con el regimiento suizo de Aragon, que ocupaba la torre del Arzobispo, el batallon de Guardias walonas, y el primero de voluntarios de Aragon, les hicieron frente con un fuego muy sostenido.

Parte de la caballería estaba formada en la plaza de la Seo, y desde la puerta del Angel hasta la calle de San Gil. Nadie sabía á dónde dirigirse al ver todos los puntos ame-

nazados; y los cuerpos esperaban órdenes. Á las doce se divisaban las tropas enemigas en diferentes direcciones desde el camino de Juslibol hasta el de Barcelona, que era la extension de su línea. El mariscal Manso conoció desde luego que el verdadero ataque era contra la izquierda y centro; de consiguiente dió las órdenes mas enérgicas y oportunas para envolver el flanco izquierdo del enemigo: luego encargó el reducto de los Tejares al acreditado coronel don Manuel de Velasco, que le merecía la mayor confianza; y lo guarneció con la tropa de cazadores voluntarios de Cataluña, y cien suizos del regimiento de Aragon, y del primero de Murcia. La batería del Macelo eclesiástico, inmediata á la de los Tejares, fué encomendada al coronel del segundo batallon de Murcia don Mariano Peñafiel, con su tropa; dejando la direccion de la artillería al capitan graduado de coronel don Angel Salcedo. En este estado, viendo crecía el fuego de las guerrillas en términos de comenzarse un terrible ataque, tocaron generala con las cajas y la campana de la torre Nueva, que es la que ponía en accion al paisanage para concurrir á los choques. Á la una empezó á jugar el cañon con la mayor actividad. Los franceses atacaron la batería de los Tejares, inmediata á las balsas de Ebro viejo, construida con los mismos ladrillos de las cocidas de los hornos, en muchas partes sin barro ni zanja, á tiempo que ejecutaban igual operacion ácia la batería del centro y torre del Arzobispo. La columna avanzó con entereza sin disparar un tiro. Entre tanto despedian granadas; pero los defensores sostenian el reducto con un fuego graneado y vivo. La artillería jugaba con tal destreza, que no perdía tiro. Velasco tenía que trabajar para contener el ardor de los subalternos y paisanos. Impávido competía en la serenidad con los gefes que venían dirigiendo el ataque. Dejábalos aproximar, y árbitro de

sus vidas, caían á su voz yertos sobre la campiña. Los consecutivos golpes, y descargas incesantes de fusilería desde los edificios del Macelo, dejaban en las columnas unos claros extraordinarios, por mas que los reemplazaban inmediatamente. La batería del centro hacía igual destrozo en la columna que por el camino de los Molinos emprendió otro ataque; de modo que se hizo general por toda la línea. Un fuego horroroso, y de que no puede darse idea, difundía el estrago por las filas enemigas, que avanzaban impertérritas con un valor inconcebible. El soldado ocupaba el puesto de su compañero; y el gefe, con semblante guerrero, tremolaba el sable, creyendo estar próximo á asaltar el débil parapeto de tepes de los reductos; pero nuevas descargas los contenían y los hacían caer espirantes, castigando su osadía. El teson de los que atacaban, y la resistencia de los defensores, producía la escena mas interesante que puede describirse. La pelea era encarnizada; y las columnas de reserva situadas junto al convento de Cogullada, tuvieron que aproximarse. En aquel intérvalo se descubrió lo horroroso de aquel espectáculo sangriento; pero la densidad del humo no daba lugar para contemplarlo detenidamente. Los defensores divisaban el reflejo de las armas en medio de aquellas llanuras. El viento impetuoso parece que agitaba las bayonetas erizadas de tantos combatientes. Velasco los contempla á placer; y cuando considera la columna bastante cerca, los cañones despiden la metralla, y con ella la muerte. Sin embargo, avanzan: nueva descarga causa otros tantos desastres; y éstos solo sirven para acalorar su ardimiento. Algunos consiguen ponerse bajo cañon, y arriban al parapeto para asaltar el reducto: disputan el terreno con el sable y arma blanca, y el gefe y varios oficiales y soldados mueren al pie de la batería. En este encuentro perdimos al capitan don José de Santa Cruz y al subteniente don

Esteban Jimenez, que con otros murieron llenos de gloria inmarcescible. Los momentos eran críticos en el asalto de la izquierda; y no lo eran menos en el del centro. El no haber destruido una torre inmediata á la derecha del camino hizo que en el acto del ataque intentáran algunas compañías ocuparla para dominar desde ella la batería. Felizmente lo divisaron los defensores; y cuando habian abierto una pequeña brecha, frustraron una gestion, que hubiera sin duda producido funestos resultados. El reducto del centro, junto al Macelo, no tenía la elevacion que el de los Tejares; y no habiendo hecho uso del construido á la derecha del camino mas arriba, ni del situado en el de Barcelona, que por aislados no podian apoyar la fusilería, cargaron con ímpetu sobre él; y llegó la columna tan cerca, que algunos se arrojáron á ocuparla, entre ellos el comandante que la dirigía; pero el teniente del segundo de Murcia don Julian Gonzalez le dió muerte; y tambien perecieron cuantos llegaron á internarse en aquel recinto. El batallon segundo de Murcia se distinguió en estos momentos, y parte del segundo de Valencia, que con su coronel don Felipe Arsú llegó á reforzarlo con la mayor oportunidad. El combate seguía encarnizado: y, ¡cuántas proezas quedarían sepultadas en la oscuridad! ¡cuántas acciones extraordinarias ejecutadas por el soldado, paisano, mugeres, y habitantes de los arrabales, pues pocos abandonaron su casa en aquellos momentos críticos! La pérdida de los enemigos á las cuatro de la tarde era sensible. El fuego que sufría era infernal, y las masas sobre que descargaba ofrecía un blanco seguro desde todos los puntos de la línea. Á pesar de esto repitieron nuevas tentativas, avanzando con tal confianza, que parecía estar satisfechos del triunfo. Algunos intentaron desfilar por el estrecho paso de la izquierda del camino que hay entre la batería y los estanques que la guarnecian; pero quedaron

allí mordiendo el polvo: varios cayeron sobre las aguas, y sus cuerpos erraban pausadamente por la laguna: otros, cruzados sobre el estrecho, servían de estorbo á los que, creyéndose mas afortunados, iban en pos á experimentar igual suerte. Todo era ya estrago, horror y desolacion. Escarmentados en cuantos aproches intentaban, y sin poder ganar aquellas débiles baterías, estaban vacilantes, sin saber qué partido tomar. Por fin, repiten nuevos ataques, desplegando todas sus fuerzas (1).

Los franceses, desde un principio ocuparon la batería del camino de Barcelona, sita entre la primera y segunda plaza, que nuestras tropas abandonaron; pero durante el choque nada adelantaron, porque á su izquierda quedaba el convento de Jesus; y lo primero era superar las baterías salientes de los Tejares y del Macelo, pues, siguiendo el camino hasta la calle de San Lázaro, les obstaban los fuegos cruzados de los edificios, y tenian que arrostrar de frente aquella batería. Á distancia de unos cien pasos de ésta, é izquierda del camino, habia un gran caserío, algo distante de las baterías de los Tejares y Macelo. Una columna parte por medio de los campos á ocuparlo en derechura. Las tropas que guarnecian el convento de Jesus, y la caballería que estaba formada en el camino que desde San Lázaro vá por la derecha del convento, observando continuaba su marcha, creyó que dichas baterías estaban ocupadas, y que iban á ser cortados irremisiblemente. Sin detenerse á calcular, y poseidos de esta especie, comenzaron á retirarse: la caballería, derramada por la calle y puente, embarazaba el tránsito: todos se agolpaban á la huerta del convento de Altabas, ó Santa Isabel, que era el paso para salvar la batería. La detencion fué causa de que el regimiento

(1) En el plano topográfico se designan los puntos de ataque en los arrabales y los reductos y baterías con la nota de *Obras de los sitiados*.

de caballería de Fernando VII perdiese á su coronel don Adriano Cardon, que, herido de un balazo, falleció á pocos dias; que su teniente coronel don José Torriani quedase contuso, y herido gravemente el mayor don Santiago Chasco. La voz corre, y el desorden comienza por toda la línea. En medio de estos rumores, el coronel don Manuel Melgarejo, y su teniente coronel don Diego Lacarta, subsisten con parte de la tropa en sus baterías, y todos los valientes ofrecen defenderlas hasta el último apuro. Á esta sazon, Palafox que, desde los torreones de palacio que caen á las riberas del Ebro, observaba en compañía de O-neille y sus edecanes los movimientos de las tropas, y cuanto ocurría en el campo de batalla: apenas divisó aquel trastorno y agitacion, marcha con la espada desenvainada ácia el puente de piedra. Estaba éste tan embarazado, ya con motivo de obrarse la segunda arcada, ya por la caballería, que nadie podia pasar sino á costa de grandes fatigas. La presencia de Palafox hizo retroceder á muchos; y conociendo que la batería de San Lázaro estaba expuesta, dispuso que por aquella parte saliese el batallon de Guardias walonas, mandado y dirigido por su comandante coronel don Luis de Garro. Antes de tomarse esta disposicion, en la batería de San Lázaro no habia sino un artillero, algunos paisanos, y unos seis soldados cazadores de Orihuela situados por las casas del camino inmediatas al convento, en la línea de la batería, para hacer fuego á la columna guarecida con el indicado caserío. Bien disparó algun cañonazo, pero sin fruto. En esto comienza nuestro batallon tambor batiente á desfilar por el camino: no bien asoma, cuando el enemigo contiene su marcha, se prepara á recibir la carga, y comienza un fuego activo. El batallon de voluntarios de Huesca sostuvo el choque, y éste acabó de arredrarlos enteramente. La tarde iba decayendo; y á las cinco seguía el ataque solo para favorecer la retirada de

las tropas, que por fin lo verificaron al abrigo de la oscuridad.

Si lo ejecutado en este dia excita el asombro y admiracion, ya por el modo, ya por las circunstancias, no debe omitirse que los habitantes permanecieron con una extraordinaria serenidad. Las gentes que no podian tomar parte en la accion, transitaban de un sitio á otro, y estaban en la plaza de la Seo enterándose de cuanto pasaba. En el templo del Pilar no permitian la entrada sino á las mugeres, á fin de que todo hombre util concurriese al choque. Por la línea opuesta únicamente despidió el enemigo contra los trabajos que continuaban en la muralla del campo del Sepulcro algunos proyectiles; pero, á pesar de todo, quedó muy adelantado el parapeto, foso y estacada.

Apenas se retiró el enemigo, cuando el paisanage y soldados de los puntos fueron á recorrer los campos cubiertos de cadáveres, y recogieron algun botin. El pueblo, acostumbrado á escenas militares, indicaba que la caballería debia perseguir su retirada. Fatigados los franceses con unas marchas rápidas para sorprender los arrabales, y despues de cinco horas de fuego y ataque, era de creer que no tendrian vigor para hacer frente, y menos no estando prácticos en el terreno. Esta observacion, fundada, parecía apoyar la especie, y daba margen á conceptuar que la salida hubiera sido ventajosa; pero la desconfianza, el temor de ser atacados al dia siguiente, y no tener ideas exactas de las fuerzas del enemigo, paralizó el proyecto. La capilla de nuestra señora del Pilar al anochecer estaba colmada de un inmenso pueblo, que concurrió á desahogar sus afectos religiosos.

Esto fué exactamente lo que aconteció el 21 de diciembre. Zaragoza se cubrió de gloria inmortal en este dia. Es verdad que tenía tropas, gefes, baterías, fosos, empaliza-

das; pero tambien fué atacada por puntos opuestos por un ejército formidable de tropa selecta y aguerrida. Los franceses venían confiados en que por lo menos aquella tarde ocupaban los arrabales. Su objeto fué sorprendernos á sazon que estuviesen entretenidas las tropas con la defensa de Torrero; pero como éste lo abandonaron al momento, se frustró el plan; y á esto sin duda se debió en parte el buen éxito. Nuestra pérdida fué muy poca, porque casi todos hacian fuego pertrechados de las baterías y edificios; cuando por el contrario, las columnas enemigas recibian de frente, y por los costados la metralla, y una lluvia de balas, que les ocasionó un daño terrible.

Para penetrarse del mérito que contrajeron los defensores, era preciso haber presenciado todos los pasos y escenas de este dia. Es verdad que estaban guarnecidos los puntos con tropa, y gefes que daban las órdenes mas oportunas, pero muchas fueron tambien promovidas por el celo particular: y, á excepcion de los artilleros y tropa que servian las baterías, todos los restantes obraban compelidos de su decidida voluntad á defenderse, y del empeño formado en arrostrar todo género de peligros. Interpolados el paisanage y la tropa por los edificios, sostuvieron la línea, situándose donde bien les parecía, y concurriendo á donde habia mas necesidad con un entusiasmo que no puede describirse. Lejos de huir el riesgo, estaba la calle que vá á parar al Macelo cubierta de un concurso, que en parte no servía sino de obstáculo para ciertas medidas. La salida de los walonas en los momentos de dirigirse á ocupar los franceses el punto mas descuidado de toda la línea fué muy oportuna. El enemigo no supo ciertamente aprovecharse de aquella turbacion, que pudo percibir, para apoderarse del convento de Jesus; lo que, verificado, le hubiese sido expedito internarse por San Lázaro al puente, y, penetrada así la línea, apoderarse

de los arrabales; pero en las acciones de la guerra, la suerte á las veces destruye la mejor combinacion, ó dá la victoria.

Este triunfo colmó de complacencia á todos los habitantes; y muchos salieron la mañana del 22 á contemplar el campo de batalla. Estaba el dia opaco y nebuloso, y presentaba la escena mas lúgubre. Delante de las baterías de los Tejares y Macelo, y en los bordes de las balsas ó lagunas habia un sin número de cadáveres, la mayor parte desnudos. Los que salieron á saciarse con el botin habian hacinado algunos, que en diferentes posiciones ofrecian á la vista un cuadro horroroso. Rastros de sangre, fusiles y uniformes eran objetos que de todos lados descubria la vista esparcidos acá y acullá sobre la llanura. Cuanto mas escudriñaban, tanto mayor era su admiracion. Recogidos los fusiles, cargaron diez carros, que condujeron á la Maestranza. El ataque del dia 21 se anunció en esta forma: — «Habiendo recibido orden el mariscal de campo don José María Manso de ocupar el arrabal con tres mil hombres, y situado ya en este punto, en la noche del 20 destacó, por disposicion de nuestro general, el primer batallon de voluntarios de Huesca con la caballería de la Fuen-santa á las alturas de San Gregorio, y el batallon de tiradores de Florida-blanca al puente de Gallego; juntamente con el tercer regimiento infantería de Murcia, á las órdenes de su coronel don Francisco Trujillo. Entre tanto se ocupó en distribuir las fuerzas necesarias en las baterías con la artillería que trajo el coronel don Manuel Velasco de orden del excelentísimo señor don Juan O-neille; con la que se guarneció el reducto de los Tejares, y quedaron todas las demas baterías en el mejor estado de defensa, á pesar de lo crudo de la noche y de lo fatigada que estaba la tropa.

Á este tiempo se le dió aviso de la torre de Ezmir de

que detras de las alturas de san Gregorio se divisaban tropas enemigas; y habiéndose ofrecido el capitan ingeniero voluntario don Pablo de Defay á llevar el aviso de la salida de nuestra tropa, lo ejecutó, acompañado de un guia, con la misma exactitud con que desempeñó su obligacion en el ataque del dia 21. Asimismo, el capitan de zapadores don Francisco Lopez cortó la acequia por el soto de Mezquita, en conformidad de lo ordenado por nuestro general, quedando inundados los campos que cubrian nuestra izquierda.

Luego que amaneció el dia 21, tuvo aviso dicho comandante del teniente coronel don Pedro Villacampa, sargento mayor de voluntarios de Huesca, de dejarse ver los enemigos en número considerable por la espalda de san Gregorio, con cuya noticia le envió órden de defender aquel punto todo lo posible; y que, en caso de ser cargado de fuerzas muy superiores, se replegase sobre el camino de Barcelona, por estar inundados los de nuestra izquierda. Así lo ejecutó el referido gefe, conteniendo al enemigo, y dando lugar á que llegasen los refuerzos. Habiendo sido atacado á este mismo tiempo el coronel Trujillo en el puente de Gallego, y desplegándose con el mayor órden, se situó en el mismo camino de Barcelona, donde estaban colocados dos cañones violentos y toda la caballería; y dispuso que el regimiento suizo de Aragon, dejando cien hombres en la torre del Arzobispo, saliese á sostener las tropas que venian en retirada; y con el mismo objeto mandó que saliesen el batallon de Guardias walonas y el primero de voluntarios de Aragon, con orden de cargar sobre el enemigo si se presentaba oportunidad para ello: todos estos encargos desempeñaron con bizarría los citados cuerpos, haciendo un fuego muy sostenido.

Luego que conoció nuestro experto comandante que el verdadero ataque se dirigía contra la izquierda y centro

de nuestra línea, dió las disposiciones convenientes para envolver el flanco izquierdo del enemigo, y pasó al reducto de los Tejares, punto del verdadero ataque, que guarnecian los cazadores voluntarios de Cataluña y cien suizos de Aragon; encargando la defensa de aquel punto á toda costa al coronel don Manuel de Velasco, por la gran confianza que tenía en su pericia y valor. Desde allí se dirigió á la batería del rastro, cuyo mando se confirió al coronel del segundo batallon de Murcia don Mariano Peñafiel, y lo desempeñó con la mayor inteligencia y bizarría.

Los enemigos dieron diferentes ataques á nuestra izquierda, señaladamente contra la batería del Rastro; pero habiendo sido infructuosos, hubieron de retirarse vergonzosamente, dejando burlados todos sus esfuerzos. El heroismo con que se defendieron las baterías de la izquierda y centro sorprendió al enemigo; pues habiendo sido atacada la primera por una columna que llegó hasta cerca del parapeto, fué tal el acierto con que dirigió la artillería el coronel don Manuel de Velasco, el espíritu y serenidad con que los gefes, oficiales y tropa, los cazadores de Cataluña, destacamentos de suizos, y el primero de Murcia resistieron el impetuoso avance, que destrozaron su columna, dejando el campo cubierto de cadáveres, y mas de dos mil fusiles por digno trofeo del vencimiento; en cuya demanda murieron gloriosamente el capitan don José de Santa Cruz y el subteniente don Esteban Jimenez.

" La batería del Rastro mandada por don Mariano Peñafiel, y su artillería dirigida por el valeroso capitan graduado de coronel don Angel Salcedo, se defendió con una firmeza y esfuerzo imponderable; dejando el campo inmediato sembrado de cadáveres enemigos, y en este número el comandante de su columna, que fué muerto de un fusilazo por el teniente del segundo de Murcia don Julian

Gonzalez. Así caminaba la defensa de ambas baterías, en las cuales se obraban prodigios de valor, cuando se introdujo algun desorden y confusion, sin que se pudiese atinar con la verdadera causa de este accidente; pero cesó de todo punto con la presencia del general, que con sus acertadas providencias y enérgicas persuasiones redujo prontamente los esfuerzos de la defensa á su primitivo estado.

Guarnecía la batería del centro el primer batallon del segundo de Murcia, que se distinguió por su valor; siendo acreedor á iguales alabanzas la parte del segundo de Valencia, qué con su coronel don Felipe Arsú vino á reforzar este punto.

Son igualmente dignas de todo elogio la primera y tercera compañía de zapadores de Valencia, que sirvieron la artillería, y el capitan de la primera don Francisco Lopez, el cual substituyó en el manejo de ella al oficial don José Saleta, que fué muerto en el combate; y finalmente, varias partidas de voluntarios de Aragon, del tercio de Huesca, walones y otros cuerpos que, despues de haber peleado bizarramente en el campo, se refugiaron á ella.

Es tambien muy digno de consideracion el mérito que contrajeron el coronel don Manuel Melgarejo y su teniente coronel don Diego Lacarta, porque habiéndose esparcido voces de que el enemigo habia penetrado la línea, y por consiguiente hallarse cortados, mantuvieron su batería con la mayor firmeza, resueltos á morir antes que desampararla. En la batería de San Lázaro se distinguieron en sumo grado el sargento mayor don Jacobo Dutrus con el segundo batallon del segundo de Murcia, y el de la misma clase don José de Latorre, del batallon de Chelva; y don Francisco Trujillo con su tercer regimiento de Murcia añadió nuevos méritos á los que ya se habia granjeado.

Por último, es excusado todo encarecimiento en re-

presentar el heroismo, pericia y singular esfuerzo de los oficiales de artillería, los cuales en la defensa de las baterías elevaron á muy altos quilates el gran renombre y clarísima fama de este nobilísimo cuerpo; dejándonos mucho que compadecer la pérdida de don José Saleta y don Juan Pusterla.

Entre los que adquirieron inmortal gloria en aquella accion memorable, cuenta con distincion dicho señor comandante al mayor general de su division y teniente coronel marques de la Cañada-Ibañez; al teniente coronel don Tomás de Cires, comandante anterior del arrabal, el que, segun las noticias que nos han llegado, añadió nuevos timbres á su valor y pericia militar; al teniente de cazadores de Olivencia don Ignacio Landasurí, que hizo las veces de mayor general de caballería con aprobacion de S. E.; al capitan de ingenieros don Blas Gil; á los ayudantes de dicho comandante el teniente coronel don Juan Uriarte, y al capitan don Joaquin Aguileta; como tambien al ayudante del mayor general de infantería don Juan Eugenio de Salinas, subteniente de cazadores de Oribuela."

CAPITULO V.

El general Palafox recorre la línea. — Intimacion del mariscal Moncey, y la contestacion que se le dió. — Las tropas del fortín de San José hacen una salida, y el general O-neille otra por los arrabales. — Los sitiadores abren la primera paralela, y los sitiados reconocen sus trabajos.

LAS AVANZADAS de los franceses estaban delante del molino del Pilar, que es el primer edificio que hay camino de Villanueva, y á igual distancia en el de Juslibol, descubriéndose por los humos que habian fijado su campamento en los olivares de Jesus del monte. Por el lado opuesto los tenian en el distrito que hay desde la Casa blanca á Torrero. Á las nueve salió Palafox con su comitiva, seguido de grupos de pueblo, á recorrer la línea. Á las once se presentó delante del reducto del Pilar, como parlamentario, un oficial de la gendarmería. El general estaba á la sazon en aquel sitio; y á presencia de cuantos le acompañaban recibió el pliego. Lee que Madrid habia capitulado; y dirigiéndose al oficial: *El valor*, le dice, *de los que se acreditaron el dos de mayo no tiene ejemplo: ó ha sido intriga, y se ha vendido la capital, ó se defiende en estos momentos.* En seguida mandó llevasen al parlamentario vendados los ojos al cuerpo de guardia hasta darle la respuesta; prorumpiendo en voz alta: *No sé capitular; no sé rendirme; despues de muerto hablaremos de eso.* El pliego se reducía á una carta concebida en estos términos: «El mariscal Moncey al excelentísimo señor ca-

pitan general de las tropas españolas, y á los magistrados de la ciudad de Zaragoza. = Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del grande ejército, á las órdenes del señor mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores: la ciudad de Zaragoza confia en el valor de sus vecinos; pero imposibilitada de superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra vá á reunir contra ella si dá lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total. El señor mariscal Mortier y yo creemos que Vmds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar á la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, sería el camino para granjearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vmds. Procuren Vmds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de la paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vmds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador. Yo envío á Vmds. este despacho con un parlamento, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombráre á este efecto. Quedo de Vmds. con la mayor consideracion. = Señores: = El mariscal Monçey. = Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808." Á la que

contestó Palafox lo siguiente: «El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios. S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bate: no será menos la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresion, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un dias que duró la vez pasada: si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominioso para las armas francesas haberla vertido inocente. El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre; y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al señor mariscal de rendicion si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica, y que le dá el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid

capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo; y no hay razon para que éste ceda. Solo advierto al señor mariscal que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento, mas que un parlamento. Tengo el honor de contestar á S. E. el mariscal Moncey con toda atencion en el único lenguage que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808.= El general Palafox.

El comandante coronel del fuerte de San José don Mariano Renovales destacó en este dia una guerrilla de ciento cincuenta hombres, la cual sostuvo el fuego con la del enemigo por espacio de cinco horas; y el resultado fué ocuparles una mula, un pellejo de aguardiente y tres fusiles, y desalojarlos de algunos puntos. Nuestra pérdida fué de un soldado, y seis heridos: la del enemigo, de ocho muertos y bastantes heridos. El tiroteo de las guerrillas por ambos extremos seguía sin interrupcion; y por la tarde tomó incremento en las cercanías de los arrabales. El motivo fué que paisanos y escopeteros, entre ellos algunos eclesiásticos, como prácticos en los senderos, salieron á batirse voluntariamente resguardados de los cañares y acequias. Delante del molino del Pilar habia una porcion de franceses, que apenas contestaban á los infinitos tiros que les dirigian; y por el lado de Juslibol aproximaron un cañon, con el que hicieron algun fuego para entretener á los habitantes, que, ya desde los reductos, ya desde las torres y terrados observaban, á pesar de la niebla, el terreno que ocupaba el enemigo.

Como llamaban la atencion por tantos puntos, era menester no descuidarse; y aunque Palafox lo ejecutaba con todo esmero, los ciudadanos celosos contribuían, pro-

poniendo aquellas medidas que juzgaban mas oportunas. El tiroteo de los guerrilleros continuó al dia inmediato; y por el lado de la Casa blanca entraron aquella tarde veinte franceses prisioneros. La guerrilla que salió del fuerte de San José, compuesta de los cazadores de Orihuela y de los de Valencia, llevó su arrojo hasta desalojarlos de algunas torres y tapias, que incendiaron; durante lo cual, y protegidos de la tropa, los paisanos cortaron ochocientos olivos de las posesiones de su izquierda que perjudicaban mucho, sirviendo de guarida y apoyo para proteger sus trabajos al enemigo. Las conversaciones ya giraban sobre el valor é intrepidez de Velasco, á quien se nombró aquella tarde brigadier, ya sobre la pericia de los artilleros, ya sobre la particularidad de haberse abandonado á Torrero, conviniendo en que no podia sostenerse; siendo así que cuando Falcó, en el primer sitio, le abandonó por no tener mas de cien hombres, le hicieron cargo, y formaron consejo de guerra, y fué fusilado; y todos convenian en que, habiendo tanta tropa, era indispensable hacer salidas. El 24 continuaron las guerrillas, y la del fortin de San José, que salió con el objeto de proteger el corte del olivar, comenzado el dia anterior, se fué empeñando insensiblemente; y habiendo reforzado los franceses sus grandes guardias, tuvieron que salir parte de los voluntarios del batallon segundo ligero de Aragon; y el choque y fuego duró de una parte y otra desde la una de la tarde hasta el anochecer, sostenidos por la artillería del fuerte, que dirigió el teniente coronel don José Ruiz de Alcalá, y en el que murieron el teniente coronel del referido batallon don Nicolás Maldonado y un soldado, y un alferez y nueve soldados heridos; y los franceses perdieron unos treinta entre muertos y heridos. La bizarría de los capitanes y oficiales de las compañías don Ignacio Gumiel, don José Balaguer y don Fernando Solér, como

pitan general de las tropas españolas, y á los magistrados de la ciudad de Zaragoza. = Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del grande ejército, á las órdenes del señor mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores: la ciudad de Zaragoza confia en el valor de sus vecinos; pero imposibilitada de superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra vá á reunir contra ella si dá lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total. El señor mariscal Mortier y yo creemos que Vmds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar á la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, sería el camino para granjearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vmds. Procuren Vmds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de la paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vmds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador. Yo envío á Vmds. este despacho con un parlamento, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombráre á este efecto. Quedo de Vmds. con la mayor consideracion. = Señores: = El mariscal Monçey. = Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808." A la que

contestó Palafox lo siguiente: «El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios. S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bate: no será menos la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresion, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un dias que duró la vez pasada: si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominioso para las armas francesas haberla vertido inocente. El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre; y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al señor mariscal de rendicion si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica, y que le dá el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y mas cuando ni la guerra y ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid

capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo; y no hay razon para que éste ceda. Solo advierto al señor mariscal que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento, mas que un parlamento. Tengo el honor de contestar á S. E. el mariscal Moncey con toda atencion en el único lenguage que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808.= El general Palafox.

El comandante coronel del fuerte de San José don Mariano Renovales destacó en este dia una guerrilla de ciento cincuenta hombres, la cual sostuvo el fuego con la del enemigo por espacio de cinco horas; y el resultado fué ocuparles una mula, un pellejo de aguardiente y tres fusiles, y desalojarlos de algunos puntos. Nuestra pérdida fué de un soldado, y seis heridos: la del enemigo, de ocho muertos y bastantes heridos. El tiroteo de las guerrillas por ambos extremos seguía sin interrupcion; y por la tarde tomó incremento en las cercanías de los arrabales. El motivo fué que paisanos y escopeteros, entre ellos algunos eclesiásticos, como prácticos en los senderos, salieron á batirse voluntariamente resguardados de los cañares y acequias. Delante del molino del Pilar habia una porcion de franceses, que apenas contestaban á los infinitos tiros que les dirigian; y por el lado de Juslibol aproximaron un cañon, con el que hicieron algun fuego para entretener á los habitantes, que, ya desde los reductos, ya desde las torres y terrados observaban, á pesar de la niebla, el terreno que ocupaba el enemigo.

Como llamaban la atencion por tantos puntos, era menester no descuidarse; y aunque Palafox lo ejecutaba con todo esmero, los ciudadanos celosos contribuían, pro-

poniendo aquellas medidas que juzgaban mas oportunas. El tiroteo de los guerrilleros continuó al dia inmediato; y por el lado de la Casa blanca entraron aquella tarde veinte franceses prisioneros. La guerrilla que salió del fuerte de San José, compuesta de los cazadores de Orihuela y de los de Valencia, llevó su arrojo hasta desalojarlos de algunas torres y tapias, que incendiaron; durante lo cual, y protegidos de la tropa, los paisanos cortaron ochocientos olivos de las posesiones de su izquierda que perjudicaban mucho, sirviendo de guarida y apoyo para proteger sus trabajos al enemigo. Las conversaciones ya giraban sobre el valor é intrepidez de Velasco, á quien se nombró aquella tarde brigadier, ya sobre la pericia de los artilleros, ya sobre la particularidad de haberse abandonado á Torrero, conviniendo en que no podia sostenerse; siendo así que cuando Falcó, en el primer sitio, le abandonó por no tener mas de cien hombres, le hicieron cargo, y formaron consejo de guerra, y fué fusilado; y todos convenian en que, habiendo tanta tropa, era indispensable hacer salidas. El 24 continuaron las guerrillas; y la del fortin de San José, que salió con el objeto de proteger el corte del olivar, comenzado el dia anterior, se fué empeñando insensiblemente; y habiendo reforzado los franceses sus grandes guardias, tuvieron que salir parte de los voluntarios del batallon segundo ligero de Aragon; y el choque y fuego duró de una parte y otra desde la una de la tarde hasta el anochecer, sostenidos por la artillería del fuerte, que dirigió el teniente coronel don José Ruiz de Alcalá, y en el que murieron el teniente coronel del referido batallon don Nicolás Maldonado y un soldado, y un alferez y nueve soldados heridos; y los franceses perdieron unos treinta entre muertos y heridos. La bizarría de los capitanes y oficiales de las compañías don Ignacio Gumiel, don José Balaguer y don Fernando Solér, como

tambien los tenientes don Manuel Juarez, don Justo Hernandez, don Ramon Velasco, don Juan Pacheco, don Juan Mateo de la Plaza, de la compañía suelta de Daroca, y el subteniente don Antonio Gumiel, y la de los soldados Manuel Pertusa Lopez, Mateo Juan y José Aparicio merecieron los elogios y recomendacion de su digno gefe y comandante don Mariano Renovales.

Los franceses estuvieron con grande sobresalto por la parte de los arrabales hasta el 24, en que, viendo que nuestras tropas no salian, trataron de formar su bloqueo. Una de las brigadas de la division Gazan ocupó la derecha del camino de Zuera, y la otra la izquierda; dejando dos batallones sobre el puente de Gallego para su conservacion. Desde luego inundaron el terreno, con lo que quedaron mas pertrechados y defendidos. La division Suchet se situó desde San Lamberto hasta el canal, y la de Morlot por la llanura hasta el rio Huerva, en el punto que discurre mas allá de la Casa blanca. La de Musnier se posesionó de las alturas de Torrero; y la de Grandjeau cerraba el demas espacio ácia el bajo Ebro, enlazándose su derecha con los puestos avanzados de las tropas de Gazan sobre la izquierda del mismo rio. El general Dedón hizo construir en la parte superior del Ebro un puente de barcas para la comunicacion de los diferentes cuarteles del ejército. El general Lacoste, despues de reconocer con todo cuidado nuestras obras, propuso é hizo adaptar tres ataques: uno contra el castillo de la Aljafería, para estrecharnos é inquietarnos por este punto, que era el mas fuerte; otro contra la cabeza del puente de la Huerva, y el tercero contra el fuerte de San José, que reputó con fundamento como el mas debil, pues no teníamos muro terraplenado detras de esta obra destacada; fuera de que este ataque podia combinarse con el del arrabal, que Lacoste no desesperanzaba emprender.

Por nuestra parte salieron el 25, bajo la direccion del teniente general don Juan O-neille, cuatro mil hombres por los arrabales, dirigiéndose el primero de voluntarios de Aragon y el de Huesca ácia el soto de Mezquita. Entre las balsas y el bosque situaron el tercero de Guardias españolas, segundo de Valencia, y voluntarios de Aragon; y por los caminos de Juslibol y Barcelona marchaban los suizos de Aragon, los walonas, y algunos dragones de Numancia. Comenzó el fuego de las guerrillas; y éstas se fueron empeñando, especialmente por nuestra izquierda: los voluntarios de Aragon y Huesca llegaron hasta las inmediaciones de Juslibol, desalojando de sus puestos avanzados al enemigo, que tuvo una pérdida conocida; siendo la nuestra de unos cuarenta hombres á lo sumo. Todo esto no sirvió sino para poner en expectacion á los franceses, y darles á conocer que ya no avanzaríamos mucho mas; pues, á pesar de la bizarría con que el teniente don Simon Pardo, de los de Huesca, con algunos soldados llegó á ocupar dos cañones que habian colocado los franceses en la parte superior del bosque, tuvieron que abandonarlos. Algunos paisanos incorporados sostuvieron el fuego con la mayor entereza.

El haberse presentado el 24 por la noche el comandante don Vicente Martinez á dar cuenta de su comision, y la relacion que hizo del estado y posiciones de las tropas enemigas, acabó de convencer á algunos que el bloqueo no estaba formado, y que podian aprovecharse los momentos para aligerar la ciudad, haciendo salir, antes que formalizáran el sitio, algunos batallones, y toda la caballería. La especie fué tomando incremento el dia inmediato. Túvose una junta entre O-neille, Wersage, Saint-Marc, Manso, y varios coroneles y oficiales de graduacion, que acordaron la salida; y se comenzaron á dar desde luego las debidas disposiciones. Por la noche partió

cimiento de los trabajos comenzados sobre la Bernardona; salió el comandante brigadier don Fernando Gomez de Butron con mil y quinientos hombres y trescientos caballos. Es de advertir que la paralela la abrieron en una eminencia que domina al castillo, y que á la izquierda se encuentra una llanura honda que termina en el Ebro. Con efecto, destacadas las guerrillas del regimiento infantería de Palafox, y reforzadas por el de los suizos y catalanes, fueron avanzando sin comprometerse ácia la izquierda, y lo mismo hicieron el resto de los granaderos de Palafox, sostenidos por el batallon de Guardias walonas, por el camino de la Muela, entre el de Alagon y la Casa blanca. Por la derecha desfiló el batallon de Huesca, á las órdenes de su gefe don Pedro Villacampa; y las guerrillas de este cuerpo trabaron sus escaramuzas con el enemigo. Éstas apenas pudieron contrarestar el impulso é intrepidez de los voluntarios, que, dirigidos por el capitan don Pedro Mendieta, avanzaron extraordinariamente; logrando desalojarlos de varias torres hasta llegar á descubrir su flanco izquierdo. Á esta sazon observaron desde la torre del Portillo venían á contener estos progresos una columna de infantería sostenida por un cuerpo de caballería. Entónces salieron los escuadrones de Numancia y Olivencia por el camino de la puerta de Sancho, siguiendo la ribera del Ebro; y Villacampa fué reforzado con el tercer batallon de Guardias españolas, de que era comandante el brigadier don Juan Figueroa. La caballería atacó bizarramente; y como los enemigos no habian formado ningun atrincheramiento, fueron envueltos y acuchillados, dispersándolos en términos que unos se arrojaron á las acequias, otros se refugiaron en un horno de ladrillos, al que dieron fuego porque no quisieron rendirse; y varios quedaron exánimes en el campo de batalla. Para reparar esta sorpresa destacaron los franceses mayores refuerzos; pero al

ver esta superioridad, tomó posicion el cuerpo de Guardias, á cuya derecha estaba el escuadron de cazadores de Fernando VII y las otras partidas sueltas; con lo que ejecutó su retirada el batallon de Huesca por el camino de los Tejares, y la caballería por la ribera del Ebro; luego lo verificaron los Guardias con paso uniforme, y á su retaguardia los cazadores, sostenidos unos y otros por los fuegos del castillo. Habiendo quedado expedita la derecha, tomó posicion Huesca por la izquierda del castillo, y se retiraron los walonas, suizos, granaderos y catalanes sostenidos por aquel, y por los fuegos del castillo; todo con el mayor orden. Nuestra pérdida consistió en nueve muertos, ochenta y cinco heridos y tres contusos; sin que quedase duda de que la del enemigo fué de alguna consideracion. El parte oficial que se publicó estaba concebido en estos términos: «Excelentísimo señor: Interesando á V. E. se examinase la forma, naturaleza y fuerza del enemigo en sus establecimientos sobre la Bernardona y demas puntos que le son contiguos, siguiendo sus retrincheramientos por nuestra izquierda de la línea hasta el reducto de San José, se sirvió honrarme con este encargo, de que tanto me complazco, y creo haber llenado en todas sus partes. V. E. puso á mis órdenes á este efecto el batallon de reales Guardias walonas, mandado por el capitan don Luis Garro; el de suizos de Aragon, de cargo de su coronel don Esteban Fleuri, que, aunque no restablecido de una contusion que recibió en el ataque del arrabal, se presentó para tener parte en la gloria de este dia; el batallon ligero de Huesca, á las órdenes de su sargento mayor don Pedro Villacampa; cien voluntarios catalanes, y hasta doscientos granaderos del regimiento infantería de Palafox; cuya fuerza en efectivo constaba de mil quinientos hombres, con trescientos caballos de los regimientos de Fuensanta, dragones del Rey, Numancia, cazadores de

Olivencia, Fernando VII, y partidas de húsares de Aragón; y otros cuerpos al mando del comandante don Domingo Vasalo, el teniente coronel don Francisco Rojas, el capitan don José Muzquiz, el de igual clase don Joaquin Marín, el teniente coronel don Cayetano Torreani; y los capitanes don Antonio Gomez y don Carlos Vega. Pronta, y dispuesta con una bizarra disposicion esta tropa, me avancé del castillo con el mayor general de infantería don Manuel de Peñas y los oficiales de plana mayor el coronel don Gervasio Gasca, el teniente coronel don Agustin Ore, los sargentos mayores don Joaquin de Carbajal y don Miguel de Velasco, aquel de mi division, y éste de caballería; el ayudante de campo de V. E. don Fernando Ferrer, el mio don Sebastian Mantilla, los de division don Domingo Gali, y don José Falcon; el del cuartel-maestre del ejército de observacion don Manuel de Plaza, y el subteniente don German Segura, con seis ordenanzas de carabineros reales; y con efecto, á tiro de pistola del principal trabajo de los enemigos pude afianzar mis determinaciones para obrar con el tino y prudencia que merecía el caso, y que tan afortunadamente respondió al intento. Sobre estos principios dispuse que las guerrillas de Palafox, reforzadas de los suizos y catalanes, figurasen un ataque por la derecha del retrincheramiento de la Bernardona, sin comprometerse; y que el resto de los granaderos de Palafox, sostenidos por el batallon de reales Guardias walonas, lo practicasen asimismo por el camino de la Muela, entre el de Alagon y Casa blanca. En ejecucion de esta maniobra, con un ardor solo reservado al valor y disciplina, mandé á Villacampa atacase por nuestra derecha, y procurase penetrar hasta descubrir el flanco izquierdo del enemigo, que era todo mi interes: en esta situacion recibí aviso del vigía que situé sobre el castillo, que por la márgen derecha del Ebro se adelantaba una

columna de infantería enemiga sostenida por un cuerpo de caballería: inmediatamente, con los dichos oficiales de plana mayor, me dirigí á dicho castillo con el objeto de examinar este movimiento, del cual asegurado, y notando que el batallon de Huesca, con una intrepidez propia de su buen nombre, no solo había adelantado al flanco del enemigo, sino que, habiéndole batido de todas las torres en que se apoyaba, se hallaba bastante avanzado sobre la llanura, para sostenerle en todo evento, monté á caballo, y mandé me siguiesen los escuadrones de Numancia y Olivencia; dirigiéndome por el camino de Sancho á desplegar la batalla sobre la márgen derecha del Ebro, acompañado de los insinuados oficiales de plana mayor, exceptuando el mayor general Peñas, á quien, por haberle herido el caballo una bala de fusil, y hallarse á pie, como para que me reforzase y sostuviese caso de una forzada retirada, dispuse se quedase con Huesca en observacion de mis movimientos, y el coronel de dia don Gaspar de Fiballer, que desde este instante me acompañó durante la accion; y que el distinguido batallon tercero de reales Guardias españolas, que llegó de refuerzo al mando de su comandante el brigadier don Juan de Figüeroa, pasase á reforzar á Villacampa, quien, obligado de los considerables refuerzos que el enemigo había recibido, se veía precisado á retroceder: momento indicado para nuestra caballería: mandé atacar; y no bien oida la señal del clarín, escapa, derrota por aquella parte al enemigo, envuelve hasta unos doscientos que quedaron en el campo, y persigue á respetables batallones, que se precipitan de la otra parte de la acequia: dos violentos del enemigo, y la imposibilidad que ofrecía la segunda acequia terminaron la matanza; y estos valientes defensores, con las espadas teñidas de sangre hasta la guarnicion, sin haber faltado una línea al orden, atacaron, cargaron, y volvieron á la for-

segundo don Francisco Gonzalez, quien, marchando con su gente en columna ácia las trincheras y tapias que los enemigos ocupaban, les rompieron estos el fuego desde ellas; pero, despues de haber echado un exhorto á las tropas de su mando, cargó sobre ellos á la bayoneta, sin disparar un tiro de fusil; posesionándose de la casa, trinchera y tapias. Otro obstáculo hubo que vencer, que solo el valor de nuestras valerosas tropas lo hubiera superado, y fué que el enemigo se hizo fuerte en la casa de la derecha de los trabajos, lo que advertido por Gonzalez, reanimó á los invencibles voluntarios, y en pocos minutos fueron desalojados, acompañado del famoso y experto capitan de ingenieros don Manuel Rodriguez Perez para el reconocimiento de dichas obras, llevando consigo al mismo tiempo clavos y martillo para clavar artillería si el enemigo la hubiese tenido en parage que no se hubiera podido conducir á este punto: mientras tanto, mandaba yo la division del centro, compuesta de cincuenta cazadores de Valencia, del mando del comandante don Pedro Asell, para impedir la comunicacion y pronto socorro de derecha é izquierda por los dos caminos de Torrero y la Cartuja; quedando el mando de esta fortaleza al de mis segundos el baron de Ernuz, y don Alberto Sagastibelza, el comandante de artillería don José Ruiz de Alcalá, los oficiales de marina destinados en este punto don Nicolás Rodabani, don Felipe Zayas y don Felix Ruiz, quienes, con sus acertados tiros por la artillería, contribuyeron á hacer retirar los enemigos, y daban lugar al avance de nuestras tropas. Reconocidos los trabajos que se hallan sobre el flanco derecho de este reducto, y se prolonga en direccion oblicua hasta el camino de Torrero como unas doscientas toesas de distancia de este punto, solo es una trinchera con el parapeto que han producido las tierras de su excavacion; su profundidad la suficiente para cu-

brir á un hombre, con su banqueta para la fusilería, sin que por ahora se advierta vestigio alguno de batería contra éste ni otro punto por la parte indicada. De ningun modo puedo indicar á V. E. la satisfaccion que este dia he tenido al ver avanzar las referidas tropas como leones sobre dichos enemigos, y recomendar con particularidad sus dignos oficiales, pues cada vez que extendía mi vista sobre derecha é izquierda, solo veía correr los nuestros á porfía sobre los enemigos, y éstos en huida, hasta que, tocando á rebato las campanas de Torrero y generala, cargó sobre nosotros un refuerzo considerable de tres columnas, á cuyo tiempo mandé se retirase nuestra gente, en virtud de haber conseguido y llenado los encargos de V. E. en el reconocimiento de sus obras. En esta accion han perdido los enemigos, segun informes de todos los oficiales y el mio, mas de ciento cincuenta hombres; habiendo tomado nuestras tropas cuatro mochilas, seis fusiles, tres mantas, un poncho, una bota, y una sarten con que estaban guisando de comer; y últimamente, señor, si cuando Gonzalez me pidió refuerzo para seguir adelante hubiese tenido tropa suficiente, no dude V. E. que acaso nos hubiésemos apoderado de Torrero, porque estaba el enemigo arredrado al verse acometido con el mayor denuedo á la bayoneta: consistiendo nuestra pérdida en el capitan de cazadores de Orihuela don Luis Maseres, cuya familia recomiendo con particularidad á V. E., seis soldados muertos de dichos cuerpos, heridos al teniente coronel del primero de voluntarios don José Aznar, el subteniente don Narciso Mira, y veinte y dos soldados de los referidos cuerpos. Tambien debo recomendar á V. E. al teniente de zapadores de Calatayud don Miguel Mir, que con diez y seis hombres concurrió con toda firmeza á los trabajos de demoler las obras del enemigo durante la accion, en la que tuvo dos heridos, siendo uno de ellos

el valeroso sargento primero de la misma Manuel Casaus, que fué el primero que lo emprendió al frente de su gente. Igualmente recomiendo á V. E. al subteniente don Diego Ballester, del primero de voluntarios de Aragon. Es cuanto por ahora tengo que informar y poner en noticia de V. E., á fin de que tenga el gusto de saber con verdad la confianza que se les debe á dichas tropas. Dios guarde á V. E. muchos años. San José 31 de diciembre de 1808. = Excelentísimo señor. = Mariano Renovales. = Excelentísimo señor capitan general de este ejército y reino."

Como desde por la mañana vieron formados los batallones en el Coso para recibir órdenes, concurrieron muchos habitantes á las puertas, y aparecieron las baterías coronadas de espectadores, y tambien las torres y demas sitios desde donde podia descubrirse el campo de la pelea. El fuerte de san José estaba cubierto de un humo denso, y se divisaba claramente el tiroteo de las guerrillas. En las alturas de Torrero tenía el enemigo sobre las armas varios cuerpos de infantería y caballería. Por la tarde fué extraordinario el concurso en la batería á inmediaciones de la plaza del Portillo. El fuego graneado y cañoneo del castillo formaba un contraste magestuoso, y el eco resonaba por las cordilleras de los montes circunvecinos. Era admirable la serenidad con que las personas de ambos sexos, y de todas clases, subsistían á las inmediaciones del castillo, dedicándose unos á prestar socorros á los heridos, y otros á buscar municiones: muchos paisanos armados, incorporados á las tropas, lidiaron con denuedo; y cuando los batallones regresaron al anochecer, y la caballería entró con los sables tintos en sangre, los aplausos resonaron de todas partes con una algazara la mas viva.

Estas ventajas parciales servían para sostener el entusiasmo. Consiguiente Palafox en sus principios, dirigió una brillante proclama á los soldados de su ejército de

reserva, que decía: «Ayer sellásteis el último dia del año con una accion digna de vosotros: cuando dispuse un reconocimiento general en los puntos que ocupa el enemigo, os hallé mas prontos á un ataque, no pudiendo vuestra bizarría conteneros: bien luego hallásteis con quien chocar. El campo del enemigo todo en masa caia sobre vosotros, cuando, obedeciendo mi orden con mas velocidad que pude darla, os arrojásteis sobre ellos, destrozando con vuestra bizarra caballería los famosos guerreros del norte, que os esperaban á pie firme. Su descarga no os aterró; mucho menos sus bayonetas, pues llegando mas pronto vuestras espadas, tuvo el gusto esta invicta ciudad de ver tendidos por el suelo inumerables cadáveres de los bandidos que la sitian. Sonó el clarín, y á un tiempo mismo los filos de vuestras espadas arrojaban al suelo las altaneras cabezas, humilladas al valor y al patriotismo. ¡Numancia, Olivencia! estoy satisfecho de vuestra bizarría: ya he visto que vuestros ligeros caballos sabrán conservar el honor de este ejército y el entusiasmo de estos sagrados muros. ¡Batallones que os hallásteis en la accion! todos sois merecedores del aprecio de vuestro general: ¡y vosotros, gefes, á quienes he confiado el mando de estos cuerpos; y los que guardais los fuertes muros de esta ciudad! todos sois acreedores á la justa opinion pública. Comenzad este año como acabásteis el pasado: sean mayores nuestras glorias, puesto que deben ser mayores los empeños, y mayor el lauro de conseguir con vuestro esfuerzo la entera libertad de España. Yo os prometo, soldados, toda mi consideracion: y para que el dia de ayer sea anotado entre los grandes y felices de nuestro ejército, he dispuesto que, en testimonio de vuestra bizarría, lleveis al pecho una cinta encarnada todos los que os señalásteis en tan distinguida accion: tambien vosotros, vecinos de esta ciudad que quisísteis disfrutar de iguales glo-

rias, hallándoos en el fuego en medio de mis soldados, llevareis con ellos esta distincion: usadla, sí, valientes soldados; y sea entre vosotros un estímulo: sabed que me hallareis pronto siempre á premiar vuestro valor, así como á castigar la menor cobardía, que no espero en vosotros. Ceñid esas espadas ensangrentadas, que son el vínculo de vuestra felicidad, el apoyo de la patria, el cimiento del trono de Fernando, y la gloria de vuestro general. Cuartel general de Zaragoza 1.° de enero de 1809. == Palafox."

CAPITULO VI.

Toma el mando del ejército el duque de Abrantes. — Correrías del ejército sitiador por las inmediaciones. — Trabajos para formalizar el sitio. — Salida de los del fuerte de San José para entorpecerlos. — Proclama para difundirla entre las tropas enemigas.

El 1.° de enero se establecieron los serenos, que en aquellas circunstancias fueron sobremanera útiles. La disposicion de ánimo de los habitantes y de la tropa era la mas apta para cualquiera empresa, por árdua que pareciese; sin embargo, temiéndose la superioridad del enemigo, apenas repitieron las salidas, y jamás llegaron á desbaratar los trabajos de fortificacion, que de cada dia iban perfeccionando los franceses. El 2, una porcion del segundo de voluntarios, de walonas, Guardias españolas y murcianos, apoyados de una parte de la caballería de Numancia, fueron al paso del rio Gallego. El de voluntarios de Perena por la Torre del Arzobispo situó un cañon en el ángulo del camino que vá al puente, é hizo fuego á las tropas francesas que lo ocupaban, y tenian los caseríos inmediatos; y con este motivo hubo diferentes escaramuzas. Los que tomaron el camino bajo por Jesus, llegaron al Gallego, lo pasaron á vado, é internándose por aquel terreno quebrado, y poblado de árboles, hostigaron á las guerrillas que alli habia. Tambien salieron tropas del fortin de San José á perturbar los trabajos. Renovales tomó sus medidas; y aunque los soldados estaban llenos

de ardimiento, fué tan densa la niebla, que no quiso exponerlos, pero hicieron un fuego que incomodó mucho al enemigo. El parte que dió al general es el siguiente: «Excelentísimo señor: En cumplimiento de la orden de V. E., fecha 1.º del corriente, dispuse, de acuerdo con el comandante de voluntarios del primer batallon de Aragon don Pedro Gasca, la combinacion de operaciones para el ataque que se debia dar á los enemigos en la madrugada del 2, dejando á su mando el punto de la izquierda, el del centro al de don Alberto Sagastibelza, y el de la derecha al del baron de Erruz, ambos mis segundos; pero habiendo cargado antes de amanecer una niebla sumamente densa, impidió la salida; y á mas, valiéndose de ella los enemigos, se arrimaron sumamente cerca de esta fortaleza, y rompieron el fuego contra ella con bastante actividad; pero con el nuestro de artillería y de fusilería se les rechazó hasta los caminos cubiertos que tiene en esta circunferencia; dejando en su retirada cinco mochilas, algunos fusiles, morriones, y dos hachas de mano: el destrozo en sus tropas debe haber sido grande, cuando solo á veinte pasos cayeron cinco, y vístose varios regadíos de sangre; sin embargo, sostuvieron á toda costa sus trabajos, manteniéndonos desde ellos el fuego por todo el dia. La pérdida de nuestra parte, entre muertos y heridos, llega al número de veinte, de los cuerpos del primer batallon de voluntarios de Aragon, primero de voluntarios cazadores de Cataluña, cazadores de Orihuela, cazadores de Valencia y artilleros. Dichos cuerpos, excelentísimo señor, me molestaban continuamente á fin de que los dejase salir á batirse fuera de este reducto; pero no me pareció prudencia el sacrificarlos, atendiendo á las ventajas y trincheras que el enemigo poseía. Recomiendo con particularidad á Manuela Sancho, que, tanto en el ataque del dia *último* del año pasado, como en el de ayer, sirvió la arti-

llería y mortero como pudiera haberlo hecho el mejor artillero, conduciendo cartuchos para los unos, y piedras para el otro; sin haberle notado la menor mutacion, á pesar de haber caido algunos á su lado; dió fuego á algunos cañones, y lo hizo de fusil en la trinchera como uno de tantos: y pareciéndome una heroina, digna del distintivo que V. E. concedió por las acciones del último del año pasado, por hallarse comprendida en ellas, y para que sirva de estímulo, he tenido á bien hacerlo presente. Tambien recomiendo á V. E. muy particularmente, para que recaiga en ellos dicha gracia, á mis ayudantes don Luis de Alcalá, capitan primero del batallon de tiradores de Doyle, y al subteniente don Juan Manuel de la Fuente, quienes en ambas funciones han trabajado con el mayor esmero; y se me olvidó hacerlo presente á V. E. en el parte del 1.º del corriente. Tambien recomiendo en general á todos los oficiales de los cuerpos referidos, en quienes he observado el mayor celo y vigilancia, para que V. E. los distinga como deseo. Dios guarde á V. E. muchos años. San José 3 de enero de 1809. = Excelentísimo señor. = Mariano de Renovales. = Excelentísimo señor capitan general de este ejército y reino."

Los franceses salieron el 1.º de enero de las paralelas de su derecha y centro para avanzar los trabajos; redujeron el número de operarios á quinientos para el ataque de la derecha, y á trescientos para la del centro. El 2 se aprovecharon en el ataque de la derecha de un foso para preparar la segunda paralela, cuyos trabajos interrumpieron los defensores, ocasionándoles alguna pérdida. En este dia partió el mariscal Moncey, y tomó el mando el duque de Abrantes, quien dispuso saliese el mariscal Mortier á Calatayud con la division Suchet, y tuvo que ocupar su lugar la de Morlot. El ejército quedó disminuido en nueve mil hombres; y esto, unido á los destacamentos que

despedian á buscar víveres, lo redujo y debilitó en términos, que á poca costa se les hubiera hecho levantar el sitio. Para suplir la falta de atrincheramientos, el general de ingenieros Lacoste hizo construir tres reductos de contravalacion delante del frente de dicha division, y una parte de la de Musnier se situó sobre la izquierda del rio Huerva. Á pesar de que nuestros fuegos eran continuados, el 6 quedó concluida la segunda paralela del ataque de la derecha, á cuarenta toesas del fuerte de San José, y tambien las comunicaciones con la primera; cuyo trabajo ejecutaron á la zapa volante. En el centro formaron una semi-plaza de armas para sostener el camino, sobre la cabeza del puente, pues por esta parte formaron nuestros trabajadores una línea de contra-ataque en la orilla izquierda del Huerva para enfilar sus sicsaques en la ribera derecha, lo que les obligó á cargar á los nuestros para impedir continuasen unos trabajos que podian serles perjudiciales. El general Dedon recibió treinta cañones con las municiones correspondientes; y desde luego comenzaron los franceses á construir contra San José el 7 y 8 en la primera paralela las baterías á rebote n.os 1.° y 2.° de 8 cañones ú obuses, que indica el plano; la primera en la torre olivar de Marcellan, y la de brecha número 4.° en la segunda paralela de cuatro piezas de á veinte y cuatro, y la de cuatro morteros número 3.°; al todo diez y seis bocas de fuego. Contra la cabeza del puente, ó reducto del Pilar, formaron la batería de brecha número 5.°, de cuatro piezas de á veinte y cuatro; la del número 6.°, de cuatro morteros, y las de los números 7.° y 8.° de cañones y obuses; al todo diez y seis bocas de fuego. Todas estas quedaron concluidas y armadas, y en disposicion de obrar, el 9 de enero por la tarde.

En todos estos dias fué grande el fuego contra el enemigo, y de consideracion el daño que experimentó, ya

con las morteradas de piedras, ya con la artillería y fusilería; como que han confesado perdían diariamente mas de treinta hombres: tambien molestaban á nuestros artilleros, que viendo desmoronadas las troneras, tenían que cubrirlas con sacas de lana para guarecerse de sus tiros. El dia 4 salieron del fuerte de san José tropas y paisanos, que, parapetados á lo largo del terreno por su izquierda, se tirotearon sin ningun fruto.

Uno de los cuidados era no perder de vista las ideas que circulaban. Los franceses introdujeron papeles que anunciaban la ocupacion de la corte; y para contrarestar el influjo que podian tener semejantes noticias circuló Palafox la siguiente alocucion: «Mi suerte me tiene siempre entre el estruendo del cañon y las bayonetas del enemigo: no me dan mas tiempo estos perros que para limpiar mi espada, teñida siempre en sangre; pero esta ciudad de Zaragoza es, y será su sepulcro: estos invencibles muros son el escollo donde se estrellan, y el testimonio del amor á nuestro Fernando. Sí, valientes carpetanos: sí, héroes: sí, hermanos mios; aquí no nos rendimos; no podemos morir; no acertamos con las miserias ni reflexiones de los guerreros: nacer para la posteridad es lo que sabemos; y cuando el Cielo, ayudando mis deseos, aleje de nuestra vista enemigos tan infames, volaremos, sí, volaré yo mismo en vuestro auxilio. Moncey me escribió que Madrid había capitulado: á pesar de ignorar vuestra suerte, no supe contener mi ira; pero sí supe no creerlo, y manifestárselo, asegurándole el poco aprecio que hago de las amenazas de su emperador y de sus ejércitos: le he destrozado tres columnas: mi caballería dejó caer las espadas sobre sus soberbios cuellos, y la infantería los clavó en sus bayonetas: siempre que los ataco, los venzo: si me atacan, van escarmentados. Ánimo, valientes madrileños: la campaña solo se bate con sangre; y en la victoria can-

temos todos juntos himnos á nuestro idolatrado Fernando. Cuartel general de Zaragoza 4 de enero de 1809. = Palafox."

En este estado, corrian voces de que iban á llegar tropas para hacer levantar el sitio. El dia 5, á las ocho de la noche, formó el batallon de Huesca en el paseo de Santa Engracia, por la puerta Quemada el de Valencia, y así los demas cuerpos, los que estuvieron sobre las armas. En la Torre Nueva cebaron fuegos artificiales, y por la parte del arrabal otros; dando á entender que habia en esto alguna inteligencia con los auxiliares; pero pasó la noche sin que sobreviniese novedad alguna. Nuestras avanzadas distribuyeron una proclama impresa en español, frances, italiano, latin, aleman y polaco para excitarlos á que desertasen, y decía así: «Ya es tiempo que conozcais vuestra verdadera situacion. Las victorias que conseguísteis en el norte fueron empezadas por la desolacion de las familias, la pérdida de vuestros bienes y acrecentamiento de cuantiosas rentas que se han apropiado los que nada tenían, y acabaron por el engaño y la perfidia: estas victorias os habrán alucinado, hasta que el inaudito arrojo de vuestro emperador, viendo perdidas ya en España mas de setenta mil almas en los últimos meses de este año pasado, os quitó del norte, donde érais mas precisos para conservar sus decantadas victorias y sostener los tratados de Tilsit; pero en España teneis la escuela de la verdad: aquí venís á costa de grandes sacrificios á ver rasgado el velo de la iniquidad con que os tiranizan: aquí, donde el oro no hace fuerza, donde la intriga no es apoyada por los verdaderos españoles, todo lo teneis que esperar de vuestro esfuerzo. Considerad, pues, que para once millones de combatientes no vale la táctica, ni el valor mas acreditado para resistir á la imponderable fuerza que os oponemos. Ninguna accion en España os ha sido

ventajosa: la menor victoria os ha costado arroyos de sangre: y al cabo ¿qué habeis conseguido? desolar los pueblos, matar impunemente los desgraciados indefensos, robar los templos y aterrar las mugeres; excesos que envilecen el nombre frances, crímenes que hacen ignominioso vuestro honor, y con los que os haceis aborrecibles á todo el continente. La heróica defensa de Zaragoza, las acciones de Bailén, el memorable dia dos de mayo, la defensa de Valencia, los progresos del ejército de reserva en Navarra, y lo caro que os costó la funcion de Tudela, en donde no pudo la intriga hacer mas en favor vuestro; el escarmiento que os han dado los pueblos de la ribera del Jalon, y el último suceso que á los muros de Zaragoza habeis experimentado el dia 21 de diciembre. os hace conocer cuan fallidos han sido los cálculos de vuestro emperador, y que su capricho acabará con todos vosotros antes de lograr su desatinado empeño. Franceses: esta es vuestra verdadera situacion: internados en una provincia enemiga del emperador, y no de vosotros, os veis sacrificados al capricho y á la ambicion; pudiendo ser tan felices como ella si abandonaseis una causa tan injusta como la que seguís, empleando vuestro bizarro valor en defender vuestras propiedades, adquiriendo nuevas glorias y lauros mas distinguidos en otro objeto de guerra mas noble que el que seguís. Italianos, polacos, alemanes: vuestra patria os llama, vuestras familias os esperan; venid, que, abandonando una guerra que es vuestro oprobio, este gobierno noble y generoso os conducirá á vuestros hogares, si con una noble confianza os acogeis bajo su alta proteccion: sereis recibidos como amigos, socorridos y auxiliados como permite el caracter de esta valiente nacion, tan grande en castigar como en perdonar á los que la ofenden. Desechad de vosotros el necio error en que os tienen de que vuestros prisioneros son maltratados, cuando ya

algunos de ellos estan disfrutando en sus casas de sus comodidades; y vosotros, si os pasais como ellos, lograreis beneficios: abrid los ojos; ya sabeis que en España no hay cobardes; elegid lo que querais."

Los franceses no perdían un instante, ya en expediciones, ya en perfeccionar sus trabajos: nosotros nos alimentábamos con esperanzas halagüeñas. La estacion, aunque no tan cruda como en otros inviernos, empezó á afectar á las tropas valencianas y murcianas. Esta novedad produjo complicaciones y trastornos. Cada cuerpo tenía un hospital; y siendo estos por lo menos cincuenta, fué preciso destinar otras tantas casas de las mas crecidas. Arreglados los sitios por los comisionados, principiaron la obra; y esto produjo un espectáculo lastimoso: á unos los trasladaban en camillas, otros caminaban con pena, manifestando en su semblante y languidez que eran víctimas destinadas á la muerte.

bargo, la heróica guarnicion apareció sobre las ruinas; y cuando observó de cerca sus movimientos, dos descargas de fusilería fueron bastantes para contener su primer ímpetu. No contentos nuestros valientes con haber escarmentado al enemigo, salieron del camino cubierto por la izquierda de San José, y fueron con el mayor arrojo á atacar en medio del silencio nocturno la batería número 1.º; pero, conocido el movimiento por los franceses, comenzaron á obrar con oportunidad dos piezas de á cuatro situadas á la derecha de la segunda paralela para flanquear la columna; y la metralla que arrojaba les hizo retroceder con menoscabo conocido. El enémigo, sin duda observando que toda la cortina quedaba derruida, y que la guarnicion se defendía á pecho descubierto, presumió que ésta, prevalida de la oscuridad, abandonaría el fuerte, ó que por lo menos la sorprenderian; pero no bien nuestras descargas esparcieron algunos cadáveres sobre el camino, cuando desistieron, juzgando que era menester emplear mas tropas, y acabar de reducir á polvo y ceniza los restos de aquel edificio. Conociendo imposible la recomposicion intentada, retiraron siete piezas de á cuatro y un mortero, dejando tan solo un obús, y dos cañones de dicho calibre.

Las tropas que salieron por el arrabal de la izquierda en la tarde del dia, y sostuvieron algunos encuentros con las guerrillas; se habian dispuesto tambien dos lanchas ó barcos para unos veinte hombres de diez y ocho remos con un violento y dos obuses en cada una, á fin de molestar los trabajos de los sitiadores en su batería n.º 14, destinada á impedir el paso por el puente de piedra, y una de ellas salió por la orilla izquierda del rio á las órdenes de don Domingo Murcia y Ojeto protegida por los voluntarios de Aragon. Esta escena atrajo muchos espectadores: ya parte veloz, y pasa por delante del convento

una parte del regimiento de suizos de Aragon, y en el centro del reducto se situó el regimiento de cazadores de Valencia, cuya fusilería sostuvo á los apostados en una zanja que figuraba un semicírculo, á distancia de unas quince toesas. Las bombas las dirigian por las inmediaciones de la puerta Quemada, del Carmen y Santa Engracia, á fin de substraer á los habitantes y aniquilar la tropa, prueba de que aspiraban á ocupar aquellos puntos, y que no tardarian en atacarlos. Á las doce tenian abierta brecha en el fortin de San José, y derribado todo el frente de la izquierda, en el que había colocadas tres piezas, que continuaron haciendo fuego á pesar de verse los artilleros á cada paso envueltos en ruinas. Desde la cortina de la derecha apenas dejaban obrar á las baterías enemigas; y nuestros acertados tiros les desmontaron las piezas, y casi arruinaron la mas inmediata, á distancia de treinta toesas. Á la una y media descubrió el enemigo la batería número 10, á nuestra derecha, y á cubierto de la que teníamos junto al molino de aceite, con la que batieron el frente hasta las cuatro de la tarde; y así arruinadas las tres caras, continuó obrando nuestra artillería á cuerpo descubierto, lo que ocasionó pérdidas de mucha consideracion. Entonces dió orden Renovales para retirarla, esperando recomponer por la noche sus baterías. Á las cinco fué relevada la tropa situada en la derecha por el batallon de voluntarios de Huesca, la de la izquierda por el primero de voluntarios de Aragon y parte de los Guardias walonas y suizos, y la del centro por el segundo de voluntarios de Valencia y milicias de Soria. Habiendo cesado el fuego á las siete, comenzaron á recomponer, bajo la direccion del capitan de ingenieros don Manuel Perez, las baterías; pero á las once y media de la noche comparecieron delante del foso en disposicion de asaltar el fuerte. Ya no era mas que una montaña de escombros; sin em-

bargo, la heróica guarnicion apareció sobre las ruinas; y cuando observó de cerca sus movimientos, dos descargas de fusilería fueron bastantes para contener su primer ímpetu. No contentos nuestros valientes con haber escarmentado al enemigo, salieron del camino cubierto por la izquierda de San José, y fueron con el mayor arrojo á atacar en medio del silencio nocturno la batería número 1.º; pero, conocido el movimiento por los franceses, comenzaron á obrar con oportunidad dos piezas de á cuatro situadas á la derecha de la segunda paralela para flanquear la columna; y la metralla que arrojaba les hizo retroceder con menoscabo conocido. El enemigo, sin duda observando que toda la cortina quedaba derruida, y que la guarnicion se defendía á pecho descubierto, presumió que ésta, prevalida de la oscuridad, abandonaría el fuerte, ó que por lo menos la sorprenderian; pero no bien nuestras descargas esparcieron algunos cadáveres sobre el camino, cuando desistieron, juzgando que era menester emplear mas tropas, y acabar de reducir á polvo y ceniza los restos de aquel edificio. Conociendo imposible la recomposicion intentada, retiraron siete piezas de á cuatro y un mortero, dejando tan solo un obús, y dos cañones de dicho calibre.

Las tropas que salieron por el arrabal de la izquierda en la tarde del dia 10 sostuvieron algunos encuentros con las guerrillas; se habian dispuesto tambien dos lanchas ó barcos para unos veinte hombres de diez y ocho remos con un violento y dos obuses en cada una, á fin de molestar los trabajos de los sitiadores en su batería n.º 14, destinada á impedir el paso por el puente de piedra, y una de ellas salió por la orilla izquierda del rio á las órdenes de don Domingo Murcia y Ojeto protegida por los voluntarios de Aragon. Esta escena atrajo muchos espectadores; y parte veloz, y pasa por delante del convento

rias compañías, dió la vuelta al fuerte por la garganta, y divisó un puente de madera que servía de comunicacion por debajo del foso para pasar del flanco del fuerte al camino cubierto de la derecha, el cual se omitió cortar al tiempo de la retirada. Lánzase el enemigo sobre él, y entra en el fuerte; ocupa tres piezas, y hace algunos prisioneros: entre tanto, el segundo de Valencia y el primero de Huesca se retiraron como pudieron por el hondo de la Huerva, introduciéndose á duras penas por las tapias de la huerta de Camporeal, y otra porcion lo ejecutó por un puente provisional, por haber volado el dia anterior una de las dos arcadas del de la Huerva ó San José, dirigiéndose al camino cubierto que había desde la torre de Aguilar, y venía á parar á un vago inmediato al molino del aceite. El parte oficial de lo ocurrido en este punto decía así: «Excelentísimo señor: Tengo el honor de dar á V. E parte de la defensa del reducto de San José, confiado á mi mando, que añade nuevos timbres á los muchos que se ha adquirido la nacion española, y que manifiesta el heróico entusiasmo con el que defiende su patria y soberano, que con el dolo é infamia ha pretendido esclavizar el tirano de Europa. — Señor: El 9 del corriente manifestaron ya los enemigos tres baterías, una á la izquierda del reducto, á distancia de unas doscientas toesas, y dos al frente, una á distancia de unas treinta, y otra á la de doscientas treinta. Desde luego me persuadí que trataban de batirme en brecha, de lo que dí aquel mismo dia parte á V. E. En efecto, al amanecer del 10 lo verificaron con un vivísimo fuego de sus tres baterías, montadas con artillería de batir, obuses y morteros. La nuestra les correspondió con el mas acertado fuego, y la fusilería que tenía apostada, una parte compuesta del batallon de reales Guardias españolas, á la derecha, en un parapeto que había mandado hacer con toda precaucion; otra parte,

compuesta del regimiento de suizos de Aragon, á la izquierda, colocados en los mismos términos; el regimiento de cazadores de Valencia, que formaba el centro del reducto, la que sostenía con el mayor valor, y resistía á la suya, que tenian apostada en una zanja en forma de un semicírculo, á distancia de unas quince toesas. Á las doce consiguieron el abrirme la brecha, ó derribarme del todo el frente de la izquierda, en el que tenía colocadas tres piezas: sin embargo, á pesar de cubrirse á cada paso con las ruinas, seguí haciendo con ellas un fuego tan vivo como acertado: mi frente de la derecha apenas dejaba maniobrar las del frente enemigas, á las que con sus acertados tiros desmontó dos piezas, y medio arruinó la primera, distante treinta toesas; con lo que suspendieron por aquella parte un tanto sus fuegos; y siguieron batiendo toda la cortina izquierda, donde solo el valor de nuestros valientes artilleros podia maniobrar; á la una y media la tenian ya casi en los mismos términos que la del frente: y colocaron una batería á la derecha, á cubierto de los fuegos de la batería del molino del aceite, con la que batieron el frente derecho hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora estaba ya batido por cuatro baterías, y reducidas á ruinas las mias; con todo, seguía mi artillería sus fuegos á pecho descubierto, con mucha pérdida de gente; por lo que juzgué oportuno mandar retirar hasta poder recomponer con la oscuridad de la noche mi batería; y á las cinco se efectuó, reduciéndome á la fusilería, que fué relevada, la de la derecha por el batallon de voluntarios de Huesca, la de la izquierda, por el primer batallon de voluntarios de Aragon y parte de los reales Guardias walonas y suizos, y el centro por el segundo regimiento de voluntarios de Valencia y milicias de Soria, cuyos cuerpos con su acostumbrado ardor seguian manifestando al enemigo que eran superiores á los conquistadores

de la Italia &c., y que mi guarnicion despreciaba sus balas, bombas y granadas, y sabia conservar unas ruinas que la cubrian de gloria. A las siete paró el fuego y mandé al señor don Manuel Perez capitan de ingenieros que con su acreditada pericia recompusiese las baterías, lo que iba verificando, pero á las once y media de la noche se presentó el enemigo en número considerable formado en batalla á unos veinte pasos del foso, que sin duda venia á tomar posesion de las ruinas de San José; mas fueron recibidos con dos descargas de fusilería que los desordenaron, y siguió un vivo fuego graneado hasta las dos de la mañana del dia siguiente 11, que vergonzosamente volvieron á cubrirse en sus trincheras. Conociendo ya que era imposible recomponer mis baterías, mandé retirar siete piezas del calibre de á cuatro y un mortero, quedándome con un obus y dos cañones del mismo calibre: al amanecer del 11 rompieron de nuevo el fuego que correspondí con la artillería que me quedaba y fusilería, siguieron derribando las composiciones que con sacos á tierra se habian hecho, y reducido á polvo lo que restaba del edificio, sin que quedara un pie de aquel terreno que no estubiera sembrado de balas tanto de fusil como de cañon de todos calibres, y cascos de bombas y granadas. A las dos de la tarde no solo las cuatro baterías destinadas á batir aquel reducto, sino las que tenian colocadas por la parte de Santa Engracia dirigieron allí sus bombas y granadas, de suerte que no tenia donde colocar un soldado que no estubiera cada minuto rodeado de ellas: en este estado mandé retirar cuantos efectos tenia hasta las rejas que habian venido todas abajo, retiré igualmente unas trescientas balas, bombas y granadas que no habian reventado, sacándolas de entre las ruinas. El voraz fuego del enemigo seguia aumentandose, y á las cuatro se presentó nna columna de caballería formada en batalla acia los olivares de

la izquierda por la parte de Huerva, y situaron dos cañones á medio tiro de metralla de mi izquierda, la que no pudiendo resistir mas su fuego, se vió precisada á retirarse: mandé entonces cubrir los parapetos de lo interior del reducto por aquella parte, ya por sostener la retirada de dicha izquierda, y ya por cubrir este flanco de dicho reducto: mientras me ocupaba en esta operacion me avisaron se notaba algun desórden por mi derecha; acudí allí inmediatamente, y encontré que se retiraban, pues no podía, sin ser del todo sacrificada, resistir por mas tiempo el incesante fuego del enemigo, en cuyo estado mandé que mi centro, que ocupaba el reducto, se retirára con el mayor orden posible, por las bombas, granadas y balas rasas del enemigo, que no permitian, sin perder aquella valiente tropa, sostener mas este punto: con mi retirada dejé al enemigo los escombros del reducto de san José empapados en sangre, esparcidos en ellos brazos, piernas y pedazos de cuerpos; escombros que lo cubren de ignominia; y á sus defensores, á V. E. y á esta invicta ciudad y ejército de gloria. Recomiendo á V. E. á don Diego Pedrosa, comandante del muro de Puerta Quemada, y á don Policarpo Romea, quienes con su celo, actividad y patriotismo me facilitaban á todas horas caldo, presa, hilas, bendas y demas socorro necesarios para los heridos y enfermos que incesantemente conducia de mi punto á los suyos á todas horas; y asimismo lo dispuesto y prevenido que se hallaban para contribuir en defensa de dicho mi punto á cualquiera sorpresa que el enemigo hubiera intentado contra él. Tambien recomiendo los incesantes trabajos, celo y actividad de los aparejadores ó sobrestantes don Antonio del Royo, don Miguel Ugalde y don Francisco Ricarte, y los paisanos de la parroquia Joaquin Urcenque, Pascual Serrano, Alberto Borraz, cabo, Mariano Borraz. La pérdida del enemigo en esta accion ha sido de mucha

consideracion, y me atrevo á asegurar á V. E. que no baja de mil quinientos hombres entre muertos y heridos, siendo la de nuestra parte conforme la relacion que ya tengo dada á V. E.

Aunque no sabemos cómo dignamente ponderar el valor y bizarría con que han lucido en la defensa del reducto de san José todos los cuerpos, gefes, oficiales y subalternos que han sido destinados á tan honrosa y bien correspondida confianza; nos ha parecido digna de glorioso reparo la conducta de su comandante don Mariano de Renovales, el cual, despues de haberse granjeado las mas crecidas alabanzas y honras particulares en la anterior defensa de esta ciudad, ha cumplido con los impulsos de su natural esfuerzo, aun mas allá de lo que se debe esperar de cuantos obran excitados del honor militar á vista de los mayores peligros."

El reducto del Pilar, cabeza de puente, fue en este dia objeto de los sitiadores, pues les convenia ocuparlo para adelantar su línea. Esta obra se componía de cuatro lados, y el perpendicular al camino del monte Torrero no estaba flanqueado; su ámbito era de unas cincuenta toesas, y la cortina de la izquierda apoyada en un caserío estaba aspillerada, é igualmente parte de la derecha que daba al terreno elevado por donde discurre el rio Huerva. El foso excavado tenia diez pies de profundidad y lo coronaban varias piezas de artillería. Las cuatro baterías que lo enfilaban y batían por todos sus costados no distaban sino cuarenta toesas, y facil es conocer lo árduo y arriesgado que era el sostenerlo. El primer comandante de este punto era el coronel don Domingo Larripa, y el segundo el teniente coronel don Federico Dolz y Espejo: lo guarnecian el segundo batallon de Voluntarios, el de Calatayud, los dependientes del resguardo, y muchos paisanos que concurrieron armados á defenderlo con un entusias-

mo inconcebible. Don Marcos Simonó hacia de gefe ingeniero, y de comandante de la batería don Francisco Betbezé. El enemigo comenzó á hacer fuego contra este punto á la hora indicada de las seis y media con dos baterías de frente y una por cada costado; para comunicarse entre los dos puntos del ataque formó un puente, y continuó, sin cesar, derramando todo género de proyectiles. Viendo que la batería de brecha por su distancia no producia todo el efecto, entrado el dia (pues de las diez y ocho toesas que abrieron apenas seis eran practicables) difirió el asalto, y dispuso que al tiempo de verificarse el del convento, llamasen por aquella parte nuestra atencion. Efectivamente, á las cuatro y media comenzaron un fuego terrible de fusilería, que por el pronto consternó á los defensores, á quienes procuraron rehacer los gefes, conociendo no iban á asaltarlo. A pesar de esto la turbacion continuaba, y observando el comandante del puente de santa Engracia don Bartolomé Antonio Amorós que algunos abandonaban el reducto, y lo mismo el comandante de Canfranc don Fernando de Marín, auxiliado de una guardia de respeto que había reunido, con sable en mano les hicieron volver á ocupar sus puestos. El brigadier don Antonio Torres, que desde la línea de la puerta del Carmen conoció el desorden, acudió con refuerzo, y lo mismo hicieron el teniente coronel don Fernando Zapino, comandante y sargento mayor del batallon del Carmen, y el coronel don Joaquin García, con lo que consiguieron restablecer el órden, y que no se apoderasen los franceses de aquel punto. Nuestra pérdida en este dia fue de treinta muertos y ochenta heridos. Por la izquierda continuó el enemigo sus trabajos ensanchando sus trincheras y dando mas elevacion á sus reductos. El comandante del punto dió cuenta de este acontecimiento en esta forma: «Excelentísimo señor: = Este dia once del corriente mes y año deberá hacer época

en los fastos de Zaragoza. El enemigo empezó como ayer el fuego de sus cuatro baterías, dos por el frente y otras dos por derecha é izquierda, á las siete de la mañana, y fué contrarestado por solo la fusilería. Sin embargo del fuego de artillería y fusilería, y tener diez y ocho toesas de brecha abierta ó practicables, con todo no pudo nada el enemigo, á pesar de su empeño. Las cosas se hallaban en este estado hasta las cuatro y media de la tarde, cuando, habiéndose multiplicado los enemigos en su línea, principió un fuego espantoso de fusilería, el cual introdujo en los nuestros alguna confusion, propia de aquel apurado lance, pero se restableció prontamente el buen orden, mediante el valor y acertadas providencias de don Domingo Laripa, del ingeniero don Marcos Simonó, del comandante de la batería don Francisco Betbezé, don Quintin Velasco, capitan del Real Cuerpo de Zapadores, don Mariano Galindo, capitan del segundo batallon de Voluntarios de Aragon, y los del mismo cuerpo don Mariano Marques, y otro con el subteniente del Real Cuerpo de artillería don José Arnedo, y el capitan del batallon de Calatayud don Vicente Serrano, con unos treinta soldados del segundo de Voluntarios de Aragon, cuya lista he pedido para noticia de V. E. Habiendo consultado el caso Laripa con Simonó, fueron de dictamen de que se defendiese á todo trance, respecto que en solo media hora de defensa estribaba conservar la batería, como así sucedió. Hallándome en aquel momento en el centro de la línea, observé que las tropas abandonaban el reducto, y me dirigí á ellas á tiempo que el comandante de Canfranc don Fernando Marin con sable en mano las hacía retroceder á aquel punto, y con una guardia de respeto que éste habia ya formado, pudo reunir las que habian abandonado su puesto, despues de mil trabajos; las que volvieron á su destino prosiguiendo la defensa

con la mayor actividad hasta bien entrada la noche en que los enemigos callaron su fuego. Las bocas con que los enemigos lo arrojaron á la cabeza del puente consisten en cuatro obuses, dos de á nueve pulgadas, y otros dos de á siete, colocados á distancia de cuarenta toesas, dos cañones de á veinte y cuatro, dos de á diez y ocho, tres de á ocho, y cuatro de á cuatro, enfilando la cabeza del puente en todas sus direcciones; sin embargo se ha resistido con solo el cuidado de Laripa en que el fuego se distribuyese con uniformidad sobre todas las caras de dicha cabeza del puente, y Simonó en tapar los boquetes presentándose el primero sobre la brecha con su saquete al hombro, acompañado del capitan don Mariano Galindo del segundo de voluntarios de Aragon, cuyos oficiales recomiendo á V. E. con particularidad por su serenidad, y bizarría con que se han portado desde que el enemigo rompió el fuego. En este dia hemos tenido como unos treinta muertos, y sobre ochenta heridos, contándose entre los primeros don José Roque de Francia, teniente del batallon ligero del Carmen, y otro que se ignora del segundo de voluntarios de Aragon, y entre los segundos el coronel don Fermin Romeo, teniente coronel del mismo, cuya bizarría es bien notoria. Con el refuerzo que llegó al reducto se presentaron el coronel don Joaquin García y el teniente coronel don Fernando Zappino, comandante y sargento mayor del batallon del Carmen, los que contribuyeron tambien al buen orden de la tropa, animándola á cumplir con su obligacion. No podemos ni debemos pasar en silencio la defensa y actividad del comandante de artillería de este punto, que desmontó por tres veces la batería enemiga, y enfilando los trabajos de los franceses; como tampoco los méritos del comandante don Bartolomé Antonio Amorós y de don Domingo Laripa, que acreditaron nuevamente su valor y pericia militar; los de

don Fernando Marin, que asi en esta ocasion como en la comandancia militar de Canfranc, ha dado repetidas pruebas de brio, celo y bizarría. Contribuyó tambien á esta gloriosa accion el brigadier don Antonio de Torres, que, añadiendo nuevos afanes, sostuvo el honorífico renombre y buen lugar que adquirió en el asedio precedente; y por fin don Marcos Simonó, á quien tanto debe esta ciudad por sus esforzadas hazañas en la tarde del 4 de agosto."

Debieron quedar absortos los franceses luego que entraron en San José al contemplar aquel hacinamiento de ruinas sembradas de cascos de bombas tintas en sangre, y esparcidos acá y acullá miembros mutilados; pero apenas tuvieron lugar para detenerse en observar estos objetos, pues la batería de Palafox empezó á obrar con la mayor energía, y desde el jardin botánico les dirigieron granadas y bombas, que acabaron de derribar las pocas paredes que subsistian. Las columnas caminaron á derecha é izquierda con el objeto de ocupar un caserío inmediato al reducto de las tenerías, y ver si podian posesionarse de la huerta de Campo-real para flanquear las baterías del jardin botánico, la de los Mártires, é internarse de consiguiente por aquel punto. Observados estos movimientos, creyeron que el enemigo, prevaliéndose de la agitacion que era consiguiente á la ocupacion del fortin, iba á emprender un choque tal que decidiese la suerte de Zaragoza. El toque de cajas resonaba por las calles, á seguida la campana de la torre nueva excitó la alarma del paisanage; todos vuelan á los sitios amenazados; el fuego de fusilería figuraba un trueno continuado; la bala rasa discurria de un extremo de la ciudad á otro; las tropas, los ciudadanos no sabian qué podia significar tanta premura. En los primeros momentos creímos estaban los franceses á las puertas de la ciudad, pero viendo que la alarma habia sido general de-

sistieron, contentándose con ocupar un momento aquellas admirables ruinas.

Loor y gloria á los defensores de Zaragoza en el dia 11 de enero. ¡Que no me sea dado saber los nombres de todos los que permanecieron haciendo frente al espantoso fuego de ocho baterías! ¡Cuán dignos fueron de que el mármol los transmitiera á la posteridad para asombro de las generaciones venideras! Los franceses padecieron mucho, pero nuestra pérdida fue considerable, y entre otros valientes pereció el teniente coronel del segundo de voluntarios don Pedro Gasca: en el reducto fue extraordinario el valor de Simonó: él era el primero á tomar los saquetes para cubrir la brecha, imitándole el capitan del segundo de voluntarios de Aragon don Mariano Galindo.

Despues de tan extraordinario y terrible fuego, parecia muy moderado el que hacian los morteros el dia 12, sin embargo de ser las explosiones continuas, y presentarse mas horrorosas en medio del silencio nocturno. La manía de tirotear los paisanos y tropa que ocupaba los puntos no podia refrenarse, pero lo que conmovió al pueblo fue la explosion de varias granadas que se cebaron al tiempo de cargarlas en la plazuela de San Juan de los Panetes donde estaba el depósito de la pólvora, y demas pertrechos y municiones de guerra. El estrépito que esto produjo unido á la muerte que ocasionó á cuatro artilleros de los que cargaban los carros, y haberse prendido fuego en un edificio, hizo temer otra escena como la del 27 de julio, y las gentes de aquellas inmediaciones todas azoradas salieron á la plaza del mercado que está inmediata, y como ya empezaban á aumentarse extraordinariamente los enfermos, tanto por razon de la escasez, como por el abatimiento de espíritu consiguiente á la falta de medios para subsistir; de improviso se vió que infinitos arrastrando su lecho se colocaron á lo largo de los portales que hay en

uno y otro lado del mercado. Temiendo que estas agitaciones trascendiesen, para comprimirlas pusieron la horca con seis dogales, y todos creyeron que iba á hacerse alguna terrible ejecucion en los traidores, que segun el pueblo eran la causa de tales sucesos; pero este pensamiento fue obra del alcaide de la carcel Romero, quien dió luego parte á Palafox; y observando que la curiosidad habia reunido un inmenso concurso, hizo quitar la horca y publicó un bando para que todos concurriesen á los puntos que estaban en parte abandonados y podian ser invadidos. Palafox salió á contener aquel desasosiego, pues no podia merecer otro nombre: vió que el fuego estaba extinguido y recorrió todo el muro desde la puerta del Portillo hasta el reducto del Pilar. Hizo que los artilleros maniobrasen, especialmente á los de la puerta del Carmen, contra los parapetos que armaban para establecer al frente una batería; y satisfecho de su pericia recompensó á uno con el escudo y una gratificacion de diez reales vellon mensuales, distribuyendo entre los demas seiscientos cuarenta reales vellon y elogió la conducta del comandante capitan don Miguel Forcallo.

En este dia tuvimos tambien la desgracia de perder al coronel comandante de ingenieros don Antonio Sangenis, que hallándose en la batería de Palafox reconociendo las obras que hacia el enemigo para formar su alojamiento en la gola del fuerte de San José y la comunicacion de la segunda paralela con la tercera que se habia hecho á su derecha é izquierda coronando el escarpe de la Huerva, una bala le dejó exánime en el sitio, de modo que este benemérito gefe, que con tanto teson y acierto habia dirijido todas las obras de fortificacion, perdió en una de ellas su interesante vida.

Previéndose que el reducto del Pilar iba á ser enteramente destruido, comenzaron con el mayor teson á for-

mar una tenaza á la parte de acá del puente, y colocaron hornillos para volar este al tiempo de ejecutar la retirada. Durante esta operacion no cesaban de dirigir granadas y bala rasa al reducto: y muchas quedaban sin reventar. En medio de un fuego tan general y continuado, y á pesar del estrago que este causaba, sacrificando á sangre fria muchos valientes que no podian substraerse ni con los espaldones, ni por otro medio, los defensores subsistian impávidos, sin oirse otras voces que las de viva la Virgen del Pilar, viva Fernando VII. Tal era el espíritu que animaba á aquella entusiasmada y brillante juventud.

CAPITULO VIII.

Nuevas tentativas para incomodar los trabajos del enemigo. — Los patriotas se fortifican. — La epidemia toma incremento.

Aunque enfermaban algunos soldados, la defensa era acérrima, y todos cumplian con sus deberes. Los franceses continuaron sus trabajos en medio del fuego que les hacíamos. Situados en la garganta del fuerte, establecieron sus comunicaciones de la segunda á la tercera paralela formada á la derecha de San José, y sobre la altura de ocho palmos, inmediata á la ribera del Huerva. En el centro adelantaron el camino cubierto que hacian á la orilla derecha del rio hasta quince pasos de la contra-escarpa, y en la izquierda concluyeron una batería delante del reducto. Como los dos obuses y cuatro cañones de la batería llamada de Palafox sobre el muro, les incomodaban extraordinariamente, el general Dedon mandó que en la tercera paralela á la derecha de San José construyesen las baterías núm.os 9 y 11, para acallar sus fuegos, y que despues sirviesen para abrir brecha en el muro de la ciudad. La batería núm.o 10 estaba delante de la izquierda de la primera paralela de la derecha, y colocaron en ella cuatro obuses de á ocho pulgadas, á fin de enfilar la larga cortina que habia desde el puente de la Huerva hasta el convento de Trinitarios, é impedir la comunicacion de la plaza con los del reducto del Pilar. La premura y necesi-

dad de reforzar las obras de fortificacion, que iba destruyendo el enemigo en unos puntos tan arriesgados, era tal que para excitar á los habitantes á que concurriesen, se publicó la siguiente proclama y bando: «Zaragozanos: Nuestra divina Patrona nos protege, pero es menester ayudarnos: su beneficencia brillará como la vez pasada, si todos á una, y como una sola familia procuramos nuestra mejor defensa por todos los medios imaginables. Nada es el enemigo para nosotros unidos y hechos una sola masa: nuestros pechos fuertes, nuestras murallas, nuestro valor es invencible. Union es la mayor fuerza y los brazos de todos: la actividad del jornalero, del rico, del pobre, del religioso, del clérigo, del militar y del paisano, y aun de las mugeres, que en el asedio pasado fueron la envidia de todos, y el ejemplo de los valientes. Ya estamos acostumbrados á vencer, ya nos conocen las balas, y ya nos han visto otra vez las bombas y granadas, pero siempre nos hallaron inalterables, no se mudó el color de nuestros semblantes, ni es capaz toda la Francia de alterarle. Con razon os llaman valientes hijos de Zaragoza, y yo no daré á ningun precio la fortuna de haber nacido entre vosotros, y cada dia mas aplicado á merecer y conservar vuestra confianza, espero me ayudareis por cuadrillas, y como la vez pasada á procurar todas las obras y defensas necesarias para la conservacion de esta ciudad nuestra madre, y disfrutemos asi de los auxilios de nuestra admirable y divina Patrona.=Todos los alcaldes de barrio reunirán las cuadrillas de gente para los trabajos con su capatáz: estas harán las obras necesarias de fosos y cortaduras, y se relevarán cada cuatro horas, para que no haya detencion en los trabajos: igualmente cuidarán todos los vecinos de conservar iluminadas sus casas de noche, y con repuestos de agua en ella para cualquiera incendio. Quartel general de Zaragoza 12 de enero de 1809.=Palafox.»

Los alcaldes manifestaron que no podia reunirse toda la gente necesaria; y pasados dos dias, no obstante de que el vecindario en medio de tantos apuros se excedía á sí mismo, para reanimarlo, Palafox lo exhortó en estos términos: «Ciudadanos de Zaragoza: vuestro heroismo ha llegado hasta el último término, y nuestra gloria será eterna, aplaudida y envidiada de todas las naciones. Todos estos dias, y aun el de ayer mismo, parecía que el horrendo fuego de los combates habia de intimidaros, pero lejos de eso corristeis con las armas á rechazar al enemigo, y disteis nuevas pruebas de vuestro valor y fidelidad: me glorío de ser general de un ejército, que tanto se distingue, y de unos paisanos que servirán de ejemplo á todos los pueblos guerreros, resueltos á conservar su religion, su rey y su libertad. Tan solo una cosa os falta para completar vuestro heroismo, y es ejercitarlo con método: exponeis gustosos vuestra vida en la pelea, pero rehusais acudir á los trabajos de fortificacion, creyendo sin duda que el honor solo consiste en el ejercicio de las armas. Zaragozanos: debo advertiros que esa es una preocupacion muy funesta, vuestro general os lo asegura: conviene pelear con nuestros enemigos, pero tambien conviene procurar la seguridad y comodidad posible á vuestros dignos defensores. Igualmente sirven al rey y á la patria el combatiente y el trabajador, y todos aquellos que contribuyen á contener, destruir y aniquilar al enemigo, y ayudar á la conservacion de aquella y del ejército. A todos pienso remunerar luego que me lo permitan las circunstancias: atenderé al vecino que sale al combate, al que se dedica á las obras de fortificacion, socorro de enfermos y heridos, y á todos los que se distinguen por cualquiera término en la gloriosa empresa que sostenemos, y de la que saldremos mas victoriosos que la vez pasada, si (como me lo prometo) os prestais gustosos á mis ideas. Si hubiéramos tenido mas

trabajadores, acaso conservariamos el fuerte de San José, y en caso de haberlo perdido, hubierais visto volar los enemigos con los hornillos y minas, que yo tenia dispuesto hacer, y que no realicé por falta de manos. Esto me ha llenado de pena, pero ¿qué mas podia exigir de una tropa que ni dormia ni sosegaba, sino defender, como lo ha hecho, á toda costa el punto, hasta verse envuelta en las ruinas y escombros? Los olivares de frente é izquierda del fuerte ¡cuánto daño no han hecho por no haberse cortado! Compararlo con el fruto que pueden dar, y vereis que es un beneficio particular, y no general, como lo es el daño. Si mis ocupaciones (que no ignorais) me lo permitieran, acudiría yo mismo á ayudaros en los trabajos, conduciendo espuertas de tierra, é imitando al noble labrador en sus honradas ocupaciones de abrir y cabar los suelos, como ya lo he hecho en el reducto del Pilar, y lo he visto hacer á algunas personas principales de esta ciudad. Si todos vosotros no haceis lo mismo por vuestra aficion á las armas, acudid con el fusil en la una mano, y la azada en la otra, y llenareis ambos objetos. Ya es poco lo que falta para completar la victoria, y quedar gozando tranquilamente de sus dulces frutos. Ayudarme todos: el enemigo es cobarde cuando no se presenta á cara descubierta: la guerra que nos hace desconoce todas las nobles reglas militares; siempre á cubierto sin atreverse á presentar sus columnas, usa de solo medios iníquos y de cobardía; ayudarme, y tendremos la satisfaccion de destrozarlo y de libertar á nuestro suelo patrio de los temerarios ignorantes que se engañaron cuando proyectaron conquistar la España, y mucho mas cuando creyeron poderse hacer dueños de esta fidelísima ciudad, centro de la buena fé, escuela del valor, y la mas señalada en trabajos y virtudes. Cuartel general de Zaragoza 14 de enero de 1809.=Palafox."

La docilidad de los habitantes era tal que se prestaba á todo con el mayor esmero. En la noche del 14 al 15 trabajaron desaforadamente para prolongar á nuestra derecha en la parte del muro, en el molino del aceite y al pie de la cerca un ramal que se habia preparado. Desbaratado el reducto, fue preciso ocurrir á sostener el parapeto con sacos rellenos de arena, y no habiéndose tenido esto presente los pidieron al vecindario: publicado el bando presentaron infinitos sacos, trozos de terliz y cortinas. Las mugeres comenzaron á formar una gran porcion, y en el palacio de Palafox se cosieron algunos. Pertrechados con este auxilio continuaban sosteniéndolo; bien que todo anunciaba el objeto á que por entonces se dirigian.

La tarde del 15 se reprodujo la escena de las lanchas de fuerza, por ir armadas con cañones pequeños, se les dió el nombre de Nuestra Señora del Portillo y salieron á las dos y media de la tarde remontando el Ebro. Los conductores tiraban de la sirga, llevando á la espalda los fusiles, y en esta guisa llegaron frente al Soto de Mezquita y allí las apostaron para enfilar la paralela del castillo. Don Nicolás Henarejos capitan del batallon de tropas de Floridablanca mandó amarrarlas, y desembarcada la reducida tripulacion cerca del bosque protegido de la niebla, que era muy densa, atacó al enemigo. Apenas comenzó á obrar la artillería, correspondieron los franceses con las dos piezas de campaña que tenian á la izquierda de la paralela disparándoles tres balas rasas, que no tocaron por fortuna á las lanchas, y despues de haber gastado todas las municiones, se retiraron protegidas del fuego, que rompió con oportunidad la batería de la puerta de Sancho. No faltaron espectadores sobre el puente, pero entretanto los franceses se preparaban para cosas mas sérias, y no tardaron en descubrir sus intentos.

Como el dia 11 quedó desmontada la mayor parte de

la artillería del reducto del Pilar, inservibles las cureñas, deshechos los merlones, el foso cegado en gran parte y desbaratados los parapetos: continuaron la defensa el 12 los cuatrocientos soldados del segundo de voluntarios que lo guarnecian casi con solo el fuego de fusilería. El enemigo les causó con el suyo una matanza horrorosa, como que una granada hizo trozos once voluntarios que les dirigian sus tiros desde la banqueta del parapeto en la cortina ó muro de su derecha. Entre las infinitas granadas que cayeron en aquel sitio, y de las que por no haber reventado, cargaron tres carros inclusa una porcion de balas de cañon, una de ellas deshizo un cajon lleno de municiones, con la particularidad de no haberse cebado un cartucho. El entusiasmo de los voluntarios era tan grande que trataron de salir á desbaratar las baterías enemigas, y los gefes tuvieron que contenerles conociendo lo temerario de la empresa. En confirmacion de su ardimiento bastará referir, que un voluntario del batallon ligero de Calatayud llamado Perez, despues de haber hecho fuego á cuerpo descubierto, salvó el foso del reducto y se dirigió contra la zanja donde trabajaba el enemigo hasta parapetarse con la tierra que extraía, y amagado disparó dos tiros, y luego regresó ileso á pesar de los muchos con que desde ella le molestaron en su retirada. En la noche del 14 notaron los defensores que se acercaba alguien al foso, y luego que llegó á su borde le dejaron yerto de un balazo. Despues vieron por la cuerda que llevaba y de la que pendia un ladrillo, que iba con el objeto de medir su profundidad. En este dia se sostuvo el reducto con unos cuarenta á cincuenta hombres. La mañana del 15 la batería de obuses número 10 principió á acabar de destruir los débiles muros del memorable reducto, que sin embargo de ser obra aislada é imperfecta, resistió el 11 cinco asaltos en que el enemigo fue rechazado con

gran pérdida, pero escarmentado y cuando ya no era sino un monton de escombros, se dispuso á tomarlo prevalido de la obscuridad. A las ocho de la noche abanzaron desde la cabeza de la zapa ácia el costado de la otra que no estaba flanqueado, cuarenta volteadores polacos precedidos de un destacamento de minadores y zapadores con escalas; aplicaron estas, atravesaron el foso, y los cuarenta volteadores, así como los minadores y zapadores, subieron á la berma del parapeto por el lado sin flanquear; se fijaron en él é hicieron un fuego muy vivo á lo interior de la obra, que obligó á los defensores á abandonarla, retirándose por el puente de la Huerva, que volaron en el acto de su retirada, situándose en la tenaza construida para evitar mayores progresos. Antes de esto y desde el principio del ataque hicieron los nuestros saltar un hornillo en la esplanada de la extremidad del flanco derecho y de la superficie, cuya excabacion de veinte pies de diámetro no llegó á alcanzar á las obras enemigas, ni produjo efecto contra los que acometian. Los franceses han asegurado que en este ataque dirijido con arte, solo les quedaron tres hombres fuera de combate, pero nada han dicho de los que perecieron en los asaltos de aquel punto. Llegada la noche sus trabajadores se ocuparon en formar un alojamiento en la cara de la obra, volviendo el parapeto contra los nuestros, en hacer un paso en el foso con fajinas, y en comunicar el alojamiento de la obra con la cabeza de la zanja. Al primer comandante de este punto don Domingo Laripa se le agració por tan brillante defensa con el grado de brigadier, y se le confirió ademas la comandancia del batallon primero de voluntarios de Aragon.

El comandante del punto de Santa Engracia comunicó al general la ocupacion del reducto del Pilar, en estos términos: = Excmo. Sr. = Remito á V. E. el parte original del capitan primero de Voluntarios de Aragon, don

Mariano Galindo, que estaba en el reducto del Pilar con 40 hombres para su defensa, por lo que quedará V. E. enterado de lo ocurrido entre ocho y nueve de la noche; y con este motivo se vió precisado el brigadier don Domingo de la Ripa, que se encontraba en la cabeza de la cortadura, á mandar volar el puente del Huerva; pero se ejecutó habiendo pasado la tropa y retiradas las avanzadas y escuchas, de forma que, segun las noticias que me han dado, no hemos perdido un hombre. El referido puente se voló al llegar yo á la torre del Pino conduciendo una compañía de dichos Voluntarios de Aragon, con la que se reforzó la cortadura, y á poco tiempo con dos compañías mas, y se permaneció hasta que los enemigos cesaron el fuego, que es cuanto ha ocurrido.＝Dios guarde á V. E. muchos años. Puerta de Santa Engracia 16 de enero de 1809.＝Excmo. Sr.＝Bartolomé Amorós.＝Excmo. Sr. don José Palafox.＝El parte que en el anterior oficio se menciona decia así.＝El capitan primero del segundo de Voluntarios de Aragon que abajo firma, da parte al Sr. Comandante del punto de haber sido nombrado con 40 hombres, 2 cabos y 3 sargentos de la primer compañía para sostener dicho reducto, desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche; y poco antes de esta hora, habiendo tomado todas las precauciones para seguridad del puesto, estando en pie con los oficiales, inmediato á las centinelas del ángulo derecho, despues de haber bajado del parapeto, me avisó el centinela José García, primero, diciendo que los enemigos se aproximaban al foso, y subiendo á observarlos, ví que en efecto se acercaban por dos partes, por lo que mandé hiciesen todos fuego, con cuyos fogonazos divisé que traían escalas y tablones, y al mismo tiempo despreciando el fuego se arrojaban al foso y subian las brechas: en este estado mandé armar la bayoneta, y continuando el fuego en el

parapeto, tuve aviso de Vicente Perez, centinela de la izquierda, de que igualmente entraban los enemigos por la casa derribada, siguiendo á las escuchas, pero sin molestarlas: en este acto, saltando los enemigos los parapetos por sus brechas, fuimos acometidos á bayoneta y fuego, precipitándose sobre nosotros como unos 200 hombres; y como viese sus fuerzas superiores, tomé el medio de sostenerme en la gola del reducto, continuando el fuego en retirada para guardar el puente, ínterin que se preparaba su explosion, y dado parte al brigadier don Domingo de La-Ripa, del estado de todo, y de que los enemigos podian penetrar, respecto de haber visto dos columnas fuera del reducto; tomó la providencia de volarlo, no pudiendo decir mas que el sargento Manuel Bailo, y algunos Voluntarios conmigo nos habemos batido á bayonetazos con los enemigos; habiendo cumplido con sus deberes el segundo capitan don Mariano Marqués y los subtenientes don Ignacio Medina y don Francisco Brumós. Zaragoza 15 de enero de 1809. = Mariano Galindo.

El 16 dieron principio los franceses á una paralela para sostener el alojamiento de la cabeza del puente. Esta plaza de armas debia extenderse hasta la extremidad del Huerva, con el fin de que comunicasen con la tercera paralela del ataque de la derecha.

Como continuaban anunciando que venian tropas auxiliares, y no se verificaba, y al mismo tiempo se veía que los enfermos de toda clase se multiplicaban extraordinariamente, el pueblo sentia, aunque con subordinacion, unas largas que calculaba habian de ocasionar su ruina. Ya fuese que Palafox tuviese noticia de que Perena habia reunido algunas tropas, ó por mejor decir paisanos mal armados, ya que en realidad recibiese por algun conducto papeles de otras partes, lo cierto es que el 17 al medio dia divulgaron iba á publicarse una gaceta muy interesante. Cundió

la especie con la velocidad del rayo, y sin temor á las bombas que caían por las inmediaciones de la puerta del Angel, habia esperándola un sin número de gentes. Su contenido se reducía; á que en Cataluña habian sido derrotados los franceses, y que Reding tenia un ejército de sesenta mil hombres; que el marques de Lazan, despues de haber arrollado las fuerzas que el enemigo tenia en el Ampurdan, habia entrado en Francia, llevando el espanto por todas partes, y enriqueciendo el ejército con los despojos; que venia á auxiliarnos una gruesa division de Reding y otra del duque del Infantado; que Blake y la Romana con los ingleses habian derrotado á Napoleon, matándole veinte mil hombres, inclusos Berthier, y Ney, y herido á Sabary; y que de sus resultas estaba aquel sitiado en el Paular. Ultimamente que habian llegado á Cádiz para nuestro ejército diez y seis millones de duros, y que no habia senderos ni caminos que no estuviesen cubiertos de tropas que venian á socorrernos, con lo que era segura la victoria. A las cinco de la tarde resonaron succesivamente por tres veces los cañones de todo el circuito. Las músicas de los regimientos, situadas en las baterías, tocaron á la vista del enemigo por espacio de una hora; retándole con algazara y sarcasmos; se iluminaron las calles, colocaron faroles en la torre nueva, y hubo un repique extraordinario de campanas. El pueblo á vista de estas demostraciones rompió los diques, y como habia muchos armados, á las seis de la tarde empezaron á hacer salvas con las escopetas, de modo que no parecia sino que dentro de Zaragoza ocurria una reyerta ó choque: tal era el estrépito que por estar los fusiles cargados con bala parecia el fuego de los ataques, y aun creo que la irreflexion ocasionó algunas desgracias. Durante estas demostraciones nos saludaron con alguna bomba, pero á las diez de la noche comenzó un bombardeo furiosísimo. Cada cuarto

de hora percibíamos los reventones de las bombas que, unídos al estrépito del mortero al tiempo de despedirlas, hacia que incesantemente se oyese el bronco sonido precursor de muerte. No es facil concebir la situacion crítica de aquellos momentos. Faltas muchas familias de lo necesario, tendidos infinitos enfermos por los subterráneos, compelidos otros á desempeñar las mas rudas fatigas, esperando todos llegase á caer sobre nuestras cabezas un trozo de los infinitos que se desgajaban en el aire por las calles, y dentro de los edificios: tal era el estado en que nos veíamos. En los primeros movimientos se fueron muchos con su lecho al templo del Pilar, de modo que á poco rato estaba la iglesia, y particularmente el tabernáculo, rodeado de camas y enfermos que, exánimes y moribundos, presentaban una escena terrible. Los ayes que daban, y el ver á los asistentes ejercer las operaciones domésticas, llamó la atencion de algunos celosos eclesiásticos, los cuales, para evitar toda profanacion, los compelieron á retirarse á otros sitios. Muchos volvieron, á pesar de las providencias del juez de policía, á situarse bajo los portales del mercado, y aunque la estacion era demasiado benigna, subsistieron á la intemperie, sufriendo los horrores de la escasez que cada dia era mayor. Sin embargo de un peso tan extraordinario, los habitantes que no tomaban una parte activa, aunque pálidos y graves, mostraban entereza, y los defensores respiraban la efervescencia del espíritu público.

CAPITULO IX.

Preparativos para proteger las operaciones de las tropas auxiliares. — Los sitiadores concluyen su tercera paralela. — Salida de los sitiados. — El mariscal Lannes toma el mando del tercero y quinto cuerpo. — Ocupan los franceses la ciudad de Alcañiz. — Batalla de Perdiguera. — Intimacion del mariscal, y respuesta que se le dió.

A LAS seis y media de la mañana del 17 descubrió el enemigo las baterías núm.os 9 y 11, construidas detras de San José, y rompió el fuego contra la batería baja y alta de Palafox, junto al molino de la ciudad. El comandante de este punto era don Diego de Perosa, y lo guarnecía el segundo de Valencia, y el primero de Huesca. La artillería estaba á las órdenes del gefe de esta arma don Francisco Nebot: les contestaron con el cañon de á doce que teníamos en la batería baja, y un mortero, y con el de á diez y seis del ángulo de la izquierda de la alta; pero los franceses nos desmontaron tres piezas, haciendo callar las restantes; retiramos el obús de la alta á la baja, desde donde conseguimos desmontar dos al enemigo; pero á poco rato comenzó con mas actividad el fuego, nos dejaron los cañones enteramente inulitizados, y fue preciso trasladarlos al parque de artillería con todas las municiones. En este punto no quedó sino un cañon de á cuatro en la primera batería, de que no se habia hecho uso. Nuestra pérdida en este dia consistió en cuatro artilleros muertos y ocho heridos, y ademas un capitan, un subteniente, un tenien-

te, cinco soldados y un paisano heridos. Por la tarde los franceses enterados de la gaceta nos dieron músicas, y por si no entendíamos el objeto, terminaron la farsa redoblando el fuego de sus morteros. El comandante refirió oficialmente estos pormenores, diciendo al general = Excelentísimo señor. = Por los varios partes que he dado á V. E. en este dia vendrá en conocimiento de lo ocurrido en este punto del molino de aceite de la ciudad; pero sin embargo creo de mi obligacion hacer una breve relacion de todo lo ocurrido. A las seis y media de esta mañana descubrió el enemigo una batería de cuatro piezas de grueso calibre á nuestra izquierda de San José, y luego rompió el fuego sobre la segunda batería baja y alta de Palafox, construida en la proximidad del mencionado molino: inmediatamente dí orden al capitan de artillería don Francisco Nebot, comandante de ella en este punto, para que hiciese fuego con el cañon de á doce que estaba colocado en la baja, con el mortero y el cañon de á diez y seis del ángulo de la izquierda de la alta: el fuego fue vivísimo, pero la superioridad del enemigo hizo callar nuestra artillería, que fue desmontada; en seguida dispuse que el dicho comandante de artillería retirase un obús de la batería alta que no podia hacer fuego, y se colocase en la segunda tronera de la baja, que con el fuego vivísimo que se hizo, se logró desmontar al enemigo dos piezas que no hicieron fuego en dos horas; pero no hubo pasado este tiempo, cuando de nuevo volvió el fuego enemigo con sus piezas y nos rompieron los cañones, que han quedado enteramente inútiles, y se han retirado al parque con todas sus municiones, y lo mismo se ejecuta con el cañon de á diez y seis, ocho, y mortero de á doce que queda por disposicion de su excelencia. En este punto solo queda un cañon de á cuatro en la primera batería, que todavía no se ha descubierto, y reservo para el caso que el enemigo

avance. Recomiendo á V. E. muy particularmente al referido comandante de artillería, oficiales y artilleros, que se han portado con el mayor valor y celo; á los soldados del segundo de Valencia, que en medio de un horrible fuego de la fusilería enemiga han ayudado á retirar la artillería con la mayor serenidad y presencia de ánimo; y al primer batallon de Huesca, que voluntariamente se ha empleado en cuantos trabajos ha sido destinado, habiendo sufrido por nuestra parte la pérdida del teniente de artillería de la batería alta don Isidro Meseguer, 4 artilleros muertos y 8 heridos, 2 soldados del segundo de Valencia muertos, un paisano herido, el capitan don Pedro Mendieta, el subteniente don Benito Oliva, y 3 heridos, todos de varios cuerpos. = Incluyo á V. E. el parte que me da el segundo comandante de este punto el teniente coronel don Ambrosio Villava. En el campamento enemigo se ha sentido ruido de carros y música, sin otra novedad. = Tambien acompaño á V. E. el estado de la fuerza, que en esta noche queda á mi cargo para custodia de este punto. Dios guarde á V. E. muchos años. Zaragoza 17 de enero de 1809. = Excelentísimo señor. = Diego de Perosa. = Excelentísimo señor capitan general de este ejército y reino."

El primer cuidado, llegada la noche, fue reparar la brecha que abrió la artillería para impedir el asalto, y siendo esto sobremanera urgente, se mandó que sin distincion concurriesen los habitantes á trabajar á la batería del molino. Personas de todas clases fueron sin dilacion al parage indicado, y con la mayor armonía en medio de un riesgo inminente, emprendieron sus tareas, unos conducian las espuertas de tierra para llenar los cestos de mimbres, otros cargaban con los sacos de arena; quien apisonaba, quien conducia los materiales y utensilios. Las bombas caian sin cesar sobre los trabajadores, pero nadie

cejó hasta que la batería quedó reforzada y cubierta la brecha.

Habiéndose dicho en la gaceta del 16 que varios gefes de los mas acreditados venian con cuerpos numerosos, y que no habia caminos ni senderos por las inmediaciones que no estuviesen cubiertos de tropas nuestras, parecia consiguiente esperar los efectos. Pasaron cinco dias sin notar ninguna novedad en los campamentos del enemigo. En esta espectacion el veinte y uno á las cuatro de la mañana formó la tropa que no guarnecia los puntos y el paisanage en la calle del Coso para hacer una salida, y proteger á los auxiliares. La orden produjo un aplauso general. Los paisanos estaban impacientes por renovar las escenas del 15 de junio y 4 de agosto, y su corage exaltado no podia refrenarse ya por mas tiempo. Vuelan á la hora marcada llenos de inquietud para salir á batirse, reciben sus fusiles, y parten ácia los arrabales con intrepidez y osadía. Esperando la señal pasaron algunas horas, y nadie sabia dar razon de semejante calma. La caballería formó á lo largo de la ribera desde el puente de piedra hasta la casa de Salinas, y los labradores esparcidos por aquellas cercanías en sus expresiones y ademanes indicaban cierto desabrimiento. Una porcion de los mas intrépidos reunidos en partidas, salieron por el lado de las balsas á tirotearse, y últimamente recibieron orden las tropas de retirarse á sus cuarteles. Esto exigia algun lenitivo, y el general se produjo en estos términos «Ciudadanos de Zaragoza: no es nuevo que el militar se presente al rumor de la vista del enemigo, es su profesion, y lo imperioso de su noble carrera le pone en este deber; pero al vecino honrado que alimenta con su sudor y su trabajo al militar que le defiende sus propiedades ¿quien sino su ardor y patriotismo le hace dejar el asilo de su hogar y tomar el arma para medir el campo con el enemigo?

¿quién sino vuestro valor y afecto á nuestro Rey y Señor os ha hecho el dia de ayer salir, llevando en vuestra noble frente el testimonio de la serenidad de los valientes? ¡venturosos vecinos de este pueblo de Dios! La gran satisfaccion del hombre de bien está reservada para vosotros; vuestras mugeres, vuestros hijos os llenarán de bendiciones, y toda la península y las naciones mas remotas ansiosas de parecerse á vosotros os imitarán. Renazca España en Zaragoza, y sea este santo templo del Pilar el baluarte mas fuerte y la admiracion de todo el universo. No os aterren los débiles é inicuos esfuerzos del enemigo de nuestra santa Religion y de nuestro Rey. Con el poder de Dios nada temamos. Con la protecion de nuestra madre y patrona, que visiblemente nos protege, despreciemos las invectivas de los agentes del gobierno francés que por todos modos nos busca y alucina. No hay mas que el valor para vencer; basta nacer en Zaragoza para ser valientes; basta pelear al abrigo de sus muros, que pronto perfeccionareis, para ganar el lauro de la inmortalidad: vuestro premio excede á mis deseos; la confianza con que me honrais sin merecerlo aumenta cada dia mas mi obligacion en desvelarme por vuestra felicidad; y siempre leal, siempre fiel al delicado encargo que ejerzo, mi dicha es solo agradaros y conservar con entereza la lisonjera memoria de haber nacido entre vosotros. Cuartel general de Zaragoza 22 de enero de 1809.=Palafox.

En los dias 18, 19, 20 y 21, los franceses adelantaron sus trabajos, y terminaron la tercera paralela de la derecha, cuya extremidad se extendia á cuarenta toesas del Ebro y la de la izquierda concluía en el recodo que hace el Huerva frente á la huerta de Santa Engracia, desde donde se comunicaba con la paralela del centro que quedó concluida. Tambien formaron dos bajadas para llegar resguardados desde la altura del repecho hasta la margen del

rio Huerva. Ademas de las baterías, números 9 y 11, de ocho piezas de á 24 ó 16, construyeron á la derecha de San José otra de cuatro morteros, número 12, y la del número 13 de cuatro piezas para acallar los fuegos de la nuestra en la desembocadura de la calle Mayor de las Tenerías, y batir en brecha al mismo tiempo el convento de San Agustin. Delante de la extremidad derecha de la tercera paralela dieron principio á la batería, número 14, de cuatro piezas de grueso calibre y dos obuses de á ocho pulgadas, para contrarrestar á la que teníamos de siete piezas en las Tenerías, frente á donde desagua el Huerva en el Ebro, imposibilitar el tránsito del pretil hasta el puente, y derruir la gola del arrabal. A la izquierda de San José situaron la batería de brecha, número 15, de cuatro piezas de grueso calibre para batir el muro de frente, y la de dos obuses, número 16, sobre la prolongacion de la calle de la Puerta Quemada para enfilarla. La otra de dos obuses de ocho pulgadas, número 17, debia tomar por la espalda á Santa Engracia, y sus baterías. La del número 18, de cuatro piezas colocada en la paralela del ataque del centro debia contrabatir las que teníamos en el jardin botánico, y la del número 19 de seis piezas de grueso calibre á veinte toesas delante de la paralela, para batir en brecha el monasterio de Santa Engracia. De todas no quedaron en la del número 7 sino dos piezas para tomar por la espalda á Santa Engracia, y la de morteros, número 6; las demas quedaron desarmadas. Segun sus relaciones se colocaron para los dos ataques cincuenta bocas de fuego.

Viendo que la batería de morteros, número 6, nos causaba muchísimo daño, salió una partida de cien hombres sostenida por una fuerte reserva para desbaratarla y clavar sus piezas. Atravesó y superó con denuedo la segunda paralela sobrecogiendo á la guardia que la guarnecia, y arribó felizmente hasta la primera, entrando en la batería.

Dieron principio á la operacion, pero en breve las compañías de reserva comenzaron el fuego, y como en la retirada tenian que atravesar la segunda paralela, su guardia ya rehecha hizo prisioneros al comandante, dos oficiales, treinta soldados y unos y otros sufrieron alguna pérdida.

Sin embargo de conocer que los franceses apenas tenían la gente necesaria para sostener el sitio, todos esperaban viniesen á levantarlo los paisanos que reunian á costa de ímprobos trabajos los gefes que enarbolaban la bandera del patriotismo. El marques de Lazan y don Francisco Palafox tenian un número considerable de gente, entre ellos algunas tropas de línea, de modo que por la parte de Cinco Villas hacian varias expediciones que no dejaban de incomodar al enemigo, y aun puede decirse que llegaron casi á rodear en su mismo campo á la division Gazan que ocupaba las inmediaciones de los arrabales. Esto unido á que por la derecha del Ebro en los pueblos de Epila, La Muela y otros, se levantaban partidas de igual naturaleza, amenazando interceptarles la comunicacion con Tudela, punto interesante para mantener sus relaciones con Pamplona como plaza de depósito y con la navegacion del canal, y para lo que no tenían sino ochocientos hombres á las órdenes del general Pujet, y estos subdivididos para custodiar los puntos de Caparroso y Tafalla con el fin de proteger los convoyes de artillería que atacaban las guerrillas que discurrian por el camino de Pamplona; los puso en la necesidad de pensar seriamente y tomar algunas medidas.

El general de brigada Wathier estaba situado desde los primeros dias que llegó el ejército en la villa de Fuente de Ebro con seiscientos caballos y mil doscientos infantes para sostener las operaciones del sitio, proporcionar víveres y recibir noticias de nuestros ejércitos por el camino de Tortosa; y enterado de la porcion de tropa visoña y

paisanos que avanzaban ácia Belchite, los atacó y dispersó persiguiéndolos hasta la villa de Hijar. Luego se encaminó con parte de la caballería y dos batallones de lo mas selecto á la ciudad de Alcañiz. Sus habitantes y paisanos de aquel distrito en número de setecientos, reunidos con algunos militares, les hicieron frente, y se empeñó una accion muy reñida, en la que tuvieron los franceses mucha pérdida; pero por fin se apoderaron de ella á viva fuerza, y la saquearon completamente en el mes que permanecieron ocasionando á sus habitantes las mayores vejaciones.

En el mismo dia 22 llegó el mariscal Lannes, duque de Monte-bello, á tomar el mando del tercero y quinto cuerpos, y estableció su cuartel general en la Casa blanca. Antes de su llegada habia mandado al mariscal Mortier que regresase de Calatayud, como lo verificó pasando con la division Suchet á ocupar la izquierda del Ebro, y dirigirse en seguida contra las tropas del general don Francisco Palafox. Luego que llegaron á Perdiguera dieron con la vanguardia de nuestro ejército que los franceses graduaron con exceso en 10ⓩ hombres, y que, aunque recien formado, lo mandaban oficiales veteranos, y constaba de algunos regimientos de línea. Esta se replegó ácia el Santuario de nuestra Señora de Magallon y pueblo de Leciñena; pero, aunque parecia dispuesta nuestra gente á sostener el fuego, apenas Mortier la atacó con vigor, abandonaron la posicion y se dispersaron, sin que pudieran los oficiales y tropa veterana contenerlos. En este desorden la caballería enemiga acuchilló á algunos, y segun sus partes nos tomaron dos banderas y cuatro cañones, exagerando nuestra pérdida como es muy frecuente en las acciones de guerra. De resultas de esta batalla incendiaron el Santuario, y saquearon el lugar de Leciñena. Al mismo tiempo que esto sucedia, el ayudante comandante Gastier, gefe del estado mayor del tercer cuer-

po, marchó con un batallon y 50 caballos, tambien ácia Perdiguera, y por otro lado en combinacion el ayudante comandante Delage, que mandaba el 10 de Húsares con 3 piezas de artillería. Avistaron á los nuestros, que calcularon en 2000 infantes y 250 caballos, y habiéndolos atacado los dispersaron, haciéndonos algunos de menos, y tomando un cañon, con lo que regresaron á su campamento. Los que habian quedado estuvieron con gran zozobra, y temiendo ser sorprendidos se aprestaron á la defensa como si se hubiesen aproximado tropas escogidas; pero el arribo de la primera division desvaneció su inquietud. Si en aquellos momentos se hubiese hecho una salida general y con fuerzas superiores á las que se emplearon en la de noche del 22, nos habriamos apoderado de sus líneas en la izquierda del Ebro, pues no tenian sino dos regimientos para sostenerlas.

Todos los esfuerzos de Perena, Gayan y algunos otros quedaron desvanecidos como el humo, y aunque podian rehacerse, era de suponer que no conseguirian las mayores ventajas. La esperanza de los infelices habitantes se alimentaba sin embargo con las fogatas que dichas partidas hacian de tiempo en tiempo por las alturas de Monte-obscuro, y por las inmediaciones de Torrero, á las que la plaza correspondia con varios signos y demostraciones, que por lo repetidas debian inspirar desconfianza; pero lo que alhaga siempre merece aceptacion. Los franceses discurrieron sin cesar por todos los pueblos comarcanos, buscando víveres, que no tenian muy abundantes, para la prosecucion del sitio. Ellos mismos han confesado que en muchas ocasiones quedaron reducidos sus soldados á media racion de pan y sin carne, pues los pueblos no les contribuían con los pedidos: el 22 por la tarde recorrió Palafox la línea; y noticioso sin duda de las mencionadas expediciones, y de que por ellas se

habia disminuido el ejército sitiador considerablemente, (como en efecto quedó reducido, segun sus relaciones despues de la partida de la division Suchet, á 22000 hombres), dispuso una salida por los tres puntos de ataque, que se verificó en aquella noche. Distribuidas las compañías que se consideraron necesarias, los que salieron con direccion á la Torre ó Casa de campo de Aguilar, inmediata al puente destruido, contiguo al convento de San José; llegaron á ella, dieron muerte á unos, ahuyentaron á otros, y despues de haberla incendiado, conociendo que no podian sostenerse, regresaron á la ciudad. Por el centro pasaron el Huerva, salvaron la primera paralela, sorprendieron y acuchillaron su guardia, y colocados en la segunda dieron muerte á algunos de los artilleros, y consiguieron clavar dos cañones de la batería núm.º 5. En nuestra derecha sostuvieron, apoyados de la artillería del castillo, un fuego vivísimo y desordenaron la guardia situada al pie de la batería núm.º 22.

Los vigías observaron el 23 que por todos lados arribaban tropas, y que en los campamentos habia mas gente; y con efecto, desde las dos hasta las tres y media de la tarde nos dirigieron mas de 80 bombas, y se aproximaron por el lado de la Bernardona, y en toda la extension de la línea desde la puerta del Portillo hasta el jardin botánico, con cuyo motivo hubo un gran tiroteo. El dia siguiente se presentó á las 11 de la mañana, por el camino de los molinos, á nuestra guardia avanzada, un parlamentario, que inmediatamente fue conducido á la presencia de Palafox. Este lo recibió en el salon de Palacio, y allí entregó los pliegos qne traía. Al momento cundió la voz, y concurrió el pueblo á la plaza de la Seo y sus inmediaciones. El mariscal Lannes queria salir pronto del paso, y á este fin escribió la siguiente carta. «Cuartel general delante de Zaragoza 24 de enero de 1809. = Al

señor general comandante de las tropas de Zaragoza. = Señor general. = El bien de la humanidad me precisa á intimar á V. la rendicion de la plaza, antes de reducirla á cenizas. Ya ha podido V. advertir que tengo cuatro veces mas fuerzas de las que necesito, para apoderarme de ella con un asalto. Voy á representar en dos palabras la situacion en que V. se halla. El ejército inglés ha sido completamente derrotado, y se ha visto precisado á embarcarse en la Coruña: le hemos cogido toda su artillería y equipage con 7000 prisioneros y 3000 caballos. Las tropas del marques de la Romana se han rendido con sus generales al frente. Este general se embarcó solo con los ingleses. El mariscal Victor ha hecho 18000 prisioneros de tropas de línea al señor duque del Infantado el 13 del corriente en Uclés: le ha cogido ademas 42 banderas y toda su artillería. V. habia armado algunos millares de paisanos de la parte de Pina y Perdiguera, que han sido destrozados por nuestras tropas; muy pocos se han escapado á la montaña, los restantes han sido muertos y prisioneros. Señor general, todo lo que contiene esta carta es la pura verdad, y lo aseguro á V. á fé de hombre de bien. Si á pesar de esta exposicion, persiste V. en defender la plaza, seria muy reprensible. Considere V. con reflexion que sus cien mil habitantes serían la víctima de una obstinacion imprudente. = El mariscal, duque de Monte-bello, comandante en gefe de la Navarra, Aragon, y del ejército delante de Zaragoza." LANNES. = (1)

No se meditó mucho para contestarle, y fue en estos términos. «Señor general: El árbitro de los cien mil habitantes que encierra esta ciudad, no es el mariscal Lannes, ni los generales españoles se rinden sin batirse. La con-

(1) A esta intimacion que se publicó en la gaceta de Zaragoza del 24 de enero, puso el redactor los comentarios que se insertan por nota entre los documentos justificativos.

cacion, para contener los ímpetus del enemigo. En la Torre del Pino levantaron un terraplen, otro paralelo al primero con sacos á tierra, y el segundo de una pared demasiado recia y crecida, y dentro de la calle hicieron una batería, que enlazaba con las tapias de la huerta del convento de las Descalzas, y otra mas abajo con comunicacion á la puerta del Carmen. En los baluartes del antiguo muro de la ciudad, que eran parte del edificio ó convento de religiosos del Sepulcro, abrieron troneras para colocar artillería en caso necesario. Junto á donde estaba antes el puente de tablas, y en la puerta de su entrada y torreon que subsiste, formaron un parapeto con cestos, y como el pretil que sigue hasta la puerta del Angel era bajo, levantaron un segundo mucho mas recio y elevado, con otro parapeto y su zanja: delante de la casa de Ezmir y del palacio, otro que embarazase en una sorpresa el apoderarse de la misma. Frente al torreon indicado á la parte opuesta del Ebro, y sobre un macizo donde terminaba el puente de tablas en el arrabal, construyeron otra batería que dirigia sus fuegos contra la que habian levantado los franceses al fin del olivar de la izquierda de San José núm.° 14, y sobre el arco de la puerta del Angel que se reforzó, abrieron dos troneras, en las que llegaron á colocar dos cañones con mucho trabajo, y para abrirlas derruyeron una estatua antiquísima del Angel. En la calle del hospital, y en la puerta que llamaban el Paso de las cabras, formaron un cerramiento con su boquete para cañon y zanja, y banqueta para la fusilería. Estas y otras operaciones parciales las ejecutaba el vecindario con un esmero digno del mayor elogio, y la mayor parte sin estipendio. La inaccion era desconocida, y todo estaba en movimiento. Muchos eclesiásticos, religiosos y personas que no podian tolerar tareas penosas, concurrían á las casas inmediatas al almacen de la pólvora y hacian cartuchos;

mas de una vez cayeron bombas en aquel edificio, y felizmente no ocurrió ninguna desgracia.

Si en el primer sitio fue necesario hacer grandes esfuerzos para suplir la escasez de víveres y municiones, en este segundo no fueron menos para atender al surtido de la plaza. Luego que los franceses levantaron sus reales, pensando en el porvenir, no solo se acopió madera y una gran cantidad de carbon y de cáñamo, sino que se hicieron venir cuatro vecinos de Villa-Feliche de los prácticos en la elaboracion ó graneo de la pólvora. En menos de dos meses habilitaron un molino, compuesto de doce morteros, que elaboraban de cuatro á cinco arrobas diarias, inclusa la que trabajaban á brazo; pero considerando que esta cantidad no podria sufragar al consumo, comenzaron á formar otro igual, que concluyeron á mediados del mes de enero. A breve rato cayó una granada que mató á uno de los dos caballos que trabajaban, hirió gravemente dos peones dedicados á remover la pasta de los morteros, se quebrantaron algunos, y quedó destruido el árbol horizontal de la máquina. No se perdió momento para reparar estos daños; y conseguido, entregaron diariamente de ocho á nueve arrobas de pólvora elaborada segun arte. El administrador de salitres don José Jimenez de Cisneros, y demas empleados de este ramo, don Esteban Demetrio Brunete, catedrático de química, y don José Zapater, que fue quien dirigió la formacion de los molinos, todos cooperaron al buen éxito de esta empresa.

En la maestranza, de que era director primero el teniente coronel de artillería don Salvador de Orta, á quien despues destinaron á la direccion de baterías, reemplazándole el coronel de la misma arma don Juan Consul, sobrellevaban sus operarios extraordinarias fatigas, pues no solo fue preciso atender al arreglo de fusiles y cañones, sino que, habiendo escasez de metralla, el comisario fun-

quista de esta ciudad hará mucho honor al señor mariscal si la ganase á cuerpo descubierto, y con la espada, no con bombas y granadas, que solo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que hace la Francia; pero España le enseñará á batirse, y yo con mis soldados sé exactamente las fuerzas que me sitian, y necesito diez veces mas para rendirme: sobre las mismas ruinas se hará honor esta ciudad, pero el general de Aragon, que la manda, ni conoce el temor, ni se rinde. La gaceta adjunta responde á la pintura de la situacion en que me hallo.=Cuartel general de Zaragoza 24 de enero de 1809.= Palafox." Esta gaceta era la del 16. Con esto quedó el pueblo mas dispuesto á todo género de sufrimiento. A las doce y media partió el parlamentario por el puente de piedra, escoltado de tropa de caballería y del ciudadano don Antonio Jimeno.

mas de una vez cayeron bombas en aquel edificio, y felizmente no ocurrió ninguna desgracia.

Si en el primer sitio fue necesario hacer grandes esfuerzos para suplir la escasez de víveres y municiones, en este segundo no fueron menos para atender al surtido de la plaza. Luego que los franceses levantaron sus reales, pensando en el porvenir, no solo se acopió madera y una gran cantidad de carbon y de cáñamo, sino que se hicieron venir cuatro vecinos de Villa-Feliche de los prácticos en la elaboracion ó graneo de la pólvora. En menos de dos meses habilitaron un molino, compuesto de doce morteros, que elaboraban de cuatro á cinco arrobas diarias, inclusa la que trabajaban á brazo; pero considerando que esta cantidad no podria sufragar al consumo, comenzaron á formar otro igual, que concluyeron á mediados del mes de enero. A breve rato cayó una granada que mató á uno de los dos caballos que trabajaban, hirió gravemente dos peones dedicados á remover la pasta de los morteros, se quebrantaron algunos, y quedó destruido el árbol horizontal de la máquina. No se perdió momento para reparar estos daños; y conseguido, entregaron diariamente de ocho á nueve arrobas de pólvora elaborada segun arte. El administrador de salitres don José Jimenez de Cisneros, y demas empleados de este ramo, don Esteban Demetrio Brunete, catedrático de química, y don José Zapater, que fue quien dirigió la formacion de los molinos, todos cooperaron al buen éxito de esta empresa.

En la maestranza, de que era director primero el teniente coronel de artillería don Salvador de Orta, á quien despues destinaron á la direccion de baterías, reemplazándole el coronel de la misma arma don Juan Consul, sobrellevaban sus operarios extraordinarias fatigas, pues no solo fue preciso atender al arreglo de fusiles y cañones, sino que, habiendo escasez de metralla, el comisario fun-

cacion, para contener los ímpetus del enemigo. En la Torre del Pino levantaron un terraplen, otro paralelo al primero con sacos á tierra, y el segundo de una pared demasiado recia y crecida, y dentro de la calle hicieron una batería, que enlazaba con las tapias de la huerta del convento de las Descalzas, y otra mas abajo con comunicacion á la puerta del Carmen. En los baluartes del antiguo muro de la ciudad, que eran parte del edificio ó convento de religiosos del Sepulcro, abrieron troneras para colocar artillería en caso necesario. Junto á donde estaba antes el puente de tablas, y en la puerta de su entrada y torreon que subsiste, formaron un parapeto con cestos, y como el pretil que sigue hasta la puerta del Angel era bajo, levantaron un segundo mucho mas recio y elevado, con otro parapeto y su zanja: delante de la casa de Ezmir y del palacio, otro que embarazase en una sorpresa el apoderarse de la misma. Frente al torreon indicado á la parte opuesta del Ebro, y sobre un macizo donde terminaba el puente de tablas en el arrabal, construyeron otra batería que dirigia sus fuegos contra la que habian levantado los franceses al fin del olivar de la izquierda de San José núm.º 14, y sobre el arco de la puerta del Angel que se reforzó, abrieron dos troneras, en las que llegaron á colocar dos cañones con mucho trabajo, y para abrirlas derruyeron una estatua antiquisima del Angel. En la calle del hospital, y en la puerta que llamaban el Paso de las cabras, formaron un cerramiento con su boquete para cañon y zanja, y banqueta para la fusilería. Estas y otras operaciones parciales las ejecutaba el vecindario con un esmero digno del mayor elogio, y la mayor parte sin estipendio. La inaccion era desconocida, y todo estaba en movimiento. Muchos eclesiásticos, religiosos y personas que no podian tolerar tareas penosas, concurrían á las casas inmediatas al almacen de la pólvora y hacian cartuchos;

mas de una vez cayeron bombas en aquel edificio, y felizmente no ocurrió ninguna desgracia.

Si en el primer sitio fue necesario hacer grandes esfuerzos para suplir la escasez de víveres y municiones, en este segundo no fueron menos para atender al surtido de la plaza. Luego que los franceses levantaron sus reales, pensando en el porvenir, no solo se acopió madera y una gran cantidad de carbon y de cáñamo, sino que se hicieron venir cuatro vecinos de Villa-Feliche de los prácticos en la elaboracion ó graneo de la pólvora. En menos de dos meses habilitaron un molino, compuesto de doce morteros, que elaboraban de cuatro á cinco arrobas diarias, inclusa la que trabajaban á brazo; pero considerando que esta cantidad no podria sufragar al consumo, comenzaron á formar otro igual, que concluyeron á mediados del mes de enero. A breve rato cayó una granada que mató á uno de los dos caballos que trabajaban, hirió gravemente dos peones dedicados á remover la pasta de los morteros, se quebrantaron algunos, y quedó destruido el árbol horizontal de la máquina. No se perdió momento para reparar estos daños; y conseguido, entregaron diariamente de ocho á nueve arrobas de pólvora elaborada segun arte. El administrador de salitres don José Jimenez de Cisneros, y demas empleados de este ramo, don Esteban Demetrio Brunete, catedrático de química, y don José Zapater, que fue quien dirigió la formacion de los molinos, todos cooperaron al buen éxito de esta empresa.

En la maestranza, de que era director primero el teniente coronel de artillería don Salvador de Orta, á quien despues destinaron á la direccion de baterías, reemplazándole el coronel de la misma arma don Juan Consul, sobrellevaban sus operarios extraordinarias fatigas, pues no solo fue preciso atender al arreglo de fusiles y cañones, sino que, habiendo escasez de metralla, el comisario fun-

la puerta del corral del indicado molino. Para descender á la huerta habia la escalera que se ve junto á dicha línea. El comandante de este punto don Pedro Villacampa y los voluntarios del batallon de Huesca, cerraron todas las comunicaciones y realizaron otros trabajos, auxiliados del paisanage, con una actividad inconcebible.

Como para dár el asalto era preciso tomar el molino de aceite de Goicoechea, lo ocuparon llegada la noche en el momento que salieron nuestras tropas retirándose por la caponera ó camino cubierto que habian formado al intento, incendiándolo antes por ser un punto aislado. Tambien trataron de reconocer la brecha abierta en el centro, pero nuestras baterías del jardin botánico y tropas que guarnecian aquella línea bajo las órdenes del general Saint-Mare y de su segundo don Ignacio Baron de Eraz les hicieron retroceder.

Amaneció el 27 y comenzó como el anterior el estrépito cadencioso de las baterías: abierta brecha dieron el asalto en cada punto que voy á describir con la posible exactitud. De las tres brechas abiertas desde la Puerta Quemada hasta el convento de Agustinos, y en los sitios que quedan designados, solo las dos primeras estaban practicables. Al medio dia movió el ejército enemigo, y discurrian por la llanura las masas en diferentes direcciones. Por el pronto se situó una columna en el molino de Goicoechea, que como mas inmediato á la brecha de en medio les facilitaba el lanzarse sobre ella con rapidez. Otra en la plaza de armas establecida en la hondura del rio Huerva, para dirigirse contra la brecha abierta junto á la batería de Palafox; y como la del convento no estaba practicable, no hicieron gestion, pues creían que introducidos por las dos les seria facil esplayarse á placer, y ocupar los puntos por la espalda, lo que reputaron mas expedito, y menos arriesgado, por cuanto para asaltar la

ralela, no obstante el fuego que se les hacia sin cesar desde el castillo.

Armadas las baterías comenzaron á tronar el 26 cincuenta bocas de fuego contra los dos puntos de ataque, que hacían retemblar la tierra. Sus repetidos tiros acallaron las nuestras, y todo pronosticaba que en breve seguiria el asalto. Llovian bombas y granadas sobre los sitios amenazados, que no dejaban respirar, y la bala rasa desmoronaba las débiles tapias y destruía el envejecido muro. Era menester toda la entereza y valor de que estaban poseidos los defensores para resistir un fuego tan terrible: las paredes y edificios se desplomaban sepultando á varios en su caida, y todo era un estrépito continuado. No hay voces para dar idea de tan formidables estruendos. Parecia oíamos cien truenos á la vez. Con semejantes preludios ¿qué podía esperarse? horrores, desastres, agitaciones y cruentas luchas.

La batería número 15 comenzó á abrir la primera brecha que designa el plano parcial (1) á la izquierda del ataque del enemigo junto á la batería de Palafox. La del número 9 abrió la segunda en el molino del aceite de la ciudad, y las de los números 9 y 11 las dos que se ven contiguas en el vago ó huerta del convento de las Mónicas. Detrás del muro antiguo que marca el plano y cuyo grueso en algunos trozos era de ocho palmos, junto á la segunda brecha, teníamos un retrincheramiento con dos cañones, y en la huerta de las Mónicas en el punto inmediato á una de las dos brechas, existia una batería sobre el terreno elevado, cuyo desnivel se hace perceptible con el perfil que en el plano se marca por la línea A B, y con la que dominábamos los espacios intermedios, y enfilaba

(1) Este plano comprende en grande todo el distrito que en el principal abraza la línea que parte desde la brecha abierta por la batería número 15, hasta el convento de Agustinos calzados.

espalda, y se posesionaron de las casas á derecha é izquierda, rompiendo las puertas y tapando las paredes forales, en donde por el pronto no hallaron resistencia. Inmediato á la batería está el molino de aceite de la ciudad; los enemigos entraron en él, y fueron á enlazarse con los que ocupaban la otra brecha; pero al tiempo de salir por la puerta que dá al vago, los dos cañones del punto divisorio colocados de frente obraron con tal acierto, que no pudieron pasar adelante. Los que arribaron á la plazuela que hay frente al molino, fueron contenidos por la batería construida de antemano en aquel sitio, y como á cada paso daban con nuevas fortificaciones que necesitaban otros tantos esfuerzos como los que habian empleado para abrir las brechas, se contuvieron á fin de evitar mayores descalabros. Conociendo el enemigo lo interesante que era apoderarse de la casa aislada de don Victorian Gonzalez, destacó contra ella cuatro compañías. Bien lograron aproximarse é introducirse osados hasta dos veces, pero los fuegos de la batería saliente alli inmediata y de los edificios circunvecinos les hicieron retroceder y desistir enteramente de la empresa; en este ataque tuvieron una gran pérdida, y falleció su capitan de ingenieros Reggio. Al mismo tiempo y hora en que asaltaron las brechas indicadas, entraron casi sin oposicion por la del centro, abierta en la debil tapia de la huerta, que está frente al sitio de la salitrería. Al efecto reunieron en la otra márgen del Huerva cuatro compañías de lo mas selecto del primer regimiento del Vístula, junto á una tapia que los guarecía de los fuegos de la plaza, y lo restante del mismo en aptitud de reforzarlas. Dos de estas, y sesenta zapadores salieron á la huerta, y recorrieron un largo espacio, sufriendo el tiroteo de los edificios de toda aquella línea. Divididos los franceses en tres columnas, una atacó la batería saliente de los Mártires, otra la de la derecha formada en un punto

interesante junto al monasterio, y que cruzaba sus fuegos con los del jardin botánico. Mientras que los que defendian esta batería de dos cañones hacian frente, la tercera columna entró por un sitio que estaba abandonado en el monasterio. Esparcida la voz quedó desierta la batería de los Mártires, y el enemigo se posesionó de ella, del monasterio, y del convento de las Descalzas de San José. Dado este brillante paso formaron una plaza de armas en la de Santa Engracia, y pertrechados de los mismos parapetos que habíamos construido, volvieron contra nosotros los cañones, y aspilleraron las tapias, con lo que enfilaban toda la cortina desde la puerta de Santa Engracia hasta la Torre del Pino. Teniendo los fuegos á retaguardia fue preciso abandonarla despues de volar seis hornillos preparados, que abrieron en el paseo una concavidad terrible. A pesar de estos progresos, los que guarnecian la Torre del Pino, y la del arcediano Martinez paralela á aquella, hicieron frente á los que se aproximaron; pero observando sin duda que, situados en el monasterio y convento de las Descalzas, podian avanzar hasta apoderarse por la espalda de la puerta del Carmen, y viendo que de la guardia de la paralela iba con direccion al sitio un batallon de la division Musnier, abandonaron los edificios, y este movimiento produjo el que se retirasen con precipitacion las tropas de toda la cortina, que corria desde la Torre del Arcediano hasta la puerta del Carmen. Conseguidas estas ventajas, asomaron por ella, pero la batería formada al terminar la calle, y en el ángulo de la huerta del convento de la Encarnacion, unida á la fusilería que comenzo á obrar desde los edificios, los escarmentó y contuvo. Como desde esta puerta hasta el convento de Trinitarios por la derecha estan retirados los edificios á causa de las grandes huertas de Convalecientes y de la Misericordia, creyeron los franceses no podrian

subsistir; y suponiendo abandonado el citado convento atacaron al edificio, cuyo movimiento en la sorpresa y confusion que reinaba por aquella parte fue causa de que lo ocupasen á poca costa, dando muerte á algunos de los nuestros, y apoderándose de la artillería: pero pasado un corto tiempo rehechas nuestras tropas, y reunido el paisanage, comenzó desde los edificios y tapias un fuego tan terrible que los consternó, y puso en el mayor conflicto. Repentinamente apareció aquel sitio cubierto de cadáveres; el ruido, la confusion, el humo, presentaban un aspecto enteramente lúgubre. En semejante desorden no podia saberse el estado de cosas; por fin se creyó que el convento estaba abandonado, y ya iban nuestras tropas á recobrarle, cuando los refuerzos que destacó con la mayor oportunidad el general Morlot, las contuvieron en medio de su carrera.

«Todos estos movimientos (dice Rogniat) nos costaron muchos valientes por la esteril gloria de arrojar al enemigo de algunos puntos de la muralla, que se veía comprometido á abandonar sin resistencia, por la posicion que ocupábamos en Santa Engracia, y principalmente en las Descalzas. Habiéndonos apoderado del convento de Trinitarios, resolvimos mantenernos en él, y sostener por este punto la izquierda de los ataques. El general Lacoste mandó se abandonase el ataque aparente del castillo, que hacian superfluo los progresos de los otros dos, y los oficiales de ingenieros de aquel tuvieron órden de fortificar á Trinitarios, de cerrar con sacos á tierra sus muchas aberturas por la parte de la ciudad, de aspillerarlo, y particularmente hacer una comunicacion, porque era casi imposible llegar á él á descubierto, por el fuego muy próximo de las casas de la ciudad. Se estableció ademas una comunicacion para un puesto de doscientos hombres, que se colocó en la casa del ángulo (Torre del Pino) cerca del puente del

Huerva; la ocupacion de esta casa y la de los Trinitarios nos aseguraba la de la muralla intermedia. Hacíamos comunicaciones por todas partes en las casas que ocupábamos; se cerraba, se aspilleraba, se hacian cortaduras con sacos á tierra ó sacos de lana, cuando era necesario. Los sitiados volvieron á atacar por la noche á Santa Engracia, y con mas resolucion las casas de la derecha, en las que no habíamos formado sino algunas barracas, cuyas comunicaciones agujereadas de tabique en tabique, eran un completo laberinto; pero fue rechazado en todos los puntos. Generalmente, en el momento que habíamos hecho algun adelantamiento en la ciudad, tocaban la campana los españoles para reunir sus tropas; venian al instante á atacarnos en nuestras nuevas conquistas; y algunas veces lograban arrojarnos de los puntos en que habíamos avanzado, sin haber tenido tiempo de abrir comunicaciones en las casas, de cerrar las puertas y ventanas, de hacer aspilleras y formar traversas en las calles para pasar de una manzana de casas á otra. Los resultados de este dia fueron tomar quince bocas de fuego y doscientos hombres, matar á lo menos seiscientos españoles, y ocupar en la ciudad una extension doble de la que teníamos. Por desgracia nos costaron estas ventajas muy caras, pues perdimos cerca de seiscientos hombres. Influyó mucho en esta enorme pérdida el imprudente ataque de la guardia de la trinchera, que corrió á morir inútilmente sobre una muralla, que no le ofrecia abrigo alguno contra el fuego de las casas. Fueron heridos muchos oficiales de ingenieros, y el capitan Second, joven de un mérito particular, recibió un golpe mortal sobre la brecha. Esta guerra de casas casi incombustibles, ofrecia grandes ventajas á los defensores, contra los asaltadores; todas las paredes estaban aspilleradas con prevencion, y en todos los pisos; las puertas y ventanas bien cerradas; las calles enfiladas en toda su

longitud por baterías detras de las traversas, fuera del alcance de nuestro tiro; finalmente todas las comunicaciones bien hechas. Previmos que el acometer á viva fuerza á un enemigo preparado de este modo, á cubierto de sus aspilleras, y animado de la firme resolucion de defenderse hasta morir, sería una temeridad que nos costaria mucha sangre, sin poder responder del éxito. Resolvimos pues caminar á cubierto en cuanto nos fuese posible para atacar á un enemigo encubierto, y marchar lentamente, pero con seguridad, para no acobardar las tropas con pérdidas demasiado considerables y frecuentes."

He descrito las operaciones del enemigo en todos los puntos de ataque; ahora es preciso volver la vista, no solo al modo con que las resistieron, sino á las ocurrencias particulares, y estado de la capital. La mucha tropa que habia en la plaza hizo que los paisanos al principio no tomasen una parte tan enérgica y activa como en el primer sitio, no obstante muchísimos acompañaban á aquella en las salidas, y concurrieron á los trabajos de fortificacion con un esmero digno de los mayores elogios. Por la mañana el pueblo estuvo en expectativa, y aunque continuaba el fuego, no habia noticia puntual del terreno que ocupaban los franceses. Al mediodia ya no pudo ocultarse habian entrado por el muro junto al molino, y que ocupaban el monasterio de Santa Engracia. La multitud de soldados enfermos, y cierta desorganizacion nacida de las circunstancias, producia un contraste muy particular. Todo auguraba, y no sin fundamento, que Zaragoza iba á tocar su término, porque siendo el plan recibir al enemigo en las calles y edificios, no podia dudarse que entonces iba á comenzar la guerra, y que se pondria todo el conato en inflamar los ánimos, para reproducir las escenas del memorable 4 de agosto. Así sucedió, y no fue menester

mucho para que los valientes de las parroquias compareciesen de nuevo en la escena. De proviso la gran campana anunció con su eco magestuoso á los habitantes el riesgo que amenazaba, y todo se puso en movimiento. Algunos patriotas, que hasta entonces habian sido espectadores pasivos de las operaciones militares, vuelan á los sitios atacados, distribuyéndose en cuadrillas. Unos forman retenes, otros concurren á conducir los heridos: de todas partes iban y tornaban, estos armados, aquellos con camillas, todos maniobraban con la rapidez del rayo, los espítus mas exaltados rompen los diques á su efervescencia; las explosiones aumentan el espanto; la idea de la mas horrenda desolacion ocupa todas las imaginaciones; pero lejos de debilitar esta los ánimos, los acalora, los exaspera, y los intrépidos están impacientes por venir á las manos. Derramados por las calles y casas de la parte invadida, y especialmente por la de pabostre en que el enemigo trataba de estenderse para apoderarse de la Puerta Quemada, comenzó un fuego vivo que duró sin intermision mas de cinco horas. Los franceses, que advirtieron la conmocion general, y que esparcidos los paisanos por los edificios tabicados y pertrechados no podian dar un paso sin experimentar grandes pérdidas: al ver el valor y bizarría con que desde el convento de las Mónicas y edificios inmediatos los Voluntarios de Huesca rechazaban cuanto se les ponia por delante: no sabiendo qué hacerse, tomaron el rumbo de pertrecharse en las casas, huyendo todo lo posible presentarse á cuerpo descubierto. El murmullo de los combatientes que iban de unas calles á otras, manifestaba su azoramiento, unido esto á la premura con que comenzaron á cerrar las avenidas, en cuyas faenas se vió al general Saint-Marc tomar las sacas de lana, y trabajar con el mayor ahinco. Golpes desaforados en las puertas y edificios, voces descompasadas de los que estaban en me-

dio de la lid, el horrísono estampido del cañon, de las granadas y de la fusilería, los ayes de los heridos y de los moribundos, todo ofrecía un conjunto desastroso, que formaba la escena mas fúnebre que puede concebirse. Como el enemigo no hizo sino entrometerse en las casas de la parte del muro para ir avanzando, hasta apoderarse de la Puerta Quemada, los patriotas les salieron derribando tabiques al encuentro, y mientras desde las bocas-calles sostenian el tiroteo, en los cuartos luchaban unos y otros, con no vista osadía. El enemigo no pudo sostener choques tan violentos y desabridos, y fue desalojado de muchas casas al impulso de las bayonetas.

Por las inmediaciones del Monasterio y Puerta del Carmen ocurrian iguales escenas. Los escopeteros y soldados formando una masa y un cuerpo, refrenaban los ímpetus y progresos de los que acometian. Los comandantes del punto del Carmen don Antonio Torres y el de la Misericordia don Fernando Pascual reanimaron á los defensores, quienes recobrados de la primera sorpresa hicieron su deber, bien que no fue en aquella parte tan grande la insistencia, porque el enemigo procuró solo tomar ciertos puntos de apoyo. A las tres de la tarde presentaba Zaragoza un cuadro bien triste. Al toque de la gran campana siguió el de las parroquias, y á estos el de generala, lo cual daba á entender un inminente riesgo, y que no habia fuerzas suficientes para rechazar al enemigo. Inquieto Palafox por los encontrados mensages que á cada momento recibía, salió de palacio para reanimar el espíritu público, acompañado de algunos militares de graduacion, magistrados, y otras personas, recorrió las inmediaciones de los puntos atacados, y sirvió por lo menos de gran satisfaccion á los patriotas, viese de cerca sus proezas y extraordinarios sacrificios. Algunas mugeres para no desmentir el lustre que su sexo habia adquirido en el primer sitio, comparecie-

perder cien hombres, tuvieron que abandonar toda la hilera de casas que habian ocupado, bien escarmentados de aquella tentativa. El derribo de tabiques y puertas, las carreras qué daban trepando por las comunicaciones, los tiros continuados, las voces de los que prevenian á otras cuadrillas tomasen estas ó aquellas avenidas, todo presentaba unos objetos tan nuevos, tan singulares en los anales de la guerra, que no hay seguramente con qué poderlos conparar. El dia 2 volvieron á reconquistar una gran parte de las casas de que habian sido expelidos el dia anterior. Cuando esto sucedía, posesionados los sitiadores de San Agustin y las Mónicas, trataron de salir con bastante fuerza por la calle de Palomar y la de San Agustin, con el objeto de reunirse á los que por la de la Quemada iban avanzando al punto céntrico de la plaza de la Magdalena. Observado esto, comienzan los toques de cajas y campanas, y una alarma general puso en accion á todos los defensores. Corre la voz del inminente peligro que amenazaba, y marchan desaforados á encontrarlos. Los que habia en el convento ocuparon las casas de la segunda calle que hay contigua á la de San Agustin, y desde ellas y los edificios de enfrente contuvieron á las compañías que venian atacando. Como la calle de Palomar está paralela á la de San Agustin adelantaron mas por esta parte, pues aunque de los edificios de la plaza de la Magdalena, que daban al frente, les hacian fuego, el ser bastante ancha y larga impedia ocasionarles daño considerable; y así, aprovechándose del mismo desorden, llegaron algunos osados á entrar en ella. Los fusileros que habian ido á reforzar el punto de la Universidad fueron trasladados á las tres de la tarde oportunamente á las ruinas del Seminario, y como desde alli podian enfilar mejor sus tiros contra los que llegaban á la plaza, comenzó un fuego terrible. La pelea iba empeñándose por grados,

ventos para constituirlos en plazas de armas. Con este objeto asaltaron las brechas de la huerta de las Mónicas, pero se les rechazó como se verá, con las granadas de mano que les arrojaron con abundancia, arredrándolos é hiriéndoles mucha gente. Como teníamos dentro al enemigo, se tocaban las alarmas, y fue preciso mas vigilancia, y pensar no habia mas remedio que morir matando. Palafox persuadido de que con este sistema de guerra llegaria á aniquilarse el ejército frances, y confiado en que sus hermanos vendrian por último á levantar el sitio, no perdonaba medio para sacar partido del ardor de los ínclitos militares, labradores y artesanos que lo manifestaban mas ahincadamente, ya por su caracter, ya por el interés que tenian en la conservacion de sus familias, y al efecto publicó un exhorto que decia: «Zaragozanos: Toda España y aun la Europa entera ha admirado y aplaudido vuestra conducta en las críticas circunstancias en que ha puesto á la nacion el tirano universal. Nada aprecio yo tanto como ser zaragozano, por el honor que este nombre lleva consigo mismo desde el dia 24 de mayo; pero con mucha amargura de mi corazon debo advertiros el gran peligro en que estais de dejaros arrebatar de vuestras manos las palmas de tan señaladas victorias. Sí, Zaragozanos: estais en peligro por falta de subordinacion y de constancia. Apenas el enemigo puso los pies en la ciudad acudísteis con el mismo valor que siempre á rechazarlo, pero muchos de vosotros no obedecieron lo que les prevenian los gefes, y otros se retiraron á su arbitrio: es verdad que, llevados de vuestra honradez y valor, volvísteis presto á la pelea; mas ¿qué aprovecha si entre tanto expusísteis á la ciudad á ser perdida? Ya veis el ímpetu con que el enemigo desea apoderarse de ella, su ferocidad y su astucia. No seria extraño que aprovechase alguno de esos momentos en que desamparais los puntos, y seais todos pasados á cuchillo,

que es la menor de las desgracias que experimentaríais si tuviésemos la de ser vencidos. Zaragozanos: valor y constancia. Ayer se hubiera desalojado á los franceses de la ciudad, si hubiéseis obedecido ciegamente á los gefes. Hacedlo hoy y venceremos. Sí, pocas horas de combate bien sostenido y sin intermision bastarían para libertarnos de esa pérfida canalla. Espero que al momento os decidireis á tan justa resolucion, pues no hay excusa para lo contrario. Ea pues, Zaragozanos, no hay causa alguna que os excuse, vosotros lo conoceis, y yo espero que no dejareis las armas, ni os apartareis un momento de la frente del enemigo hasta acabar con él. Si, contra mi justa esperanza, hubiese alguno de los vecinos y habitantes de esta ciudad que no acudan prontamente á los puntos ó que los desampare; desde ahora lo declaro por traidor, y como tal sufrirá inmediatamente las penas de horca y de confiscacion de bienes. Por lo contrario, cualquiera paisano que reuna ciento y se presente con ellos haciendo fuego al enemigo, y obedeciendo exactamente á los gefes militares, obtendrá el grado de capitan: el que reuna sesenta el de teniente, y el que treinta el de alferez, todos en igual caso, y con la misma condicion; y cada uno de los paisanos reunidos será premiado bien generosamente. Cualquiera que reuna cincuenta hombres inútiles para las armas, pero útiles para los trabajos, y persevere en ellos con la gente mientras sea menester, y con toda aplicacion, obtendrá el grado de alferez. Los que aspiren á estas gracias se me presentarán sin pérdida de momento con la lista de los hombres que han reunido para destinarlos á donde convenga; al fin recogerán certificacion de haber cumplido del comandante del punto, y con ella se presentarán á recibir la patente que les corresponda. Animo, Zaragozanos: hoy es el dia del honor: hoy vencemos y nos libertamos de ser esclavos. Venceremos, pues no dejareis de

ayudarme, y esto me basta con el auxilio de nuestra patrona, la Virgen santísima del Pilar. Guartel general de Zaragoza 28 de enero de 1809. = Palafox." Es preciso fijar la atencion sobre estas producciones, pues descubren cierta contraposicion que hace mas admirables los sucesos que vamos á referir.

Para llevar adelante la especie mandó el general que, ademas de las partidas que reuniesen los paisanos, hubiese ciertos comandantes para procurar la union en las operaciones, y á este fin nombró á varios eclesiásticos distinguidos por su popularidad y arrojo, como don Antonio Lacasa, don Manuel Lasartesa, don Matías Langa, don Miguel Cuellar, don Antonio Bayo, don Pedro Lasala, y don Policarpo Romea. Les designó barrios, y los alcaldes debian poner á los vecinos bajo las órdenes de estos gefes, á quien les dió por distintivo una banda blanca. Al menor toque renacian las premuras, y por mas medidas que escogitaban se obraba turbulentamente.

Conociendo era imposible servirse de la batería formada en la parte superior de la huerta del convento desde el muro hasta el ángulo del edificio, retiraron los cañones á la calle inmediata apoyados de una cortadura que hicieron durante la noche, y á seguida la oficialidad y tropa la cerraron. Esta operacion arriesgadísima, se ejecutó sufriendo el terrible fuego que desde el molino de aceite de la ciudad hacia el enemigo á distancia de unas cien varas aragonesas, y á pesar de todo llegó á realizarse. Semejante teson ponia en grima y desesperaba á los vencedores del norte, que sin cesar tenian que redoblar sus esfuerzos. Efectivamente, reforzaron el destacamento que tenian en el molino de aceite, y llegada la noche á hora de las siete rompieron el fuego de los morteros y obuses sobre el convento y jardin, con tal actividad, que hubo ocasion de verificarse seis explosiones á la vez. Fatigados

nuestros valientes de las duras penas que habian sobrellevado por el dia, y ostigados con tan furibundo bombardeo, se guarecieron en el convento; lo cual observado por los franceses, avanzaron saliendo del molino al mismo tiempo que otros montaron la muralla con escalas. Posesionados del jardin introdujeron otras para proporcionarse la salida, y ver tambien si encontraban algun conducto para introducirse en aquel sitio. Nuestras tropas creyendo que iba el enemigo á cogerles la espalda salieron á la calle; pero cercioradas de que los franceses no ocnpaban el edificio, y que tampoco salian de sus atrincheramientos, dispuso el comandante Villacampa volviesen á entrar; mas al tiempo de verificarlo, fue tan grande el fuego graneado que hicieron de frente los que, escalada la muralla, se habian unido á los del molino, que en pocos minutos perecieron de cincuenta á sesenta voluntarios, y por fortuna observaron podian libertarse entrando por la parte del locutorio que estaba á la derecha de la principal, como lo ejecutaron. Dada la señal, el capitan don Pedro Perena por la puerta de la derecha, y el de igual graduacion don Vicente Lopez por la de frente volvieron á entrar, y los franceses dejaron el muro, abandonando siete escalas, varios picos, palas y morriones, tomando Perena y Lopez las primeras escalas y las otras sus soldados. Entonces vieron con sorpresa que durante este intervalo habia subsistido solo el capitan don Pedro Mendieta, haciendo fuego al enemigo con granadas de mano desde una ventana sita al un extremo, y contigua á la misma brecha, de modo que al tiempo de escalar el muro para introducirse en el recinto, les incomodó sobremanera, y les hizo creer subsistian los voluntarios; pues aunque por razon de la retirada reinaba el silencio, temieron fuese algun ardid, y esto sin duda los contuvo. En verdad que el denuedo de este oficial valiente produjo un servicio muy interesante,

pues si el enemigo sabe la evacuacion, aprovechando el momento, hubiese tomado á poca costa tan interesante punto. El objeto de este fue, sin duda el reconocer las brechas, y lo consiguió, viendo que la del convento de Agustinos no era practicable á causa de una escarpadura interior de quince pies, y que la otra daba á un recinto casi circunvalado por el edificio del convento. Como quiera, á las dos de la mañana, considerando que la tropa abrumada con tanta fatiga sucumbiría, trataron de sorprenderla; pero no bien conocieron sus intenciones, quando al momento ocuparon los Voluntarios sus puestos, rompieron el fuego, y los obligaron á replegarse haciéndoles algunos de menos.

Al mismo tiempo que estaban cerrando la brecha de Santa Mónica, los que se hallaban en las inmediaciones del convento de la Encarnacion trataron de inquirir si se habian alojado en él los franceses. Efectivamente, en la tarde del 27 todo fue confusion, y como los escarmentaron de tal manera en el trecho que hay desde la Puerta del Carmen hasta Trinitarios, obraban con cierta lentitud. Nuestros defensores en aquellos momentos de premura tampoco pudieron atender á él; pero felizmente, habiendo salido á explorar lo que habia el sargento primero de fusileros Francisco Quilez con treinta y cinco hombres de su compañía, vió que el enemigo ni habia hecho alto, ni fortificádose, y desalojaron á algunos que se habian introducido. Dado este paso, proyectaron reconquistar á Trinitarios, y llegada la noche salieron varias compañías con ánimo de sorprender á los franceses, pero lo defendieron vigorosamente, á pesar de que por dos veces los atacaron de firme. Con motivo de estas tentativas, en los ataques de su derecha y centro hubo un fuego extraordinario. Convencidos los franceses de que el edificio de las Mónicas no lo tomaban sino reduciéndolo á polvo, rompieron

al amanecer del 29 el fuego de la artillería, morteros y obuses. A las seis horas estaba á tierra una gran parte del lienzo ó cortina, y la brecha en disposicion de montarse. El comandante Villacampa mandó cerrarla, y al momento los paisanos trasportaron sacas de lana, tablones, y cuanto creyeron conducente. Unidos con los militares, les imposibilitaron la entrada, pero el fuego era tan continuado y vivo que no podian perfeccionar sus trabajos. A vista de esto, formaron un parapeto paralelo á la brecha con los cajones en que habian venido una porcion de fusiles ingleses, que en aquella premura mandó Palafox, y terraplenados arreglaron una segunda línea en el punto que designa el plano, á fin de poder rechazar al enemigo, si llegaba á montar la brecha, y resguardarse del fuego oblicuo que hacian los del molino, y tambien de las explosiones que sin cesar experimentaban en aquel recinto. No bien quedó perfeccionada la obra, cuando hé aqui que el enemigo comienza su ataque, dirigiéndose á asaltar la brecha de San Agustin, y la inmediata de las Mónicas, auxiliados de los del molino que venian á protegerlos. Nuestros defensores recibieron con la mayor serenidad á cuantos llegaron poseidos de un espíritu marcial hasta las mismas brechas, y dejaron exánimes sobre ellas á una porcion considerable de esforzados, que no tuvieron quien los reemplazara. Rechazados con uniformidad, volvieron á sus atrincheramientos, confundidos de ver tal empeño. Entretanto los franceses iban esplayándose por el centro, ocupando algunas casas, y alojándose en ellas, haciendo todas las fortificaciones posibles para sostener sus conquistas. Tambien los patriotas formaban sus líneas, cerrando las avenidas con parapetos y cortaduras, aspillerando los edificios, y abriendo sus comunicaciones. Llegada la noche en medio de ataques falsos y continuas alarmas, los minadores ensancharon la brecha de Santa Mónica. La guarnicion del

punto; conociendo el riesgo que la amenazaba, aspilleró el segundo claustro bajo, y lo fortificó, para retirarse en el caso de verse precisados á abandonar el parapeto. En toda la línea no se hacia otro que fortificarse respectivamente, y asi puede decirse que la lucha era contínua.

No cabe describir el horroroso fuego que hicieron las baterías enemigas en la noche del 29, y todo el 30 de enero sobre los dos conventos; que eran el blanco de sus asechanzas. Caían los techos, hacíanse trozos las vigas, el polvo de las explosiones, y el humo de los globos mortíferos acrecentaba los horrores. Sin cesar los estrépitos llegó la aurora, y comenzaron los choques en los aposentos de las casas de su izquierda ácia la Puerta Quemada. Los franceses atacaron en los dias 30 y 31 con la mayor intrepidez una de ellas que los separaba de la calle de Pabostre; pero no pudieron tomarla, porque la defendieron obstinadamente. Con este motivo una alarma general puso á todos los habitantes en movimiento. Los paisanos en quienes no habia cebado la enfermedad, concurrian á una con la tropa que habia útil á mezclarse en lo mas rudo de la pelea. Caían bombas y granadas por la calle de Pabostre, immediaciones á los conventos y en los puntos de las brechas con tal abundancia que no cesaba de oirse el horrendo estallido. Reunidas las cuadrillas, los mas valientes entraban en las casas ocupadas, y ora eran perseguidores, ora perseguidos: pero dejemos por un momento estas luchas parciales, para fijar la vista sobre el punto principal que los franceses querian ocupar á toda costa.

Era mengua no haber hecho ningun progreso despues de tres dias de brecha abierta, y teniendo derruida toda la cortina del muro. Desbaratado enteramente el edificio, y sin lugar donde guarecerse los que le guarnecian, dispuso el enemigo asaltarlo con el mayor empeño. A las

tres de la tarde comenzó á entrar por la brecha. Villacampa dispuso cargase el batallon, el cual rompió un fuego sostenido, al mismo tiempo que los capitanes Mendieta y Perena, y los subtenientes Domec, Hernandez, Oliva y Benedicto con las granadas de mano amedrentaban y herian á cuántos llegaban á introducirse en el recinto. La muerte se cebaba en aquellos miserables, que ostigados avanzaban á su pesar, y cuantos entraban en el sitio otros tantos perecian: en este encuentro quedó gravemente herido el capitan graduado don Francisco Paul que fue nombrado coronel. Como tenian órden de ocupar el punto á todo trance, vinieron de la parte del molino avanzando fuerzas de consideracion para poder, unidos con los que montaban la brecha, conseguir su intento. En el mismo acto dirigieron los tiros de todos sus morteros y obuses ácia el sitio del ataque, cuyo fuego infernal no dejaba obrar con soltura á los voluntarios, y los tenia en el mayor conflicto. Retirados al claustro bajo aspillerado, contuvieron por mas de dos horas los ímpetus de los que les acometían. Entretanto caian bombas y granadas sobre el convento, que no hay voces con que delinear tan espantosa escena. Tres pisos se desplomaron á la vez, sepultando á muchos valientes en su caida: aquellos dignos aragoneses, que privados del reposo habian sostenido tan cruentas sacudidas, quedaron yertos con las armas en la mano, dando pruebas al mundo de un valor el mas sublime. El polvo tan extraordinario que movian las explosiones no dejaba respirar á nuestros voluntarios, y su situacion de cada momento era mas crítica. Con todo seguian defendiéndose. Nuevos furores causaban destrozos incesantes, siendo en uno de ellos abrumado el impertérrito Mendieta. Sus compañeros de armas llenos de celo corrieron á salvarlo; ya habian conseguido desenvorverle de entre los escombros, cuando una de dos bombas que cayó

allí inmediata, volvió á sepultarle y herirle mortalmente.

Observando el guerrero Villacampa que al mismo tiempo que asaltaban la brecha exterior de la huerta, habian penetrado los franceses en el convento por la abertura que hizo la explosion de un petardo, y que tenian obstruida la retirada, hizo conocer al resto del batallon este obstáculo, y que interesaba sobremanera sostener el fuego, aun cuando no tuviese objeto, para imponer al enemigo. Todos juraron defenderse hasta el último trance; y habiendo á costa de duras penas permanecido hasta el anochecer, logró que el enemigo se contuviese, y que entretanto los paisanos abriesen un portillo por su espalda para retirarse de un sitio, que ya no era sino un cúmulo de escombros imposible de defenderse. Estaban vigilantes al mismo tiempo los franceses en atacar con el mayor vigor las casas de frente al molino, con el fin de apoderarse de una manzana, y facilitar los progresos de los que avanzaban por su derecha. Esto produjo varios encuentros y un fuego bastante vivo. Como los paisanos iban al sitio que mas les acomodaba, unas veces escaseaban, y otras habia abundantes escopeteros; de aqui era que el enemigo, aprovechando el menor descuido, conseguía nuevos puntos de apoyo.

Con el mismo conato trataban de extenderse por el distrito de Santa Engracia, pero el comandante don Mariano Renovales no perdonaba ningun género de fatiga para refrenarlos. Afianzados y pertrechados en los edificios resistían los patriotas los ímpetus del enemigo; y la actividad y energía con que Simonó, no solo como ingeniero, sino como soldado atendia á sostener los puntos de defensa, daba mucho que entender á los sitiadores. Posesionados del monasterio y de algunas casas contiguas, no podian avanzar por la terrible resistencia que les hacian en la de Pomar. Los zapadores tomando la vuelta vinieron por el

callejon del Riego, y pudieron conseguir introducirse en un cuarto bajo. Lograda esta ventaja comenzó la lucha en los aposentos, bodegas, y graneros de la casa, pero en todas partes hallaron resistencia, y quedó escarmentada su osadía. El encarnizamiento fue tal, que llegaron á las manos, y muchos perecieron al filo de los aceros. Esto arredraba sobre todo encarecimiento á los franceses, y viendo que nada bastaba á doblegar tanta entereza, colocaron con ardid en el cuarto bajo que ocupaban doscientas libras de pólvora. Prendido el fuego vino á tierra la casa, causando la explosion un ruido espantoso. Consternados los defensores de las circunvecinas de aquel espectáculo, y observando que el enemigo comparecía en ademan de ataque, por el pronto no pudieron rehacerse, y esto fue causa de que ocupasen la manzana con una rapidez increible.

Conociendo que desde Trinitarios podia flanquearse el huerto del oficio de sogueadores, inmediato á la casa de Misericordia y ocupar una parte considerable de la poblacion, se acaloraron los patriotas, vociferando que era preciso reconquistarlo. El baron de Warsage y otros gefes, deseosos de prestarse á sus esforzados bríos, cedieron á estas insinuaciones, aunque el primero manifestó al general necesitaba mas fuerza de la disponible; pero por último se resolvieron militares y paisanos á emprender esta arriesgadísima empresa. Nuestra artillería consiguió por fin batir en brecha el lienzo del convento paralelo al castillo. A vista de esto los defensores de aquella línea resolvieron hacer un vigoroso esfuerzo para desalojar de aquel pequeño fuerte al enemigo. Arreglado el plan, los comandantes Sas, Lacasa, y algunos otros presbíteros y religiosos al frente de sus paisanos y demas que quisieron auxiliarles, se lanzaron á las dos de la tarde del 31 á montar la brecha, con tal intrepidéz que sorprendieron

al enemigo. Trabado el choque, este los contuvo con el tremendo fuego de su fusilería, y entonces una porcion de esforzados se dirigieron contra la puerta de la iglesia que destrozaron con hachas. Un gran número de escopeteros estaba en acecho sobre los edificios, no solo para sostener su retirada, sino para contener á los franceses que intentasen salir de su guarida ó presentarse por las ventanas á hacer fuego. Derruida la puerta de la iglesia encontraron que el enemigo habia formado un espaldon, que era preciso destruir. En medio de un fuego horroroso, y de una multitud de balas y granadas, aproximaron un cañon para derribar aquel obstáculo, y hecha una crecida abertura, entraron los mas denodados, aguijando con la arma blanca á cuantos les salieron al encuentro. Las voces de los que exhortaban á los combatientes á que arrostrasen la muerte por sostener su religion y su independencia, las de las mugeres que en lo mas rudo del choque llevaban municiones y refrescos; el estrépito de los cañones, el estampido de las granadas, el fuego de la artillería, y los golpes desaforados de las hachas, todo formaba un conjunto el mas espantoso que puede concebirse. El enemigo se consternó por el pronto, y en la primer sorpresa quedaron muchos exánimes. Acalorados los patriotas, despreciando la muerte, insistieron tenazmente por llevar adelante su reconquista; pero reforzado el enemigo con oportunidad, y no teniendo iguales auxilios se vieron en la dura necesidad de abandonar la empresa. Este fue el momento en que, á pesar de las precauciones indicadas, padecieron extraordinariamente en su retirada, quedando en aquel reducido trecho y delante de la puerta de la iglesia yertos algunos militares y padres de familia. En este ataque quedó herido el general francés Kostoland y murió el capitan de ingenieros Bartelemy. Nosotros perdimos á D. J. Laplaza, oficial de mérito, con otros dos cu-

yos nombres se ignoran, asi como el de un capuchino que ya se habia distinguido en varios choques, y quedó yerto en el acto de suministrar á un moribundo los auxilios espirituales.

Todas estas hazañas, y la defensa gloriosa del punto de las Mónicas, aunque en sí verdaderamente grandes, se presentaban todavía á los ojos del gefe con tal realce, que le hacian concebir las esperanzas mas halagüeñas. Convencido de los resortes que debian ponerse en movimiento, nombró para dirigir á los paisanos de la parroquia de San Pablo por comandantes á los presbíteros don Santiago Sas y don Antonio Lacasa, y á los labradores propietarios don Mariano Cerezo y don José Zamoray, para los de la parroquia del Pilar á don Martin Avanto y á su hijo, para los de la Magdalena á los presbíteros don Pedro Lasala y don Policarpo Romea, y asi para las demas parroquias, como la de Santa Engracia, San Felipe y algunas otras, y para sostener su entusiasmo publicó el siguiente exhorto. «Valientes paisanos de Zaragoza: La gloria y la ciudad está en vuestra mano: si quereis ayudarme, uniros con mis ardientes soldados; soy esclavo de mi honor, y de vuestra confianza: yo sabré conservarla, y moriré primero que faltar á mi deber. Esta ciudad tiene parroquias acreditadas; vamos á ver cual es la mas valerosa, y á qué parroquia deberá su salud esta ciudad y el Santo Pilar de María. Me lisonjeo, paisanos mios, de que serán todas, y que en valor se disputarán la fama á las mejores tropas del universo. En pocas horas, si quereis, saldremos de los pérfidos enemigos que nos cercan; ya han sido rechazados por todas partes, ya la ventaja es nuestra, el terreno lo conoceis mejor que ellos: á vencer hijos mios, á vencer, y triunfe María Santísima del Pilar. Cuartel general de Zaragoza 30 de enero de 1809. = Palafox.»

Las demostraciones que desde el 27 habian hecho algunas intrépidas mugeres merecian conmemoracion, y el general en el mismo dia las elogió en estos términos. «Zaragozanas.=Tambien vosotras estais deseosas de gloria. Entre los antiguos existieron las amazonas: desde ellas hasta nuestros tiempos no ha nacido quien las reemplace. Las que seais valientes salid al frente á reemplazarlas, defendereis la ciudad y conservareis á nuestra augusta Patrona. Bien pudiera deciros que no es nuevo el valor en vuestro sexo; pero en vosotras las de Zaragoza se halla mas actividad que en otra alguna muger; reuniros pues, amables mugeres, no dejeis solo á los hombres el lauro y el triunfo. Los soldados franceses os temerán, y será una vergüenza para ellos ser vencidos por vosótras. Llenaos pues del noble entusiasmo que me habeis manifestado, y acollónense todos cuantos os vean salir á la defensa de nuestra ciudad. Solo vuestra presencia intimida al mas valiente. Una muger cuando quiere hace temblar á los fuertes. Seais vosotras las primeras á recibir las gracias de todos los españoles. Tambien soy vuestro general y vuestro amigo; tambien deseo que me mireis como á gefe y como á padre, y esto solo me falta para completar mi satisfaccion. Cuartel general de Zaragoza 30 de enero de 1809.=Palafox."=En verdad estas producciones se resienten de la situacion apurada en que se formaron; pero no por eso dejan de ser muy significantes. Grande y aun enorme era el peso que nos agoviaba; los espíritus acalorados elegian estos medios, y sus declamaciones iban subiendo de punto.

La noche por fin cubrió con su velo las escenas sangrientas que ocurrieron en este dia, escenas de luto y horror que no es facil describir con su verdadero colorido. Desmembrado considerablemente el batallon de Voluntarios de Huesca, apenas tenia oficial ni soldado que no

estuviese herido ó contuso. El comandante Villacampa tuvo que dejar por dicha causa el mando, y el que se encargó de él, á vista del deplorable aspecto en que estaba el punto, celebró consejo de oficiales para resolver si podia ó no sostenerse. Todo indicaba que el enemigo estaba para internarse y ocupar la iglesia, porque todo aquel trozo no era mas que un hacinamiento de ruinas. Si lo verificaba, estaban muy expuestos á quedar cortados, y asi resolvieron aspillerar la casa de frente, guarnecer la cortadura de la calle, y dejar un reten hasta el momento crítico de hacer la retirada, que últimamente verificaron por el portillo que en una pared habian abierto los paisanos.

CAPITULO XII.

Los franceses ocupan las ruinas del convento de las Mónicas y asaltan el de San Agustin. — Choques singulares en lo interior del mismo y en la calle de Palomar. — El enemigo vuela varias casas por el recinto de Santa Engracia.

El ejército sitiador comenzó á perfeccionar sus comunicaciones, y fortificarse mas y mas en las casas que iba ocupando, y tambien en el convento de Trinitarios, donde el choque que acababa de experimentar habia sido acérrimo, y por ello reparó el espaldon levantado detras de la puerta de la iglesia, procuró cerrar la brecha, y para mayor seguridad dió principio á la construccion de una batería delante del convento por si los patriotas insistían en su empeño.

Á vista de las ventajas obtenidas por el punto de Santa Mónica, los que guarnecian el convento de San Agustin intentaron hacerlos saltar por medio de las minas. El enemigo lo conoció y se previno. Sus minadores imposibilitaron á los nuestros el que completasen la obra: tan grande era la obstinacion de los sitiados y el empeño de los sitiadores.

Á costa de duras penas y trabajos ímprobos iban los franceses avanzando á la vez por derecha y centro. Posesionados de Santa Mónica, fueron ocupando las casas de la línea del muro hasta llegar á la Puerta Quemada: pero conociendo Saint-Marc lo importante que era contenerlos, desde la plaza de San Miguel donde estaba, tomó las dis-

posiciones mas activas. La resistencia que hicieron en las últimas casas de la calle de Pabostre fue tan obstinada, que los mismos franceses han confesado no pudieron ocuparlas á pesar del fuego de artillería, y de sus reiterados ataques. Los comandantes de paisanos, al frente de los mas esforzados, sostuvieron encuentros y choques muy singulares, unos con granadas de mano, otros cargando á la bayoneta. En esta lucha ocurrieron acciones parciales dignas de los mayores elogios.

Como no cesaban los trabajos para fortificarse, al paso que atacaban en un extremo, preparaban en otro nuevas y terribles explosiones: cinco casas volaron á la vez á su izquierda en las manzanas inmediatas á la calle de Santa Engracia, dejando sepultados á sus defensores entre las ruinas. Todavía volaban los trozos del edificio y vigas por el aire, cuando, favorecidos de la densidad del polvo, creyendo confundidos á los patriotas, apareció el enemigo sobre los escombros para apoderarse de los edificios inmediatos: pero un fuego vivo de fusilería lo escarmentó en términos que, despues de quedar algunos exánimes, tuvo que retroceder. La serenidad y calma fria de los defensores les dió á conocer que las explosiones les perjudicaban, porque no apoderándose del sitio quedaban al descubierto, y para ganar terreno tenían que sufrir mayores pérdidas. «La experiencia nos hizo conocer (dice Rogniat) que las casas derribadas totalmente por las minas eran en lo general un obstáculo á nuestros progresos, porque sus ruinas no proporcionaban el menor cubierto á las casas vecinas, y no podíamos atravesar por estas ruinas sino con mucho trabajo y riesgo. Los oficiales ingenieros calcularon la carga de los hornillos de manera que abriesen brecha sin derribar las casas, y emplearon con particularidad las minas para abrir brecha en los conventos y edificios grandes que formaban como ciudadelas en lo interior de la poblacion.»

Tambien es digno de trasladarse lo que dice sobre las conquistas de esta clase Mr. Daudebard. «Se trabaja mucho en tomar las casas. Es necesario para conseguirlo minarlas y volarlas unas detras de otras, abrir sus tabiques y abanzar sobre los escombros. Un dia se conquistan cinco ó seis casas, otro un convento, y otro una iglesia. Ha sido preciso formar en medio de las ruinas calles interiores para trasladar la artillería y municiones. En fin, se han construido baterías en las calles y sobre las ruinas de los edificios. Este es un nuevo modo de tomar las plazas. Los ingenieros han tenido que abandonar la táctica ó sistema antiguo, y discurrir nuevos métodos para atacar. Este es muy peligroso, y han perecido en los caminos subteráneos muchos zapadores y minadores. Los españoles se defienden á pie firme en sus casas. Se tirotea sin cesar de un lado á otro, todas las extremidades y avenidas están pertrechadas con reductos de artillería."

Dueños por fin del convento de las Mónicas, y á sazon que estaban los Voluntarios situados en las casas inmediatas, intentaron salir por la puerta de la iglesia. Apenas la entreabrieron cuando les saludaron con la fusilería de los edificios de en frente, y volvieron á cerrarla atrincherándose y fortificándose para que no les desalojasen de un puesto que habian ganado á costa de mucha sangre. Por la noche volvió al punto el comandante Villacampa, á quien por sus señalados servicios en la defensa del convento de Santa Mónica le condecoró Palafox con el grado de brigadier, y tambien ascendió á los oficiales que mas se habian distinguido. A seguida recibió una orden para trasladarse, como lo verificó, á cubrir la batería de los tejares, y este batallon, que no era sino un esqueleto por la mucha gente que habia perdido, dejó aquel sitio que será eternamente un monumento que publicará á la mas remota posteridad las proezas de tan es-

forzados y valientes aragoneses. Este batallon perdió en este sitio cuatro capitanes, siete subalternos, y unos mil hombres: los restantes quedaron heridos ó contusos, y fueron relevados alta noche por el regimiento de Extremadura.

Con estas ventajas desmejoró mucho nuestra situacion, y todo presagiaba que el enemigo iba á extenderse cuanto le fuera posible. Las tropas que guarnecian el convento de San Agustin, y entre ellas el batallon del Infante don Carlos y el ligero del Portillo, viendo flanqueada su derecha, creyeron no podian subsistir, y sin considerar que por alguno de los puntos de contacto con el convento de las Mónicas podian ser sorprendidos, no se curaron sino de contener á los que avanzasen por la brecha exterior del camino, que era por donde parecía debian acometer. El enemigo, que veía por experiencia lo caro que le estaban tales choques, escogitaba ardides para hacer la guerra con la mayor economía. A este efecto preparó unos hornillos al pie de una tapia divisoria de ambos conventos, y realizada la explosion, entraron los franceses por aquella abertura. Esta sorpresa, como era regular, produjo el efecto apetecido. Por el pronto no les opusieron resistencia; mas como el convento de San Agustin es un edificio crecido, comenzó el tiroteo en la iglesia (porque justamente la tapia volada estaba contigua á la sacristía y á otros recintos que habia á espaldas del altar mayor) y esto dió margen á que en medio de la confusion comenzase la lucha mas singular que puede concebirse. Los franceses, siempre con reserva, introdujeron unas compañías que, parapetadas del ara del altar mayor y de las mismas ruinas, hacían fuego á los que la ocupaban. En esto, militares y paisanos viendo donde estaba el enemigo, vuelan á las armas, y unos se dirijen al coro, otros á las tribunas, y todos comenzaron un tiroteo tan extraordinario que ocasionó algunos daños. Los sitiadores

se posesionaron por fin del convento dando vuelta por todas sus barricadas y cortaduras interiores; pero pasadas algunas horas, y viéndose los que defendían aquella línea amenazados, se dirijieron por la calle de los frailes á atacarlos bruscamente para reconquistarlo. El enemigo habia establecido ya sus puntos de apoyo, con lo que, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los patriotas y de los arrojos que ejecutaron, dignos de la mayor loa, no pudieron desalojarlos. Posesionados ya los franceses del convento, vieron con sorpresa que desde la torre ó campanario tiraban á la plazuela de frente á la iglesia muchas granadas de mano con las que les herían bastantes soldados. Efectivamente, se habian situado y pertrechado en ella siete ú ocho paisanos con víveres y municiones para hostigar al enemigo, y subsistieron verificándolo por unos dias sin querer rendirse.

Si en este punto habia estrépitos, confusion y alboroto, no eran menores los de la Puerta Quemada, pues el enemigo atacó de recio las casas inmediatas. Introducido en algunas, fueron persiguiendo á los que las ocupaban por las mismas comunicaciones hasta muy cerca del ángulo que está mas inmediato á la plaza de la Magdalena, frente á las ruinas del Seminario. Noticiosos de los progresos que hacian los franceses, se formaron diferentes cuadrillas de militares y paisanos, y sin mas combinacion que tomar unos las avenidas, activar otros los parapetos, y tenderse por los edificios que formaban nuestra línea, los mas esforzados entraron en las mismas casas ocupadas por el enemigo. Trabáronse á un tiempo mil choques y encuentros parciales en los aposentos, bodegas y sótanos, en los que no usaron por lo comun sino del arma blanca. Los zapadores franceses, que vieron tal arrojo cuando iban á tomar algunas disposiciones para tabicarse y afianzar su conquista, quedaron confundidos, y despues de

perder cien hombres, tuvieron que abandonar toda la hilera de casas que habian ocupado, bien escarmentados de aquella tentativa. El derribo de tabiques y puertas, las carreras que daban trepando por las comunicaciones, los tiros continuados, las voces de los que prevenian á otras cuadrillas tomasen estas ó aquellas avenidas, todo presentaba unos objetos tan nuevos, tan singulares en los anales de la guerra, que no hay seguramente con qué poderlos conparar. El dia 2 volvieron á reconquistar una gran parte de las casas de que habian sido expelidos el dia anterior. Guando esto sucedía, posesionados los sitiadores de San Agustin y las Mónicas, trataron de salir con bastante fuerza por la calle de Palomar y la de San Agustin, con el objeto de reunirse á los que por la de la Quemada iban avanzando al punto céntrico de la plaza de la Magdalena. Observado esto, comienzan los toques de cajas y campanas, y una alarma general puso en accion á todos los defensores. Corre la voz del iminente peligro que amenazaba, y marchan desaforados á encontrarlos. Los que habia en el convento ocuparon las casas de la segunda calle que hay contigua á la de San Agustin, y desde ellas y los edificios de enfrente contuvieron á las compañías que venian atacando. Como la calle de Palomar está paralela á la de San Agustin adelantaron mas por esta parte, pues aunque de los edificios de la plaza de la Magdalena, que daban al frente, les hacian fuego, el ser bastante ancha y larga impedia ocasionarles daño considerable; y así, aprovechándose del mismo desorden, llegaron algunos osados á entrar en ella. Los fusileros que habian ido á reforzar el punto de la Universidad fueron trasladados á las tres de la tarde oportunamente á las ruinas del Seminario, y como desde allí podian enfilar mejor sus tiros contra los que llegaban á la plaza, comenzó un fuego terrible. La pelea iba empeñándose por grados,

y todo aquel recinto ofrecia una escena sangrienta. En los cortos intérvalos que despejaba el humo la atmósfera, aparecian acá y acullá unos espirantes, y otros cadáveres en medio del campo que querian conquistar. Las Zaragozanas, excitadas por la proclama de su general, renovaron las acciones del 15 de junio, 2 de julio y 4 de agosto, mezclándose en lo mas rudo de la lucha, animando y reforzando á los patriotas, de modo que algunas saltaron por los parapetos, y fueron víctimas de su inconsiderado denuedo. El enemigo, á pesar de verse rechazado, insistía con teson, esperando con él fatigar á nuestros valientes; pero sus esfuerzos se estrellaron como el navío que impelido del huracán va á dar contra las rocas.

Por el centro experimentábamos á esta sazon iguales apuros. Los sitiadores habian construido dos minas á derecha é izquierda del convento de Santa Engracia. Apenas saltaron, cuando aparecieron varias compañías de polacos dirigidas por el general de ingenieros Lacoste, y se arrojaron sobre las brechas. El coronel Fleuri con los Voluntarios de Aragon y paisanos que ocupaban las casas inmediatas les hicieron un fuego tan vivo, que solo unas tropas aguerridas, y excitadas por la presencia de su general, podian arrostrarlo, dejando infinitos cadáveres sobre las ruinas de unas miserables casas que no podian proporcionarles la mayor ventaja. Esta conquista tan mezquina les costó la pérdida de muchos valientes, y sobre todo la del general Lacoste, que les fué muy sensible. En aquel dia se confirió la comandancia de ingenieros al coronel Rogniat.

En todo el dia cesó el fuego por una y otra parte. El enemigo sufrió una gran pérdida. Los defensores se colmaron de gloria, siendo sensible que estos esfuerzos no ofreciesen mas resultado que el aniquilamiento recíproco de los combatientes. Lo doloroso y sensible era que mu-

quisieron atacar el Seminario, pero inútilmente, pues dominados del edificio que sosteníamos con vigor, quedaron víctimas del terrible fuego con que de todas partes les resistían.

Viendo que no podian alojarse en las casas de la calle de Palomar, por la metralla que despedia el cañon colocado en la embocadura de la misma, y una pieza de á cuatro puesta sobre el antiguo muro inmediato al Arco de Valencia; para contrarestar especialmente al cañon del baluarte colocaron dos piezas de campaña delante de Santa Mónica, con los que hicieron callar nuestros fuegos, y desmoronaron el torreon. Al mismo tiempo colocaron un obús á la extremidad de la Puerta Quemada para sostener la calle que va hasta la Puerta del Sol; y con algunos pequeños morteros de seis pulgadas que trasportaban á una parte y otra, continuaban despidiendo granadas incesantemente.

Puesto el convento de Trinitarios en estado de defensa, y satisfechos de que no les incomodarían, retiraron los franceses de este punto la tropa de zapadores, minadores, y oficiales ingenieros, dejando la competente guarnicion, y los destinaron al ataque del centro para adelantar ácia el Coso, tomando los edificios del hospital y convento de San Francisco. No ignoraban que la Puerta del Carmen, y línea que sosteníamos por el convento de las Descalzas estaba débil, y que podian á pocos esfuerzos haber avanzado por aquella parte; pero como les cogia muy distante del ataque principal, no podian debilitar sus fuerzas, ni explayarse demasiado, pues la experiencia les habia dado á conocer lo mucho que arriesgaban en esto. La línea efectivamente era extensa, y segun sus narraciones tenian distribuidas sus tropas en esta forma. La division Morlot de cinco mil hombres, formaba el bloqueo desde el castillo, ó mas bien desde la derecha del Ebro hasta el con-

nistre cinco rs. vn. diarios á cada uno, y racion de vino. Varias personas pudientes se han adelantado á ofrecer sus caudales, y he comisionado al regente de la audiencia para recibirlos, y entregar lo que se les vaya librando al intento. Yo le he remitido mis relojes, mi plata labrada y todo cuanto tenia, sin reservarme mas que la espada para vengar las injurias que os ha hecho esa infame y cobarde nacion. Hé mandado que mi mesa se reduzca al rancho de soldado raso, y que todo mi sueldo se invierta en beneficio de los defensores de la ciudad. Zaragozanos, desahogad ahora vuestra fidelidad y patriotismo, y entregad al regente cuanto os dicte vuestro celo para socorrer los paisanos, pues si logramos la victoria antes de acabarse el fondo, se invertirá el sobrante en premiar á los que se distingan, socorrer á las mugeres de los que mueran, y dotar á sus hijas. Ayudadme, Zaragozanos, y os aseguro que venceremos, y que iremos todos juntos con la mayor devocion y reconocimiento á dar las gracias á la Virgen Santísima del Pilar, que tan visiblemente nos proteje y defiende. Cuartel general de Zaragoza 1.° de febrero de 1809.= Palafox."

dejaron de volver á atacar las casas que habian perdido, y que recobraron despues de una tenaz resistencia, apoderándose de algunas manzanas con el auxilio de la zapa, de los petardos y de las minas. Los sitiados incendiaban algunos edificios, y como su construccion era sólida rasinaban las maderas de los techos y aplicaban otras materias combustibles. Estas gestiones paralizaban los progresos del enemigo. A vista de la pérdida sensible que experimentaron en esta aciaga tentativa, resolvieron no insistir en avanzar por su izquierda, y sí por la derecha en que estaban bastante atrasados, con el objeto de llegar á la Puerta del Sol, y ocupadas las tenerías, venir á darse la mano con las tropas situadas á la izquierda del Ebro para conquistar los arrabales, en donde habian hecho algunos progresos.

Efectivamente, en la noche del 30 de enero se presentó á las diez en la línea un batallon mandado por el ingeniero Larcher para abrir la primera paralela á la izquierda del Ebro, bajo la direccion del coronel de ingenieros Dodé junto al parque de artillería. En las siguientes hasta el seis de febrero activaron los trabajos, en los que se distinguió el regimiento 103 por su actividad y sufrimiento, haciendo sus soldados dos y tres noches seguidas el servicio, ya de guardia ya de trinchera, de modo que rápidamente abrieron la segunda y tercera paralela, y construyeron las baterías núm.os 1, 2, 3, 4, 5 y 6, con lo que lograron ponerse casi á un tiro de piedra del convento de Jesus; y esta fue acaso la primera vez, como dice Daudebard, en que se vió abrir una paralela bajo las ventanas de los sitiados. Sin embargo de esto permanecieron algunos religiosos en el convento hasta el punto de ser asaltado, y desde una galería que tenian observaban los trabajos del enemigo. El 7 por la mañana se pusieron en batería veinte bocas de fuego contra este edificio aisla-

están casi paralelas, avanzaron lo posible por la calle de Pabostre y la de Palomar, y ocuparon algunas casas. En las cercanías de Santa Engracia continuaron las explosiones, y comenzaron los trabajos para ocupar el convento de religiosas Franciscas de Jerusalen.

El general Palafox dejaba obrar el acalorado espíritu de los defensores, pero este decaía sensiblemente con el enorme peso de las enfermedades suscitadas por las penurias y escaseces. Uno de sus primeros cuidados fue el que á los miserables jornaleros no les faltase lo necesario, pero ya no habia pan, y escaseaban los demas artículos. El dia 4 de febrero para evitar el que los paisanos abandonasen la calle de San Gil y San Pedro tuvo que suministrarles pan y vino de su cuenta don Vicente Camacho, y otros ejecutaron lo mismo en algunos puntos. En los siguientes dias creció la escasez, y fue preciso disponer, como lo propuso y ejecutó el coronel don Manuel de Leyva y de Eguiarreta, el que los oficiales sacasen diariamente racion de etapa como el soldado, y formasen rancho, en el que se incluyó, haciendo lo mismo varios gefes por no tener otro arbitrio para subsistir. A pesar del sufrimiento con que todos sobrellevaban una situacion tan lamentosa, no podia menos de oirse quejar al padre de familias, que, viendo expirantes su muger é hijos, tenia que ir á batirse abrumado del sentimiento, y acaso compelido de una funesta desesperacion. A estos males solo podian aplicarse remedios aparentes y momentáneos. Con este objeto salió á luz el siguiente anuncio: «Para que todos los vecinos puedan alistarse con sus alcaldes, y asistir á los puntos á que se les destine con mas comodidad, se le dará á cada uno cinco reales de vellon diarios, y una racion de vino. Los que estén empleados dispondrán sus comidas de modo que no se separen de sus puntos en las veinte y cuatro horas, ya reuniéndose y poniendo el ran-

Para formar idea del trastorno que comenzaba á experimentarse en la poblacion, y que no faltaban quejas y desconfianzas, inscribiremos el bando que se publicó. «La indiferencia y abandono con que algunos vecinos miran la suerte de su patria, es causa de que los enemigos ocupen hoy con afrenta nuestra la parte de ciudad que conserban á pesar de su debilidad y cobardía. Los honrados, los verdaderos patricios se cansan inútilmente sin poder cortar este mal, indigno del nombre aragonés: muchos soldados, siguiendo este ejemplo se separan de sus cuerpos, y se ocultan en las casas de los cobardes, uniéndose á ellos para disimular su cobardía: para evitar estos males, y las consecuencias que de ellos pueden seguirse, mando: que todos los soldados dispersos, ó separados de sus cuerpos y gefes naturales, se reunan, en el dia de hoy á ellos, bajo la pena de dos carreras de baquetas por doscientos hombres, y seis años de presidio con destino á los trabajos públicos; la misma pena sufrirán los que con pretesto de enfermedad se encuentren en casas particulares ú hospitales, y los que los ocultaren, serán destinados por seis meses á los trabajos públicos de la ciudad. El soldado que se separe, aunque sea por momentos, del punto en donde esté empleado sin permiso de el que le esté mandando, sufrirá todo el rigor de la pena señalada por ordenanza en tales casos. Los comandantes de los puestos particulares serán responsables con sus empleos de la permanencia en los puntos de los que estan á sus órdenes, y de dar parte al señor Inspector general de su arma para que se les castigue segun lo merecieren, á cuyo fin pasarán lista con frecuencia á sus tropas. Conozco el castigo de que se hacen dignos los vecinos que no contribuyen con todas sus fuerzas á la defensa de la plaza, como tambien que muchos están tibios porque hay entre nosotros malvados que los desaniman; pero

iba tomando auge; los choques eran continuos, las explosiones terribles; en la noche misma del 2 al 3 volaron una casa inmediata al convento de Jerusalen, desde la que les hacian bastante daño, y era un obstáculo para el asalto que meditaban; el estrépito del cañon y estallido de granadas y bombas se oía sin intermision; sitiados y sitiadores trabajaban de dia y noche para fortificarse con un empeño inconcebible; pero sigamos paso á paso esta defensa sin igual, y que tan justamente ha excitado la admiracion de todo el mundo.

El dos fue obstinada la resistencia que se les hizo; y como les interesaba avanzar ácia la plaza de la Magdalena, al dia siguiente atacaron de firme las casas de frente al hospital de huérfanos llamada de Suelves, y despues de grandes debates ocuparon algunas de mas arriba, y otras de las existentes desde la Puerta Quemada hasta la plaza, pues no se explayaban hasta estar bien seguros de que aquel terreno quedaba abandonado, y que formada otra línea podian alojarse con alguna seguridad de no verse acometidos. El principal choque del dia 3 se dirigió á apoderarse del convento de religiosas de Jerusalen. El comandante de ingenieros de aquel punto era don Marcos Simonó. Este dispuso que el capitan de zapadores don Mariano Tabuenca á una con sus hermanos don Matías y don Juan Antonio hiciesen diferentes parapetos y cortaduras en los claustros para defender á palmos el terreno. Los minadores franceses habian formado tres ataques para adelantarse ácia el convento, y abrir la correspondiente brecha; observaron que contraminaban los sitiados para destruir sus galerías, y esto los precisó á cargar con presteza uno de los hornillos antes de que llegáran al convento para evitar adelantasen sus trabajos, y esta explosion sepultó á algunos de los trabajadores entre las *ruinas*. Verificado, comenzaron al momento á formar

nuevas galerias, y en uno de estos encuentros el coronel Rogniat quedó levemente herido. Estando todo ya dispuesto, los nuestros incendiaron las casas inmediatas al convento, para impedir su aproximacion al enemigo, pero á pesar de esto, los zapadores y volteadores del 115 atravesaron por medio de las llamas y atacaron á los defensores bajo la direccion del capitan comandante de ingenieros del centro Prost, antes que pudieran atrincherarse en el convento. De sus resultas lograron entrar en él mezclados y revueltos, y se trabaron diferentes escaramuzas en los claustros y aposentos, en las que pereció el capitan don Mariano Tabuenca y otro oficial cuyo nombre se ignora, y tambien algunos de los que atacaron en este combate singular, y el resultado fue que se apoderaron de todo el edificio. El comandante don Marcos Simonó fue herido mortalmente observando desde la casa administracion del canal los trabajos del enemigo, y falleció á brebe rato, causando la pérdida de este esforzado militar un sentimiento general, y un trastorno muy considerable para los defensores de aquel punto. La batería que el enemigo construia á la izquierda de Trinitarios quedó concluida, y en disposicion de jugar seis piezas para acallar los fuegos de las que teniamos en los reductos y en el castillo.

En este dia apareció á los ojos del público un espectáculo sobremanera triste. La noche anterior cayó una bomba en la casa utensilios, sita junto á la plazuela de la Cebada, y habiendose incendiado, entraron varios paisanos, los cuales hallaron una porcion de camas de las correspondientes á dicho ramo, y como los enfermos se iban multiplicando extraordinariamente y habia tantos hospitales comenzaron á declamar. No fue necesario mas para proceder contra el guarda-almacen don Fernando Estallo. Todos lo apellidaron traidor, lo condujeron en seguida á la

volarlo, y en el ataque del centro aplicó el minador por debajo de la calle de Santa Engracia para formar un hornillo que derruyese el edificio extenso de San Francisco. Principió tambien dos galerías para ocupar el hospital, no obstante de que no era ya sino una montaña de escombros; y observando que nuestros minadores llevaban la misma direccion é inquietaban sus trabajos, se apresuró á cargar los hornillos con mil quinientas libras de pólvora cada uno, que cebaron inmediatamente. No asaltaron por entonces el convento porque la brecha no era practicable, pero habiendo producido su efecto las dos dirigidas contra el hospital, se apoderaron de las dos terceras partes de aquel edificio. El 10 cargaron con tres mil libras de pólvora el hornillo, y con ochocientas cada uno de los dos que habian puesto en una casa inmediata al convento; luego aparentaron un ataque para atraer á los defensores, y comenzó el tiroteo. A las tres de la tarde ocurrió la horrorosa explosion de una gran parte del convento de San Francisco por la entrada de la portería y claustro bajo, y fueron sepultados entre aquellas ruinas muchos padres de familia, á quienes los alcaldes de barrio presentaron para hacer las guardias y defender aquel punto. ¡Víctimas heróicas, recibid el homenage debido á vuestro acendrado patriotismo! Apenas calmó el sacudimiento, cuando los franceses pasaron al abrigo de una traversa no destruida, y cayeron sobre el convento, en el que se atacaron y persiguieron á la vez sitiados y sitiadores sin mas plan que el de desfogar su corage obrando casual y arbitrariamente. Por el pronto el cañon que habia en el Arco de Cineja no dejó de incomodar algun tanto al enemigo, pero este internado discurria por el convento, y como seguia la lucha crecieron los temores, y creyendo iban á extenderse al toque de generala, formó la caballería en el Coso y plaza del Mercado, únicos sitios en donde podia maniobrar, y

bue manteníamos las comunicaciones con la calle de la Cadena, que va á salir á la Puerta Quemada, pues todavía ocupaban los sitiados la manzana de casas que termina en el Arco de la Nao, y varias de la calle de en medio, y por esta otra parte el Seminario Sacerdotál y toda la línea hasta el Arco Puerta de Valencia, casa inmediata al Arco de las casas de Suelves y las calles de Barrio Verde y de los frailes, con las manzanas que están á espaldas de aquella direccion, sin contar con que fuera de estas líneas habia en lo interior ocupadas casas avanzadas que les costó el conquistarlas repetidos choques y pérdidas de consideracion. En el ataque de la Puerta de Santa Engracia conservábamos el hospital é hilera de casas inmediatas que dan al Coso. Es de advertir que los franceses en este punto cargaban toda la fuerza y conato ácia su derecha, pues vencida les era mas facil comunicarse con las tropas que habian avanzado hasta la Puerta Quemada y estaban mas próximas á salir al Coso. Posesionados de esta calle hubiesen estrechado sobre manera la ciudad; pero conociendo el generál Saint-Marc el empeño, procuró impedir realizasen tales miras, y asi defendieron los patriotas obstinadamente todos los puntos.

Con motivo de la grande explosion ocurrida el 27 de junio de 1808 quedaron arruinadas todas las casas paralelas á la calle de en medio, y como ésta viene á estarlo con la de la Puerta Quemada, el enemigo proyectó pasar por debajo de tierra para aproximarse y hacer alguna tentativa sobre el Seminario. Arregladas tres galerías para salvar la calle Infernal de la Puerta Quemada, cuando iban á tratar de poner fuego á los hornillos, vieron que una de ellas terminaba en una bodega que no estaba ocupada. Posesionados de aquella casa atravesaron la calle de en medio por un tránsito resguardado con sacos á tierra, é intentaron alojarse en la porcion de casas arruinadas. Desde alli

el enemigo; entraron en este inmenso convento, persiguieron vivamente á los españoles á la bayoneta, y se apoderaron luego de todo el edificio. Volvieron por la noche los enemigos á quitarnos esta interesante conquista; se apoderaron del campanario de la iglesia, é hicieron agujeros en la bóveda, por los que nos arrojaban granadas que nos obligaron á abandonar la iglesia; pero la ocupamos al dia siguiente. Esta operacion nos costó cincuenta hombres: las inmediaciones de la explosion estaban espantosas; se hallaban sembradas de miembros despedazados. Supimos despues que habia sido volada una compañía entera del regimiento de Valencia. Tuvimos que sentir la pérdida de los capitanes de ingenieros Viervaux y Jencesse, oficiales de mucho mérito."

Efectivamente la escena que presentaban las ruinas y todo aquel distrito era formidable: cuerpos mutilados, miembros esparcidos acá y acullá, rastros de sangre, pertrechos militares, balas, cascos de bombas, sacas y tablones, fuego, humo, clamores, tiroteo, alarmas, y en fin do quiera todos los objetos de la mas funesta y tremenda desolacion. No habiendo podido apoderarse el enemigo de una casa inmediata al convento, preparó una mina para volarla, y entabló por la espalda todas sus comunicaciones.

El conflicto de cada dia era mayor, y á pesar de la constancia sin igual que mostraban todos los habitantes y defensores, comenzamos á conocer que nuestra situacion era muy crítica. Para reanimar los ánimos, publicó el general en gefe la proclama siguiente: «La patria os llama, hijos de Zaragoza; no irritemos el auxilio divino de nuestra santísima patrona y madre, su santo templo peligra, vuestras vidas apreciables, vuestros hogares, mugeres é hijos penden de vuestro valor y esfuerzo, ¿cuál es nuestra obligacion? ¿cuáles nuestros deberes? ¿dejarnos arrancar de nuestras manos lo mas precioso de nuestra existencia

vento de Trinitarios, la cual ocupaba un punto considerable, y no podia proporcionar tropa para otro servicio. La de Gazan de ocho mil, lo ejecutaba en toda la ribera izquierda del mismo rio. Suchet estaba con un cuerpo de observacion para tener expeditas ciertas comunicaciones y destruir las guerrillas; de modo que, para llevar adelante sus ataques contra la ciudad, no tenian sino nueve mil hombres de las divisiones Musnier y Grand-jean. Las tropas hacian el servicio en la ciudad por mitad, y asi solo podian disponer de cuatro mil y quinientos hombres para los trabajos interiores, conservacion de las casas que conquistaban, y contínuos ataques de todos los puntos.

Sin embargo de las dificultades que les salian sin cesar al encuentro, y tenian ya fatigadas estas divisiones, intentaron el 8, 9 y 10 por la noche pasar por medio de una doble caponera desde la calle de en medio, y por las casas arruinadas frente al Seminario conciliar á la del Coso. Sostenia este paso un puesto que habian establecido en una casa arruinada al otro lado de la calle; pero conociendo Saint-Marc que si lográban su intento trastornaban toda la línea de defensa, dispuso un pequeño ataque en el que á un tiempo los acometiesen de frente, y por el costado, avanzando por la calle de en medio. Combinada la operacion, y animados los defensores con la presencia de sus comandantes Saint-Marc y el conde de Roure, dada la señal, cargaron con un denuedo extraordinario sobre el enemigo, dando muerte á cuantos hubieron á las manos, siendo una de las víctimas el capitan de ingenieros Joffrenot y otros valientes, segun ellos mismos lo han reconocido. No solo tuvieron que retirarse los franceses de las casas arruinadas, sino de otras de la indicada calle, y en un momento les desbarataron las caponeras, y los patriotas dieron fuego á los urones de sarmientos que habian colocado en aquel trecho. Sin embargo, no

dejaron de volver á atacar las casas que habian perdido, y que recobraron despues de una tenaz resistencia, apoderándose de algunas manzanas con el auxilio de la zapa, de los petardos y de las minas. Los sitiados incendiaban algunos edificios, y como su construccion era sólida rasinaban las maderas de los techos y aplicaban otras materias combustibles. Estas gestiones paralizaban los progresos del enemigo. A vista de la pérdida sensible que experimentaron en esta aciaga tentativa, resolvieron no insistir en avanzar por su izquierda, y sí por la derecha en que estaban bastante atrasados, con el objeto de llegar á la Puerta del Sol, y ocupadas las tenerías, venir á darse la mano con las tropas situadas á la izquierda del Ebro para conquistar los arrabales, en donde habian hecho algunos progresos.

Efectivamente, en la noche del 30 de enero se presentó á las diez en la línea un batallon mandado por el ingeniero Larcher para abrir la primera paralela á la izquierda del Ebro, bajo la direccion del coronel de ingenieros Dodé junto al parque de artillería. En las siguientes hasta el seis de febrero activaron los trabajos, en los que se distinguió el regimiento 103 por su actividad y sufrimiento, haciendo sus soldados dos y tres noches seguidas el servicio, ya de guardia ya de trinchera, de modo que rápidamente abrieron la segunda y tercera paralela, y construyeron las baterías núm.os 1, 2, 3, 4, 5 y 6, con lo que lograron ponerse casi á un tiro de piedra del convento de Jesus; y esta fue acaso la primera vez, como dice Daudebard, en que se vió abrir una paralela bajo las ventanas de los sitiados. Sin embargo de esto permanecieron algunos religiosos en el convento hasta el punto de ser asaltado, y desde una galería que tenian observaban los trabajos del enemigo. El 7 por la mañana se pusieron en batería veinte bocas de fuego contra este edificio aisla-

do, y por la noche abrieron un camino oblicuo desde la segunda paralela hasta unas treinta toesas cerca del edificio. Pocas horas de fuego bastaron para abrir una brecha considerable, y el dia 8, dispuestos los movimientos por el general Gazan, al medio dia dieron el asalto. El coronel Prefk del regimiento 28 se dirigió por el camino oblicuo á ocupar la brecha, y á pesar del fuego de metralla que se les dirigió desde el reducto que teníamos en el camino de Barcelona, lograron montarla. Sembrada la confusion, no pudieron evitar el que despues de algunos ligeros choques ocupasen el edificio, tomando dos piezas de artillería, algunos pertrechos, y haciéndonos bastantes prisioneros. Deseando los franceses intentar alguna sorpresa, salieron al camino que dá á los edificios de los arrabales, pero la fusilería desvarató á unos doscientos, y no trataron sino de pertrecharse. Asi lo ejecutaron, aprovechándose de las obras hechas por las tropas que guarnecian aquel punto. Casi al mismo tiempo intentaron atacar el reducto de las tenerías; pero como hallaron oposicion, desistieron inmediatamente. El 9 comenzaron á obrar las baterías de morteros núm.os 5 y 6, dirigiendo las bombas y granadas sin intermision sobre el Palacio del Arzobispo, y mas especialmente sobre el suntuoso templo de nuestra Señora del Pilar. Comenzaron á desgajarse trozos de bóveda de aquel sólido y grandioso edificio, que esparcidos por las naves auguraban mayor desolacion. Esto contristó en tales términos á las almas piadosas, que muchas al ver semejante escena no podian contener las lágrimas, y prorumpian en profundos ayes y suspiros. El asilo de la religion, en donde el hombre encuentra recursos contra todas las miserias, se vió en aquel dia hecho el blanco de la perfidia enemiga, que parecia complacerse en privar á los zaragozanos del único consuelo que les quedaba en medio de unos desastres tan terribles.

Para formar idea del trastorno que comenzaba á experimentarse en la poblacion, y que no faltaban quejas y desconfianzas, inscribiremos el bando que se publicó. «La indiferencia y abandono con que algunos vecinos miran la suerte de su patria, es causa de que los enemigos ocupen hoy con afrenta nuestra la parte de ciudad que conserban á pesar de su debilidad y cobardía. Los honrados, los verdaderos patricios se cansan inútilmente sin poder cortar este mal, indigno del nombre aragonés: muchos soldados, siguiendo este ejemplo se separan de sus cuerpos, y se ocultan en las casas de los cobardes, uniéndose á ellos para disimular su cobardía: para evitar estos males, y las consecuencias que de ellos pueden seguirse, mando: que todos los soldados dispersos, ó separados de sus cuerpos y gefes naturales, se reunan en el dia de hoy á ellos, bajo la pena de dos carreras de baquetas por doscientos hombres, y seis años de presidio con destino á los trabajos públicos; la misma pena sufrirán los que con pretesto de enfermedad se encuentren en casas particulares ú hospitales, y los que los ocultaren serán destinados por seis meses á los trabajos públicos de la ciudad. El soldado que se separe, aunque sea por momentos, del punto en donde esté empleado sin permiso de el que le esté mandando, sufrirá todo el rigor de la pena señalada por ordenanza en tales casos. Los comandantes de los puestos particulares serán responsables con sus empleos de la permanencia en los puntos de los que estan á sus órdenes, y de dar parte al señor Inspector general de su arma para que se les castigue segun lo merecieren, á cuyo fin pasarán lista con frecuencia á sus tropas. Conozco el castigo de que se hacen dignos los vecinos que no contribuyen con todas sus fuerzas á la defensa de la plaza, como tambien que muchos están tibios porque hay entre nosotros malvados que los desaniman; pero

nada me sería mas doloroso que hacer un castigo exemplar, y que por equivocacion recayese en un buen patricio; por lo que, y á fin de que cada uno tenga el premio ó castigo segun sus obras, prevengo á los señores curas de cada parroquia que con el mayor sigilo nombren tres vecinos en la suya respectiva, de conocido crédito, probidad y honradez, para que con toda reserva examinen la conducta de los individuos de su parroquia, llevando apuntacion de los que cumplan con su deber, de los que se distingan, y de los que repugnan servir á la patria, celando igualmente la conducta de los señores alcaldes; para que en tiempo oportuno pueda yo recompensar el verdadero mérito, y dar el castigo debido ya sea á los cobardes, ya á los mal intencionados que perturban el buen órden. Sin embargo de que se han nombrado comandantes particulares y á gusto de los vecinos, se nota que muchos no se han presentado á ellos, y que se excusan cuando los llaman sus alcaldes, diciendo que tienen sus comandantes; con cuya excusa, ni sirven con uno ni con otro; por lo que se previene, que los alcaldes tienen la misma autoridad que siempre en sus barrios; que los comandantes se han nombrado para que manden á los vecinos en las acciones de guerra, pero los alcaldes deben reunirlos para entregarlos á los comandantes ó acudir con los que no estén alistados á los puntos que se les señale, pues el alistado y el que no lo esté deben concurrir igualmente á la defensa de la ciudad. Los alcaldes cuidarán con la mayor escrupulosidad de pagar á los empleados, y si hubiere alguno que se descuide en este punto tan importante, se le quitará de alcalde y castigará con el mayor rigor. Cuartel general de Zaragoza 9 de febrero de 1809. = Palafox.

CAPITULO XIV.

Sucesos ocurridos en el recinto de santa Engracia.—Continúan sus trabajos los minadores por este punto y el de la plaza de la Magdalena.—Los sitiados contraminan pero con mal éxito.

No habemos hablado con individualidad de lo ocurrido en el ataque del centro desde el cuatro hasta el nueve, en que acabamos de referir los sucesos del de la derecha, y arrabales de la otra parte del Ebro. El enemigo en estos días corrió en galería algunas de las bodegas del hospital con el fin de volar un trozo del convento de san Francisco para ocuparlo. Los defensores, que observaron sus trabajos, les contraminaron y persiguieron tenazmente con granadas de mano, cuyas explosiones no solo les hacian un daño espantoso, sino que el humo apagaba las luces y les impedia continuar las obras, á cuya vista tuvieron que variar de plan, dirigiéndose por mas arriba contra unos edificios pequeños aislados llamados la Casa Santa, que volaron el 6 dando fuego á los hornillos que al efecto tenian prevenidos. Esta gestion tuvo el efecto de salvar por debajo de tierra la cortadura y parapeto existente en el Paso de las Cabras, en donde habia colocado un cañon que les incomodaba sobremanera. Viendo, aunque tarde, lo perjudicial de esta ventaja, los patriotas saliendo por el referido Paso acometieron á los que asomaron sobre las ruinas, y comenzó un choque denodado aunque parcial, por lo que continuó bastante rato el tiroteo. Los

presbíteros Sas y Lacasa al frente de sus escopeteros y con algunos militares fueron los que, bajo la anuencia y direccion del comandante Renovales, tuvieron el arrojo de salir al encuentro á los que solo hacian progresos por medio de la guerra subterránea. Como la Casa Santa existia á la izquierda del enemigo, y nuestros defensores ocupaban todavia la del canal que estaba en la misma direccion y al fin de la calle trasversal que iva ácia san Diego, conociendo era un obstáculo para alojarse en aquel sitio, que estaba al descubierto y dominado por aquella manzana, les fue preciso atacarla seriamente, y por último volar la del canal, en donde perecieron algunos valientes. Renovales habia inspirado tal entusiasmo á todos los que guarnecian aquella linea, y tomaba sus disposiciones con tal acierto, que daba mucha grima á los franceses. Esto, unido al empeño con que los defensores del jardin botánico no les permitian explayarse á su derecha, los desesperaba extraordinariamente.

Volvamos al dia en que el furioso bombardeo, unido á los contínuos encuentros suscitados en los ataques de derecha y centro, tenia convertida la ciudad en una morada infernal, pues no ofrecia donde quiera sino escenas horrorosas y sangrientas. Por el lado de San Agustin habian avanzado bastante, aunque con mucho trabajo, y por el otro de la Puerta Quemada en la noche del 8 al 9 adelantaron hasta la extremidad de la plazuela de San Miguel, en donde colocaron un cañon de á doce. En el mismo dia 9 tomaron despues de una gran resistencia cuatro casas entre la calle del Coso y la de la Quemada, y con iguales dificultades y perdiendo bastante gente se situaron en la calle de Barrio verde, la cual presentaba con el fuego que habian dado á varios edificios un aspecto terrible.

Dueño el enemigo de la porcion de casas paralela al edificio de la ciudad, comenzó el trabajo de minas para

volarlo, y en el ataque del centro aplicó el minador por debajo de la calle de Santa Engracia para formar un hornillo que derruyese el edificio extenso de San Francisco. Principió tambien dos galerías para ocupar el hospital, no obstante de que no era ya sino una montaña de escombros; y observando que nuestros minadores llevaban la misma direccion é inquietaban sus trabajos, se apresuró á cargar los hornillos con mil quinientas libras de pólvora cada uno, que cebaron inmediatamente. No asaltaron por entonces el convento porque la brecha no era practicable, pero habiendo producido su efecto las dos dirigidas contra el hospital, se apoderaron de las dos terceras partes de aquel edificio. El 10 cargaron con tres mil libras de pólvora el hornillo, y con ochocientas cada uno de los dos que habian puesto en una casa inmediata al convento; luego aparentaron un ataque para atraer á los defensores, y comenzó el tiroteo. A las tres de la tarde ocurrió la horrorosa explosion de una gran parte del convento de San Francisco por la entrada de la portería y claustro bajo, y fueron sepultados entre aquellas ruinas muchos padres de familia, á quienes los alcaldes de barrio presentaron para hacer las guardias y defender aquel punto. ¡Víctimas heróicas, recibid el homenage debido á vuestro acendrado patriotismo! Apenas calmó el sacudimiento, cuando los franceses pasaron al abrigo de una traversa no destruida, y cayeron sobre el convento, en el que se atacaron y persiguieron á la vez sitiados y sitiadores sin mas plan que el de desfogar su corage obrando casual y arbitrariamente. Por el pronto el cañon que habia en el Arco de Cineja no dejó de incomodar algun tanto al enemigo, pero este internado discurria por el convento, y como seguia la lucha crecieron los temores, y creyendo iban á extenderse al toque de generala, formó la caballería en el Coso y plaza del Mercado, únicos sitios en donde podia maniobrar, y

por escuchar la mas disimulada intriga que nos incita á la cobardía, ó resolvernos á defender nuestras propiedades? Reflexionad, Zaragozanos, volved en vosotros mismos, no consulteis con nadie sino con vuestro mismo corazon y obligaciones. Si quereis, no necesitais auxilio alguno para vencer á tan poquísimos enemigos como nos sitian, subid á las torres, tended la vista con vuestros anteojos, mirad que es vergüenza estemos oprimidos por tan pocos, conoced el engaño, sed verdaderos hijos del Pilar. Si creeis que en mí no hay energía para sostener el alto encargo que habeis fiado á mi cuidado, desechad ese error; sabed que soy benigno con vosotros porque os amo, y creed que en mí hay constancia, y que solo el ser hijo de Zaragoza anima y enciende mi valor hasta el extremo de que os juro que jamas seré esclavo, y que no serviré á otro rey que á mi legítimo Fernando VII y á mi patria. Con este conocimiento vosotros me arrancásteis de mi retiro para defender la ciudad y el reino; acepté muy gustoso tan pesada carga confiado en vuestro valor; si ahora me dejais en la ocasion mas crítica, os ha de abominar el mundo, que sabe que nada he omitido, ni omitiré para conservar la libertad de la ciudad, y de vuestras familias, dignas de mejor suerte que la que os prepara la seduccion con la timidez y cobardía; y estad seguros que el valor se necesita para que se aproximen nuestros socorros, cuando estos lleguen: debemos ayudarnos, debemos hacer un esfuerzo vigoroso para auxiliarles, pues si nos ven quietos, la intriga del enemigo podrá hacerles creer vuestra timidéz, y de este modo burlar vuestro buen celo, y perdernos. El que sea patricio, el que sea buen español preséntese con su arma, el soldado á sus puntos, el paisano á los puestos señalados, como lo acreditasteis en el sitio pasado; y pues sois valientes, en un momento, en pocos instantes serán confundidos los enemigos, destruida

el enemigo; entraron en este inmenso convento, persiguieron vivamente á los españoles á la bayoneta, y se apoderaron luego de todo el edificio. Volvieron por la noche los enemigos á quitarnos esta interesante conquista; se apoderaron del campanario de la iglesia, é hicieron agujeros en la bóveda, por los que nos arrojaban granadas que nos obligaron á abandonar la iglesia; pero la ocupamos al dia siguiente. Esta operacion nos costó cincuenta hombres: las inmediaciones de la explosion estaban espantosas; se hallaban sembradas de miembros despedazados. Supimos despues que habia sido volada una compañía entera del regimiento de Valencia. Tuvimos que sentir la pérdida de los capitanes de ingenieros Viervaux y Jencesse, oficiales de mucho mérito."

Efectivamente la escena que presentaban las ruinas y todo aquel distrito era formidable: cuerpos mutilados, miembros esparcidos acá y acullá, rastros de sangre, pertrechos militares, balas, cascos de bombas, sacas y tablones, fuego, humo, clamores, tiroteo, alarmas, y en fin do quiera todos los objetos de la mas funesta y tremenda desolacion. No habiendo podido apoderarse el enemigo de una casa inmediata al convento, preparó una mina para volarla, y entabló por la espalda todas sus comunicaciones.

El conflicto de cada dia era mayor, y á pesar de la constancia sin igual que mostraban todos los habitantes y defensores, comenzamos á conocer que nuestra situacion era muy crítica. Para reanimar los ánimos, publicó el general en gefe la proclama siguiente: «La patria os llama, hijos de Zaragoza; no irritemos el auxilio divino de nuestra santísima patrona y madre, su santo templo peligra, vuestras vidas apreciables, vuestros hogares, mugeres é hijos penden de vuestro valor y esfuerzo, ¿cuál es nuestra obligacion? ¿cuáles nuestros deberes? ¿dejarnos arrancar de nuestras manos lo mas precioso de nuestra existencia

por escuchar la mas disimulada intriga que nos incita á la cobardía, ó resolvernos á defender nuestras propiedades? Reflexionad, Zaragozanos, volved en vosotros mismos, no consulteis con nadie sino con vuestro mismo corazon y obligaciones. Si quereis, no necesitais auxilio alguno para vencer á tan poquísimos enemigos como nos sitian, subid á las torres, tended la vista con vuestros anteojos, mirad que es vergüenza estemos oprimidos por tan pocos, conoced el engaño, sed verdaderos hijos del Pilar. Si creeis que en mí no hay energía para sostener el alto encargo que habeis fiado á mi cuidado, desechad ese error; sabed que soy benigno con vosotros porque os amo, y creed que en mí hay constancia, y que solo el ser hijo de Zaragoza anima y enciende mi valor hasta el extremo de que os juro que jamas seré esclavo, y que no serviré á otro rey que á mi legítimo Fernando VII y á mi patria. Con este conocimiento vosotros me arrancásteis de mi retiro para defender la ciudad y el reino; acepté muy gustoso tan pesada carga confiado en vuestro valor; si ahora me dejais en la ocasion mas crítica, os ha de abominar el mundo, que sabe que nada he omitido, ni omitiré para conservar la libertad de la ciudad, y de vuestras familias, dignas de mejor suerte que la que os prepara la seduccion con la timidez y cobardía; y estad seguros que el valor se necesita para que se aproximen nuestros socorros, cuando estos lleguen: debemos ayudarnos, debemos hacer un esfuerzo vigoroso para auxiliarles, pues si nos ven quietos, la intriga del enemigo podrá hacerles creer vuestra timidéz, y de este modo burlar vuestro buen celo, y perdernos. El que sea patricio, el que sea buen español preséntese con su arma, el soldado á sus puntos, el paisano á los puestos señalados, como lo acreditasteis en el sitio pasado; y pues sois valientes, en un momento, en pocos instantes serán confundidos los enemigos, destruida

costa de algunas pérdidas ganaron dos capillas que habia en el fondo de la iglesia á su izquierda debajo del coro, con lo que lograron internarse en las casas contiguas. Tambien se apoderaron de la de San Diego alli inmediata, y consiguieron por fin establecerse con seguridad en la de San Francisco y en la torre, que era como una atalaya, desde la cual enfilaban repetidos tiros sobre la poblacion. El parte que dió el coronel del primer batallon de voluntarios tiradores de Murcia, comandante de aquel punto, decia lo siguiente: «Línea de San Francisco á Santa Fé.=El comandante de la misma dá parte al excelentísimo señor capitan general de haberle entregado ayer los expresados puntos el coronel don Benito Piedrafita, consiguiente á la superior órden de V. E. Anoche á cosa de las nueve volaron los enemigos una porcion del edificio de la capilla de la Sangre de Cristo (1) y palacio del Conde de Sástago, contigua á la que habian volado á las tres de la misma tarde, en la que no resultó desgracia alguna. Igualmente media hora despues se notó otra pequeña explosion en el mismo sitio sin que hubiese resultado daño. Como este punto, que se halla en la actualidad con cuatro brechas abiertas, por la parte del patio, caballeriza y segundo rellano de la escalera, se hace indispensable se refuerce á lo menos con cincuenta hombres, pues de ser forzado quedaría cortada la avanzada de la huerta de San Diego que poseen los enemigos desde San Francisco, sin otro obstáculo que un tabique y dos puertas tapiadas que en la noche pasada han intentado forzar cuatro veces. Habiéndose notado que los enemigos minan ácia el rellano de la escalera y caballeriza del citado Palacio, llamé

(1) Esta capilla estaba en un trecho que habia desde el portico principal á la entrada de la iglesia, y su fondo casi paralelo á las dos capillas sitas debajo del coro, y de las cuales una era peculiar de la hermandad de Nuestra Señora de los Angeles.

fue nombrado el 11 comandante de la primera línea del Coso que corria desde la Morería cerrada inmediata á San Francisco hasta el convento de religiosas de Santa Fé. El 15 habia abierta una brecha en el indicado punto, y á seguida abrió el enemigo otra en el noviciado de San Francisco, y dos mas en el jardin y casa de Sástago que se tenian que defender á la bayoneta, y subsistieron hasta la rendicion de la plaza, sin que lograsen internarse por ellas, ni menos tomar la batería puesta á la esquina de la calle subida del Trenque, y las que para en el caso de ser asaltada se habian construido en la segunda línea á la entrada de la calle de la Albardería y la plazuela de las Estrevedes.

Despues de muchos debates, los patriotas consideraron no podian sostenerse por mas tiempo en la casa de la esquina de la bajada de Olleta que habian defendido con un empeño extraordinario, y la abandonaron incendiándola, operacion que ejecutaban con algunas, pero que no producia efecto por no abundar de maderas. La casualidad de haber dejado en la confusion y azoramiento una puerta sin tabicar, proporcionó al enemigo el apoderarse de la última manzana de casas inmediata á la Puerta del Sol. Con esta ventaja creyendo estaban en disposicion de jugar los hornillos preparados para volar el edificio de la Universidad, los cargaron con quinientas libras de pólvora cada uno, y dispusieron dos columnas para asaltar luego que ocurriese la explosion. Esta quedó sin efecto, porque hicieron cortos los ramales, y solo conmovieron un trozo de la calle; pero como á seguida salió la tropa á atacar, creyendo abierta brecha, comenzó un gran fuego, que dejó yertos mas de ochenta polacos de las compañías que obcecadas avanzaron por su izquierda; y á no contenerse los restantes, su pérdida hubiese sido mucho mayor.

Seguian las voladuras y choques en el centro, y á

costa de algunas pérdidas ganaron dos capillas que habia en el fondo de la iglesia á su izquierda debajo del coro, con lo que lograron internarse en las casas contiguas. Tambien se apoderaron de la de San Diego allí inmediata, y consiguieron por fin establecerse con seguridad en la de San Francisco y en la torre, que era como una atalaya, desde la cual enfilaban repetidos tiros sobre la poblacion. El parte que dió el coronel del primer batallon de voluntarios tiradores de Murcia, comandante de aquel punto, decia lo siguiente: «Línea de San Francisco á Santa Fé.—El comandante de la misma dá parte al excelentísimo señor capitan general de haberle entregado ayer los expresados puntos el coronel don Benito Piedrafita, consiguiente á la superior órden de V. E. Anoche á cosa de las nueve volaron los enemigos una porcion del edificio de la capilla de la Sangre de Cristo (1) y palacio del Conde de Sástago, contigua á la que habian volado á las tres de la misma tarde, en la que no resultó desgracia alguna. Igualmente media hora despues se notó otra pequeña explosion en el mismo sitio sin que hubiese resultado daño. Como este punto, que se halla en la actualidad con cuatro brechas abiertas, por la parte del patio, caballeriza y segundo rellano de la escalera, se hace indispensable se refuerce á lo menos con cincuenta hombres, pues de ser forzado quedaría cortada la avanzada de la huerta de San Diego que poseen los enemigos desde San Francisco, sin otro obstáculo que un tabique y dos puertas tapiadas que en la noche pasada han intentado forzar cuatro veces. Habiéndose notado que los enemigos minan ácia el rellano de la escalera y caballeriza del citado Palacio, llamé

---

(1) Esta capilla estaba en un trecho que habia desde el portico principal á la entrada de la iglesia, y su fondo casi paralelo á las dos capillas sitas debajo del coro, y de las cuales una era peculiar de la hermandad de Nuestra Señora de los Angeles.

al señor ingeniero del punto, para que se cerciorase, á quien no ha quedado la menor duda de ello. Cuartel general de Zaragoza 12 de febrero de 1808. Excelentísimo señor.==B. L. M. de V. E. == Manuel de Leyva.==

Alojados los franceses en las casas conquistadas, y viendo frustrada su primer tentativa contra la Universidad, atacaron con el mayor empeño la última casa de la calle de las Arcadas, inmediata á la Puerta del Sol, que era el punto que sostenia la estrada cubierta de los defensores. Al ver la resistencia tan tenaz que les oponian, la volaron, pero en tales términos que vino todo el edificio á tierra; y no teniendo punto de apoyo, no se atrevieron á tomar la estrada á cuerpo descubierto.

Igual ó mayor oposicion hallaron en este dia (y era ya el 12 de febrero) en los ataques que dieron despues de estar posesionados de las casas propias del hospital de huérfanos para avanzar á su derecha, por lo que no hicieron sino reparar las comunicaciones y tomar algunas casas á su izquierda. Al mismo tiempo que dispusieron dos ataques de minas contra la Universidad, levantaron un espaldon, llegada la noche, en la calle de Alcover para colocar un cañon de á doce que batiese en brecha el lienzo del Liceo. La resistencia que en este dia opusieron los patriotas al enemigo, excitó á Palafox á dar un nuevo testimonio de lo mucho que hacian los paisanos; y para animarlos mas, y que no decayese su entusiasmo publicó la proclama siguiente. « Mis queridos paisanos: ayer llenásteis los deberes de verdaderos hijos de Zaragoza: los que os hallásteis en la Puerta del Sol y plaza de la Magdalena habeis cumplido con las obligaciones de buenos ciudadanos, y os habeis hecho acreedores á mi estimacion, y á recibir el premio de vuestro valor y patriotismo. Justo es pues, que os señale á todos el escudo de distincion, y que tengais abierta la puerta para pedirme las gracias que

En el ataque del centro consiguieron tomar algunas casas de las manzanas que terminaban ácia la calle del Coso, aunque muchas no eran sino montones de escombros, porque los defensores las defendian hasta el último apuro, y solo las abandonaban despues de darlas fuego. Sin embargo, llegaron hasta la casa ó palacio del conde de Aranda que tenia dos torreones y que por su extension servia á los sitiados como de ciudadela. Los patriotas seguian contraminando y haciendo mas de lo que podia y debia esperarse de su pericia en esta especie de trabajo. Lo cierto es que los minadores franceses intentaron muchas veces cruzar la calle que los separaba de la casa de Aranda para abrir brecha, y siempre les destruyeron su proyecto. Observando el enemigo que estaban próximos á descubrir una de las dos galerías que atravesaban el Coso, cargó los hornillos precipitadamente, y habiéndoles dado fuego, la explosion derribó una casa de la acera opuesta, que era la de Goicoechea inmediata á la de Tarazona, y sepultó en sus escombros á algunos defensores: la otra la descubrieron nuestros minadores, y despues de batirse en la galería, la desbarataron los franceses. Alojados estos en las casas arruinadas que habia delante del convento de San Francisco, destruyeron con las minas las contiguas á la izquierda del convento con el fin de aislarse, para no tener que temer las vueltas ofensivas con que los molestábamos, por cuanto tenian poca tropa disponible para la conservacion y ataque de ellas, y resolvieron no extenderse mas por la izquierda.

tes para precisar á los franceses, que ocupaban una porcion de la ciudad, à que abandonasen el sitio.

Interesando sobremanera al enemigo tomar por la espalda la estrada cubierta de nuestros defensores apoyada en el Coso, abrió por la noche; una mina para llegar á la calle de las Arcadas, y establecerse en la acera de la puerta del Sol. Perfeccionada la obra, el catorce al medio dia cebaron los hornillos, y abierta brecha atacaron denodadamente. La calle no es ancha, y les hicieron un fuego tan vivo y sostenido desde el camino cubierto mientras el asalto, que quedaron muchos cadáveres por todo aquel distrito. A vista de esto, tuvieron que formar otro camino con sacos á tierra para libertarse, y tener expedita la comunicacion de una acera á la otra. Internados quisieron penetrar ácia la puerta del Sol, pero la resistencia que hallaron les hizo variar de plan, y extenderse por algunas casas de la acera que va ácia el convento de San Agustin. Los defensores, cerciorados de estos progresos, y conociendo podian procurarse una salida á la calle de las Tenerías, formaron varias cuadrillas, y á las cuatro de la tarde comenzaron un vigoroso ataque que esparció el desorden y la consternacion; pues fatigados los franceses despues de tres ó cuatro horas de fuego, se vieron perseguidos con la bayoneta al pecho, y tuvieron que abandonar su conquista. En estos encuentros se distinguió el comandante del punto de la Universidad don Manuel Viana, capitan del regimiento de caballería de Numancia. Lo sensible era que los patriotas no procuraban conservar tales ventajas. Por esta razon llegada la noche volvieron los franceses á recobrar las casas que habian perdido: bien que no pudieron lograr lo que principalmente deseaban, que era posesionarse del edificio interesante del ángulo izquierdo de la calle de las Arcadas, para ocupar la entrada que les imposibilitaba atacar á su tiempo el edificio de la Universidad,

En el ataque del centro consiguieron tomar algunas casas de las manzanas que terminaban ácia la calle del Coso, aunque muchas no eran sino montones de escombros, porque los defensores las defendian hasta el último apuro, y solo las abandonaban despues de darlas fuego. Sin embargo, llegaron hasta la casa ó palacio del conde de Aranda que tenia dos torreones y que por su extension servia á los sitiados como de ciudadela. Los patriotas seguian contraminando y haciendo mas de lo que podia y debia esperarse de su pericia en esta especie de trabajo. Lo cierto es que los minadores franceses intentaron muchas veces cruzar la calle que los separaba de la casa de Aranda para abrir brecha, y siempre les destruyeron su proyecto. Observando el enemigo que estaban próximos á descubrir una de las dos galerías que atravesaban el Coso, cargó los hornillos precipitadamente, y habiéndoles dado fuego, la explosion derribó una casa de la acera opuesta, que era la de Goicoechea inmediata á la de Tarazona, y sepultó en sus escombros á algunos defensores: la otra la descubrieron nuestros minadores, y despues de batirse en la galería, la desbarataron los franceses. Alojados estos en las casas arruinadas que habia delante del convento de San Francisco, destruyeron con las minas las contiguas á la izquierda del convento con el fin de aislarse para no tener que temer las vueltas ofensivas con que los molestábamos, por cuanto tenian poca tropa disponible para la conservacion y ataque de ellas, y resolvieron no extenderse mas por la izquierda.

CAPITULO XV.

Los franceses hacen nuevos esfuerzos para ocupar las Tenerías, y activan los trabajos de minas. — Defensa del jardin botánico. — Continúan las explosiones. — Retírase la artillería del reducto avanzado en las Tenerías. — Choques ocurridos en la calle de las Arcadas.

Mucho daba que discurrir á los ingenieros franceses la acérrima defensa que hacian los sitiados; y como singular tenian que variar los medios, y valerse de todos los recursos del arte para llevar adelante su empresa. Constantes en el plan de avanzar por su derecha, ocuparon diferentes casas, y sus minadores formaron dos ataques para pasar como se ha dicho la calle del Coso, que en aquel distrito tiene noventa pies de latitud. Adelantaron desde el 13 al 17 los trabajos para poner dos hornillos debajo del edificio de la Universidad, con el fin de darles fuego el dia que atacasen el arrabal, para ocupar á los defensores en los dos puntos á un mismo tiempo. Entretanto atacaron varias veces infructuosamente la última casa de la manzana inmediata á la puerta del Sol, que se defendió con un valor y bizarría á toda prueba para sostener la batería que teníamos en el Coso. Como estaba rodeada toda de escombros, no podian embestirla sino al descubierto. En vano aplicaron los minadores, y en vano la batieron en brecha con un cañon de á doce. Los defensores se sostuvieron con una firmeza sin ejemplo, y el enemigo estaba absorto y aburrido. «Asi es, dice el mismo baron

de Rogniat, que á esta época nuestras tropas comenzaban á desmayar viendo que los obstáculos se multiplicaban á lo infinito, estaban á mas no poder fatigadas, y unos combates tan sangrientos en que se lidiaba cuerpo á cuerpo, y en que perdíamos lo mas selecto de nuestra oficialidad, y una porcion considerable de zapadores y minadores, y los mas valientes soldados sin hacer grandes progresos, producian la desesperacion en todo el ejército. ¿No es una cosa bien singular y que jamas se ha visto, prorrumpian todos en los campamentos, el que un ejército de veinte mil hombres sitie á otro de cincuenta mil? Apenas habemos conquistado una cuarta parte de la ciudad y estamos apurados. Es preciso vengan refuerzos, por que sino perecemos todos, y esas malditas ruinas serán nuestro sepulcro antes que podamos vencer uno solo de esos fanáticos con el sistema que han adoptado. El mariscal, continúa, procuraba sostener y reanimar el espíritu de sus tropas, haciendo presente á los oficiales que los sitiados perdian mucha mas gente, que estaban sus fuerzas apuradas con tan obstinada defensa, que ya no se repetirian las mismas escénas, y que si llevando al extremo su frenesí querian renovar los ejemplares de Numancia, y sepultarse en los escombros de la ciudad; las bombas, las minas, y la epidemia acabarían con todos indefectiblemente. En verdad perecian cada dia centenares; las casas, lunas, y vagos que ocupábamos estaban sembrados de cadáveres, en términos que parecia no conquistábamos sino un cementerio." Este modo de producirse dá la idea mas alta del género de defensa que se hizo en Zaragoza, y poco puede añadirse á lo que refiere el baron de Rogniat en una materia que no hace mucho honor á los vencedores del norte, y á la gran nacion que habia supeditado las plazas de primer orden. Por fin atravesaron los minadores la calle de las Arcadas por

una galería, y abrieron brecha con la mina en medio de la manzana de casas que se extiende desde los Agustinos hasta la puerta del Sol. Esta línea constituye una parte del antiguo muro, y asi es que muchas de ellas, aunque de una construccion tosca, estan enlazadas con algunos torreones ó baluartes de la indicada muralla, y es bastante larga y estrecha. La asaltaron por la brecha y ocuparon una parte de ella, persiguiendo á los defensores por sus mismas comunicaciones. Inmediatamente volvieron aquellos en mayor número á atacarlos con denuedo, y los arrojaron de algunas que despues volvieron á recuperar. Uno de los torreones les impidió penetrar por su izquierda por no tener salida, y tuvieron que aplicarla el petardo para abrirse paso, y lanzar á los que la ocupaban, arrojando bombas y granadas en los aposéntos. Una de ellas desplomó todas las bóvedas hasta el sótano, y tuvieron que descolgarse con cuerdas los polacos para llegar á las manos con los sitiados, que se retiraron despues de escarmentar bien su osadía.

Desengañados de que no podian avanzar por su izquierda á la puerta del Sol, despues de asegurarse, colocando en batería un obús en la calle de las Arcadas muy cerca de San Agustin, comenzaron nuevos trabajos de minas para pasar la calle mayor de las Tenerías y posesionarse en la hilera ó manzana de casas del frente, y desde alli tomar el reducto por la espalda, pues de otro modo les era imposible. Esta calle es ancha, y la falta de cuevas y calidad del terreno les hizo conocer que su trabajo iba á ser inutil, por lo que resolvieron abrir brecha con dos piezas de á doce colocadas en los edificios de la parte del muro. Fuese que esto tampoco proporcionaba el resultado que apetecian, ó que conociesen que aun abierta brecha era imposible dar el asalto, pues ademas de la fusilería en el parapeto y cortadura formada delante de

la puerta del Sol, habia colocados dos cañones de á veinte y cuatro que enfilaban la calle, y cuyos fuegos hubiesen hecho un enorme destrozo; lo cierto es que por el extremo del convento de San Agustin, que dá al fin de la calle en donde habia una cortadura sin terraplenarse, atacaron á la zapa el extremo de la manzana, aprovechándose de una antigua traversa que teníamos, huyendo los saludos de los cañones de á veinte y cuatro: y aunque con trabajo y perdiendo de treinta á cuarenta hombres consiguièron apoderarse de un corral y vago del edificio donde trabajaban los curtidos.

En las casas del hospital general prepararon el terreno para colocar una batería de obuses que enfilase la calle de San Gil, y otra con tablones delante de los escombros de la iglesia para dos cañones contra la del Coso por el frente del ataque del centro, y protegér al mismo tiempo sus operaciones. El acaloramiento era tal, que no podian menos de tomar semejantes medidas, porque luego que vieron los defensores estaban en las casas del hospital inmediatas al cuadro de la soledad, el comandante coronel don Luciano Tornos á una con don Pedro Moya, alferez de artillería, y otros, hicieron avanzar á remo uno de los dos cañones que habia en el Arco de Cineja, desde donde comenzaron á incomodarles con descargas de metralla; bien que esta fue operacion momentánea, y asi retiraron luego el cañon á su lugar, pues de lo contrario hubiese sido preciso abandonarlo; y de resultas de semejante arrojo pusieron los franceses la batería sobre los escombros, delante de la iglesia, segun queda insinuado, y tambien situaron un cañon debajo de un blindage que los nuestros habian construido.

Ademas de estos trabajos seguian con la mayor actividad los minadores franseses sus ataques subterráneos para atravesar la calle del Coso; y aunque á esta sazon

tenian perfeccionadas dos galerías, no hicieron uso, por que el plan era que, concluidas jugasen todas las explosiones á un tiempo, para ver si un estrépito tan formidable hacía alguna impresion en los ánimos de los impertérritos Zaragozanos. Con el mismo teson seguía el trabajo de minas contra la Universidad, y el terrible fuego de la la batería n.° 14 y de la del n.° 7, á la izquierda del convento de Jesus.

Queda insinuado que, desde el 10 que ocuparon los franceses el monasterio y Puerta de Santa Engracia por mas que trataron de explayarse á su derecha para enlazarse con los que ocupaban el trozo de ciudad mas allá de la Quemada, babian hallado siempre una resistencia extraordinaria, y es preciso manifestar el teson con que paralizaron semejantes esfuerzos las tropas que guarnecian la batería del jardin botánico y resto de toda aquella línea. Conociendo ya en los primeros dias la intencion del enemigo, retiraron con oportunidad las que ocupaban el parapeto de la huerta de Faura, y los destinaron á sostener la tapia divisoria de dicha huerta con la de Santa Catalina, la cual estaba de antemano preparada. Bien avanzaron los franceses á la callejuela inmediata, pero el comandante de ingenieros don Mariano Villa con una compañía del primero de voluntarios los hizo retirarse con precipitacion concentrándolos en el monasterio. Volvieron en los dias consecutivos á insistir, y fueron igualmente escarmentados; pero como por su frente no hallaban la misma resistencia, progresaron hasta llegar al Coso, y despues á la calle de Santa Catalina, á cuya sazon tenian los nuestros el fuego á retaguardia. Era muy de notar que en los varios ataques y tentativas que hicieron no superasen la simple cortadura que se abrió en la callejuela del cementerio del hospital, ni la débil tapia aspillerada paralela á la que volaron de la huerta del convento de Jerusalen,

de modo que con esto y algunos pequeños atrincheramientos formados por el ingeniero Villa se sostuvo este punto, á pesar de tener tres fuegos contra sí, dos brechas abiertas por el frente del Huerva, y sufriendo ademas las descargas de un obús con que les incomodaban desde la huerta de Faura; todo lo que hacia su defensa muy apurada y crítica.

Situados los franceses en las casas inmediatas á la calle de Santa Catalina, comenzaron á minar para destruir el palacio del conde de Aranda, y cortar por este medio á los del jardin botánico. Los defensores de este punto dieron principio á otra galería desde la cuadra de la casa hasta encontrarse con el trabajo del enemigo, y formados los hornillos, tuvieron que llenarlos con dos bombas, porque en la noche del 16 de febrero escaseaba la pólvora y no habia la necesaria aun para la construccion de cartuchos. Con esto no pudieron por entonces realizar su plan. Al mismo tiempo que ocurrian estos singulares encuentros subterráneos, atacaron una de las casas contiguas á las tapias del jardin de la de Aranda, creyendo ganarla por sorpresa, pero hallaron una oposicion tan tenaz que quedaron bien escarmentados.

Introducidos que fueron en el corral y vago de la calle Mayor de las Tenerías, al amanecer del 17 atacaron los edificios de su derecha á fin de cortar las tropas que sostenian el reducto de la Salitrería frente al desembocadero del rio Huerva. Desde este hasta los edificios habian formado un parapeto y cortadura, con lo que tenian expedita la comunicacion por su espalda; y es preciso describir la firmeza con que, durante el sitio, fue sostenido este interesante punto. La obra estaba sobre una elevacion del terreno, teniendo á muy corta distancia el caserío de don Victorian Gonzalez por su derecha, y á la espalda los sótanos donde trabajaban los curtidos, que están uni-

dos con las manzanas de casas de las Tenerías. Era uno de los reductos que tenian alguna solidez, y estaba coronado con cuatro ó seis piezas de artillería: por la parte de atrás lo cerraba un tapiado que servia para fábrica de salitres, y entonces de alojamiento á las tropas que lo guarnecian. El mayor número era del segundo y quinto tercio del batallon ligero del Portillo á las órdenes de su comandante don Agustin Dublaisel, y por la noche lo reforzaban cuarenta hombres del batallon del Carmen; de modo que toda la fuerza consistiría á lo sumo en ciento diez y siete hombres, que por último permanecieron perennes, sin que los relevasen, como sucedia en otros puntos.

Ocupados los conventos de las Mónicas y San Agustin, hicieron los franceses grandes esfuerzos para apoderarse de la casa de Gonzalez y en seguida del reducto. Como el edificio estaba aislado, tenía contra sí los fuegos del parapeto y cortadura puesta al fin de la calle Mayor de las Tenerías, y los del reducto, de modo que lograron tomar la casa, pero no pudieron maniobrar, y ocurrió el que los franceses la ocupaban de dia, y los nuestros por la noche. En este intermedio intentaron varias salidas contra el reducto, pero hallaron una oposicion la mas vigorosa. En una de ellas, que fue á principios de febrero, llegaron con mas arrojo á dar el ataque unas compañías de polacos; avanzaron varias veces, pero siempre con mal éxito, y el capitan quedó junto á la cortadura ó foso atravesado el muslo de un balazo. El fuego duró todo el dia, y en aquel trecho quedaron yertos muchos de los esforzados que intentaron asaltar la fortificacion. Viendo que no podian dominar el valor de los defensores, comenzaron á construir una batería delante la casa de Gonzalez, pero conocieron luego que era inutil, y que nuestros fuegos habian de dominarla; por lo que, despues de haber formado un parapeto con cestos y faginas, abandona-

ron la empresa. Para vengarse de esta rivalidad, en que llevaban la peor parte, incomodaban á los defensores del reducto desde los terrados de San Agustin, y los que tenian que agacharse en el foso padecieron con la humedad y trabajo, por no ser relevados, tal deterioro en su salud, que al último mas que hombres parecian esqueletos. Con motivo del fuego que les hacian, el comandante Egoaguirre conoció no podia jugar la artillería, y la retiraron por la noche. Habiéndose indispuesto los comandantes Langles y Egoaguirre les succedió el coronel don José Miranda. La situacion de este punto era tan crítica que el enemigo estaba en disposicion de superar el parapeto y cortar á los que guarnecian el reducto. A este objeto comenzó por la mañana el ataque con el mayor denuedo, y despues de un gran tiroteo, alboroto, y pérdidas, únicamente lograron apoderarse del patio de la casa inmediata á la cortadura. Sufriendo mucho permanecieron en él, y vacilantes iban á abandonarlo, cuando á fuerza de amenazas los gefes los precisaron á volver á la carga. Para reforzar á los asaltadores y sacarlos del apuro era preciso pasar por un diluvio de balas, y sufriendo las horrendas descargas de los cañones de á veinte y cuatro puestos delante de la puerta del Sol, y aunque el terreno de la calle, que hace una media curva, y la otra cortadura los protegía, los fuegos del reducto los apuraba, y ciertamente padecieron tanto que tuvieron que volverse á sus atrincheramientos.

Con igual empeño insistieron para avanzar en la calle de las Arcadas ácia la puerta del Sol y hacer abandonar á los patriotas la estrada cubierta de sacas de lana, que habia apoyada contra la casa de la esquina á su izquierda. Posesionados de cuatro casas á su derecha en la acera de la puerta del Sol, colocaron con algun trabajo un cañon de á ocho para batir en brecha la referida casa del ángulo.

Consiguieron por fin abrirla, y considerándola bastante capaz, trataron de asaltarla. Previéndose esto, y conociendo lo importante que era sostener aquel edificio, lo reforzaron con una porcion de tropa y paisanos de lo mas selecto, y los recibieron con tal entereza, que no puede presentarse un choque parcial mas interesante y glorioso. Apenas salieron de sus guaridas, cuando un fuego vivo graneado y las puntas de las bayonetas les hicieron retroceder á su pesar, y lo mismo sucedió en el centro, pues atacaron con la mayor bizarría para avanzar á su derecha, y sobre no ganar terreno quedaron igualmente descalabrados.

El paisanage, despues de pasar el dia armado esperando la señal para hacer una salida, se retiró algun tanto exasperado, y los mas advertidos no dejaban de penetrar que estaba decidida la suerte de Zaragoza. El enemigo, que conocia tambien el estado apurado de la plaza, no queria comprometerse, y economizaba su tropa, prometiéndoselo todo del tiempo y de la guerra subterránea. Constante en este sistema para avanzar por su derecha y apoderarse de los edificios de las Tenerías, derruyó por medio de un petardo las paredes de la casa contigua á la cortadura, y despues de varias escaramuzas, por último avanzaron los polacos, y como era consiguiente abandonaron la batería del reducto indicado; esta operacion, aunque necesaria, produjo algun desorden. A seguida fueron esplayándose por toda la manzana de casas, sirviéndose de nuestras comunicaciones; pero si al principio no hallaron oposicion, rehechos en las últimas los patriotas, les hicieron frente, y contuvieron sus progresos. Al mismo tiempo que lidiaban por las casas de la acera izquierda de la calle Mayor del arrabal, acometieron contra la torre ó baluarte antiguo de donde tantas veces habian sido rechazados. Al efecto dirigieron algunas bombas, y aprovechándose de la confusion y trastorno que reinaba, la ocuparon y fueron

avanzando hasta la última casa inmediata á la puerta del Sol. Allí los recibieron con entereza, y reanimándose los defensores en medio de tanto conflicto, los maltrataron de tal manera que retrocedieron á la torre inmediatamente. Dadas las doce, sobre los choques indicados que continuaban sin interrupcion, trató el enemigo de asaltar la brecha abierta el dia anterior en la casa del ángulo, y por segunda vez tuvo que ceder mal su grado despues de pagar bien cara su osadía.

CAPITULO XVI.

Ocupacion del arrabal.—El enemigo toma por asalto la Universidad.—Enferma Palafox y deposita el mando en una junta. —Parlamentos y contestaciones de Lannes. —Estado deplorable de la ciudad. —Alarma extraordinaria.—El mariscal ordena se le presente la junta.—Los franceses se posesionan de Zaragoza.

Por el centro tuvieron mejor suerte, porque despues de alguna resistencia ocuparon las casas que no habian podido conquistar los dias anteriores, y estas ventajas las consiguieron porque ni los puntos se reforzaban, ni se relevaba á los que los guarnecian, y abrumados de la escasez y penuria, era preciso sucumbiesen. Esto es lo que ocurria por lo interior de la ciudad el 18 de febrero: pero es preciso fijar la vista en el arrabal de la otra parte del puente, contra el que desplegaron en este dia los franceses todos los recursos del arte.

Descubiertas las baterías núm.os 3, 4, 5 y 6 construidas en la segunda paralela á derecha é izquierda del convento de Jesus, comenzaron desde el amanecer á tronar cincuenta bocas de fuego que, con un estrépito continuado y cadencioso, presagiaban escenas horrorosas y sangrientas. Al mismo tiempo la formada á la desembocadura del Huerva núm.o 14, obraba contra el puente y entrada del arrabal cruzando los fuegos. Discurrian de una y otra parte las balas rasas que desgajaban trozos de piedra del puente. Su rápido y continuado silbido no dejaba

prevenir el riesgo, y al percibirlo estaba el estrago hecho. El edificio del convento de San Lázaro era el blanco principal, con el objeto de abrir brecha. El arrabal lo guarnecian tres ó cuatro mil hombres, casi la mayor parte tropa de línea. Entre otros gefes estaban los mariscales de campo don José Manso y don Mariano Peñafiel; pero al verlos tan amenazados fue preciso encargar el mando principal del punto al baron de Warsage, á quien al pasar el puente una bala de cañon le quitó la vida. Era por cierto bien árduo andar un largo trecho, siendo el blanco de una multitud de cañones que no cesaban de vomitar la muerte. Varios infelices quedaron exánimes, y sus miembros arrojados con un extraordinario ímpetu: algunos consiguieron ir y venir por tres ó cuatro veces sin recibir lesion, y el presbítero Sas ejecutó este arrojo para dar algunas órdenes dictadas mas por el celo patriótico que por combinacion, pues era ya imposible obrar de concierto: tambien murió de un casco de granada en la batería de los tejares el capitan de voluntarios don Agapito Lopez.

A medio dia estaba por tierra una porcion de edificio á espaldas del convento de San Lázaro, y ardian los arrabales con la multitud de explosiones de bombas y demas género de proyectiles. Los defensores, escasos de víveres y municiones, apenas sabian qué hacer, y en esto llegó la hora crítica en que las tropas de la division Gazan, no habiendo hallado una gran resistencia, se introdujeron en las casas inmediatas al convento. A poca costa entraron en él por la brecha que ya estaba practicable; y aunque el corto número de Guardias españolas y Voluntarios de Fernando VII que lo guarnecian hicieron frente, á pesar de hallarse sobremanera fatigados y faltos de recursos, perecieron algunos y otros cedieron á la superioridad de las fuerzas. La restante tropa al ver que iba á

cortárseles la retirada, se batieron en las calles, pero habiendo avanzado el enemigo por la espalda del convento de Altabas precisó á una porcion á replegarse por el puente á la ciudad, en cuya confusion perecieron algunos de las infinitas balas de fusil y de obús que lo enfilaban, y otros trataron de abrirse paso por las huestes enemigas. Los franceses, que no creían lograr esta conquista tan pronto, aprovechando los instantes ocuparon el convento de las religiosas de Altabas, y cabeza de puente, formando con sacos á tierra un parapeto para resguardarse de los fuegos de la parte de la ciudad y de los cañones colocados sobre el Arco de la puerta del Angel, que no llegaron á obrar. Dado este brillante paso, el general Gazan atacó con la caballería la columna que discurria por la campiña, la que sostuvo un combate: pero faltos de municiones y debilitados con tamañas fatigas rindieron las armas, y quedaron mil y quinientos hombres prisioneros de guerra. Una porcion de mugeres, ancianos y niños que habian permanecido en sus hogares, viendo el riesgo, huyeron azorados por la orilla del Ebro, y habiendo llamado la atencion con voces y extendiendo sus brazos pidiendo socorro á los que guarnecian la batería, y punto de la puerta de Sancho, prepararon un barco y tuvieron la complacencia de salvar la vida á aquellos infelices.

A la misma hora de las tres en que fue tomado el arrabal, y al tiempo en que todo era pavor y confusion, viendo entrar por la puerta del Angel á los que habian pasado el puente en medio de una lluvia de balas, el enemigo dió fuego á los hornillos que tenia de antemano preparados con mil y quinientas libras de pólvora cada uno para destruir el edificio de la Universidad. La horrenda explosion causó un espantoso estremecimiento, y produjo dos brechas muy considerables, y de facil acceso, pues la abierta por el cañon situado en la calle de Alcover

la hacia impracticable la elevacion del terreno. Dos columnas enemigas se presentaron, á pesar del fuego que les hacian desde la puerta del Sol y estrada cubierta que manteníamos, á dar el asalto, y resueltas á ganar á toda costa este interesante punto. El ataque fue vigoroso, y aunque recibieron los nuestros la carga con teson, la insistencia hizo que por fin conquistasen el edificio. Quisieron ufanos extenderse por su derecha, pero desde las estancias del convento impidieron el que entrasen en la iglesia. Para igualar su línea revolvieron contra la casa del ángulo que defendia la estrada, y despues de mucho trabajo y pérdidas, únicamente se apoderaron de una parte, y quedaron por consiguiente ocupándola franceses y españoles. Observaron que el empeñarse en tomar el indicado convento podia serles muy costoso, y llegada la noche se alojaron y pertrecharon en la Universidad, formando una comunicacion con sacos á tierra para atravesar el Coso hasta la calle de las Arcadas, y comenzaron á preparar un hornillo para abrir brecha en la tapia de la iglesia de que no habian podido apoderarse por la tarde. En las inmediaciones de Santa Catalina se fortificaron en las casas conquistadas, y seguia el trabajo de las minas. Los defensores incendiaron en el Coso algunas casas, pero el enemigo apagó el fuego inmediatamente. Al ver dirigíamos un ataque subterráneo contra Trinitarios extra-muros, destinaron los franceses dos brigadas de minadores para destruirlo. En la orilla del Ebro trabajaron con ahinco para formar un camino cubierto y fijar sus baterías. Por nuestra parte hacíamos cortaduras y cerrábamos las calles para formar segundas líneas, sin embargo de que todo estaba en el estado mas lastimoso.

El enemigo alentado con los rápidos progresos que acababa de conseguir cobró vigor. Apenas amaneció el 19 cuando la terrible explosion abrió brecha á la parte

de la iglesia de Trinitarios calzados, y esta fue la señal del combate. Comienza el tiroteo en la misma iglesia, y luego por los claustros y aposentos, acometiéndose y persiguiéndose recíprocamente. La confusion y el desorden no daban margen á obrar de concierto, ni para tomar medidas: la mayor parte de los defensores fueron á guarnecer los parapetos, y como todo ocurrió con precipitacion, no hubo lugar para retirar dos cañones que habia puestos en batería al último de la subida de la Trinidad, y los tomó el enemigo. Dueños por fin de la calle de las Arcadas llegaron hasta la puerta del Sol, y no pudiendo apoderarse todavía de ella, comenzaron dos ataques de minas para situarse en las casas de la otra acera de la subida y manzanas de las de la espalda que forman el cerco ó muro de la ciudad.

Cuando estaban apurados y confusos los defensores por esta parte, en medio del tiroteo y estampido de las bombas percibimos un nuevo estrépito y temblor que arredró los ánimos de todos los habitantes. Cebados los hornillos que estaban con mil seiscientas libras de pólvora para volar el palacio del Conde de Aranda, se desplomó casi todo causando un estrago formidable, y sepultando doce ó veinte paisanos que estaban contraminando, muchos de ellos del pueblo de Alagon, y ademas otros de los que lo guarnecian. Sólo quedó un trozo de la parte del jardin, y de la izquierda, viéndose los aposentos y corredores que quedaron descubiertos en medio de las ruinas. A seguida atacaron el resto del edificio explayándose por el jardin que está casi paralelo al botánico; y como el dia anterior hizo la suerte que al tiempo de ir el ingeniero Villa á dar sus disposiciones para sostener la tapia que daba á la huerta de Jerusalen lo hiriesen gravemente en un ojo que perdió, de aqui fue el que aflojaron rendidos al enorme peso de tanta fatiga. No obstante

cargáron con algun teson para reconquistar el edificio, y durante el dia hubo con este motivo varias escaramuzas.

Conociendo Palafox, que ya estaba indispuesto, la necesidad de dar algun paso, en medio de la divergencia de opiniones y rumores que circulaban: dirigió con su ayudante de campo Cassellas una carta al mariscal, diciéndole que con arreglo á su anterior propuesta suspendiese las operaciones por tres dias, á fin de que pudiesen salir algunos oficiales á cerciorarse del estado y progresos de las tropas francesas; añadiendo que si llegába el caso de capitular, la guarnicion debería incorporarse á los ejércitos españoles, y extraer una porcion de carros cubiertos: pero Lannes recibió estas demandas con mucho desagrado é irritacion, y le contestó en estos términos: «Trinchera abierta delante de Zaragoza 19 de febrero de 1809.=General:= Acabo de recibir vuestra carta en este momento. Me han exasperado sobremanera las proposiciones que me haceis. Cuando un hombre de honor como yo dice una cosa, debe mirarse su palabra como sagrada, y os aseguro que jamas he faltado á ella. Os acompaño las capitulaciones de la Coruña y del Ferrol. En cuanto á refuerzos, repito bajo mi palabra que no teneis que esperarlos. Ya no hay ejércitos en España, todo está destruido. El rey ha entrado en Madrid. Todas las ciudades le han enviado diputaciones, y asi es que reina en España la mas perfecta tranquilidad. Varios regimientos españoles han entrado al servicio del rey José Napoleon, y las grandes naciones están coligadas para sostenerlo. Esta es, general, la pura verdad. Son bien conocidos de todo el mundo los sentimientos de la nacion francesa para que pueda dudarse de su lealtad y generosidad. Estoy pronto á conceder un perdon general á todos los habitantes de Zaragoza, y ofrezco que seran respetadas sus vidas y sus

propiedades. = El mariscal duque de Montebello = Lannes.'' Poca margen daba en verdad esta contestacion: nó obstante se conceptuó debia repetirse nuevo parlamento insistiendo en lo mismo, y recordándoles que en Portugal habian tenido iguales condescendencias; pero Lannes, que estaba bien convencido de nuestra situacion, despidió al enviado con el mayor desabrimiento, y continuó el fuego y los ataques con la mayor entereza y energía.

A esta sazon el general Palafox atacado de la fiebre fue trasladado del subterráneo del palacio, al que hacia algunos dias se habia retirado, á una casa inmediata á la de la inquisicion en la calle de Predicadores, y formó una junta nombrando al señor baron de Valdeolivos, don Pedro María Ric, regente de la audiencia, á los señores generales don Juan Boutler, gobernador interino de la plaza, y don Felipe Saint-Marc, al señor duque de Villahermosa don José Antonio de Aragon Azlor y Pignateli, al señor intendente don Mariano Dominguez, al señor oidor don Santiago Piñuela, al señor fiscal de lo civil don José Antonio Larrumbide, al señor fiscal del crimen don Pedro Ruiz, á los señores regidores don Alejandro Borgas, don Joaquin Gomez, don Joaquin Ignacio Escala, y don Joaquin Barber, á los señores arcedianos de Belchite y de Zaragoza don Francisco Biruete y don Pedro Atanasio Pardo y Arce, al señor canónigo don Juan Inurrigarro, al señor Marques de Fuente-olivar don Joaquin Perez de Nueros, al señor baron de Purroy don José Dara Sanz y Cortés, á los PP. Basilio de Santiago, esculapio, y José de la Consolacion, agustino descalzo, á los presbíteros don Santiago Sas, don Miguel Marraco, y don Nicolas García, á los señores propietarios don Pedro Miguel de Goicoechea, don Cristobal Lopez Ucenda, don José Zamoray, don Mariano Cerezo, don Manuel Forces, don Gregorio Sanchez, don Domingo Estrada, don Manuel

Irañeta, don Vicente Alonso, don Felipe San Clemente y don Miguel Dolz. El oficio se dirigió al señor Ric en la noche del 19 de febrero, y éste los convocó á la una para instalarla. Dados los avisos, concurrieron todos los designados, á excepcion de los cuatro regidores, el señor arcediano Pardo y Arce, el presbítero Marraco, Zamora y y Estrada. Leido el oficio de Palafox en que depositaba su autoridad, quedó reconocido por presidente de ella el señor regente, y nombrado por secretario don Miguel Dolz. Acto contínuo se principió á tratar sobre el deplorable y crítico estado de la ciudad; pero no teniendo todos los datos necesarios para formar la debida idea, hicieron llamar á las dos de la mañana á los mayores generales de caballería é infantería el señor conde Casaflores, y el señor don Manuel de Peñas, y á los señores comandantes de artillería é ingenieros don Luis de Villava y don Cayetano Zappino. Todos concurrieron, y enterados, manifestó el primero que no podia disponer sino de doscientos sesenta caballos, mal mantenidos por falta de paja; el segundo presentó un estado en que aparecia no podia contarse sino con dos mil ochocientos veinte y dos hombres para el servicio; el tercero informó no habia mas pólvora que los seis quintales que se elavoraban en cada treinta horas, y era muy poca la que podia emplearse, pues la recientemente trabajada no estaba seca todavía; por último Zappino expuso que la única fortificacion que podia llamarse tal, era el castillo de la aljafería, y que de todas las baterías formadas solo subsistian las de las puertas de Sancho y del Portillo. Enterada la junta de estos pormenores, dispuso que los expresados gefes volviesen á continuar sus funciones; y habiendo comenzado á discutir sobre lo que debería practicarse, el general Saint-Marc manifestó que si el enemigo llegaba á dar un ataque general, como era de temer segun sus disposiciones, era imposible de to-

do punto contener el ímpetu de las tropas francesas, y que Zaragoza presentaría el cuadro de la mas funesta desolacion; pero que si se ceñía á dar ataques parciales, dándole mas gente para reforzar los puntos y atender á los trabajos, ofrecia por su parte resistir por tres ó cuatro dias. Como se habia hablado tanto de que venian grandes refuerzos para levantar el sitio, y el pueblo estaba imbuido de estas lisonjeras esperanzas, para mayor seguridad quisieron tomar algun conocimiento sobre este extremo. Pasó el duque de Villahermosa al alojamiento de Palafox, y con vista de la propuesta, su secretario entregó al duque las cartas, documentos y papeles enigmáticos que tenia sobre el particular. Unos y otros eran de fecha atrasada, y la junta conoció que no estaba en el caso de confiar en los apetecidos refuerzos. Todos veían era imposible continuar la defensa por mas tiempo, y sin embargo nadie se atrevía á hablar con entereza y resolucion. Esparcida la voz de que cuando vió Palafox la negativa del Mariscal habia dicho era preciso de que se derramase hasta la última gota de sangre, el espíritu popular y arrojo de algunos temerarios les hacia estar perplejos, y asi es que cuando trataron de fallar hubo ocho individuos que propendieron á que continuase la defensa, creyendo posible el que podia llegar algun socorro que sacase á Zaragoza de tan tremendo apuro; repitiendo el P. Consolacion las mismas expresiones de Palafox.

La premura iba acrecentándose por momentos, de tal manera que nadie vivia ni sosegaba. Alarmas incesantes, toques de generala con cajas y campanas, estrépitos continuados del bombardeo, voces lúgubres de patriotas celosos que excitaban á los militares y paisanos á que concurriesen á los puntos, azoramiento de los que iban y venian con órdenes de todos los que tenian pruritu de mandar: tal era el cuadro terrible que presentaba en

aquellos aciagos momentos la desgraciada Zaragoza.

Los franceses ocupaban en el ataque de su derecha desde la plaza de san Miguel hasta la puerta del Sol todo el terreno que comprende aquella línea con algunas diferencias, y ademas el arrabal de las Tenerías, y el de la otra parte del puente. En el del centro la hilera de casas que habia desde el convento de san Francisco hasta la de Aranda, y todo lo correspondiente á su espalda en aquella extension, y por la izquierda llegaban á los conventos de Descalzas, Capuchinas y San Diego, como lo manifiesta el plano. El incendio de varios edificios cubria de humo la atmósfera; y por la calle del Coso, plaza de la Magdalena, y demas que fijaban los límites de la conquista, se conocia bien que aquel era el teatro de la guerra. Las puertas y ventanas estaban tabicadas con sacos, colchones y tablas, las boca-calles en igual forma cerradas con maderos, sacas y muebles, delante de estos parapetos habia fosos y cortaduras: en una parte se descubrian las simas que habian abierto las explosiones, en otra se veían los claros y ruinas de los edificios que éstas derruían; una multitud de escombros y sobre ellos cadáveres y trozos de miembros mutilados inspiraban horror. Apenas habia municiones, porque consumian muchas mas de las que podian elaborarse despues de apurados los repuestos. Los víveres escaseaban igualmente, pues aunque existia en los almacenes una porcion crecida de grano, las tahonas y el molino construido junto á la ribera del Ebro para moler con las aguas de las balsas no podian proporcionar la necesaria para el consumo. Los vecinos habian cedido su harina, y las familias mas acomodadas comian un mal pan. Ya no se hallaban á ningun precio comestibles. Las bodegas y subterráneos abrigaban multitud de habitantes, de los que infinitos estaban postrados y próximos á la muerte. La humedad, las agitaciones, todo influia sobremanera en el

espíritu de los Zaragozanos, y donde quiera no se veían sino enfermos y moribundos. Mas de cuarenta casas y conventos que servian de hospitales encerraban una porcion de tropa que apenas tenia asistencia de ninguna clase, y asi fallecian infinitos en el mayor abandono y desconsuelo. El triste artesano y jornalero, acabando de perder su muger y dejando sus hijos en la agonía, faltos de sustento, tenian que salir á batirse; unos lo hacian de la mejor voluntad, otros impelidos de las disposiciones que daban los cabezas de las cuadrillas. Como los hospitales estaban abandonados, salian especialmente de las tropas valencianas y murcianas infinitos que parecian esqueletos ambulantes, y muchos llegaron á dar en las mismas calles el último suspiro. La plaza del mercado ofrecia á la vista una escena que arrancaba lágrimas. Muchos infelices arruinada su casa, y otros que iban huyendo los furores del bombardeo, situaron su estancia en los portales, y asi por todos ellos habia unos tendidos sobre un mísero colchon, otros en el suelo prorrumpiendo en ayes y gemidos: aquí espiraba uno, acullá se sentian los lamentos de otro, ora aparecia una familia sumergida en el dolor por la pérdida de los autores de sus dias, ora se escuchaban las quejas que la hambre desastrosa suscitaba en medio de la mas funesta desesperacion. Por las calles á cada paso hallábamos caballerías y hombres yertos. En las iglesias del centro como la de san Felipe acinados los cadáveres, porque ya no habia quien les diese sepultura: los perros hambrientos se cebaban en los infinitos que habia enteramente desnudos. Estos recuerdos hielan la sangre, y hacen caer la pluma de las manos. La muerte estaba entronizada en el recinto de Zaragoza, é insaciable, multiplicaba de cada dia mas las víctimas. En estos últimos llegaron á perecer de quinientas á setecientas en cada uno, y ya no se hallaba quien quisiese ni conducirlas á los pórticos de los templos,

de modo que yacian en las casas en medio de otros próximos á seguir el mismo destino. Las alarmas, tiroteo y estampidos de las bombas y de los cañones acrecentaban estos horrores, y no parecia sino que las furias se habian desencadenado para exterminar á Zaragoza.

Tal es en bosquejo el deplorable y mísero estado en que estaba la capital de Aragon el 19; y no habiendo concluido ningun convenio, continuó el bombardeo con la mayor furia. Entrada la noche, el enemigo se internó en la calle del Sepulcro por el foso de la batería colocada á su embocadura. A vista de semejante riesgo hubo una alarma general, y á las dos de la mañana iban sueltos los relojes de san Pablo, la Magdalena y el mayor, las cajas tocaban generala, y algunos eclesiásticos y otras personas iban conmoviendo á todo el mundo, tal que parecia comenzaban á derramarse los franceses por la ciudad, degollando y cometiendo todo género de excesos. Sin embargo, no fue mas que procurarse un punto de apoyo para el ataque que tenian premeditado, y por ello al amanecer emprendieron un terrible tiroteo. No solo trataron los patriotas de hacerles frente, sino que, viendo no habian retirado los dos cañones abandonados el dia anterior, intentaron recobrarlos á toda costa. Ya iban á lanzarse sobre ellos, cuando salieron al encuentro algunas compañías de polacos, y principió una lucha empeñada, de la que tuvieron que desistir por haber cargado fuerzas mayores. En este dia por la tarde quedó herido y falleció de sus resultas el teniente coronel de infantería y sargento mayor del cuarto tercio de Voluntarios aragoneses don Joaquin Urrutia, oficial de mérito y que habia hecho servicios muy interesantes en el primer sitio. Las cincuenta bocas de fuego de la batería núm.° 7 obraban á la vez contra los edificios del muro, y el enemigo procuró explayarse por las manzanas contiguas á la puerta del Sol.

Hallándose practicable la brecha de una casa que sostenia un parapeto del pretil, cerca de la torre ó resto del edificio que formaba el arco ó entrada al puente de tablas, avanzaron algunos polacos hasta lograr internarse y alojarse en ella, tomándonos dos piezas que habia detras de la traversa formada en aquel punto.

Estaban ya terminadas las seis galerías que atravesaban la calle del Coso, y comenzaron á cargar los hornillos con tres mil libras de pólvora cada uno, para darles fuego á la mañana siguiente, y esparcir la confusion y horror entre los habitantes.

Convencida por fin la junta de que no debia llevarse la temeridad hasta el frenesí, y que debian salvarse los tristes restos de unas familias que tanto habian padecido; viendo que, á pesar de los exhortos, no comparecia gente para la defensa, y que en todos los partes pedian tropa, municiones y trabajadores, presentando los puntos en el estado mas lastimoso, y casi enteramente abandonados, envió nuevo parlamentario al mariscal Lannes, solicitando les concediese veinte y cuatro horas de treguas para proponerle la capitulacion, y á seguida dispuso que los lumineros enterasen á sus parroquianos de lo que se trataba, y que trasmitiesen su opinion y modo de pensar para proceder con el debido acierto.

Estaba todo en la mayor confusion, cuando hizo llamada un parlamentario francés, y habiendo entrado por la puerta del Angel con un oficial de artillería, fue al alojamiento del señor don Pedro María Ric, expresándole que el mariscal habia resuelto se presentase la junta dentro de dos horas. Diéronse las órdenes para congregar á los individuos, en cuya virtud se reunieron el señor don Mariano Dominguez, el señor marques de Fuente-olivar, don Joaquin Perez Nueros, el señor baron de Purroy, don José Dara Sanz y Cortes, don Mariano Cerezo, don Manuel

Forcés y don Miguel Dolz, y viendo que los demas no concurrian, y que el oficial instaba fuertemente, expresando que, si se dejaba espirar el término, el mariscal no oiria ninguna proposicion, el señor don Pedro María Ric resolvió salir con dichos individuos, y el conde de Casaflores, mayor de caballería, encargando que los que llegáran permaneciesen hasta su regreso. Dada la orden para que cesase el fuego, partieron con el oficial á las cuatro de la tarde del dia 20 por la puerta del Angel, y se encaminaron á pie por la ribera del Ebro ácia el castillo, y de alli á la Casa blanca en dónde estaba el mariscal Lannes. Apenas les vió, principió á declamar sobre el empeño y temeridad de llevar la defensa á tal extremo, atribuyéndola á influjo de los clérigos y frailes, y censuró la conducta de los que habian tomado parte en la lucha. A seguida, dirigiéndose á un plano que tenia alli cerca, les fue mostrando todo lo que ya ocupaban las tropas francesas, y que tenia dada orden para que el dia siguiente se cebasen las seis galerías que atravesaban la calle del Coso, lo cual verificado á las doce, hubiese dado un ataque general, entrando por todas partes á sangre y fuego. Por fin, despues que desplegó su arrogancia, entró en contestaciones, y á presencia del duque de Abrantes, del general Musnier y otros gefes que le rodeaban, comenzó á dictar que concedia perdon á los habitantes de Zaragoza, bajo las condiciones siguientes:

ART. 1.° La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 á mediodia de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de dicha puerta.

ART. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon primero.

ART. 3.° Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad quedarán en liber-

tad de entrár en el servicio en defensa de S. M. C.

Art. 4.° Los que de entre ellos no quisieren entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo el 21 al medio dia.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del emperador y rey.

Art. 7.° La religion y sus ministros serán respetados, y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos.

Art. 8.° Las tropas francesas ocuparán mañana al medio dia todas las puertas de la ciudad, el castillo, y el Coso.

Art. 9.° Toda la artillería, y las municiones de toda especie serán puestas en poder de las tropas de S. M. el emperador y rey mañana al medio dia.

Art. 10. Todas las cajas militares y civiles (es decir las tesorerías y cajas de regimiento) serán puestas á la disposicion de S. M. C. Todas las administraciones civiles, y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad á S. M. C.

Art. 11. La justicia se distribuirá del mismo modo, y se hará á nombre de S. M. C. el rey José Napoleon primero. Cuartel general delante de Zaragoza á 20 de febrero de 1809."

Lannes suscribió el escrito, y lo mismo los individuos de la junta, con cuyo ejemplar se quedó, dándoles otro por duplicado para que lo firmasen los que no habian asistido. El mariscal preguntó por el conde de Fuentes, y habiéndole contestado permanecia en la carcel, dispuso lo trasladáran allí al momento, como lo hicieron á media noche; y al dia siguente, cuando fueron á llevar el papel

firmado, lo que ejecutaron en coches, le presentaron al general Guillelmi por quien tambien habia pedido. Aunque en esta segunda entrevista hicieron algunas indicaciones, fueron ya miradas con desprecio. Desde las cuatro en que cesó el fuego ya no percibimos estrépito alguno. Enterados los habitantes de lo que trataba la junta, oprimidos de un peso tan enorme, tuvieron por fin que sucumbir y recibir la dura ley que les quiso imponer el vencedor.

Comunicadas las órdenes al amanecer del 21, se vieron algunos soldados que habian superado las zanjas y parapetos. A las once de la mañana ya discurria una multitud de soldados y oficiales españoles por las calles que el dia anterior estaban casi desiertas. Los semblantes demostraban la agitacion y el sentimiento: todo era ir, venir y tornar de una parte á otra para disponerse á la partida. A la hora prefijada comenzaron á desfilar por la puerta del Portillo las tropas, y entregaron las armas: desde alli fueron conducidas á la Casa-blanca, en donde permanecieron hasta que emprendieron su marcha, despues de haberlas despojado de sus mochilas.

Segun un cálculo prudente, el número de prisioneros ascendia de diez á doce mil hombres. El resto fue víctima de la epidemia, á excepcion de los que quedaron en los hospitales. Los habitantes entregaron las armas y demas pertrechos que tenian, y á seguida ocuparon las tropas francesas las puertas y puntos principales de la ciudad, y subsistió el ejército acampado, temiendo sin duda los efectos del contagio.

Aunque los franceses cometieron diferentes robos é insultos, no ejecutaron el saqueo que era de temer, y para esto influyó el no haber permitido la entrada á la tropa por la razon indicada. Efectivamente el cuadro que presentaba esta ciudad era el mas espantoso y terrible. A cada

paso tropezaba la vista con cadáveres, animales muertos y espectros. Las calles estaban inmundas, y en muchas partes embarazadas con vigas, cortaduras y parapetos: los aspectos de los que habian quedado con vida estaban cubiertos de una lúgubre palidez, y de todo el peso del dolor. La mayor parte parecian asombrados, y como quien vé la muerte preparada á tender sus descarnados brazos para arrebatar la víctima. Todos temian seguir á tantos y tan innumerables compatriotas como yacian en los sepulcros, y sin esperanza de conseguir este triste consuelo, porque ni habia quien los extrajese de las casas, ni quien los removiese de los atrios de los templos donde permanecian desnudos. La nueva de que estaban posesionados los franceses de Zaragoza cubrió los afligidos y apocados ánimos de tal amargura, que sobrevino despues la mas horrorosa mortandad. La hermosa Zaragoza no era mas que un vasto cementerio, pues no presentaba por sus calles y plazas sino cadáveres, huesos, espectros ambulantes, y ayes y gemidos que exhalaba el hambre y la desesperacion; porque al ver el resultado de tantos sacrificios, se hacia mas duro y pesado el funesto yugo de la esclavitud. Entonces fué cuando, mirando cada uno en torno suyo, el esposo vió que habia perdido la esposa, el padre al hijo, la hermana al hermano, y todas las familias estaban cubiertas de luto. De cincuenta y tres á cincuenta y cuatro mil muertos á que ascendió el estado que se formó, por lo menos una mitad eran vecinos y paisanos de la provincia, y la otra militares, la mayor parte de los cuerpos formados. La pérdida de los franceses, segun sus relaciones, ascendió á setecientos hombres del quinto cuerpo, dos mil del tercero, trescientos de zapadores-minadores y artilleros, y veinte y siete oficiales de ingenieros y artilleros; al todo tres mil hombres: no hablan de los heridos, y solo especifican que de los veinte y siete oficiales murieron once.

Olvidado Lannes de que habia ofrecido serian respetadas las personas y propiedades, sacrificó á los manes de su desenfreno al P. Basilio de Santiago y al presbítero Sas, á quienes extrajeron por la puerta del Angel, y despues de muertos, segun se divulgó á bayonetazos, los arrojaron al Ebro. Don Ignacio Asso, redactor de la gaceta, mas cauto, supo evadirse de sus pesquisas, pues de lo contrario hubiese sufrido la misma suerte. Esta conducta, los repetidos robos é insultos que en todas partes cometian las tropas, su aire feroz, la epidemia, las ruinas, tantas y tan enormes pérdidas, todo llegó á consternar á los zaragozanos en términos que no hay voces para describir lo que padecimos en aquellos dias aciagos y desastrosos. Palafox seguia postrado por la enfermedad, y le pusieron una guardia para custodiarle. La junta de gobierno continuó tomando aquellas medidas mas oportunas para evitar tomase incremento el contagio, y este fue el término que tuvo la célebre y heróica defensa que hizo en el segundo sitio la ciudad de Zaragoza.

RESUMEN HISTÓRICO

DE LA RESISTENCIA DE ALGUNAS PLAZAS FUERTES

EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII,

Y PARANGON DE AQUELLOS SUCESOS

CON LOS DE LOS DOS SITIOS DE ZARAGOZA.

Lo primero que enseña al hombre la naturaleza es á observar y comparar. Estos son los dos puntos en que se apoya la inmensa escala de los conocimientos humanos, y el camino mas seguro para conocer la verdad disfrazada, y el mérito confundido. Terminada la lectura de esta interesante historia, es consiguiente apoderarse del entendimiento un pasmo respetuoso, mas significante que las expresiones de encarecimiento en que podria prorrumpirse. Tal es el efecto que produce siempre todo lo que es extraordinario y sublime. Zaragoza tenia adquirida cierta celebridad de tiempos muy remotos; pero su última, tenaz y heróica resistencia la ha elevado á un punto, que dificilmente se hallará otra ciudad abierta, que en iguales circunstancias haya ejecutado mayores proezas. El primer sitio de que se tiene noticia fue el que por los años de Cristo 542 era 580 pusieron los reyes de Francia Childeberto y Clotario, que entraron repentinamente, y sin que se sepa hubiese motivo ó fundamento alguno, con grande ejército por los Pirineos, saqueando y talando toda la provincia Tarraconense que hallaron desprevenida, desde donde se encaminaron á conquistar á Zaragoza. Los historiadores franceses celebran este sitio como una de las acciones mas brillantes de aquella campaña, y dicen: «que hallándose los ciudadanos muy apretados, despues de mucha oracion

y ayuno, hicieron por las murallas de la ciudad una procesion de penitencia en que iban delante los hombres vestidos de cilicio, acompañando con devotos cantares las reliquias de san Vicente Mártir, y luego se seguian las mugeres con largas vestiduras negras, tendidos los cabellos, y las cabezas cubiertas de ceniza. Los franceses, que veían desde el campo este devoto espectáculo, pensaron que fuesen obras de brujería ó hechizos; pero oyendo despues por un campesino que los sitiados imploraban el socorro de su Santo protector, se amedrentaron y levantaron el sitio" (1). Por los años de 712 se apoderó tambien de Zaragoza, despues de haber tomado y perdido succesivamente á Sevilla, y ocupado las ciudades de Mérida y Toledo, Muza Alvacri, hijo de Napiro, virey de África, que desembarcó en España á mediados de junio de dicho año (2).

El segundo sitio se cree lo puso el almirante Armer, morisco poderoso, por los años 754 con un gran número de rebeldes, siendo virey de España José Alfareo, y habiéndola tomado se proclamó rey; pero reconquistada al siguiente año por el virey, condujo encadenado á Toledo al usurpador, en donde le hizo sufrir la pena de muerte (3). El gran Carlo Magno, apoyado tambien de un ejército numerosísimo, se hizo reconocer por soberano de Zaragoza, á causa de haberse rebelado de nuevo su gobernador, el de Huesca, y casi todo el Aragon, contra Abderramen, uno de los pocos de la familia de los Omniaditas,

---

(1) Masdeu, *Historia crítica de España*, tomo 10, § 65, pág. 107, el cual añade, refiriéndose á Adon Viennense, al autor de los hechos de los reyes francos, y al monge Aimoino, que el rey Childeberto llamó al obispo de Zaragoza, y obtuvo de él una estola del Santo Mártir, á quien erigió despues en Paris un magnífico templo que se destinó para sepultura de los reyes, y el mismo, segun Ruinat, que tiene ahora el título de san German de los Prados, y cita ademas con varios historiadores.

(2) Masdeu, tomo 12, pág. 24, 25 y 26.

(3) Rodrigo Jimenez *Historia Arabum* Cap. 17, pág. 16.

que se escaparon del exterminio que mandó hacer en ella el califa Abdallá, refugiándose á España, cuyo suceso ocurrió por los años de 777 (1).

El rey Ramiro segundo por los años 930, despues de haber tomado á Madrid, que entonces se llamaba Magerit, ocupada por los Moros, y dada la célebre batalla cerca de Osma, se dirigió ácia el Aragon, y bajando con estruendo por las orillas del Ebro, puso sus reales bajo los muros de Zaragoza, amenazando muertes y horrores. El virey de la ciudad llamado Abu-Jahia, viendo la tempestad que le amenazaba, y temiendo por otra parte á algunos de sus pueblos que se le habian levantado, se entregó como feudatario al rey de Leon con todas las tierras de su jurisdiccion y gobierno. Don Ramiro, aceptando la oferta, corrió con el ejército por todos los contornos, domó con su valor á los rebeldes, sosegó las inquietudes de la provincia, y se hizo reconocer de todos por soberano y señor (2). El tercer sitio, mas célebre que los anteriores, fue el que el rey don Alonso la puso el año de Cristo 1118 era 1156. Este rey, que ya en 1114 habia resuelto hacer la guerra á los Mahometanos y conquistar á Zaragoza, que era la principal ciudad de la Celtiberia, se contentó con apoderarse de Tudela y asegurar esta conquista; pero despues en dicho año 18 solicitó auxilio de los franceses, y conseguido, tomó el castillo fuerte de Almudevar que tenian muy bien provisto y guarnecido los Mahometanos, y fue tal el ardimiento de sus tropas, que entraron degollando á cuantos lo defendian. A vista de esto se rindieron los pueblos de Salici, Robres, Gurrea y Zuera, con lo que llegaron á juntarse todas las tropas asi del rey como au-

(1) Masdeu, *Historia crítica de España*, tomo 12, pág. 75.—*Prontuario cronológico de la historia de España*, pág. 46.

(2) Masdeu, en la obra citada, tomo 12, pág. 209, 10 y 11.

xiliares á formalizar el sitio de Zaragoza y á estrecharla por todas partes. Las tropas cristianas dieron repetidos asaltos, pero los sitiados se defendieron valerosamente. Esto, y el que debieron faltarle los pagamentos, hizo que algunos franceses se retirasen con sus gentes, sin que nada bastase para detenerlos, juzgando imposible la rendicion de la ciudad. Sin embargo, el rey don Alonso continuó el sitio con sus tropas y las de Bearne y Alperche, procurando estrechar mas y mas la ciudad. Viendo los Mahometanos que se habia disminuido el ejército con la retirada de los franceses, solicitaron socorros que les remitieron los de Lérida, Tortosa, Valencia y otras partes de España bajo el mando del general Temin: pero cerciorado el rey don Alonso, despues de dejar bastante gente en el sitio, salió con las demas tropas á buscar á los Mahometanos, y los acometió con tanto denuedo, que los derrotó enteramente, quedando muerto el general Temin, y siendo muy pocos los que se salvaron. Lograda esta victoria, y recogido el despojo, que fue muy rico, volvió el rey don Alonso al sitio de Zaragoza, cuyos ciudadanos desfallecieron de ánimo con la noticia de la rota; y habiendo ocupado los arrabales de la izquierda del Ebro, se rindió la ciudad el 18 de diciembre del año 1118. Pero todos estos sitios no son sino una débil sombra cotejados con los que se han referido; y aunque el genio conocedor no necesita recuerdos históricos para calificar sucesos de tanta valía, no podrá menos de complacerse, como los demas, al contemplar este nuevo cuadro en que se compara la defensa de algunas plazas fuertes en los últimos siglos, y se parangona la del primero con el segundo sitio, para graduar el mérito del gefe que hizo frente á tan árdua empresa, y de los defensores acérrimos que lograron inmortalizarla, ciñendo sus sienes con laureles inmarcescibles.

CAPITULO I.

Conquista del fuerte de la Goleta en el reino de Tunez. — Defensa del mismo por los españoles. — Sitios de Ostende, Barcelona, Ceuta y Melilla.

El reinado de Carlos V puede considerarse como el período en que el estado político de la Europa comenzó á tomar una forma enteramente nueva. Las guerras se promovían por lo comun entre los paises limítrofes, á excepcion de aquellas irrupciones que hacen mudar la faz del universo, y de las que, despues de los romanos, por lo tocante á España, no tienen lugar en la Historia, como la de los godos, vándalos, árabes y moriscos. Todas las demas desavenencias no producian alteracion considerable ni en lo moral ni en lo político. Algunos sucesos de aquellos que suscitan el entusiasmo religioso fueron preludio de grandes mutaciones, y la conquista de la Tierra Santa por la Cruzada hizo dispertar á la Europa del letargo en que yacía. Efectivamente se lograron ventajas considerables, tanto por lo tocante á las costumbres, como en cuanto á entablar nuevas relaciones comerciales, y á ilustrar el sistema político de las naciones; de modo que sobre estas bases pudo desplegarse mas el genio emprendedor de Carlos V. Dotado de talento, y constituido por las circunstancias Señor de vastos dominios, extendió sus miras, y procuró sacar todo el partido que en aquellos tiempos podia proporcionarle el estado y facultades de

sus súbditos. El rey de Francia Francisco I rivalizó sus miras, y contribuyó á mantener el equilibrio. Ello es que las potencias comenzaron en el siglo XV á conocer el influjo de que eran capaces, las relaciones que segun entablasen; y la ambicion auxiliada descubrió un manantial de males y bienes que succesivamente han producido los efectos que experimentamos en nuestros dias.

El emperador Carlos V salió de Barcelona el 30 de mayo de 1535 con una escuadra de cuatrocientas á quinientas velas y treinta y tres mil hombres de desembarco. Llegó el 16 de junio á la Goleta, plaza de alguna consideracion, en las costas de Berbería, inmediata á la entrada del pais de Tunez. Barbarroja, prevenido por el émulo rey de Francia, no omitió nada de cuanto creyó necesario para su defensa, inflamó los ánimos de los moriscos, y les hizo tomar las armas como en una causa comun. Reunió veinte mil caballos, y un ejército disforme de infantería en Tunez; y aunque no ignoraba la superioridad del ejército imperial por su disciplina, siempre confiaba en el fuerte de la Goleta y en el cuerpo selecto de turcos que tenia disciplinados á la europea. Puso pues de guarnicion en el fuerte seis mil de estos al mando de Sinon, judío renegado, el mas bravo y experimentado de sus corsarios. El emperador los sitió desde luego por mar y tierra. Como tenia el mando de las aguas estaba su campo surtido con abundancia y lujo. Animadas las tropas con su presencia, y satisfechas de que derramaban su sangre por nuestra religion, se disputaban los puestos y las empresas mas peligrosas. Concertaron tres distintos ataques, que desempeñaron á su vez los alemanes, españoles é italianos, conduciéndose todos con el valor y teson propios de la emulacion nacional. Sinon desplegó su energía y los talentos que le habian acarreado la confianza de su señor. La guarnicion sostuvo con firmeza los ataques,

acreditando la disciplina adquirida; y aunque interrumpieron con salidas á los sitiadores, y los moros molestaban el campo con repetidas incursiones, llegaron por fin á abrir brechas considerables, en tanto que la flota destruía la parte de sus fortificaciones con tanta furia y acierto, que habiéndose dado el ataque, fue tomado el fuerte por asalto á mediados del mes de julio. Sinon huyó con los restos de su guarnicion despues de una obstinada resistencia por un vacío que dejaron en la bahía de la parte de la ciudad. El emperador con la rendicion de la Goleta ocupó la flota de Barbarroja, compuesta segun unos de cien naves, y otros de ochenta y siete entre galeras y galeotas con trescientos cañones, la mayor parte de bronce, que se colocaron sobre las murallas, y cuyo número prodigioso para aquel tiempo acreditaba el poderío del corsario.

En seguida partió el emperador á Tunez, capital del reino de este nombre, sita en una llanura sobre el lado de la Goleta, en donde habia un puerto apreciable y un castillo de consideracion. Barbarroja creyó que teniendo un ejército de cincuenta mil combatientes, no osaría el emperador atacarle en una plaza tan fuerte: pero viendo que, á pesar del calor intolerable que hacia y escasez de agua, avanzaba el ejército; desconfiando de la lealtad de los habitantes, y persuadido de que los moros y árabes no sufrirían las molestias y largas de un sitio, resolvió salir al encuentro al Emperador y decidir su suerte en una batalla. Llegó á darse ésta, y las tropas imperiales, despreciando los trabajos que por falta de agua habian sufrido en su marcha, derrotaron completamente al enemigo: y aunque Barbarroja con admirable presencia de ánimo y exponiéndose á los mayores riesgos procuró rehacerlas, la derrota fue general, y tratando de salvarse en el fuerte, sobrevino que, durante la accion, los cautivos ganaron á

sus guardias, y apoderándose de la guarnicion turca, ocuparon el fuerte, y el emperador pudo asi mas prontamente apoderarse de Tunez. Esta expedicion es la mas brillante que ocurrió en aquella época, y acarreó mucha gloria al emperador, ya por la generosidad en restituir á Muley Hacen al trono que le habia usurpado Barbarroja, como por el aparato con que lo ejecutó y buen éxito que tuvo.

Si un fuerte como la Goleta, defendido con trescientos cañones por seis mil hombres de guarnicion, y un ejército de cincuenta mil infantes, y veinte mil caballos, y por la parte del mar con ochenta y siete galeras, no pudo resistir á treinta y tres mil hombres y quinientas naves, y se rindió despues de un mes de sitio, ¿con cuánta mas probabilidad debia el dia 15 de junio de 1808 haber entrado la division del general Lebfevre en Zaragoza? La posicion le ofrecia un libre acceso por el punto que hubiese querido elegir: sus muros no eran mas que unas bardas, las puertas de par en par; ¿y su guarnicion? ninguna, ¿y defensores? habitantes la mayor parte inexpertos en el manejo del arma. ¿Pues qué hicieron seis mil soldados de infantería, qué la intrépida caballería que atacaron la capital? ¿Donde los esfuerzos de unas tropas tan aguerridas? Llegaron á los umbrales de la puerta del Portillo, y del Carmen, y no pudieron desbaratar una porcion de paisanos que á cuerpo descubierto les pararon frente, al acaso, sin disciplina, y sin embargo los contuvieron, y les hicieron retroceder despues de perder mucha gente. No hay que oponer que en campo abierto habrian sido desbaratados los paisanos al primer encuentro, pues el ataque del dia 15 debe reputarse como una accion dada sin resguardo ni atrincheramiento. La mayor parte de los defensores estaban tendidos en dos alas á derecha é izquierda de la puerta del Carmen y en la calle de la entrada, y lo mis-

mo sucedió en la del Portillo, algunos se colocaron por los edificios inmediatos, pero el fuego principal de cañon y fusilería lo ejecutaron como en la campaña á cuerpo descubierto. En cuanto á maniobras tenia margen Lebfevre para desplegar sus talentos militares. Por cualquiera de los distintos puntos que hubiese cargado, acometiendo de frente á los pelotones con la caballería era muy factible ocupar alguna de las puertas, y situarse por lo menos en los conventos inmediatos á las mismas ¿En qué pudo estribar el no apoderarse de Zaragoza? Seis mil hombres eran aguerridos, auxiliados de buena caballería, en terreno llano y expedito contra un número de paisanos, armados muchos con picas. Nosotros no teníamos ni tropas auxiliares, ni obras de fortificacion, pocos aprestos y municiones; pero todos se propusieron defenderse con teson, todos peleaban por su independencia.

Desde el 15 de junio hasta el 14 de agosto, que son dos meses, ¿qué salidas formales hicieron los patriotas contra los sitiadores? Ninguna, pues ni habia gente para sostener los puntos, ni menos tropa que lo ejecutase ¿Y en los ataques de los dias 1 y 2 de julio, qué reductos, qué fosos tenian que superar? unos míseros parapetos, que ni el nombre merecian de reductos, formados de troncos y ramage. ¿Y cuando los intentaron asaltar, despues de ser reforzados con otro tanto ejército, y haber asestado un número formidable de bombas y granadas sobre la ciudad y puntos defendidos? Los zaragozanos siempre los mismos, su plan se reducia á permanecer de dia y de noche en las puertas y cercanías para acudir con prontitud á la lucha. El denuedo y serenidad del que acomete ó asalta siempre impone y aun arredra: los labradores y artesanos de la capital veían avanzar las columnas con la misma tranquilidad que el cazador apostado ve aproximarse la caza que hace caer á sus pies. En fin,

cuando el sitiador asalta la brecha, un terror pánico sobrecoge las guarniciones: el arte de la guerra cree que es el momento de rendirse. Mis compatriotas ven ocupar las puertas; y tendidas las columnas enemigas por las calles en varias direcciones, en lugar de rendirse, arman una sangrienta pelea: cada uno se considera con tanto valor como el que puede tener el ejército enemigo, asalta sin combinacion ni espera, persigue buscando la muerte, y vence con sola su entereza: tal es el cuadro que ofrecen las escenas ocurridas el 4 de agosto. Mas adelante las compararemos con las que de esta especie nos ha transmitido la historia, y veremos á quien corresponde la preferencia.

El reinado de Carlos V no presenta objeto mas interesante que el referido, pues el sitio que puso á Landrecies, ciudad pequeña, aunque muy fortificada, en la Flandes francesa el año 1543, tuvo que levantarlo á resultas de haber introducido el rey Francisco socorros en la plaza; y este sitio, que atrajo la atencion de la Europa, por estar los dos ejércitos mandados por sus respectivos Soberanos, como las ocupaciones que en 1544 hizo de Luxemburgo, y otras plazas de los Paises-bajos, no ofrece objetos de comparacion para el intento que me he propuesto

Felipe II señaló su reinado con la toma del Peñon de Velez en 1564, y la batalla de Lepanto en 1561. La defensa que hicieron los españoles en Goleta-viserta, y particularmente en Tunez el año de 1564 merece fijar nuestra atencion. En la Goleta resistieron dos asaltos formidables, y en el segundo recargaron los turcos con tanta vehemencia y muchedumbre, que el 25 de agosto la ocuparon pasando la guarnicion á cuchillo. Ufano Aluc-Ali con este suceso marchó á sitiar á Tunez. Nuestra guarnicion era muy inferior al numeroso ejército enemigo, que constaba de cincuenta mil hombres, y todos los aprestos para un largo

sitio: sin embargo sostuvo los recios y repetidos ataques con que la acometieron, causando grande pérdida, y destrozo entre los moros y turcos. Sus numerosas descargas de artillería derribaron los adarbes, y fortificaciones, tal que los sitiados tenian que defenderse en los aproches á cuerpo descubierto. Viendo el enemigo el teson y arrogancia con que lo rechazaban, voló el 6 de setiembre un baluarte, que hizo perecer á los que lo defendian, y tambien á los que lo volaron; en seguida arrimó las escalas para el asalto, pero despues de seis horas de insistencia fueron del todo repelidos. A los dos dias reventaron otra mina, y repitieron la misma gestion, pero sufrieron una pérdida mas terrible. Estos encuentros asiduos no dejaban de disminuir la guarnicion; y asi cuando irritados dieron el dia 12 el asalto general, la defensa fue sobremanera heróica, pues se sostuvo el combate ocho horas, y no hicieron ningun progreso. La pérdida de los moros y turcos en este dia fue considerable, pero su muchedumbre la disimulaba, y en la plaza quedaron reducidos los defensores á solo seiscientos, de lo cual sabedores, repitieron el dia siguiente nuevo asalto, y aquellos valientes todavía resistieron seis horas, hasta que, reducidos á treinta, tomaron la plaza.

La defensa de unos mismos fuertes por tropas de diferentes naciones ofrece un contraste interesante, y hace ver que el valor bien dirigido puede contrarestar fuerzas muy superiores, pues siendo inferior nuestro ejército con mucho al de Barbarroja, cuando lo defendía, hizo una resistencia tan brillante, que á no haber sido por la muchedumbre de enemigos que acometieron, dificilmente hubiesen conquistado á Tunez. Si excita, pues, la admiracion el que al abrigo de fosos, baluartes y empalizadas se sostuviesen unos ataques tan tremendos y furiosos, y tan repetidos asaltos, ¿qué expresiones bastarán á elogiar la

defensa que el dia 15 de junio hicieron los zaragozanos ¿Qué imaginacion no se complacerá, y llenará de entusiasmo al considerar como despues de los desastres de una expedicion tan funesta como la salida del 14, hubo teson y serenidad para hacer frente al ejército frances que llegó vencedor hasta sus mismas puertas? Y esta serenidad y teson debe reputarse de otra clase superior á la que está apoyada con recursos; porque los labradores y artesanos ¿en qué podian fundarla? Hasta las sogas para tacos, y los clavos para metralla fueron conducidos en lo mas intrincado de la pelea; ignoraban si el ejército era de seis mil ó de veinte mil hombres; todo presagiaba una desolacion sin igual; y sin embargo, cuando el genio reflexivo no hallaba salida, y se abismaba en un piélago de males y desastres, el ciudadano pacífico sale impávido á batirse, y resiste una y otra acometida, y presenta su pecho al plomo destructor, y ve caer el padre al hijo, el hijo al padre, y ninguno retrocede ni se inmuta. Este es el heroismo sublime, digno de la admiracion y asombro de todo el mundo.

Todavía una observacion. Con un valor tan decidido, no pudieron sostenerse nuestras tropas aguerridas en el fuerte de Tunez sino trece ó quince dias, y los zaragozanos, casi sin recursos, resistieron sesenta. Los primeros fueron atacados en diferentes veces; lo fueron tambien los segundos, y con la diferencia de que no tenian murallas, adarves, almenas, ni grandes auxilios: búsquense los puntos de comparacion, y cada uno suministrará nuevos motivos para confundir al entendimiento humano.

La decadencia de España en los reinados succesivos de Felipe III y IV y de Carlos II es bien notoria; pero para nuestro plan se nos presenta desde luego el sitio que en 1601 pusieron los españoles á la ciudad de Ostende, una de las del condado de Flandes en los Paises-bajos, que, aunque pequeña, es muy fuerte, y tiene un buen puerto.

El archiduque Alberto fue el gefe de esta expedicion, en la que desplegó todas las fuerzas y recursos imaginables; pero la resistencia de los defensores, que estaban socorridos por Inglaterra y Francia, y aun por los protestantes de Alemania, fue tan obstinada, que no capituló la plaza basta el 20 de setiembre de 1604, esto es, despues de tres años, en cuyo intérvalo los sitiados perdieron cincuenta mil hombres, y costó á los sitiadores diez millones y ochenta mil hombres. En verdad este es uno de los mas célebres por lo numeroso de los ejércitos, y por la tenacidad de los de Ostende. Luego que subió al trono Carlos II, último rey de la Casa de Austria, intentaron los moros apoderarse el 1.° de marzo de 1666, por escalada, de la fortaleza de Larache, antigua y fuerte ciudad de África, que Muley Xec entregó en 1610 á los españoles. La guarnicion constaba de doscientos cincuenta hombres, pero tan valerosos, que rechazaron constantemente la muchedumbre morisma, matándoles cuatro mil hombres con un sin número de heridos: nuestra pérdida fue, segun los historiadores, de once entre muertos y heridos. Lo particular en este suceso es la diversidad tan extraordinaria entre los que componian la guarnicion, y los que la asaltaron; pues aunque la ciudad estuviese fortificada, á poca extension que tuviera debian ser varios los puntos por donde pudiera asaltarse, y para atender á todos y repeler una insistencia tan obstinada se necesitaba de un valor y energía poco comun.

Por esta época gobernaba la Francia el célebre Luis XIV, quien señaló su reinado con la toma de diferentes plazas, so color de que no le hacian justicia en los derechos que pretendia tener la reina de Francia sobre el Brabante y algunos dominios de los Paises-bajos. Ello es que tomó á poca costa á Charle-Roy, Berg-Saint, Vinox, Turres, Ath, Fornay, Ovauy, Ourdenad, Alost y Lila,

siendo ésta plaza la que mas le costó, pues desbarató sesenta y dos escuadrones que iban á socorrerla: tambien conquistó en una sola campaña todo el Franco-Condado, lo que motivó la paz firmada en Aix-la-Chapelle el 2 de mayo de 1668 por no exasperar mas á los francos. En la segunda guerra que Luis XIV declaró á la Holanda, y duró seis años, en la primera campaña tomó mas de cuarenta plazas y fuertes de las Provincias-Unidas, llegando hasta las puertas de Amsterdam; y últimamente, en la tercera, suscitada con motivo de la célebre liga de Ausburgo, solo por lo tocante á España, ocupó á Rosas, Palamós, Gerona, Hostalric y Barcelona; y en Flandes á Mons, Dixmunda, Ath y Namur, cuyo castillo está situado sobre una altura muy escarpada, y rodeado de otros pequeños fuertes. Tambien sitió á Namur el 30 de mayo de 1692, y la tomó el dia 5 de junio; sin que el de Orange y el de Baviera pudieran socorrerla, pues lo impidió el mariscal Luxemburgo que cubria el asedio. Entre estos sucesos puede tambien contarse con el bombardeo que el mariscal Villars hizo sufrir á Bruselas, la mas rica y hermosa ciudad de los Paises-bajos, y en donde residen sus gobernadores. Esta guerra terminó por la paz de Nimega, y costó á la Francia ochenta mil hombres y cuatrocientos millones, no valiendo lo que adquirió veinte.

Como la toma de las plazas indicadas en España fue á resultas de haberse perdido la accion dada á primeros de marzo de 1694 sobre las márgenes del rio Fet en Cataluña á las inmediaciones de Fabregás, apenas hicieron resistencia; y Gerona, que fue la que mas se defendió, no sufrió sino cinco dias de sitio. En la única que merece hacerse alto es Barcelona, y esta podrá servirnos de término comparativo para nuestro objeto.

Barcelona, grande, fuerte, opulenta ciudad, y una de las principales de España, capital de Cataluña, fue sitiada

por el ejército frances en el junio de 1697. Defendíala una buena porcion de tropas disciplinadas, bajo la direccion del general don Francisco de Velasco, y el marques de Castacaña, á quienes por sus desavenencias sucedió el conde de la Corzana. El ejército frances constaba de veinte y cuatro mil hombres y cinco mil caballos, á las órdenes de Vandoma. Desde el momento en que los sitiadores comenzaron á formar sus líneas, los sitiados les acometieron en diferentes salidas y encuentros que de todas partes les suscitaban, y en cuyos combates se ocupaban recíprocamente convoyes, utensilios, y perecian muchos de una parte y otra. Nuestro ejército venia á ser de diez y ocho mil hombres, inclusos seis mil italianos. Si grande era el empeño de los sitiados, mas lo era todavía el del general sitiador; y asi es que, á costa de sangre, logró por fin formar sus baterías, y despues de un fuego horroroso, que fue correspondido con la misma energía: abiertas grandes brechas en los muros, las asaltó, y lejos de conmoverse los defensores, dejaron internar á los franceses, y que ocupáran varios sitios de la ciudad, á cuya sazon, para evitar destruyesen del todo sus fortalezas y caserío, y la saqueáran, despues de haber sostenido en el espacio de cincuenta y seis dias cincuenta y dos combates sangrientos, cedieron por último el 6 de agosto, y salieron todavía por la brecha seis mil infantes, mil doscientos caballos, treinta cañones, nueve morteros, y otros efectos, con lo que partieron á Martorell, en donde estaba el resto del ejército. En la plaza ocuparon doscientos cañones y ocho morteros, y la pérdida de Barcelona la atribuyeron á su gobernador político don Francisco de Velasco, que nunca creyó que Vandoma con tan pocas fuerzas emprendiese un sitio tan difícil.

Despues de un empeño tan extraordinario, la capital de Cataluña volvió á quedar por los españoles, pues por

el tratado de paz entre Francia y España, á resultas de lo convenido en el de Riswick nos restituyeron todo lo conquistado despues del tratado de Nimega, y con esto dió fin la tercera guerra que promovió Luis XIV, conocida por el renombre de la célebre *liga de Ausburgo*, la cual duró desde 1687 hasta 1697; y segun el abate Saint-Pierre perdió en ella mas de cien mil hombres y cuatrocientos millones: ¡tales son los resultados que sacan de sus miras ambiciosas todos los conquistadores!

El sitio de Barcelona ocupa un lugar distinguido, y en verdad que unos y otros obraron con mucha energía. Fijemos ahora un momento la vista sobre Zaragoza. Esta ciudad casi sin fuerzas ni muros, resistió por espacio de sesenta dias con mil flancos equivalentes á las brechas mas crecidas, pues sus débiles tapias podian derruirse sin la mayor violencia. Los habitantes no hicieron salidas formales, porque era de todo punto imposible, pero aunque con desarreglo ejecutaron sus descubiertas en pequeñas partidas, y aun concibieron la idea de atacar al enemigo en sus posiciones. Si los franceses, abiertas brechas, ocuparon una parte del caserío de Barcelona, en Zaragoza lo hicieron de una muy considerable de la ciudad, pelearon por las calles, y fueron arrollados; y á pesar de que con mas fundamento debia esperarse que este pueblo fuese saqueado y reducido á cenizas, nadie chistó, ni se oyó la palabra *capitulacion*. En medio de la analogía, ¡qué diferencia tan enorme entre unos y otros sucesos!

El sitio que veinte mil moros pusieron á Ceuta y Melilla en 1692 fue muy largo y acérrimo. Por el mes de marzo la guarnicion de Melilla les destruyó enteramente el ataque mas cercano á la plaza, y desde entonces manifestaron querer alzar el sitio, como al fin lo hicieron encaminándose á engrosar el campo de Ceuta. El 10 de enero de 1697 avanzaron con una temeridad extraordinaria

ácia las fortalezas, y arrimaron escalas á las murallas de san Pedro y san Pablo, pero tronó la artillería, y desbarató un enjambre de bárbaros. El once repitieron dos ataques, pero viendo experimentaban nuevos destrozos, desistieron del empeño. A pesar de la rigidez de la estacion los moros continuaron su sitio, sin que les acobardasen las repetidas lluvias, ni el tremendo fuego que los sitiados les hacian. Volaban con mucha frecuencia los hornillos, y con ellos los enemigos que estaban inmediatos haciendo la guerra subterránea, de manera que algunos cadáveres y miembros mutilados llegaban á caer en los fosos, y aun dentro de la plaza, sin que por esto escarmentasen los sitiadores. Lo restante del año de 97, y parte del 98 continuaron diez mil moros á la vista de la plaza molestándola incesantemente. En medio de los descalabros que sufrian, su insistencia era de cada vez mayor. Todos los dias recibian refuerzos, y los socorros para la plaza venian tarde y eran muy débiles. La guarnicion estaba vigilante, y no cesaban de volar hornillos, que ocasionando horrenda mortandad, arredraban algun tanto al enemigo. A principios de mayo volvieron seis mil moros á atacar á Melilla con resolucion de asaltarla, ganadas que fuesen las obras exteriores. Siete veces comenzaron á subir por las escalas, y otras siete fueron completamente repelidos, dejando el cerco y foso cubierto de una multitud de cadáveres. En el invierno de 1698 fueron reforzados los moros para contiñuar el sitio de Ceuta, y llegaron seis mil á Oran; pero no lograron sino causar grandes daños, y salir desbaratados sin conseguir su intento, por último abandonaron todas sus empresas. Asi le sucedió á Lebfevre despues de apurar todos los medios que la fuerza, los ardides, y el arte de la guerra autorizan: atacó no una, sino muchas veces con osadía y obstinacion, fue reforzado con gente y artillería, desarrolló todo su poder, hizo tro-

nar los morteros, y mas de seis mil bombas y granadas se desgajaron sobre nuestras cabezas. Los valientes zaragozanos dejaron exánimes sus columnas, las rechazaron dentro de sus mismas calles, y por último las compelieron á huir precipitadamente. Allí la muchedumbre disciplinada se estrelló contra los muros, fosos y valor de los defensores; aquí la tropa aguerrida sucumbió á una limitada porcion de militares y á las cuadrillas de paisanos inexpertos, y no pudo entrar en una ciudad abierta.

CAPITULO II.

Descríbense los sitios que, con motivo de la guerra de succesion, sufrieron las ciudades de Barcelona, Lérida, Tortòsa, Alicante, y sus respectivos fuertes.

La muerte de Carlos II ocurrida el primero de noviembre de 1700 originó las disputas que produjeron la guerra de succesion. El almirante Bing tenia bloqueado á Cadiz en 1704, con una gruesa division de naves de guerra, esperando estallase la sedicion, que varios emisarios tenian fraguada, para que se declarase por la Casa de Austria; pero viendo que los facciosos no osaban hacerlo, marchó contra Gibraltar, sabedor de que era muy corta la guarnicion, y de que estaba casi indefensa. Con efecto, don Diego de Salinas su gobernador, apenas tenia ochenta infantes, y treinta caballos que corrian la costa. Comenzó Bing el bombardeo con cuatro galeotas á tiempo que sobrevino Roock con el resto de la escuadra. Continuó el fuego por espacio de dos dias, y el 3 de agosto saltaron á tierra cuatro mil hombres, y atacaron la plaza con el mayor denuedo; el dia siguiente su gobernador capituló y salió con los honores militares. Armstad enarboló sobre los muros la bandera del imperio, pero los ingleses lo resistieron y tomaron posesion á nombre de su reina. Luego la guarnecieron con dos mil hombres, y fortificaron de tal modo, que habiéndola vuelto á sitiar los españoles en 1705, 1708 y 1782, subsiste todavía en poder

de la Inglaterra. De estos tres sitios el mas célebre fue el último, pues tuvo por espacio de cinco años en espectacion á todo el universo. Fatigada nuestra corte del asedio infructuoso de Gibraltar, y con el cual estaba entretenida, resolvió tomarla proyectando un medio extraordinario, que superase su natural escabrosidad, la multitud de bocas de fuego que la circuían, y la destreza y talentos del general Eliot que la custodiaba. Hubo varios proyectos, unos atrevidos hasta tocar en lo ridículo, otros demasiado singulares para darles asenso y acogida; pero por último fue adoptado el del ingeniero Darzon, y el dia 13 de setiembre la atacó el duque de Crillon, á quien estaba confiada la empresa; y á pesar de haber tomado todas las medidas, vió dasgraciarse el plan mas interesante y quedar aniquiladas diez embarcaciones de vela y remo obra maestra de la invencion humana, y cuya construccion costó tres millones de pesetas, ascendiendo el valor de la artillería, áncoras, cables, y demas aprestos por lo menos á dos millones y medio. ¡Qué leccion ofrecen estos sucesos tan interesante! La ocupacion hecha el 4 de agosto costó bien poco, por el abandono en que nuestro gobierno habia dejado aquel fuerte, siendo asi que la naturaleza lo hace casi inaccesible. Esto fue tan singular como el no apoderarse Lebfevre de Zaragoza.

Los ejércitos del archiduque y los de Felipe V tenian agitada la España. En Barcelona ocurrieron varias conmociones, y el 25 de agosto de 1705 seiscientos miqueletes, gente foragida, proclamaron tumultuariamente al archiduque, y bloquearon la ciudad. Este desembarcó en la Barceloneta el 28, y Barcelona no podia estar en peor estado para defenderse, pues carecía de armas, víveres, municiones, tropa, y sin esperanza de ser socorrida. En tanto se procuraba agitar al pueblo, que andaba remiso; los aliados ocuparon á Figueras y Gerona: Rosas fue la

única que les hizo resistencia. Las bombas que disparaban de la escuadra hacian mucho daño en el caserío, y los cañones llegaron á abrir brecha en la muralla. Armstad sentia la lentitud del sitio, y queriendo apoderarse de Monjuí, lo puso en ejecucion la noche del 14 al 15. Supo felizmente por un desertor el santo que el gobernador habia dado, y disfrazado de granadero subió con una partida de alemanes la cuesta, y llegó al pie del castillo. Dado el santo, y aclamado Felipe V, les abrieron el rastrillo, y entraron en el foso. Algunos soldados exclamaron imprudentemente *viva el rey Carlos*, y comenzó á obrar la artillería y fusilería, que los desbarató y ahuyentó precipitadamente. Armstad fue herido entonces, y de resultas de un casco de bomba que cayó despues junto á su tienda acabó de perder la vida. Con este motivo el virey, sabedor del suceso, ejecutó una salida contra los sitiadores, en que mató á muchos, y unos trescientos que avanzaron á todos los hizo prisioneros. Con la muerte de Armstad el conde de Perterboroug, su rival, mudó de intencion, y habiendo reputado hasta entonces por temeraria la empresa, comenzó á redoblar mas y mas sus esfuerzos. Durante el sitio cayó una bomba en un repuesto de pólvora, que hizo volar los edificios del contorno, y un lienzo de la muralla en que murió mucha gente; en seguida dió el asalto, y viéndose el gobernador sin defensores hizo llamada el 9 de octubre, y capituló la entrega de Barcelona con todos los honores de la guerra. El 14 salieron las tropas, y el 23 entró á posesionarse el archiduque.

Felipe V trató muy luego de poner personalmente sitio á Barcelona. Ocupadas las alquerías y puestos útiles entre Monjuí y Barcelona, abrió trinchera desde Orta hasta la marina. El 3 de abril de 1706 el rey se alojó en Sarriá, y el ejército estaba á las órdenes de Tessé. El 4

intentó asaltar á Monjuí, inducido por una falsa relacion de que estaba muy mal defendido; pero quinientos ingleses y veinte catalanes, que componian la guarnicion, rechazaron las tropas reales con mucha pérdida por subir á cuerpo descubierto. La guarnicion de la ciudad compuesta de cuatrocientos hombres, tropa de línea, dos regimientos de dragones y nueve mil catalanes entre miqueletes y paisanos hacian su deber. El 23 abierta la brecha, asaltó el marques de Aitona las obras exteriores de Monjuí, pasando á cuchillo á los que las defendian. El general ingles Dumegal sostenia con el mayor teson y ardor el castillo; pero habiendo muerto de una bala de fusil, desmayó la tropa, y se rindió el 25 con trescientos hombres que quedaron prisioneros de guerra. La toma de Monjuí trastornó á Barcelona. Bien hacian por las noches salidas, pero sin utilidad. Estaba por último dispuesto el asalto, mas el mariscal Tessé no daba la órden, y en estas largas llegó el almirante Leack con la escuadra inglesa, mayor que la del conde de Tolosa. Corrió la voz que traía diez mil infantes y dos mil caballos, pero lo que hizo fue sostener la ficcion, vistió de soldados á toda la chusma, y la iba desembarcando pausadamente, y de noche volvian á bordo los desembarcados para serlo de nuevo al otro dia. El conde de Tolosa tenia órden de no batirse con la escuadra enemiga, si fuese mayor, y con esto y el terror que se apoderó de las tropas que creían los acometian diez mil rebeldes que mandaba el conde de Cifuentes si daban el asalto, levantaron el sitio el 11 á media noche perdiendo los trabajos y ventajas que habian adquirido.

Cuando el archiduque fue contra Barcelona estaba desprovista de todo; lo mismo y mucho peor sucedia con Zaragoza, porque se defendió sin tener un fuerte como Monjuí, ni muros como la capital de Cataluña, ni miqueletes adriestados en el manejo del arma. Si Barcelona

resistió cuarenta dias, Zaragoza sesenta: aquella cedió luego que trataron de asaltarla, esta asaltada y ocupada, continuó en pelear y resistirse. Barcelona aterrada y despavorida con la explosion que voló un lienzo de muralla y varios edificios, apenas vió que el enemigo iba á acometer se rinde y capitula: Zaragoza ve volarse el gran repuesto de pólvora que tenia el 27 de julio, y con él muchas familias y gran porcion de caserío; y por mas que el enemigo llegó hasta sus débiles baterías, le hace frente y rechaza con pérdida conocida. El sitio que puso Felipe V á Monjuí estando guarnecido, la ciudad con dos regimientos de dragones, cuatrocientos soldados de línea y nueve mil hombres entre miqueletes y paisanos, provista de todo, duró haciendo una defensa acérrima treinta y nueve dias, y sin el artificio de Leack hubiese sucumbido. Cada empresa de esta naturaleza nos presta nuevos motivos de asombro y admiracion.

En seguida partió el archiduque al reino de Aragon, y de consiguiente á Zaragoza. La poca tropa que habia entonces se retiró al castillo, y no tardó á rendirse; los habitantes permanecieron tranquilos. Desgraciada la expedicion de Barcelona, Felipe V se replegó; pero reforzado, vino á las manos con el ejército del archiduque el 23 de abril de 1707, y dió en las llanuras de Almansa á las inmediaciones de Valencia una célebre batalla que ganó completamente. Las resultas fueron reducir á este reino, aunque Játiva hizo una resistencia extraordinaria. Estando practicable la brecha el 23 de mayo fue asaltada la ciudad, y habiéndose retirado los defensores al castillo, que entonces era uno de los mas fuertes, por fin capituló con pactos ventajosos el dia 15 de junio. El 3 de mayo estaba rendido Alcira; pero Alcoy, que no quiso ceder como Játiva, padeció igual destrozo y aniquilamiento. La misma suerte hubiera corrido Zaragoza si, cons-

tante en resistirse, no hubiese conseguido el que por último el enemigo abandonase la empresa. Habitantes de Játiva y Alcoy, vuestro teson en sostener el partido que habíais elegido, os hizo preferir la destruccion de vuestra ciudad y la muerte, á recibir la ley del vencedor. Los zaragozanos por una causa mas fundada estuvieron expuestos á perderlo todo, antes que ceder al yugo de la servidumbre; y si sucumbieron fue al peso de unos males insoportables.

Reducido Aragon y Valencia, sitiaron á Lérida, plaza importante, y que la naturaleza hace de dificil acceso. Armstad, succesor del que falleció en el sitio de Barcelona, la defendia con dos mil hombres, tropa escogida, y ademas la fortificó todo lo posible. Los duques de Orleans y Berwick tenian fuerzas de consideracion, y por eso los alemanes no quisieron venir á las manos. El 29 de setiembre de 1707 el marques de Legal abrió trinchera, y el 3 de octubre estaban concluidas las paralelas á solo cuarenta pasos de los muros de la plaza. El 6 ejecutó una salida la guarnicion, pero como dijeron que los sitiadores habian ocupado el puente de la ciudad, acudieron allá, y no realizaron el designio de destruir las obras. El fuego de una y otra parte fue muy vivo, y duró hasta el 12, en que quedó abierta brecha en el muro, que era de poca resistencia; asaltaron por la noche, y aunque la guarnicion se defendió vigorosamente, cedió por fin á la muchedumbre que ocupó la brecha. Una hora despues los atacaron y no pudieron desalojarlos, antes bien fortificados levantaron contra la ciudad una batería. Entonces huyó el paisanage, y la guarnicion entró en la fortaleza. Esperando los sitiados que llegase Gallovay con refuerzos, volaron los sitiadores el 25 de octubre una mina que deshizo el bastion de san Andres, y se alojaron en sus ruinas. Desde la plaza despedian cohetes para que las tropas

auxiliares redoblasen sus pasos, pero habiendo derrotado un destacamento que Galoway remitió para cubrir su marcha, conocieron que el socorro era inutil, y no trataron sino de conservar á Tortosa, que se les habia encomendado. Estaba dispuesto volar otra mina el 11, pero faltos de agua los sitiados, y con el último riesgo á la vista, capitularon el 14 de noviembre, despues de cuarenta y dos dias de sitio.

La campaña de 1708 comenzó con el sitio de Tortosa contra la cual marchó Orleans por el mes de junio, haciendo conducir por el rio Ebro la artillería, bagages y municiones. Dos mil infantes y ochocientos caballos españoles al mando de don Francisco Gaetani tomaron desde luego á Falset. Don José Vallejo con su destacamento reconoció el terreno circunvecino, y llegó tan cerca de la plaza que registró hasta las empalizadas y puestos ventajosos que convendria ocupar. Manifestó á Orleans lo bien fortificado que estaba todo, la vigilancia de la guarnicion, la dificultad y aspereza de los caminos, que diez mil miqueletes ocupaban los pasos, bosques y desfiladeros, pero nada acobardó á este gefe. El 10 de junio puso en movimiento sus columnas. La mayor partió desde Ginestar para Bitem, lugar que está á una legua de Tortosa, rio abajo, mandada por el marques Avarei; otra, al mando del marques de Geofreville, pasó mas abajo de Tortosa, y atravesó el Ebro para bloquear aquella parte. Los miqueletes no pudieron estorbar estas marchas. Orleans seguia con el resto del ejército, y el 12 acampó en los sitios mas oportunos. La caballería interceptaba por la llanura de los alfaques los socorros que por mar querian introducir los ingleses. Asfeld estaba con diez mil infantes y dos mil caballos sobre el camino de Valencia. Los sitiados no cesaban de hacer fuego desde la plaza, ejecutando diferentes salidas para desbaratar los obras á los sitiadores, lle-

gando con intrepidez hasta las mismas baterías; però á pesar de esto, y aunque derramaron mucha sangre, el 1.º de julio quedaron las obras concluidas. El horroroso fuego de los morteros y artillería empezó á causar grande estrago en el caserío, lo cual trastornó á los habitantes. El 6 todo era disparar cohetes, para que Staremberg, que habia acampado en los llanos de Tarragona, y estaba junto á Reus para alarmar á los sitiadores, viniese al socorro de la plaza, pero esto sirvió solo para que activasen el sitio. El dia 9 don Antonio Villaroel atacó con un destacamento la estrada cubierta, que defendieron con bizarría. La accion fue sangrienta por las granadas de mano, piedras, carcaxes, y demas fuegos de betun y resina que llovìan de los muros; pero nuestros combatientes avanzaron osados hasta llegar á la bayoneta, de modo que quedó el campo cubierto de cadáveres. Oportunamente les reforzó Orleans, y las tropas se alojaron en la estrada, pero no podian fortificarse, pues no cesaba un punto el terrible fuego de la plaza. En esto salieron los sitiados en gran número y comenzó la lucha con mas encono, pero hubieron de ceder los sitiadores. Sin embargo la pérdida de los sitiados fue tal, y su estado era tan crítico que, celebrado consejo de guerra, el gobernador conde de Efran, hizo llamada el 10, y capituló el 11 despues de treinta dias de sitio.

Conquistada Tortosa partió Asfeld, y reforzado con un destacamento que le remitió Orleans puso sitio á Denia á primeros de noviembre de 1708 con un ejército de quince mil hombres. Las líneas y trincheras las formaron facilmente, porque la plaza no hizo movimiento alguno. Estaba Denia guarnecida con mil y quinientos hombres entre alemanes, ingleses y portugueses. El 9 comenzó el fuego de una y otra parte, y el 12 tenian ya los sitiadores la brecha practicable: dieron el asalto espada en mano

y á las dos horas de combate tomaron las obras exteriores. En seguida ocuparon la ciudad y arrabales, y la guarnicion huyó al castillo; pero, cortada la comunicacion con el mar, el gobernador don Felipe de Valera se rindió á los diez y siete dias de sitio.

El primero de diciembre, sin embargo de lo riguroso de la estacion, que en dicho año fue mas extraordinaria, movió Asfeld con todo el ejército para Alicante que dista veinte leguas, las que anduvieron rápidamente, y comenzaron los trabajos con tal actividad que el 7 quedó abierta la trinchera. Comenzó el fuego de una y otra parte, haciendo el mayor estrago, y los habitantes aterrados se embarcaron en gran número para Mallorca y otras partes, y fue tal la confusion que el mismo pueblo precisó á su gobernador don Juan Richart á capitular, lo que ejecutó retirándose al castillo. Este hacia una defensa acérrima, y los sitiadores comenzaron al fin de diciembre á trabajar una mina para volarlo. Costaba mucho cavar la mina, no solo por la dureza de la peña, sino porque era preciso dividirla en varios ramales. Confiaban los sitiados en que el general Stanhope iba á socorrerlos con una escuadra de veinte naves, y efectivamente el 15 de enero de 1709 comparecieron cinco navíos que, puestos á tiro, comenzaron sus descargas contra las baterías de Asfeld mas próximas al mar, pero estas obraron con tal destreza, que echaron uno á fondo, y esto bastó para que desistiesen del empeño.

La mina quedó concluida el 14 de febrero, y la cargaron, segun relaciones coetáneas, con seis mil arrobas de pólvora, en cuya operacion consumieron dos dias. Antes de darla fuego avisaron á la ciudad y guarnicion, dándoles á entender el peligro que les amenazaba. Bajaron dos oficiales á cerciorarse, pero ni aun asi creyeron que la mina tuviese la profundidad que decian, y que

estaría cargada por la boca para intimidarlos. En esta persuasion el gobernador Ricardo Siburk contestó podian volar la mina siempre que quisiesen, y el 19 al amanecer se le dió fuego. No correspondió el resultado á la porcion de pólvora introducida, por haberse desventado con la contigüidad de un pozo que habia en lo alto, pero sin embargo saltó al aire una porcion de monte, se abrió y desgajó la tierra contigua, estremecióse el castillo, retembló la ciudad, y cayó un bastion de la parte de ésta y la casa del gobernador, con otras obras de defensa, quedando sepultados entre las ruinas ciento cincuenta soldados, el gobernador Siburk, cinco capitanes, tres tenientes y el ingeniero mayor. No desmayó la guarnicion aunque carecia de todo, y especialmente de agua por haber abierto la explosion las cisternas, y asi continuó defendiéndose hasta el 15 de abril que asomó el conde de Stanhope en la playa con veinte y tres navíos de guerra, el cual traía tropa de tierra; pero habiéndose formado la nuestra para recibirle, no se atrevieron á salir, y conociendo era imposible socorrer á la valerosa guarnicion del castillo capituló el 18 su entrega, que se efectuó embarcándose el 20 la guarnicion, que no ascendia sino á seiscientos hombres. Durante este sitio, Staremberg quiso reconquistar por sorpresa á Tortosa con un ejército de cinco mil infantes y un gran número de catalanes voluntarios. El 4 acampó junto á una ermita antes del amanecer, y comenzó á tronar su artillería. Al mismo tiempo los alemanes corrieron á romper las puertas con sus hachas, y lo consiguieron en la de San Juan. Despertó la guarnicion, y acudió á la defensa con tanto denuedo, actividad y energía, que pudieron contenerlos, hasta que ya de dia claro les asestaron la artillería, y despues de luchar hasta la noche se retiraron auxiliados de la obscuridad.

CAPITULO III.

Cotéjase lo ocurrido en los sitios narrados, con los que sostuvo la heróica Zaragoza.

¡Como realzan los asedios de estas ciudades los que sufrió Zaragoza! Lérida, plaza respetable por su situacion, y en tiempos que estaba menos adelantada la táctica, cede á los esfuerzos de Orleans; y teniendo dos mil hombres de guarnicion, obras que la hacian casi inaccesible, y un ejército auxiliar á sus cercanías, se rinde y capitula á los cuarenta y siete dias de sitio. Tortosa, aunque de menos consideracion, con iguales recursos no pasa de los treinta. Denia defendida por mil y quinientos hombres resiste diez y siete; y si Alicante llegó á los ochenta, comparada su posicion, ventajas y medios que tenia para defenderse, todavía debe calcularse su resistencia por mas débil, que la que hicieron Tortosa y Lérida. A vista de esto, ¿cómo saciarse en contemplar una y mil veces á la ínclita Zaragoza? ¡Quién no ha de exclamar y repetir, sesenta dias resistió en el primer asedio á un ejército que con los diferentes refuerzos que recibió pasaba de diez mil hombres, y casi nadie la auxilió en sus apuros! El dia 15 de junio y 4 de agosto sus habitantes ejecutaron en la situacion mas crítica las proezas que se han referido. Mil bombas estallaron dentro de su recinto, cincuenta cañones tronaban á la vez para derribar sus endebles tapias; los padres de familias, el labrador, el artesano, contuvieron en las

puertas los ataques briosos y encarnizados con que acometian las tropas del emperador. Infinitos que, sin la generosidad de sus compatriotas, hubieran perecido, subsistieron contentos, y prefirieron los mayores trabajos á recibir dentro de sus muros al ejército enemigo: la sangre de los ciudadanos vertida el dia 4 de agosto, y los asesinatos y violencias lejos de arredrar, exaltan la cólera, y no hay uno que no respire venganza: todos vuelan á encontrar las columnas que, tendidas por la calle del Coso, amenazan destruccion y muerte, todos acometen, todos lidian: no es un ataque combinado, no solo obra la pericia militar: el valor mas heróico y extraordinario dirige los pasos de la muchedumbre, cada calle es un campo de batalla, y cada casa un castillo: donde quiera se percibe el estrépito de la fusilería, el chasquido de la granada de mano, el silbido de la bala rasa. El combatiente enardecido reta y saja, y enseña el acero teñido en sangre, é incita al pusilánime para que vuele á mezclarse en lo mas encarnizado de la lucha..... Es menester respirar un momento. La imaginacion vehemente que ha presenciado estas escenas, se agita, y conoce que no es posible describirlas con su verdadero colorido.

Ganadas por Felipe V las célebres batallas de Brihuega y Villaviciosa en el diciembre de 1710, marchó Vandoma con diez y nueve mil franceses á poner sitio á Gerona. El 27 quedó abierta la trinchera. La plaza es de consideracion, estaba bien fortificada por los ingenieros y guarnecida con dos mil hombres. Sufrian mucho los sitiadores por el rigor del tiempo: veinte dias estuvieron los soldados en las trincheras llenas de agua. Los defensores ejecutaron diferentes salidas, y tuvieron algunos encuentros; pero consolidadas las obras, para impedir llegasen socorros de Barcelona, minaron los bastiones de Santa María y Santa Lucía, que volaron el 23 de enero

de 1711, y perecieron muchos de los que los custodiaban. En seguida asaltaron, y fueron repelidos los franceses; volvieron á insistir con mayor ahinco, y tuvieron que retroceder de nuevo: la presencia de Noalles los rehizo, y á la tercera vez cargaron con tal denuedo, que huyeron los defensores, y aquellos se apoderaron del bastion, é hicieron algunos prisioneros. Situados en la brecha y bastion, continuó la artillería derruyendo los muros, y dispusieron nuevo asalto para el 25; pero el conde de Tatembac, su gobernador, ofreció entregar la plaza si en el término de seis dias no era socorrido. Espirado el plazo, salió el primero de febrero la guarnicion despues de treinta y cinco dias de sitio.

La resistencia de los catalanes es un punto excelente de comparacion. Abandonados, tuvieron la arrogancia de querer constituirse en república, y sin acordarse que sesenta años antes prefirieron la Casa de Borbon á la de Austria, ahora sostenian la inversa. Estaba bloqueada Barcelona el 2 de agosto de 1713, y el duque de Populi le intimó la rendicion; pero los sediciosos despreciaron la íntima, y enviaron comisionados á Viena para pedir socorros. Viendo cuanto era el empeño que habian tomado, pidió auxilios Felipe V al rey de Francia, quien remitió quince mil hombres al mando del mariscal Berwick que llegó á las vistas de Barcelona el 7 de julio de 1714. El 11 quedó abierta la nueva trinchera, y el 13 comenzó el fuego de la plaza contra los sitiadores. Los sitiados hicieron una salida con mil quinientos infantes, trescientos caballos, y dos mil paisanos. El combate duró una hora, y sufrieron mucho por ser grande el fuego de mosquetería con que les saludaban desde la trinchera, tal que hubieron de retirarse con pérdida conocida. El 25 al amanecer comenzaron á tronar contra la plaza los cañones y morteros. Mas de sesenta bocas de fuego obraron contra el bastion

de oriente, y poco á poco fueron perfeccionando las otras baterías contra los restantes hasta abrir las correspondientes brechas. Al mismo tiempo minaban, contraminaban y ejecutaban diferentes salidas, correspondiendo á los sitiadores desde la plaza con un fuego terrible. El 11 de setiembre manifestaron á los ciudadanos su situacion para que evitasen una completa ruina, pero estaban frenéticos, y asi los sitiadores atacaron asaltando por la derecha, por el centro y por la izquierda. Los franceses acometieron el bastion de oriente, los españoles los de Santa Clara y Puerta nueva. La defensa fue valerosísima, ó por mejor decir desesperada. Los españoles y franceses montaron sobre las brechas con una intrepidez inaudita, y al punto tremolaron sus banderas sobre los baluartes de Puerta nueva y Santa Clara. En seguida los franceses entraron en la ciudad, y entonces comenzó una nueva lucha. Los defensores habian hecho innumerables fosos y cortaduras, y cada palmo de terreno costaba mucha sangre. A nadie dieron cuartel durante la pelea; y batiéndose acérrimamente, llegaron los franceses hasta la plaza mayor, en donde, creyéndose vencedores, se desordenaron entregándose al pillage. Aprovechando este momento, cargaron los defensores con tal resolucion, que repelieron las tropas hasta la misma brecha. Entonces fue preciso todo el rigor de la disciplina, y reforzar las tropas con un cuerpo de reserva. El impulso con que acometieron los que llegaron de refresco, hizo replegar á los catalanes, y cuando les ocuparon la artillería esparcida por las calles, y la dirigieron contra los mismos, se desanimaron, aunque continuaban la pelea. Los españoles por otro lado tomaron el baluarte de San Pedro que les incomodaba matándoles bastante gente, y dirigieron la artillería contra los pelotones ó cuadrillas de paisanos que iban vagando por aquellas cercanías. Villaroel y el cabo de los Conselleres

reunieron la gente, y cargaron contra los franceses, que avanzaban con algun desorden, pero ambos gefes fueron gravemente heridos. La muchedumbre desmayó algun tanto, pero en todos los cuarteles sostenian el combate con el mayor empeño, no habiendo ya nadie que no fuese soldado. Las mugeres y niños se habian retirado á los conventos, el paisanage arrollado ni se defendia ni pedia cuartel; asi que, las tropas pasaban á todos á cuchillo. Por último, una porcion de personas principales que estaban retiradas en la casa del magistrado de la ciudad enarbolaron bandera blanca, y Berwick hizo suspender tan horrenda carnicería. En esto sonó una voz que decia *mata, quema*, y todos volvieron á su primitivo furor, y corrieron arroyos de sangre por las calles. Llegada la noche, y despues de doce horas de combate, experimentó la ciudad nuevos horrores. Los catalanes no dejaron de disparar sin ser vistos por ventanas, tejados y agujeros prevalidos de la órden que dió Berwick para que no destruyesen ni quemasen el caserío. Pasadas algunas horas comparecieron ante él mismo los diputados del pueblo, pero con tanta arrogancia que pidieron perdon general, y restitucion de sus previlegios; les contestó que no entregándose antes de amanecer serian todos pasados á cuchillo. Enfureció esta respuesta á los rebeldes y renovaron el combate. De todas partes llovian balas que no dejaron de causar daños de consideracion. Semejante pertinacia fue causa de mandar que, llegado el dia, incendiasen la ciudad. Todo dispuesto, les intimaron la resolucion; pero en vano, pues nadie quiso rendirse. Entonces comenzó el incendio, y viendo el peligro en que estaban, alzaron otra vez bandera, y entregaron la ciudad. Berwick les concedió la vida con tal que le entregasen el castillo de Monjuí, y la ciudad de Cardona, como lo verificaron. Tal fue el término de la extraordinaria y valerosa resistencia que

hicieron los habitantes de la capital de Cataluña, sufriendo el bloqueo de un año y un sitio terrible de sesenta y tres dias.

Asi como experimentamos una complacencia y sensacion agradable cuando hallamos con un objeto que se asemeja á otro que nos interesa: del mismo modo causa placer poder observar un cuadro que presenta algunos rasgos del heroismo con que se distinguieron los zaragozanos. Testigo de los desvelos, fatiga y osadía de mis compatriotas, me recreo en observar á los barceloneses, y seguir sus pasos en el largo espacio de tiempo que se defendieron. Veo el espíritu popular exaltado por una mera opinion al mas alto punto: que el clero y estado regular, prevalido de su ascendiente, atizaba el fuego de la discordia: que la muchedumbre, constante en sostener su partido, se defendia con ardor y energía: que no perdonaron ningun medio de cuantos podia sugerirles el entusiasmo de que estaban inflamados: obras de fortificacion exteriores é interiores, cortaduras, parapetos, y baterías: salidas en que pelearon con serenidad y firmeza: constancia en resistir un fuego activo, horroroso y continuado por un largo trascurso de tiempo: todo se encuentra en el asedio que sufrió la capital de Cataluña. ¿Y qué diremos de aquella obcecacion en los momentos mas críticos, en que todo respiraba desolacion y muerte? Tremolaba la bandera en los baluartes, y entrando las columnas por la brecha, y resonando el estampido de la bomba y del cañon por las calles, en lugar de ocultarse y huir, se precipitan tumultuosamente sobre ellas. Una alarma general difunde el estrago por aquel recinto; la guerra destructora despliega su cohorte funesta: el robo, la violencia, el asesinato corren en triunfo sobre la arena empapada en sangre, y nada les inmuta. La venganza inflama sus miradas y anima sus semblantes, y sin contar con la superioridad, y

mayor pericia de los que les acometen, cargan sobre ellos, y consiguen arrollarlos. Este ligero triunfo acaba de ofuscar su enardecimiento. En vano observan que su situacion es ya apurada, que nuevas fuerzas se despliegan dentro de sus muros; pero sin duda esto les complace, porque parece que solo apetecen morir. Si hay quien trata de capitular, una voz desconocida lo frustra, y conduce á los patriotas á la lucha. Las teas encendidas no bastan á calmar sus furores, y solo cuando ven que la llama voraz empieza á destruir los edificios, ceden por último al imperio de la fuerza.

He aqui lo que nos ha trasmitido la historia, pero no es menos lo ocurrido durante el primer asedio de Zaragoza. Y si no ¿donde una escena igual á la del 15 de junio? Si los habitantes de Barcelona pelearon en sus salidas, y cuando vieron asaltadas sus brechas, fue concluidas todas sus obras de defensa, y tomadas bien las medidas. Los zaragozanos, despues de los desastres inconcebibles que produjo la desarreglada salida al pueblo de Alagon, cuando los ánimos estaban cubiertos de luto y la mayor parte de los habitantes dispersos, llega un ejército respetable á sus puertas, y sin tener idea de como conducirse, paisanos, mugeres y muchachos arrastran y conducen los cañones á las puertas, y hasta el trémulo anciano enarbola la mugrienta pica, y desafía á los mas valientes. Nadie sabia á las doce como podia humanamente impedirse la entrada á Lebfevre, y nadie se atrevía á decirlo. El pueblo obraba maquinalmente en sus débiles disposiciones. Queria defenderse; ¿pero cómo responder de una voluntad que, aunque exaltada, no presentaba punto de apoyo? ¿dónde los muros, fosos y baluartes que por lo menos contuviesen el primer ímpetu? Si la artillería enemiga hubiera comenzado á desbaratar los paisanos, ¿como rehacerlos? En Barcelona tenian un Villaroel, un conseje-

ro y otras cabezas de partido: en Zaragoza un Sas, un Zamoray, un Cerezo y demas que hemos referido llevaron la voz en lo mas rudo del combate. Llegado el momento crítico, rompe el fuego; ¿y quién manejaba los cañones? los artilleros que teníamos eran pocos y estaban distribuidos en diferentes puntos.

Los franceses aparecieron con el mayor denuedo delante de las puertas; ¿y qué se hizo en aquella situacion? el artesano y el labrador se convierten de improviso en ayudantes de artilleros: quién maneja la escobilla, quién conduce la metralla, quién ataca con los espeques, unos toman la mecha, otros aproximan el cañon á la puerta, parte se sitúan en el camino, parte por los edificios, la fusilería no cesa un momento. En lo mas empeñado de la accion faltan las municiones, y vuelan por toda la ciudad á pedir metralla y sogas para tacos. Las mugeres y jóvenes de diez á doce años se internan por medio de un diluvio de balas, y con el mayor espíritu llegan al pie del cañon á depositar sus espuertas. En el primer calor hubo hombres y mugeres que rasgaron sus vestiduras para que no cesase el fuego. En Barcelona tuvieron la prevencion de reunir y cerrar en los conventos las mugeres y jóvenes de tierna edad: en Zaragoza fueron los primeros que se mezclaron en la lucha. El bello sexo manifestó una entereza espartana, y despreció la muerte. Vimos á las mugeres llegar á dar de beber á los artilleros y defensores, y las vimos avanzar por medio de la muchedumbre y animar á aquellos valientes. Sus voces eran rayos que suscitaban en los pechos vengativos el mas voraz incendio. Cuando llegaron á internarse algunos franceses, á falta de armas, las mugeres disparaban piedras. Los lanceros polacos que quisieron disipar la muchedumbre cayeron espirantes sobre la misma, y los caballos y banderolas ocupados los condujeron las mugeres y muchachos por las calles anun-

ciando el triunfo. ¿Y la disposicion de todos los ánimos? defenderse hasta morir. Infinitas familias subieron piedras á sus estancias para descargar su furor. Los sucesos mas brillantes de tres siglos que habemos referido no presentan una escena de esta naturaleza: la historia no conoce un combate de ocho horas en igual posicion, y será dificil reunir un conjunto de circunstancias y pormenores mas interesantes.

Sin embargo, esto es lo que sucedió el 15 de junio. ¿Y qué diremos de la entereza de mis compatriotas en los succesivos? El 16 esperábamos nuevo ataque: á prevencion extrajeron los bancos de las iglesias, y con ellos, sacas y muebles, hicieron cerraduras en los puntos que los paisanos creyeron oportunos. Esta particularidad descubre la verdadera situacion de los zaragozanos. No tenian ni quien les sugiriese especies algun tanto arregladas. El que aquel dia hubiere visto la calle del Coso, la del Hospital, y plaza del Carmen casi cubiertas de bancos hacinados, ¿qué podia conceptuar? que el ánimo era defender el terreno á palmos, pero que los medios y disposiciones erán ningunas. Es verdad que, aun cuando alguno hubiera sugerido la especie de cortaduras y parapetos en forma, ni habia lugar de proyectar ni de ejecutar; y asi luego que vieron que los franceses seguian acampados; ya se animaron á arrancar árboles, y trazar míseras baterías.

En esto llegaron los dias 1 y 2 de julio. Reforzados los franceses atacaron bien satisfechos de que iban á tomar aquellas débiles obras que á su idea forjaron los defensores. Estos no habian recibido mas auxilio que unos cien soldados del regimiento de Extremadura, los dos cañones de grueso calibre, y los dos morteros remitidos de la plaza de Lérida, pero estaban perennes en los puntos. Su fatiga era extraordinaria, pues ni tenian quien los relevase. Sin embargo ¿donde se habrá visto que las tropas mas

disciplinadas recibieran los ataques con igual bizarría? Firmes como rocas en sus puestos, sostienen un fuego graneado que desbarata las filas enemigas. El cañon auxiliado de la fusilería trunca las columnas, como el huracan corta el roble de cien años, y las mas corpulentas encinas. Lebfevre y Verdier tienen por último que ceder y sufrir un nuevo desengaño con demasiada amargura.

Aunque muchas ciudades y plazas han soportado grandes bombardeos, el que resistieron los zaragozanos es un lauro de mas que hermosea sus sienes. Les hará siempre mucho honor la conducta que observaron en los dias primeros de agosto, atendiendo unos á la defensa y otros á socorrer á los infelices. El bombardeo era un tronar continuo y horroroso, y las explosiones destruían el caserío de las inmediaciones á la puerta de Santa Engracia donde estaba el hospital general. Este magnífico edificio era el blanco de sus tiros. Atacados los enfermos en el lecho del dolor, fue preciso trasladarlos repentinamente á otro sitio. ¡Qué escena mas lastimosa! Las quejas y los ayes se interpolaban con el estrépito de la bomba, que venia á estrellarse á los pies de los que conducian las camillas. No ignoraba Lebfevre que habia un hospital; y podia haber tenido presente lo que los españoles y aun generales franceses con motivo menos interesante practicaron haciendo la guerra. Cuando Luis XIV estaba dirigiendo el famoso sitio de Lila, su gobernador el conde de Brouai envió á preguntarle donde tenia su tienda para preservarla del bombardeo. El rey le contestó *que por todas partes*, y efectivamente recorrió los puestos mas arriesgados, y estando en la trinchera murió á sus espaldas un page suyo. El mismo gobernador, sabedor de que en el campo no habia nieve, le remitia una pequeña porcion al rey todos los dias. *Haced que el gobernador*, le dijo al que la conducia, *me envie nieve con abundancia.*

Señor, le respondió el comisionado gravemente, *la conserva porque juzga que el sitio será largo, y no quisiera que faltase á V. M.* Mr. Anquetil dice, que solo los españoles han sabido manifestar una política que no hubiese tenido cabida en la animosidad de sus guerras civiles. El mismo mariscal de Grémont refiere tambien que en el sitio que puso á Lérida en 1747, el gobernador don Antonio Briz, tan experimentado como valiente y gran político, enviaba desde la plaza todos los dias nieve y limonada al príncipe de Condé; y asi sucedia, dice, que, despues de choques muy empeñados y sangrientos, salian de las fortificaciones los mulos del gobernador cargados de nieve y agua de canela para refrescarnos y aliviarnos de las fatigas del dia. El mariscal La-Feullidade tuvo tambien en el sitio que pusieron los franceses en 1706 á Turin la atencion de dirigir al duque de Saboya un enviado, previniéndole iba á comenzar el bombardeo, y que indicara el sitio que quisiera preservar: el duque contestó *que podia tirar indistintamente.* Si esto lo ejecutaron por mero obsequio los guerreros, ¿cuánto mas acreedora era la humanidad afligida á que se hubiese respetado su asilo?

Obstinada fue la defensa de los habitantes de Barcelona cuando tuvieron las tropas francesas dentro de sus muros; pero aquella duró solo un dia, porque al siguiente capitularon. Los zaragozanos el 4 de agosto no solo contuvieron al enemigo, sino que lo arrollaron, y ya no salió en diez dias de aquellas líneas hasta que por último levantó el sitio. La diversidad es muy considerable; y si entramos á analizar pormenores, ¿qué expresiones serán bastantes á describir las escenas de aquel dia? Magullados muchos defensores con las paredes desplomadas, y envueltos otros en polvo, permanecen dias y noches enteras en las baterías. Despues de asaltadas, luchan con la arma blanca hasta que hacen morder el polvo á los temerarios que les

acometen. Reforzados los franceses, ocupan las puertas de Santa Engracia y Carmen, y comienzan á internarse por la ciudad. Palafox parte con su comitiva, se encarga del mando don Antonio Torres, y este, y don José Obispo casi no hallan un medio adaptable en semejante conflicto. El silencio que reinaba á las doce de la mañana presagiaba la escena mas lúgubre. De improviso se exaltan los ánimos: Sin duda descendió algun genio sobre los habitantes, pues los que huían retroceden, los que se retiraban á sus casas vuelven con mas vigor á buscar al enemigo, ya todo es accion y movimiento; las cuadrillas cogen las avenidas de la calle del Coso, comienza un tiroteo terrible por todas partes; la muerte se ceba en la muchedumbre, y aniquilando ora al soldado, ora al labrador y artesano, multiplica sus víctimas. Zaragoza era un verdadero volcan, pues la atmósfera estaba cubierta de fuego y humo. Mientras reinó el órden en las columnas francesas, pelearon unos y otros á cuerpo descubierto; pero luego que los soldados subieron á las casas, los acometieron por las estancias y dándoles muerte los arrojaron á la calle, y los jóvenes arrastraron los cadáveres con sogas y los precipitaron en las márgenes del Ebro. ¿Qué podrá citarse que uniforme con acciones tan singulares? ¿dónde un encarnizamiento y obstinacion mas exaltada?

Terminado el dia 4, y ocupando las tropas francesas una parte de la ciudad, ¿podia concebir ninguna imaginacion que subsistiesen por espacio de diez dias? Muchos habitantes huyeron á los arrabales, pero la mayor parte permanecieron en sus casas. El campo de batalla estaba en torno de nuestras habitaciones, formando sus límites las respectivas líneas de casas que ocupábamos y ocupaban los enemigos. ¡Qué riesgo puede darse ya mas inminente! El figurarlo solo agita y conmueve, pero el sorprenderse hubiera sido viendo el estado interior. Muchos de los

paisanos iban al sitio que les acomodaba, y á la hora que les parecia. El tiroteo continuaba siempre por los que tenian mas teson; pero hubo noche, y aun en el centro del dia, momentos en que los puntos estaban desiertos, y la menor sorpresa nos hubiera envuelto en un abismo de desastres. La llegada de los refuerzos restableció algun tanto el órden, pero, no obstante esto, debe reconocerse que la constancia fue admirable, y que el riesgo y situacion no podia ser mas terrible.

Los zaragozanos se cubrieron de gloria en el primer asedio, y llegó al mas alto punto su entereza y heroismo. Tales esfuerzos sobrepujan los términos prescritos por la razon, pero los engrandece mas la justa causa que sosteníamos. Derramar la sangre por una opinion, y obcecarse por sostenerla, demuestra caracter: pero luchar para resistir una dominacion que quiere cimentarse sobre la perfidia, la mala fe y la usurpacion, es lo mas sublime, lo que no hay expresiones para encarecer, y lo que debe fijar el pasmo y admiracion de todos los siglos. La conducta de un pueblo honrado debe servir de modelo á todas las naciones. Siempre que la afeminacion reine, preponderará la fuerza, y los hombres verán hollados los vínculos mas sagrados de la sociedad, y hallarán que su suerte sería mas ventajosa viviendo en las selvas como los brutos. El sabio calculador prevéía el mal en toda su extension: el hombre tímido no contaba sino con una ruina casi inevitable que su temor le hacia mas horrorosa; ¿pero si la nacion española hubiera partido de estos principios, cual sería su actual estado? Servir uncida al carro de la esclavitud, sujeta á los caprichos del destructor del género humano.

CAPITULO IV.

Refiérense los sitios que sostuvieron Cremona, Turin, Tortona, Milan, Tolon, Lila y Tournay contra las tropas del emperador Leopoldo, bajo las órdenes del príncipe Eugenio.

El segundo asedio presenta tambien un cuadro muy interesante, que debe describirse y cotejarse con separacion. Los resúmenes anteriores son extraidos de la época del primer reinado de Felipe V. Sujeta la Cataluña, no se presentan sucesos grandiosos al intento, ni hasta la renuncia que ejecutó el 10 de enero de 1724, ni en la posterior, en que volvió á tomar el cetro hasta su muerte, ocurrida en 9 de julio de 1746.

Justamente por el tiempo que España estaba agitada con las guerras de sucesion, el emperador Leopoldo contrarestaba el poder del conquistador célebre de aquellos tiempos. Los talentos que empezó á desplegar Francisco de Saboya, conocido por el sobrenombre de príncipe Eugenio que, irritado de la mala acogida que le dió la corte de Francia, se refugió á la de Alemania, le acarrearon el mayor crédito. Las diferentes batallas que dió, y plazas que tomó, nos suministran datos comparativos, y mas apreciables por ser de unos tiempos en que la táctica habia hecho grandes adelantamientos, y que los historiadores nos han dejado relaciones mas circunstanciadas.

Aunque Leopoldo murió el 6 de mayo de 1705, su hijo primogénito continuó con el mayor teson, y en uno

y otro reinado sobresalió el príncipe. Luego que este penetró en la Italia por las gargantas del Tirol con su ejército de treinta mil hombres, y amplias facultades para obrar con absoluta independencia, forzado el punto de Carpi despues de un combate sangriento que duró cinco horas, las tropas alemanas se situaron entre el Adige y y Adda, penetrando en seguida á Bresara, y haciendo retirar al mariscal Catinat hasta mas allá del rio Oglio. En esto vino Villeroi á reemplazar á Catinat en el mando, y el príncipe Eugenio lo batió precisándolo á abandonar casi el ducado de Mantua; terminando la campaña con la toma de Miranda, la que se rindió el 22 de diciembre de 1701. Al año siguiente, en el centro del invierno, resolvió tomar á Cremona. Esta es una ciudad antigua de Italia en el ducado de Mantua, murada, y con un buen castillo, sita en una llanura cerca del rio Pó sobre el sitio en que el Adda se une con dicho rio por el canal Oglio que llena de agua sus fosos, cuyo cerco es de cinco millas. Conociendo las dificultades que ofrecía, quiso tentar una sorpresa. Ganó la confianza de algunos particulares, y especialmente la del señor Cassolí, cura de la parroquial de nuestra señora de la Neuve, quien ideó el que por una alcantarilla entrasen las tropas por la noche, y sucedió todo como podía apetecerse en la del primero de febrero de 1702. Al amanecer encontraron al enemigo dentro de sus calles; éste habia hecho ya prisionero al gobernador, comenzaron las escaramuzas, y se hubiera hecho dueño de Cremona, si la casualidad de ser tan pronto descubierto, y el valor de las tropas que la defendian no le hubieran precisado á retroceder. Posteriormente se le rindió y capituló en 1707.

Entre los diferentes sitios que ha sufrido Turin, una de las mas hermosas ciudades de Italia, capital del Piamonte, es el que le pusieron los franceses en 1706, bajo

las órdenes del duque de Orleans. El de Saboya salió de Turin para proporcionar su reunion con las tropas auxiliares, que debian concurrir al levantamiento del sitio, y arengó á los habitantes, encargándoles tuviesen el mismo celo, firmeza, valor y corage que los barceloneses habian manifestado, y de que acababan de dar las mas gloriosas pruebas. Yo sé, les dijo, que los piamonteses y alemanes jamas han cedido en valentía á los catalanes; y concluyó ofreciendo vendrian muy en breve socorros que precisarían á los franceses á retirarse tan vergonzosamente como lo habian hecho hacía poco, abandonando la conquista de Barcelona. El conde de Thaun quedó encargado de la defensa de Turin. El ejército sitiador constaba de ochenta mil hombres, y sus morteros y cañones en número considerable hacian un fuego horrible. La llegada del ejército auxiliar á las órdenes del príncipe Eugenio se anunció al conde de Thaun desde el monte Supergue con varias señales y fuegos en la noche del 6 al 7 de setiembre. Aunque en la plaza habia tropas, Thaun previnó al paisanage que al toque de la campana de la gran torre estuviesen prontos para acudir á sostener los puntos. Llegado el dia 7, apenas oyeron unos cañonazos, que Thaun conocía bien lo que significaban, hizo sonar la campana; los paisanos volaron á los puntos, y los doce batallones de línea salieron por la puerta Suriné. No quedaron en las casas mas que viejos y niños. Los unos subian á los campanarios, los otros sobre los torreones y muros: hasta los techos estaban cubiertos de una multitud de gentes, que formaban un anfiteatro mucho mas agradable á la vista que el combate que iban á presenciar. Este se trabó con el mayor empeño, y el príncipe Eugenio atacó con treinta mil hombres á ochenta mil dentro de sus líneas. Entretanto duraba la pelea, las baterías continuaban batiendo en brecha á la ciudadela, y los morteros no cesa-

ban de despedir bombas sobre la ciudad, haciendo el fuego algunos estragos sobre los que, por curiosidad, ocupaban las murallas. El enemigo dió fuego á varios almacenes de pólvora que comenzaron á estallar con horrendo estrépito: el que tenian en la iglesia de Podestral se cebó á las seis de la tarde con tal violencia que retemblaron todos los edificios de Turin. La accion fue empeñada y sangrienta, pero los aliados consiguieron la mas completa victoria, con cuyo motivo los franceses tuvieron que abandonar el campo y levantar el sitio. La ciudad quedó libre despues de tres meses de cerco, y de haberse disparado sobre ella mas de cuarenta mil cañonazos y veinte mil bombas.

Conseguido este triunfo, el príncipe Eugenio trató de tomar la ciudadela de Tortona en el Milanés, á la cual se habia retirado con su guarnicion el gobernador don Francisco Ramirez; pero recibió un aviso del príncipe Anhalt, que acababa de sitiar á Alejandría en el ducado de Milan, en que le comunicaba que, de resultas de una bomba, se habia volado el almacen de pólvora, haciendo retemblar la ciudad, echando á tierra dos conventos, sepultando mas de dos mil personas entre las ruinas y que estaban todos consternados y en el mayor apuro. Abandonó pues á Tortona, y habiendo llegado, activó el sitio en términos que la rindió despues de tres dias.

En el siguiente año emprendió el sitio de la ciudadela de Milan, una de las poblaciones crecidas de Italia, siendo admirables algunos de sus edificios, y sobre todo la célebre biblioteca ambrosiana, que constaba de ciento cuarenta mil manuscritos y sesenta mil volúmenes. Abierta la trinchera, el 22 de febrero asestaron contra ella dos baterías, la una de veinte y cuatro piezas y la otra de diez y seis. Esta comenzó á batir los muros en brecha. La guarnicion hizo por la noche una salida, pero fue te-

chazada por la tropa que defendia la trinchera, con pérdida conocida. El primero de marzo recibieron los aliados las municiones y artillería que esperaban, y bien presto se abrió brecha en la muralla, y la guarnicion hizo todavía una salida, en que sufrió igual descalabro que en la anterior, con lo que los sitiadores dieron un asalto al camino cubierto: la lucha duró una hora y fue bastante sangrienta, y por último tomaron el punto los sitiadores. En este estado tuvo aviso el príncipe Eugenio de haberse rendido la ciudad de Módena, y desconfiando los franceses de poder sostenerse con siete ú ocho mil hombres que tenian en Mantua y otras pocas plazas, resolvieron retirarse, y entabladas conferencias, convinieron en dejar las de la Lombardía, por lo que evacuaron á Milan el 5 de marzo con arreglo al artículo quinto de dicho tratado.

Inmediatamente sitió el príncipe á Tolon, ciudad opulenta y crecida de la Provenza en Francia, con excelente ciudadela y gran arsenal, y un puerto defendido por varios fuertes, como que es uno de los mejores y mas famosos de la Europa. Las tropas combinadas al intento condujeron para emprender el sitio cien piezas de artillería, mas de setenta y dos mil balas, cuarenta morteros, y treinta y cinco mil bombas. A vista de tal empeño comenzó á despertarse el valor de los franceses amortiguado con las vergonzosas derrotas que habian sufrido. Hasta el 12 de agosto de 1707 hicieron vigorosas y continuadas salidas que todo lo arrollaban; tan presto clavaban el cañon, tan presto destrozaban las cureñas, y siempre hacian todo el daño posible. El 15 recobraron la altura de Santa Catalina, y por último del 21 al 22 tuvieron los aliados que levantar el sitio.

El de Lila, capital de la Flandes francesa, despues del de Ostende de que habemos hablado, es uno de los mas célebres por lo largo, por la mucha gente que pereció de

una y otra parte, y por las personas distinguidas que concurrieron. Los aliados sitiaron á Lila despues del levantamiento del de Tolon. El convoy que llevaron bajo una escolta numerosa consistia en sesenta gruesos morteros, cerca de cien piezas de batir, tres mil carros con pólvora, balas, granadas, y otras menudencias de guerra en número prodigioso. El 25 de agosto, con motivo de la festividad de San Luis, los sitiados hicieron salva triple, y en la noche del 27 ejecutaron la segunda salida. El 3 de setiembre cayó una bomba sobre varios carros de pólvora que incendió y estalló, lo que causó la muerte á varios de los conductores y soldados que los escoltaban. En este mismo dia concluyeron todas las baterías, y comenzaron á obrar contra la plaza ciento veinte bocas de fuego, y ochenta morteros grandes y pequeños. El 27, entre siete y ocho de la tarde, comenzó el ataque á presencia del duque de Malboroug. Los sitiadores de Lila fueron rechazados varias veces, y otras tantas volvieron al combate. En fin, despues de perder mucha gente, ocuparon parte de la tenaza. Apenas entraron, cuando los sitiados volaron una mina que sepultó á los trabajadores y á muchos soldados en sus escombros. Todavía libertaron á algunos desgraciados que conservaban un resto de vida, aunque dislocados y negros de la pólvora y del humo. La plaza estaba escasa de municiones, y para introducirlas, el caballero Luxemburgo eligió dos mil y quinientos soldados de á caballo de lo mas selecto de varios regimientos y en especial de carabineros, dragones y de distinguidos. Estos últimos llevaban un saco de pólvora á la grupa de sesenta libras, y los dragones y carabineros tres fusiles cada uno, y muchas piedras de fusil. Un oficial que hablaba el holandés contestó al *quién vive*, y con este artificio logró avanzar hasta la trinchera, en que el oficial de guardia preguntó mas exactamente. Despues de varias contestaciones, pasaron desfilan-

do con la mayor prontitud. Lo habian ejecutado mas de la mitad, cuando un oficial frances viendo que su caballería se extraviaba dió una voz imprudentemente que hizo sospechar al capitan, y mandó detener á los que quedaban, y no queriendo hacerlo, les hicieron fuego. Este prendió en los sacos de pólvora, con lo que ginetes y caballos fueron abrasados. Los que habian pasado la trinchera, entraron en la plaza, los restantes tomaron el camino de Douai. Era imposible de todo punto comunicarse con los de la plaza, y sin embargo un capitan de Beauwin ofrecio al duque de Borgoña llevaría una carta al mariscal Bouslens. Dubois, que asi se llamaba, tenia el proyecto de entrar en Lila nadando por el rio Deule. Antes de llegar era necesario pasar siete canales á nado, pero no le espantaron tales obstáculos. No le aventajaba nadie en nadar, y se prometía un buen éxito. Pareció bien al duque la especie, y sin demora Dubois marcha ácia el primer canal, se desnuda, oculta sus vestidos en la espesura, y se precipita en el agua. Pasa facilmente hasta el sexto, pero conforme avanzaba crecian las dificultades. Era preciso nadar entre dos aguas para no ser visto ni oido de los centinelas situados en aquellos puntos. Como quiera, despues de muchas fatigas, entró en la ciudad. El mariscal le dió vestidos, y le enseñó el estado de la plaza, para que pudiera asegurar al duque como testigo ocular de su buen estado. Tambien le dió un billete donde decia el mariscal á S. A. que, en el caso de hacerse dueños de Lila los aliados, sería el 8 ú 10 de octubre. «Podeis manifestarle, dijo, que despues de cuarenta dias que la trinchera está abierta, los enemigos no son dueños de ninguna obra, que los habitantes y la guarnicion están poseidos de un mismo espíritu, y que se defenderán con teson."

El mariscal Boufters incomodaba incesantemente á los

sitiadores, inventando todos los dias algun nuevo artificio; pero estos por último dirigieron sus baterías al camino cubierto. Cincuenta bocas de fuego tiraron por espacio de veinte y cuatro horas con tanta violencia contra la cortina, que consiguieron abrir una brecha practicable. Los puentes y galerías comenzadas sobre el foso quedaron concluidas el dia 22. Reflexionando entonces el mariscal de Bouflers sobre las fatales consecuencias que acarrea un asalto, para evitarlas pidió capitulacion. Dados los rehenes, convinieron en todos los artículos, excepto el que proponia de que la ciudadela no sería atacada por el lado de la ciudad, y que habria suspension de armas. Eugenio rehusó asentir á semejante artículo, ofrecióló de palabra, y el mariscal se dió por satisfecho. Algunos generales manifestaron que el ataque por el lado de la campiña era mas árduo, pero Eugenio les contestó que él sabria conciliar el interés de la causa comun con su palabra, lo que hizo guardar á todos un profundo silencio, y abandonarse á su prudencia. Despues de haber entregado el mariscal de Bouflers la ciudad de Lila al príncipe Eugenio, se retiró con el resto de la guarnicion á la ciudadela, y espirada que fue en el 29 de octubre la tregua establecida entre los sitiadores y sitiados, para tratar de dicha capitulacion, estando todo prevenido para sitiar la ciudadela, comenzaron á abrir la trinchera aquel mismo dia. El 9 de noviembre hicieron los sitiados una salida, en que lograron destruir una parte pequeña de los trabajos, pero por fin fueron rechazados. En esto el elector de Baviera comenzó á sitiar á Bruselas para indemnizar á la Francia de la pérdida de Lila, pero los aliados le hicieron levantar el sitio. A su regreso, el príncipe Eugenio que dejó la direccion del de Lila al príncipe Alejandro Witemberg, halló novedades de consideracion, pues el mariscal Bouflers, aprovechándose de la ausencia, hizo una salida en

que arrojó á los sitiadores del primer camino cubierto y demas puestos que poseían; pero el príncipe Eugenio despues de arengar á sus soldados les hizo atacar, y recobró á la vez cuanto les habian tomado.

A poco tiempo intimó la rendicion al mariscal, advirtiéndole que el ejército frances habia levantado el sitio de Bruselas, y que no tenia que esperar socorros, pero le contestó habia otras obras que defender, y que estaba comprometido á verificarlo. Con esto asaltaron el segundo camino cubierto, y tomaron los aliados los ángulos salientes. Luego fueron avanzando á la zapa, ya porque el terreno estaba contraminado, ya porque el príncipe Eugenio queria economizar la pólvora, como que fijó el número determinado de tiros que diariamente debia disparar la artillería. Habiendo recibido el mariscal carta del rey y del duque de Borgoña, juntó consejo de guerra; le manifestó su contenido; y teniendo presentes las órdenes del soberano, en que le permitía para no arriesgar su persona y la guarnicion, que entregase la ciudadela aun cuando no hubiese abierta brecha en las murallas; y tambien las gracias ofrecidas por el príncipe, hizo llamada el 8 de diciembre á las ocho, y capituló despues de haber defendido cuatro meses, tanto la ciudad como la ciudadela, saliendo la guarnicion con todos los honores militares. Asi terminó este famoso sitio, que llenó de gloria al príncipe Eugenio. Desde un principio opinó el duque de Vandoma que, sin perder tiempo, debia buscarse á los aliados en la llanura de Lila para batirse. Si hubiesen seguido su dictamen, quizás les hubieran impedido fortificarse y cubrirse con sus atrincheramientos. Dirigido el ejército por Vandoma, la empresa hubiera tomado otro rumbo. No parece creible hubiesen conquistado una plaza como Lila, teniendo para libertarla un ejército de cien mil hombres.

El sitio que en el año siguiente de 1709 pusieron los aliados á la ciudad de Tournai en la Flandes de los Paises-bajos austriacos, merece un lugar tambien en este resúmen. Estaba encargada su defensa al marques de Serville, pero desde el principio faltaron ya artículos de la mayor importancia. La guarnicion, que constaba de cuatro mil hombres, ápenas tenia trigo para un mes, y todo el tesoro ascendia á cincuenta mil escudos, de modo que el marques tuvo que hacer de su bajilla de plata, y de la de los particulares, moneda para pagar las tropas. Dispuesto por el príncipe Eugenio y el duque de Malbo-roug el plan, construyeron puentes sobre el rio Esaut, que pasa por medio de Tournai, y comenzó el sitio con el mayor teson. El 7 de julio quedó abierta la trinchera y el 13 estaban ya las baterías en aptitud de obrar, y comenzaron á batir los frentes de la plaza. A favor de sus fuegos el general Fagel adelantó los trabajos hasta el borde del foso, que comenzó á cubrir, y habiéndose avanzado con igualdad por los otros puntos, el marques de Serville á los tres ataques puso bandera blanca el 28 entre siete y ocho de la tarde. En la capitulacion convinieron en una tregua de dos dias para retirarse la guarnicion á la ciudadela. Abierta delante de ésta la trinchera, y no habiendo podido arreglarse sobre ciertos puntos, comenzó el sitio con el mayor entusiasmo, y jamas se habia visto salir tanto fuego de debajo de tierra. Todo estaba minado y contraminado, y cuando creían unos y otros estar mas seguros, regularmente se hallaban mas cerca del precipicio. Los sitiadores socavaban un sin número de subterráneos para descubrir y desbaratar las minas, pero siempre quedaban muchas á los sitiados para causar las mas espantosas explosiones. En el término de veinte y seis dias hicieron jugar treinta y ocho. En el ataque del conde de Lotun veíanse volar por el aire centenares de hombres que caían hechos piezas; á veces

35

se encontraban los minadores de ambos ejércitos y luchaban con tanto furor como en la brecha. La falta y escasez de víveres por último precisó al gobernador á hacer llamada el 31 de agosto, y el 2 de setiembre capitularon quedando la guarnicion prisionera de guerra.

Si comparamos las expediciones militares del siglo XVIII con las del XVII y aun con las del XVI, desde luego hallaremos cierta la proposicion indicada al principio, de que el reinado de Carlos V dió un impulso político á las naciones, que hizo progresar la táctica al tono elevado en que la vemos en nuestros dias. ¡Qué diferencia entre los sitios de Turin, Tolon, Lila y Tournai, con los de Tortosa, Lérida, Gerona y Alicante! Los ejércitos de una y otra parte mucho mas numerosos en los primeros; los recursos y medios del arte en igual proporcion. Con todo, si analizamos circunstancias y tiempos, tal vez encontraremos algunos de estos últimos mas dignos de elogio, y sus defensas mas vigorosas y sostenidas. El cotejo por menor haria demasiado difusa esta narracion, y asi nos contraeremos al segundo asedio que sufrió Zaragoza.

CAPITULO V.

Comparaciones de los sucesos mas notables, acaecidos en las plazas mencionadas, con los del segundo sitio de Zaragoza.

Mi imaginacion recuerda con placer el ahinco con que comenzó á fortificarse la capital. La actividad de los fundadores de Cartago, es débil contrapuesta al calor con que mis compatriotas emprendieron las mas árduas tareas. Habia en casi todos los puntos un enjambre de trabajadores de todas clases. De un dia á otro perdíamos de vista la campiña, y como por encanto aparecia formado acá un reducto, mas allá un trozo de muro, acullá una batería. Las ciudades de que hemos hablado tenian sus muros, su ciudadela, sus fortificaciones. Zaragoza, que nunca habia sido sino un pueblo abierto, de repente se trasforma en plaza. Ni lo particular de su posicion, ni lo dilatado del distrito contiene á los habitantes. En medio de lo árduo de la empresa, y que era de temer fuese embestida antes de terminarse las obras, nadie titubeó en ejecutar lo proyectado. Grandes, pequeños, mozos, ancianos, todos vuelan á tomar parte en las fatigas, y asi fortificaron, en lo que permitía, á Zaragoza. Esto solo era bastante para atraerse los mayores elogios. ¿Dónde hallaremos que el espíritu popular haya llevado su teson hasta un extremo tan plausible? ¿Trasformar una ciudad en fuerte, y crear casi en horas baluartes, fosos, empalizadas y baterías? Y no es exageracion, pues en el espacio de

dos meses y medio ejecutaron las diferentes y extraordinarias obras que habemos descrito. Cada paso, cada observacion es una maravilla. Sin caudales ni recursos, los zaragozanos lo encuentran todo dentro de sí mismos; su celo halla salida á los obstáculos mas árduos, y que á primera vista parecían imposibles. ¡Precioso entusiasmo, que me hace concebir de lo que serian capaces los hombres poseidos de un ardor tan sublime!

Considerando que el enemigo escarmentado cargaría con mas fuerzas, y redoblaría sus impulsos, procuraron en igual proporcion acrecentar los medios de defensa. En el primer asedio todo fue escasez, en el segundo proporcionaron tropas y todo género de municiones. Los zaragozanos se creían invencibles. Cuando llegaron los franceses el 30 de noviembre á hacer un reconocimiento, no pudieron menos de admirar la transformacion, y para entablar la conquista comenzaron á hacer grandes acopios, llevando á Alagon convoyes tan considerables, como los que previnieron los aliados para los sitios de Tolon y de Lila. La iglesia sirvió á los franceses de almacen, y aunque muy capaz, la colmaron con las bombas, granadas y balas, que en número asombroso condujeron de Pamplona á Tudela, y de alli por el canal, como tambien un formidable tren de artillería. No se ocultó la necesidad y aun urgencia de impedir se realizasen aquellos funestos acopios, pero tambien debieron ocurrir dificultades, pues se dió por dos veces orden para una salida, y no llegó á efectuarse, porque la desconfianza y el temor prevalecieron al único medio de cortar el mal en su origen.

En las ciudades y ciudadelas de que hemos hablado no atacaban formalmente hasta que estaba la brecha abierta: la primera gestion del ejército frances el 21 de diciembre fue la de asaltar las débiles baterías de la línea del arrabal del otro lado del puente. ¿Y en qué plaza se

ha visto obrar con mas aparato y cautela? Diez mil hombres ocuparon aquella mañana á Torrero y el edificio de la Casa blanca. Dueños de aquella línea, pudieron asaltar los reductos y muro, único obstáculo que tenian que superar; sin embargo, no hicieron otro que amenazar para tener ocupada nuestra gente, facilitar el asalto y ocupar los arrabales, para lo que destinaron mas de siete mil hombres. No tenian que temer á los ejércitos exteriores, pues no habia un soldado que pudiese auxiliarnos: el reducto de los tejares no era mas que una tapia formada con los ladrillos de la misma fábrica, colocados uno sobre otro, y muchos trozos enlazados con barro, que era la única argamasa y yeso con que hicieron las obras, y ademas no tenian foso. El del macelo eclesiástico lo formaron con tepes y una cortadura semejante á una acequia de riego que podia saltarse con suma facilidad. El superar estos pequeños obstáculos era menos empresa que internarse por una brecha. Asi lo presumieron las columnas que atacaron. ¿Pero cual fué el resultado de su arrojo? Rendir mal su grado la cerviz á aquellos endebles parapetos. La grosura y solidez de los muros son nada, cuando no los sostiene el valor; pero con este, los miserables terraplenes contienen y confunden á las huestes mas aguerridas. ¿Y qué diremos de la disposicion interna? Esto no es posible describirse. Habia valor, pero faltaba en los defensores aquel enlace que, dirigido por un resorte, sostiene el equilibrio en las máquinas complicadas. Los respectivos gefes acudian á lo del momento, y dentro de su recinto, pero sin aquella seguridad que da la disciplina, y es el alma de las operaciones militares. ¡Qué defecto tan sustancial! ¡Cuántos males pudo originar en unos momentos tan críticos! La retirada que hicieron por dicha razon las tropas que guarnecian el convento de Jesus, pudo ser bastante á desgraciar la empresa. Si en

aquel entonces por un azar impensado los franceses llegan á saber lo que ocurria, posesionados del convento, indudablemente ocupan aquella tarde los arrabales. A pesar pues de este desorden, las columnas sucumben; la buena direccion del célebre Velasco hace que la metralla deje exánimes á sus pies á los que venian con aire de triunfo. A las dos horas de combate se veían los cadáveres esparcidos por los campos, tinta la tierra y el verde de los ribazos con la sangre que salia de sus heridas. La muerte volaba por las filas, sembrando el horror y estrago entre los combatientes: unas columnas reemplazaban á otras, y todas volvian desmembradas y dislocadas, con la mayor confusion. La serenidad de los defensores y su valor, contuvieron unas fuerzas que, segun el vigor que mostraron y su insistencia, hubiesen conquistado el fuerte mas inaccesible.

¿Qué expresiones pueden ser suficientes á elogiar la defensa del dia 21? Si habia tropa, si teníamos reductos, tambien las fuerzas que atacaron eran de mucha consideracion. De diez y seis á veinte mil hombres que nos cercaban, era para imponer, á no estar inflamados del ardor y entusiasmo que dominaba á los zaragozanos. La extension de esta capital y las obras, necesitaban bastante guarnicion. Si el enemigo al mismo tiempo asalta el reducto del Pilar y fuerte de san José, figurando otros ataques por los extremos, nos hubiese expuesto á perder acaso uno ú otro, y tal vez nuestra suerte se hubiera decidido: pero su inaccion dió tiempo para abocar lo mas selecto á los arrabales, y completar el triunfo.

Amortiguado el orgullo frances, ya no pensó sino en apurar los recursos del arte, y el famoso Lacoste que anunció venia á reducir la capital á cenizas, comenzó á desplegar sus planes destructores. Mas de cien piezas de artillería, cuarenta morteros, treinta y siete mil bombas

y granadas, con un número crecido de balas, destinaron contra Zaragoza. Aparato bélico que no tiene igual, ó por mejor decir, que se le aproxime hasta las campañas de mediados del siglo anterior. ¿Contra qué fuerte, el mas escarpado é inexpugnable, se han hecho jamas semejantes preparativos? Ya habemos visto lo que la historia presenta de mas asombroso en las últimas centurias; vuélvase pues la vista sobre Zaragoza, el blanco del furor enemigo, y sépase que recibió sobre sí las treinta y cinco mil bombas, y que sus débiles muros fueron desbaratados con las innumerables balas que le dirigieron. Muchas quedaron engastadas en ellos, y ni el tronar contínuo de los cañones y morteros, ni las explosiones y voladuras, ni los ataques, ni el ocupar el enemigo una parte considerable de la ciudad, arredró el ánimo de los zaragozanos.

La defensa particular que hizo la guarnicion del convento de San José merece equipararse á la de una verdadera fortaleza. Es verdad que, en lo que permitía, estaba fortificado, pero nunca podia ser mas que un caserío, á cuyo alrededor abrieron á pico un foso de diez y ocho palmos de profundidad, y otros tantos de anchura con su empalizada al pie del glasis, y un camino cubierto que se prolongaba por dos grandes comunicaciones á derecha é izquierda del rio Huerva, el cual, discurriendo por una hondonada, acababa de consolidar la fortificacion. En las tapias formaron troneras para cañones y fusilería, con unos pequeños rebellines; pero todo esto ¿qué era para contener el impulso de un ejército de diez mil hombres por aquella parte? Sin embargo, observando por sus tentativas, que si se empeñaban en asaltarlo iban á perder mucha gente, para economizarla, desarrollaron todo su aparato militar, y creyeron necesario derribar enteramente el edificio. Volaban por el aire con horrible estrépito los trozos de las paredes y de las desgajadas bombas. El humo

y polvo marcaban á lo lejos el sitio del convento; parecía en todo á la boca de un volcan que despide llamas envueltas de un craso vapor. Yo contemplaba aquel punto sobremanera agitado. Veía el riesgo que amenazaba á aquellos valientes, y me los figuraba abrumados con el diluvio de bombas, granadas y balas que de todas las baterías les despedian. Luchando entre la esperanza y el temor, me irritaba al contemplar los medios que el arte ha inventado para inutilizar los esfuerzos que nacen de la resolucion, y constituyen el verdadero valor. De este modo, prorrumpía en mi interior, puede conquistar el mas pusilánime; ¿qué hacer contra un globo que preñado de la muerte viene á estallar á los pies del soldado impávido, que prefiere el perecer antes que abandonar el sitio? Miembros mutilados, cadáveres medio cubiertos con los escombros se presentaban á mi imaginacion; y al ver que el caserío iba gradualmente desmoronándose, concebí que era preciso sucumbiese. Cuando el enemigo entró, no halló sino un grande hacinamiento de ruinas, y así fue que no pudo apoyarse para continuar sus operaciones. Los medios de que se valieron los franceses para tomar el convento de San José son iguales á los que se han usado para la conquista de las plazas de primer orden: paralelas, trincheras, caminos cubiertos, baterías, cañones, morteros, todo lo pusieron en accion. ¿Y cuándo, y por dónde lo asaltan? despues que la guarnicion sostuvo los aproches á cuerpo descubierto, y todo era una brecha, pues ni la cortina, ni los baluartes, ni las empalizadas subsistían. ¿Y qué suceso hay equivalente á esta defensa? Solo la ruina de Játiva, y la destruccion de la antigua Sagunto. Los franceses en sus periódicos presentaron la toma del fuerte de San José como un suceso extraordinario, y segun los colores con que lo describieron, debería reputarse como un castillo obra de moriscos. Pueblos,

venid á contemplar un momento las venerables ruinas de aquel edificio, y aprended á sostener vuestra independencia. Confundid-os registrando las paredes que subsisten para dar una idea de lo que aconteció el dia 11, memorable en nuestros fastos, por la resistencia gloriosa que hicieron las tropas que lo guarnecian.

El teson con que defendieron el reducto del Pilar es otro trofeo que inmortaliza á los zaragozanos. Estrechados los que ocupaban aquel recinto con las explosiones de bombas y con las balas que, cruzando los fuegos, les dirigian de todas partes, desmoronado el muro, y abierta brecha practicable, la cierran y continúan rechazando siempre al enemigo. En medio del riesgo, y cuando observan arruinadas las obras, levantan á su espalda otras nuevas. Ven que no pueden sostenerse, vuelan el puente, se pertrechan en la tenaza, y los franceses tienen que dar nuevos ataques para ocupar el que era objeto de sus desvelos y fatigas. ¡Qué sorpresa para el ingeniero Lacoste al ver paralizados sus planes!

El tiempo, la insistencia, y los recursos del arte superan por fin los obstáculos, y una plaza sitiada que no es socorrida, cede á la fuerza y prepotencia del sitiador. Por estos principios, á pesar de una defensa tan obstinada, los franceses iban progresando, y llegaron á tiro de pistola del muro y débiles edificios que forman el circuito de la capital. Abren por fin sus brechas, y entran el 27 en el molino de aceite por una parte, y ocupan la puerta de Santa Engracia y muro exterior, con inclusion del convento de Trinitarios por otra; pero para esto ¿qué fue necesario? Poner en movimiento todas sus fuerzas, atacar con brío por todos los puntos, y perder lo mas selecto del ejército. En cualquiera otra ciudad y plaza hubiera continuado la defensa algunas horas, capitulando por último: mas los zaragozanos comenzaron entonces á

defenderse, si cabe, con mas entereza. ¿Cómo describir las escenas de este dia? ¿En dónde ha ocurrido que, despues de introducirse el enemigo por una brecha, tenga que abandonarla, y que se le persiga por los claustros de un convento, y que dentro de una iglesia se hayan batido paisanos y soldados, teniendo estos por último que hacerse fuertes en el campanario? Pues el primer dia de febrero ocurrió todo en el convento de San Agustin. La historia no ofrece un suceso semejante. Como quiera, el ensayo del convento les surtió tan mal, que, aun ocupando el molino de aceite, no desistieron hasta que lograron desbaratar el convento de las Mónicas, sito entre ambos edificios; pero ¿y cuándo consiguieron posesionarse de este punto? Aqui mi admiracion es tan grande, que no sé como expresarla.

Rechazados los franceses en la calle de la Puerta Quemada y demas puntos, quedaron situados el 27 en el molino de aceite. Contiguo estaba el convento de las Mónicas, que lo guarnecian los Voluntarios de Huesca, llamados de Perena. En él habian abierto brecha, ó por mejor decir, derruido la cortina del muro, y luego estaba la otra apertura por la sacristía de San Agustin, de modo que tenian facil acceso en aquel trozo de lienzo, que viene á formar una como curva de cuatrocientos palmos por tres diferentes puntos. Dueños del molino, parecia expedito subir á una plazuela desde la cual, con andar doscientos pasos, estaba flanqueado el convento de las Mónicas, pero sin duda esta gestion no era conforme á reglas, ú ofrecia algun obstáculo. Trataron pues primero de hacer la misma operacion que con el convento de San José: asestaron la mayor parte de las baterías, y poco á poco fueron desmoronando techos, paredes, y convirtiéndolo todo en un monte de escombros. Aun en este estado continuaron defendiéndose los de Perena, y á cuerpo descubierto recha-

zaron por tres veces á los que, por medio de escalas trataron de asaltarlo. Me confundo cuando considero en la serenidad y espíritu de aquellos valientes. En vano me afano en buscar objetos de comparacion, no los encuentro, y me aflige no poder eternizar sus nombres. Habitantes de la ciudad de Huesca y de los pueblos de su corregimiento, sabed que vuestros hijos bisoños resistieron á las tropas mas aguerridas, y que no abandonaron jamas el sitio: y tú, enérgico Perena, que rápidamente los disciplinaste, comunicándoles tu entusiasmo y energía, recibe esta memoria como un obsequio de nuestra gratitud. Últimamente, Voluntarios de Aragon, que sostuvísteis el mismo punto, bajo las órdenes del impertérrito Villacampa, ocupad en estos recuerdos el debido lugar, para que la posteridad os tribute el mas justo reconocimiento.

Habiendo perdido mucha gente en sus tentativas y asaltos, y cuando ya no podian defenderse aquellas ruinas, despues del ataque del dia primero de febrero en que pelearon valerosamente dentro de las mismas calles, lograron únicamente apoderarse de los conventos, y parte de ciudad que designa el plano, desde la Puerta Quemada hasta la del Sol. Al mismo tiempo ocuparon tambien por la parte de Santa Engracia una gran porcion de caserío. En este estado, ¿qué pueblo, qué guarnicion hubiese insistido? Ninguno. La prudencia, que dicta evitar mayores males, les hubiera excitado á pedir una capitulacion. Nadie suscitó semejante especie: nuevas cortaduras en las calles, nuevos parapetos: los que defendian el jardin botánico y toda aquella línea á las órdenes del general Saint-Marc, impedian absolutamente el que progresaran los que poseían la puerta de Santa Engracia y batería de los Mártires para enlazarse con los que habian entrado por el molino. En los arrabales de las Tenerías los refrenaban por la parte opuesta, y donde quiera hallaban

oposicion. A vista de una tenacidad semejante recurrieron á la guerra subterránea. Los edificios comenzaron á desaparecer; inopinadamente sobrevenía la explosion que, cubriendo de humo y polvo la atmósfera, esparcia las vigas por el aire, y á veces los miembros mutilados de los defensores: á continuacion comparecían con tambor batiente los enemigos sobre las ruinas; cada voladura era presagio de un ataque, pero nadie se arredraba; los que las superaban sucumbian sobre las mismas.

¿Cómo presentar estos cuadros en su verdadero punto de vista? Por todos los ángulos de la capital resonaba el estrépito guerrero, y el fuego redoblado de la artillería. Las exploxiones eran continuadas, los víveres escaseaban, y la epidemia tenia postrados y abatidos á la mayor parte de los moradores. La variedad del clima y falta de alimentos comenzó desde los principios á hacer estragos en las tropas valencianas y murcianas, y de estas pasó rápidamente á las demas. En varios conventos yacían postrados por los salones, faltos de lecho, aquellos infelices, y muchos que, á pesar de su indisposicion, salian por las calles, parecian cadáveres ambulantes. Fue preciso establecer un hospital para cada cuerpo, y con este motivo casi cincuenta edificios crecidos estaban colmados de enfermos. En el convento de San Ildefonso ocupaban sus dilatados claustros y la misma iglesia, esparcidos en varias hileras, sin que pudiesen los sirvientes prestarles los debidos auxilios. La enfermedad iba cebándose en las tropas y paisanos, de tal modo, que parecia un contagio. Tendidas por los subterráneos las familias mas bien acomodadas, ni tenian médicos que las visitasen, ni quien les suministrara las correspondientes medicinas. La clase de labradores y artesanos sufria á proporcion mayores escaseces, y tal vez en un mismo dia eran acosados el padre y el hijo de la enfermedad; y cuando estos necesi-

taban mas ser socorridos por su esposa y madre, quedaba ésta sin tener quien á su vez la socorriese. Por los portales que hay en la gran plaza del Mercado estaban esparcidos una multitud de enfermos que, al ver amenazadas sus casas, huían el furor del bombardeo. Allí veíamos á muchos espirantes, expuestos á la inclemencia de la estacion, y sin mas recursos que un desaliñado y triste lecho. En medio de estos conflictos, concurria no obstante el paisanage á los ataques al toque de generala, y cuantas veces fue emplazado á pretexto de que venian las tropas auxiliares. Si la combinacion hubiese sido tan fundada como cuando el conde de Thaun hizo salir á los paisanos á sostener los puntos de Turin mientras peleaban los doce batallones que tenia la plaza de guarnicion, al tiempo de acometer el ejército aliado, sin duda el éxito hubiera sido igual, y los franceses habrian entonces levantado el sitio; pero los paisanos que fueron desbaratados entre Magallon y Leciñena no eran las tropas disciplinadas que mandaba el príncipe Eugenio. Entretanto admiremos el heroismo y magnanimidad de los zaragozanos. Cuando todo era desolacion, no titubearon en abandonar á sus esposas é hijos moribundos, por volar á la defensa y sacrificar sus vidas. ¡Cuantas veces les oimos exclamar que no sentian batirse, sino la situacion tremenda de no poder alimentar á su familia! Los que no perecian del contagio espiraban sofocados por las explosiones, y sin embargo del número de tropas que contenia Zaragoza, por último tuvieron que hacer las guardias mas avanzadas los labradores, comerciantes, hacendados y artesanos. Nadie podia dedicarse á explayar el ánimo del pariente ó amigo. Cada uno sufria calamidades que abrumaban su espíritu, sin poder curarse de las de los demas. Por las calles no andaban sino gentes que en sus semblantes indicaban bien la opresion de su corazon: camillas de heridos que clamaban con agudos

ayes: otros envueltos en sangre y polvo que acababan de entresacar de las ruinas: carros que conducian los cadáveres, y todo esto unido á las voces de los que iban inflamando los ánimos, para que concurriesen á sostener los puntos invadidos: los ecos de las campanas, el toque de las cajas, y los estrépitos contínuos de las bombas y voladuras, formaban un contraste el mas espantoso y horrible. Los males iban de aumento, la muerte arrebataba centenares de víctimas, y el estado de la poblacion era ya tan crítico, que ni habia quien los condujese para darles sepultura; Llenas las cisternas de las iglesias, estaban hacinados los cadáveres unos sobre otros, y el abandono llegó á tal extremo que los perros ensangrentaban sus hambrientas fauces en los cuerpos como lo pudieran hacer con los brutos. Al recordar estos desastres se turba la respiracion, y desfallece el espíritu.

Estaba decretada la extincion y aniquilamiento de Zaragoza. Mas de cuarenta minas iban á echar por tierra las dos terceras partes de la ciudad: las baterías que acababan de construir á la izquierda del Ebro, cruzaban los fuegos con los de la parte opuesta, sin que quedara el menor efugio. No es facil concebir nuestra situacion: á cada instante era menester tocar generala, pues los franceses amenazaban, y temíamos con fundamento se difundiesen como un torrente por las calles, y comenzaran un degüello y saqueo el mas terrible. La falta de víveres y la enfermedad iban entorpeciendo todas las operaciones, y aunque siempre concurrian algunos á batirse, no era posible atender á todos los puntos que corrian peligro. Ocupado el arrabal de la otra parte del puente, era expedito el comunicarse con los que estaban ácia la puerta del Sol, y no habia medio de impedirlo: los gefes, al mismo tiempo que no podian creer lo que estaban viendo, seguian esperando el último golpe de la catástrofe, cuando la indis-

posicion de Palafox tomó incremento, y fue preciso que cediese el mando. Entonces los ciudadanos designados en la narracion, conocieron era indispensable evitar la total ruina de Zaragoza.

Dificilmente podrá presentarse otro modelo tan acabado. Cuanto mas se quiere cotejar, tanto mas admira un conjunto de pormenores todos interesantes, todos asombrosos. Aqui es preciso prescindir de si Zaragoza debió ó no defenderse y considerarse como punto militar, y tambien de examinar qué ventajas ó desventajas pudo producir al interes y causa general de la nacion. Estos extremos merecen una analísis particular: por ahora es un hecho que los zaragozanos se defendieron, y que lo ejecutaron con un valor y teson que les ha acarreado una gloria inmortal y sublime.

CAPITULO VI.

Compáranse los acontecimientos del primer sitio con los del segundo, para fijar la preferencia.

HABIENDO hecho la comparacion de ambos asedios con los mas célebres de los que han sufrido las ciudades y plazas mas distinguidas, es muy obvio ejecutarla de uno y otro entre sí. La diferencia de que todo faltaba en el primero resalta de un modo luminoso, y aunque entonces no eran los franceses sino diez ó doce mil hombres, debió considerarse como un ejército mas que suficiente para ocupar las puertas de la capital. Ni fosos, ni cortaduras, ni murallas, ni baterías, ni ejércitos, nada de esto habia, y con todo hicieron frente y contuvieron á las tropas, y obligaron á Lebfevre á que levantase el sitio. Es verdad que sin el ejército auxiliar de Valencia, y acaso sin la rendicion de Dupont, hubiese sido forzoso capitular; pero el sufrir diez dias al enemigo ocupando un recinto tan considerable, ¿no es lo mas brillante y heróico que puede concebirse? El combate del 4 de agosto es de aquellas cosas extraordinarias que acontecen de tarde en tarde. ¡Qué diferencia entre el estado de mis compatriotas en aquel dia lúgubre, y en el que estuvieron los barceloneses y los habitantes de Cremona! La insistencia solo con que los mejicanos atacaron á Cortés, cuando despues de derrotar á Pánfilo de Narvaez, regresó á Méjico: es la que mas se aproxima por el resultado, y casi todo el conjunto

de circunstancias que jugaron en aquel célebre suceso. Sabedor Cortés de que Pánfilo de Narvaez venia con un ejército á quitarle el mando, y apoderarse de sus conquistas, por orden de su rival Velazquez, dejó á Alvarado en Méjico con ciento cincuenta hombres para que se sostuviesen hasta su regreso, y conservasen aquella vasta poblacion, y á Motezuma que retenian en su poder. Ocultó el motivo de su partida, y los mejicanos conceptuaron que aquel era el momento de sacudir el yugo. La pericia de Cortés hizo que Narvaez fuese en breve derrotado; pero entretanto, exasperado el pueblo con la conducta de Alvarado, desplegó toda su energía. Le acometieron en sus mismos cuarteles, abrasaron los almacenes, y pusieron á los españoles en un conflicto. Parte Cortés velóz en su socorro, y logra reunirse con sus compañeros. Al tiempo de dirigirse un cuerpo considerable de españoles ácia la gran plaza, los atacaron con el mayor furor. La muchedumbre y carga que dieron los indios les hizo retroceder. Engreidos con este suceso, y satisfechos de que sus opresores no eran invencibles, al dia siguiente volvieron con todo el aparato militar á perseguirlos en su mismo cuartel. La multitud era para imponer y aun arredrar; por mas que perecian á las descargas de la metralla, nuevos combatientes les reemplazaban. Cortés, á pesar de sus esfuerzos, su capacidad, y lo aguerrido de sus soldados, conoció que aquel teson podia serle funesto. Para salir del paso, escogitó que Motezuma procurase persuadir al pueblo. Este por el pronto le escuchó, pero al último volvió á enconarse, y en su primer acceso, una de las infinitas flechas y piedras que despidieron hirió al infeliz monarca, que exaltada su imaginacion al considerar el abatimiento en que se hallaba, prefirió á todo la muerte. Esta novedad hizo que Cortés resolviese su retirada, pero los mejicanos le empeñaron en nuevos combates. Apoderados

de una gran torre del templo, que dominaba al cuartel de los españoles, situaron en ella á sus principales guerreros; para desalojarlos fue necesario mucho valor, y que Cortés se pusiese al frente de sus soldados. La escena fue muy reñida y sangrienta. Admirados los indios de aquel arrojo, obra del último esfuerzo que hicieron los españoles, mudaron de plan, y en vez de continuar los ataques, comenzaron á atrincherarse por las calles, y rompieron los diques y calzadas para cortarles la comunicacion con el continente, y sitiar por hambre al enemigo que no podian vencer por medio de la fuerza. Resueltos por último á partir, se vieron en su marcha hostigados y perseguidos, logrando salvarse, despues de perder Cortés la mitad de su gente.

La superioridad de las tropas de Lebfevre sobre los grupos de paisanos que le hicieron frente el 15 de junio y 4 de agosto, tiene cierta analogía con la pericia de los soldados de Cortés y la ignorancia que tenian los indios del arte de hacer la guerra; y aunque aquellos manejaron el fusil y cañon, lo que les igualaba en clase de armas, cosa que no sucedió entre los españoles é indios, sin embargo, el número era inferior, y ademas los mejicanos tenian ciertos gefes y aun táctica á su manera; mas los labradores, artesanos y demas clases que concurrieron á la defensa no obraban por otros principios que los de oponerse á que se posesionaran los franceses de la capital. Los destrozos que hacia la metralla en los indios no los sentian en razon de la multitud de combatientes, pero la forma de luchar aparece una misma: se atrincheraban por las calles, quemaban, talaban, y cortaban los puntos de comunicacion, y tanto hicieron que precisaron á Cortés á que abandonase á Méjico. Mis compatriotas conocian bien el torrente de fuerza que descargaba sobre ellos, y la superioridad de ésta con los recursos del arte. Resistieron

los males que les ocasionó un bombardeo y cañoneo tan horrendo á las puertas y baterías en donde perecieron muchos, pero por último se fortificaron en las calles, lucharon con desesperacion, y como podian lidiar los indios, pues unos y otros lo ejecutaban por igual causa, y arribaron á que los franceses levantaran el sitio. Los mejicanos trataban de resistir la opresion. Es menester confesar que los españoles invadieron un territorio que estaba sujeto á un monarca, y que se regía por sus ritos y costumbres. La idea de que iban á hacerlos mas felices, puede servir para cohonestar el derecho de conquista, pero no para persuadir á los que estaban bien con su sistema, su libertad, é independencia. Los indios reputaban su religion y leyes las mejores del mundo, y vieron querian quitárselas. El hombre en general ama las cosas por hábito, no por eleccion: para ellos, pues, era una violencia quererles usurpar unos derechos zanjados por la serie no interrumpida del tiempo. En los zaragozanos militaban motivos de igual naturaleza, pero dentro de su clase mas dignos de sostenerse por todo título. Concibió Napoleon un plan favorito que halagaba su extraordinaria ambicion, y quiso persuadir que era el único capaz de hacer felices á las naciones. Para realizarlo, puso en accion los medios mas violentos, y entró usurpando y trastornando; y al ver que el pundonor español le resistia, desplegó todos sus furores, y difundió la mas funesta desolacion para conseguir sus intentos.

En esta analogía hay que hacer ciertas observaciones. La invasion de los españoles en el nuevo mundo fue manifestando desde luego el objeto y derecho que en cierto modo les daba el haberse abierto al través de los mares un paso desconocido. Sus talentos y valor les facilitaron el descubrimiento, y este no deja de ser un título algun tanto mas decoroso que el de los cartagineses para apode-

rarse de la España. Si Cortés ganó y aseguró con cautela á Motezuma, fue por lo menos dentro de su capital, y en situacion que el monarca conoció la necesidad de prestarse á tener aquella condescendencia; porque, supuesta la entrada por vía de conquista en la capital, y despues de haber sujetado á varios pueblos, conociendo ademas la superioridad que aquel puñado de hombres tenia sobre la inmensa muchedumbre de sus súbditos, era como forzoso adoptar aquel plan preferible al de envolverse en los desastres de una guerra intestina. Cortés se portó con toda la finura y política que el monarca podia apetecer; y si, cuando regresó despues de vencer á Narvaez, desvanecido é irritado de la rebeldía de los mejicanos, olvidó la prudencia y moderacion que le eran peculiares, no usó tampoco ninguna bajeza ni felonía. Si en la comparecencia sobre las costas aparentaron apetecian la amistad de los pueblos que iban á visitar ó conquistar, esto no es tan repugnante y odioso como volverse contra una nacion que acababa de dar las pruebas mas eficaces de adhesion, haciendo en pro de su aliado los mayores sacrificios. Cotéjese pues la conducta de Cortés y de los españoles en el descubrimiento del nuevo mundo, con la de Napoleon y sus tropas para apoderarse de la monarquía española. No solo se vendieron por amigos como los cartagineses, sino que hallaron la mejor correspondencia y armonía. Hay una gran diversidad entre aspirar á ganar la confianza, aunque sea con la mas doble y perversa intencion, y viendo que no puede conseguirse, descubrir los verdaderos fines: á obtener desde luego la intimidad que se apetece, recibir las garantías y pruebas de la buena fé, y pagar con la mas completa perfidia, intentando abrogarse el disponer de la vida, propiedades, usos y derechos de los que apellidaba sus amigos. Tal ha sido la conducta de Napoleon, que no tiene igual en la historia;

por que, despues de poner á su disposicion los españoles tropas, plazas y dinero, arrastró con promesas falsas al Soberano y Real familia, los condujo con doblez á su casa, para violentarlos á que cediesen la monarquía, y atropelló no solo los vínculos de la amistad, sino los mas sagrados derechos.

En el segundo asedio estaba Zaragoza fortificada y guarnecida. El ejército que la sitió en proporcion con los medios de defensa: pero se puede y debe considerar como muy superior para una ciudad, pues no teniendo que contrarestar ni temer ejército exterior, debió apoderarse de ella sin tanto aparato ni rodeos. No obstante la resistencia del dia 21, la del 27, y especialmente la de los primeros dias de febrero son sobremanera plausibles.

El dia 21 no pelearon los patriotas como el 15 de junio á cuerpo descubierto, pero sostuvieron un ataque combinado de fuerzas muy respetables en una línea de alguna extension, y sin mas resguardo que baterías de tepes y ladrillos. Si teníamos gente, la mayor parte era bisoña, y aun parapetada, no podia equipararse al numeroso ejército sitiador; sobre todo no habia enlace en algunas operaciones, y al paso que los franceses pesaban sus planes, los paisanos en general no hacian sino acudir á donde los rumores indicaban mayor peligro, y esto con azoramiento y premura. Sin embargo, es preferible la resistencia del 15 de junio, pues en este, de sorpresa, despues de una salida la mas aciaga y sin recursos, desbarataron al ejército enemigo. La defensa del convento de San José es en verdad brillante pero, en medio de las proezas que hizo aquella guarnicion, ¿cómo igualarse á la que hicieron los labradores y artesanos en los célebres ataques del primero y 2 de julio? Los que ocuparon á San José eran militares, tenian un gefe, un foso regular, empalizadas, en fin estaban fortificados, y sabian que defendian un solo punto

que, resguardado por la espalda con el Huerva y los caseríos inmediatos, les proporcionaba en un apuro una retirada; ¿y cuál era el estado de los defensores de Zaragoza en aquellos dias? Unas miserables baterías compuestas con sacos y troncos esparcidos en una línea extensa que no podian guarnecer, y los dejaba muy expuestos á ser flanqueados y sorprendidos. Sabian que los franceses recibian refuerzos, y aunque no tenian seguridad de si les vendrian igualmente, firmes en sus puntos, y sin contar con los riesgos ni la direccion que podia adoptar el enemigo, le esperan y rechazan con denuedo, serenidad y valentía. Ni la hora de las cuatro de la mañana, ni los horrores del bombardeo hicieron impresion en sus ánimos; tan presto como aparecieron las columnas, las saludaron con un fuego graneado de fusilería, y los cañones empezaron á obrar con estrépito. En vano avanzan hasta superar los parapetos, despreciando las balas y metralla: una mano robusta los recibe, y los deja allí mismo espirantes sobre la arena. La discordancia de un suceso á otro es perceptible, y no puede vacilarse en dar la preferencia á la defensa que el primero, y especialmente el 2 de julio hicieron mis compatriotas. Por último, el 4 de agosto no tiene igual en el segundo asedio, pues aunque el 27 de enero entraron y pelearon en las calles, sin embargo hay diferencia en las circunstancias y pormenores que la misma narracion indica. La lucha principal el 27 fue en la calle de la Puerta Quemada y distrito que habia entre los edificios y muro nuevamente fabricado, inclusa la entrada de la Puerta del Carmen. La línea de la Quemada y jardin botánico estaba confiada al general Saint Marc, y la guarnecía una porcion de tropa escogida. Es verdad que el paisanage tomó una parte mas activa, y que unos y otros se batieron con denuedo; pero el retroceso de los franceses fue militar, porque vieron que no les convenia internarse

dejando los puntos inmediatos guarnecidos; y como los que los atacaban no progresaban ni llegaron á ocuparlos, se situaron en las casas mas inmediatas al molino de aceite para sostenerse en él, y tener siempre expedito aquel camino. El 4 de agosto no habia puntos guarnecidos, ni obras, ni medios. Los franceses se extendieron á placer por la calle del Coso, que viene á dividir la parte mas considerable de la ciudad, y se comunicaron con la del Azoque, y calle del Cármen, de modo que tres gruesas columnas derramadas por aquel distrito, amenazaban dar la ley á los defensores, que hasta entonces les habian resistido. Los habitantes acababan de sufrir un bombardeo el mas furibundo, y mucha parte habian abandonado la ciudad, retirándose á los pueblos inmediatos, y en especial á los arrabales. Reflexiónese esta situacion: la salida de Palafox era un motivo para desanimar al paisanage, pero este que obraba por otros principios, solo cuidó del riesgo que tenia que superar, viendo al enemigo enseñoreándose en su entrada, y publicando su triunfo. Los zaragozanos juraron en su interior morir á la vista de sus patrios lares, de sus esposas é hijos, y rendir su último aliento en el suelo que les vió nacer; y esta resolucion unánime fue la que, exaltando su cólera, los alarmó, como si una mano oculta hubiese enroscado las sierpes de Medusa sobre sus cabezas enfurecidas. Una gritería general es el preludio de las mas sangrientas escenas; todos pelean, todos se arrojan intrépidos sobre el enemigo. En aquella tarde vimos al artesano y labrador arrastrar los cañones, atacarlos, y hacer todas las funciones de artilleros. Por medio de un diluvio de balas conducian las mugeres el tizon para suplir la falta de mecha, y trasladaban de en medio de la corriente las municiones que abandonaba el enemigo. Unos subian por las casas persiguiendo á los que se entretenian en el pillage, y huían el furor del

pueblo; otros por las bocas-calles no dejaban salir ni á sus compañeros, ni á los franceses: los muchachos volaban donde quiera que habia un cadaver frances, y con la misma algazara y bullicio que ejecutaban sus juegos juveniles, los liaban con sogas y cuerdas, y los trasportaban arrastrando por las calles hasta las inmediaciones del Ebro. Nada de esto ocurrió en el choque del 27. La defensa y resistencia fue uniforme, y aunque aislada, es bastante á merecer los mayores elogios; pero, comparada con la del dia 4, es necesario reconocer que si aquella es gloriosa, esta es heróica en el mas alto punto. Los combates ocurridos posteriormente son brillantes, y dieron nuevos laureles á las glorias adquiridas por mis compatriotas, y el haber resistido 24 dias teniendo al enemigo dentro de la ciudad en el segundo asedio, y 10 en el primero es tan sublime, tan singular, que no hay expresiones para admirarlo como es debido. Este último extremo es, en mi concepto, casi tan interesante en el primero como en el segundo sitio. En ambos, con proporcion á las fuerzas, ocupaban un distrito considerable. En el primero estuvimos dos dias sin mas que los defensores del dia 4: reforzados con las tropas los puntos, hicieron proezas; y aunque el riesgo era inminente y estábamos expuestos á ser sorprendidos, sin embargo aquel ver desplomarse inopinadamente los edificios, y magullar á los que los ocupaban en su caida: los repetidos ataques que se suscitaban: el tronar contínuo de los morteros, y sobre todo los centenares de víctimas que sucumbian al hambre y al contagio, son particularidades que realzan mucho el haber continuado en esta espantosa situacion por espacio de tantos dias sin percibirse una voz que propusiese *capitulacion*.

Si examinamos separadamente cada asedio, veremos que ambos son interesantes y gloriosos para los zaragozanos, que ambos prueban una constancia y teson inaudito

pero si comparamos luego las escenas y pormenores de uno y otro, es menester dar la preferencia al primero; y reconocer que la historia no presenta un conjunto de acciones mas extraordinarias ni mas singulares. Cada sitio ofrece alguna particularidad de las que han acontecido en esta capital; pero ella solo es la que ha reunido todo lo mas sorprendente que puede apetecerse. Vosotros españoles y comarcanos, que al oir lo que la fama publicaba, y el estrépito continuado del bombardeo, estábais agitados por nuestra suerte, venid á recorrer los sitios que fueron el teatro de las escenas descritas. De antemano veo vuestra sorpresa, « ¿dónde estan, preguntais, aquellos paseos deliciosos y amenos que ofrecian á la vista una primavera eterna? ¿Qué se han hecho los caseríos campestres que hermoseaban las inmediaciones de la capital? ¡Estas no son las entradas de Zaragoza! El monumento de la Cruz del Coso, el convento de San Francisco, el Hospital general ¿dónde estan? ¿dónde otros magníficos y suntuosos edificios? Esto es un desierto, y la vista no descubre sino escombros y ruinas." Mirad en torno, y ved si puede concebirse lo que habemos referido. Esas paredes salpicadas de balazos, esos palacios con los artesones medio pendientes, el pórtico aislado, las vigas amenazando un desprendimiento repentino, todo os dará una idea, aunque obscura, de los esfuerzos y tenacidad con que se defendieron mis compatriotas. Pero el ver la capital era el dia mismo de la capitulacion. Entonces, que estaban humeando los edificios, las calles parapetadas con diferentes cortaduras, cubiertas de hediondez, tendidos por ellas y en los pórticos los cadáveres, unos desnudos, otros con su trage acostumbrado; pálidos y moribundos los que conservaban un resto de vida, pintada en los semblantes la confusion y abatimiento: entonces, cuando la vista de los franceses fue un veneno mas destructor que el conta-

gio, y se redoblaron las enfermedades, porque se comprimieron mas los espíritus, y cuando el soldado licencioso tomaba de grado ó por fuerza lo que le acomodaba, y los comisionados iban recorriéndolo todo, y haciendo astillas cuantos fusiles y pertrechos militares aparecian abandonados por las calles y casas; entonces si, que la idea hubiera sido mas exacta, y vuestra admiracion y asombro el mas profundo. ¿Cómo es posible, hubiérais prorumpido, que una ciudad abierta, y unos habitantes en la situacion escabrosa en que estaba la España, hayan podido obrar semejantes prodigios?................................ PUES TODO HA SIDO OBRA DE LOS ZARAGOZANOS, POR SOSTENER LOS DERECHOS DEL TRONO Y SU PRECIOSA INDEPENDENCIA.

NOTAS,

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

NOTA 1.

PÁGINA 21, TOMO 2.°

El primer cuidado de la Junta Suprema Central fue el arreglo de los ejércitos. Por el pronto se crearon tres de operaciones y uno de reserva. El de la derecha en Cataluña, al mando del general Vives, el del centro de las tropas de Andalucía, Castilla, Extremadura y Valencia al del general Castaños, el de la izquierda de las tropas de Galicia, Asturias, las que se incorporasen de Vizcaya y los cuerpos de caballería que habia en Castilla, al del general Blake, y la reserva de las tropas de Aragon y Murcia al del general Palafox. El ejército del centro, á mediados de noviembre, compuesto de las divisiones 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª era de 26000 hombres, entre ellos 3000 de caballería, y el de reserva sobre 17600 en varias divisiones, que al todo ascendian á 43.600 hombres.

Las tropas francesas que entraron en España de refuerzo, desde primero de octubre hasta el 8 de noviembre, ascendian á 54250 infantes, 13900 caballos, con 130 piezas de artillería, y suponiendo que las que se retiraron de Madrid y de las provincias á últimos de agosto fuesen 40000 infantes y 5000 caballos, resultará que el ejército frances en dicha época constaba de 113000 hombres de infantería y caballería con 160 piezas de artillería. No solo, pues, habia una diferencia numeraria sino extraordinaria en cuanto á disciplina y recursos. El general Eguía, fecha 10 de octubre en su cuartel general de Cintruénigo, decía á la Junta Suprema Central que los ejércitos de Andalucía y Valencia carecían de dinero, vestuario, municiones, subsistencias, hospitales, tiendas, &c.; y lo mismo el de Castilla, en la mayor parte de estos artículos, por cuya falta era imposible emprender operacion alguna. Que ademas necesitaba una formal organizacion que no habia po-

dido realizarse por falta de oficiales, sargentos y cabos que lo entendiesen, pues habia cuerpos de mil hombres como el primero de Leon sin mas oficial veterano que el comandante; y concluye suplicando que, hasta que el ejército se pusiese en el estado de instruccion competente, se le permitiese volver á su plaza del Consejo de la guerra. El ejército reunido carecia asímismo de todo, y el de Castilla no tenia mas tropa veterana que dos regimientos provinciales en un pie muy bajo, y á todo esto se unia una absoluta desorganizacion, desavenencias, partidos y disgustos entre algunos generales, que todo ofrecia una idea muy triste de aquel llamado ejército, que fue preciso disolverlo é introducirlo entre los veteranos para sacar algun partido. Los que entonces, pues, fijaban únicamente su atencion en que, á pesar de las dispersiones de Tudela, Burgos, Ciudad Real y Medellin, teníamos una existencia efectiva de 130 á 140000 hombres, sin contar con las guarniciones de las plazas, y los infinitos que en Granada, Murcia, Valencia, Galicia y otras partes se estaban organizando, creían que habia la fuerza suficiente para lanzar á los franceses al otro lado de los Pirineos; pero ahora que las cosas se contemplan sin el calor y entusiasmo que inflamaba las imaginaciones, se conoce que aquella fuerza no podia dar por el pronto tales resultados.

NOTA 2.

PÁGINA 25, TOMO 2.°

Las contestaciones que se suscitaron de resultas de la batalla de Tudela produjeron al general Castaños algunos sinsabores. Como militar acreditado y que acababa de ceñir sus sienes con los laureles de la accion de Baylen, no pudo mostrarse indiferente á las imputaciones que se le hicieron, y comprometian su opinion. El representante don Ftancisco propuso á la Junta Suprema Central que se le separase del mando del ejército del centro, y con este motivo se vió precisado á publicar el manifiesto fecho en San Gerónimo de Buenavista á 6 de enero de 1809, en el que no solo las desva-

nece con razones y documentos, sino que demuestra lo dificil y escabroso que era en aquella aciaga época desempeñar cualquiera clase de mando. La Junta Suprema, que no desconocia su posicion y que se necesitaba mucha prudencia para no dar motivo á que se fomentasen los disturbios interiores, que era uno de los medios de que el astuto Napoleon se prevalía para destruirnos; le llamó para que fuese á ocupar la plaza de individuo de la Junta militar que se le designó desde el momento en que fue erigida, y entregase el mando interino de los ejércitos del centro al general nombrado conde de Carvajal, ínterin llegaba el marques de la Romana, que estaba elegido general en gefe de los ejércitos de la izquierda y del centro. Esta real orden, fecha en Aranjuez á 27 de noviembre de 1808, la recibió el general Castaños el 29 por la noche en Arcos. El dia primero de diciembre emprendió su marcha, y por las ocurrencias que sobrevinieron tuvo que ir á Sevilla, á donde se habia retirado ya la Junta.

El expresado Manifiesto da una idea exacta de cuanto ocurrió en la accion de Tudela, y en su defecto podrán suplir, para corroborar los hechos segun quedan referidos, los documentos siguientes:

Oficio que el señor don Francisco Palafox, como representante de la Junta Central, y el general Castaños, dirigieron al general O-neille, y contestacion que les dió. = "Excelentísimo señor. = Los momentos son preciosos, tanto que en aprovecharlos consiste la conservacion de este ejército. La division del general Desolles, compuesta de doce mil hombres, los cuatro mil de caballería, ha penetrado por el Burgo de Osma: su primera division de seis mil hombres se halla hoy en Almazan: las tropas de Ney en Logroño, y las de Moncey dentro de Lodosa, han indicado ya por los movimientos de ayer, que vienen á atacar esta posicion, que será envuelta por los de Almazan. Es, pues, urgentísimo que esas tropas todas se pongan en marcha inmediatamente que llegue esta orden, y pasen á Tudela, que será la derecha de nuestra línea que vamos á establecer sobre Cascante y Tarazona hasta las faldas de Moncayo. = V. E. conocerá cuan preciso es este movimiento, y no se detendrá en discurrir, sino que dispondrá su

marcha sin perder momento. Doy en consecuencia las órdenes para la marcha de mi ejército, y en esto no habrá falencia, pues estamos en el caso de recibir al enemigo y batirlo para salvar este ejército; lo cual conseguido, es del mayor interés para España, y para que varíen totalmente los planes del enemigo. = Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Cintruénigo á las doce del dia de hoy 21 de noviembre de 1808. = M. Francisco Palafox y Melci. = Javier de Castaños. = Excelentísimo señor don Juan O-neille." = *Contestacion.* " Excelentísimos señores. = Ahora, que son las cinco de la tarde, recibo el oficio de V. EE. en que me manifiestan el estado de ese ejército, y que no hay momentos que perder para salvarlo por las posiciones que ocupan los enemigos sobre Logroño y Almazan; las noticias que recibimos hoy de las provincias aseguran su mal estado: el capitan general de Aragon, mi gefe natural, me dice se conserve esta posicion para obrar por aqui ofensivamente, que no varíe nada, pero que auxilíe. En tan críticas circunstancias mi resolucion parece debia ser dudosa; no obstante doy la orden á todo el ejército para que esté pronto á marchar, inclusos los que están en Villafranca; y aprovechándome de la imposibilidad de emprender la marcha de mas de veinte mil hombres en una noche obscura, sin preparativo ninguno, despacho un extraordinario ganando horas al excelentísimo señor capitan general de Aragon, deseando que, convenidos ambos, me digan cuales son las órdenes que debo observar, siempre que éstas no sean acordes. = Dios guarde á V. EE. muchos años. Caparroso 21 de noviembre de 1808. = Excelentísimos señores. = Juan O-neille. = Excelentísimos señores don Francisco Palafox y Melci, y don Francisco Javier Castaños.

Parte oficial del teniente general O-neille al excelentísimo señor don José Palafox, capitan general de este ejército y reino. = " Excelentísimo señor. = A pocas horas de haber conferenciado con V. E. en Caparroso sobre la feliz situacion de las tropas de mi mando en aquel punto tan importante, llenas de ardor y entusiasmo por la superioridad que concibieron contra el enemigo, que en tanto tiempo no se atrevió á atacarnos, y por las ventajas que concebian para mayo-

res empresas ácia Pamplona, y cuando, convencido V. E. de que podia pasarse el tiempo de ser favorables sus designios, en un todo conformes á mis deseos é intenciones, se dirigió á tratarlos con el capitan general del ejército del centro, me hallé con el oficio del mismo capitan general, y del representante de la junta Central el señor don Francisco Palafox, fecha 21 de este mes, de que era urgentísimo que se pusiesen inmediatamente en marcha todas mis tropas pasando á Tudela á la derecha de la línea que iba á establecerse sobre Cascante y Tarazona hasta las faldas de Moncayo, encargándome no perdiese un momento, pues daban, en consecuencia, las órdenes para la marcha del ejército del centro, y se estaba en el caso de recibir al enemigo, y batirlo para salvar aquel ejército, lo cual conseguido, era del mayor interes para España, y para que totalmente variasen los planes de los enemigos.

Sorprendido yo con la novedad de este oficio, opuesto enteramente á lo que habìamos tratado en Caparroso el dia anterior, dí parte á V. E., y antes de recibir su contestacion me hallé con un oficio suyo hecho en Tudela el mismo dia 21, en que, á vista de lo que le decía el capitan general del centro, me mandaba que inmediatamente luego luego que lo recibiese, me pusiese en marcha con todo mi ejército y las tropas que tenia de el del centro para Tudela, y fijase allí mi cuartel general, en inteligencia que, las tropas que ocupaban los puntos de Cintruênigo, Calahorra y demas del Ebro estaban ya marchando para Borja y Tarazona, y de consiguiente cualquiera detencion podria ser perjudicialísima quedando flanqueado por aquella parte. Luego con la propia fecha del 21, cuando ya estaban para marchar mis tropas, recibí la contestacion de V. E. afirmándose en su anterior orden por el movimiento empezado ya del ejército del centro. = No puedo explicar á V. E. la sensacion que hizo en la tropa de mi mando este movimiento retrógrado, pues animados todos por los felices movimientos anteriores, concebian frustradas sus esperanzas y malograda la situacion con que siempre habian estado los mas avanzados al frente de los enemigos: tan inesperado acontecimiento los desanimaba; y para inspirarles igual ardor al que hasta entonces habian acreditado, y que no se verifica-

sen las fatales consecuencias que me estaba recelando, me valí de mi autoridad, acompañada de la persuasion mas enérgica, manifestándoles la orden de aquella noche, segun la cual de nuestro movimiento retrógrado dependia la felicidad de todo el ejército, y que al fin era con orden expresa de V. E. y preciso obedecerla. = Con esto se sosegaron algun tanto los ánimos, y me dirigí con mis tropas á Tudela, donde se hallaban V. E., el señor representante, y el capitan general del ejército del centro. A las nueve de la mañana del dia siguiente, 23 del corriente, me dió parte el coronel don Felipe Perena, que por el frente de Ablitas se divisaban dos columnas enemigas, y con esto y el aviso que me dió la noche anterior el capitan general del ejército del centro, de que los enemigos habian entrado en Cintruénigo, dispuse se tocase la generala, noticiándolo al mismo tiempo al capitan general para que, como gefe absoluto, tomase las medidas convenientes; hizo salir algunos refuerzos, y á poco rato dispuso que verificase lo mismo el general Saint-Marc por la izquierda, enviando varios cuerpos de mi division á las alturas de santa Bárbara para reforzar aquel punto interesante, y sostener los que estaban allí de la division del general Roca. Como me dejó en el camino real con el resto de mis tropas, le envié á mi ayudante de campo don Bartolomé Gelabert, para que, respecto que la accion estaba empeñada, le preguntase lo que debia practicar; y me contestó pasase yo al centro de la línea donde se hallaba. A poco tiempo mandó que viniese el resto de las tropas, y me encargase de toda la izquierda. Cuando llegué estaban ya tomadas las alturas de la izquierda, y amenazaban envolvernos; pero habiendo recibido orden suya de que los atacase, y que vendría en mi auxilio la division del general Peña, resolví hacerlo por escalones de batallones, empezando el tercero de reales guardias españolas con una bizarría tan extraordinaria, que al momento abandonaron los enemigos aquel tan interesante punto, dejando el campo cubierto de cadáveres, succediendo lo mismo por el frente de los regimientos de voluntarios de Castilla y Segorbe. Cuando me hallaba con esta satisfaccion, y veia una batalla ganada, vinieron dos ordenanzas de caballería á decirme de parte del

citado capitan general no recelase de una columna de infantería con bastante caballería que venia por la izquierda, pues eran las tropas del general Peña que venian de Cascante. Lisonjeado mas con este auxilio, que hubiese decidido la batalla á nuestro favor, recorrí mi izquierda para prevenir al general Saint-Marc siguiese el ataque por el mismo orden, cuando me sorprendió este general diciéndome era preciso retirarse, porque la derecha estaba forzada, el enemigo en Tudela, y retiradas todas las tropas que ocupaban el centro de la posicion. Me sobrecogió esto tanto mas, cuanto el capitan general no me dió ningun aviso de este suceso, lo que casi me parecía imposible; pero empezando á oir el fuego por la espalda del olivar, me persuadí del hecho. En estas tristes circunstancias, en las de no haberse movido la division de Peña, y que la que se me anunció era de este general reconocí ser una division enemiga de unos ocho mil hombres de infantería y dos mil caballos, ordené mi retirada en el mejor orden posible, situando en direccion oblícua el segundo regimiento de Valencia, para sostener la de nuestras tropas, que en efecto se verificó estando cortadas ya por todas partes; pero su bizarría se abrió paso con la bayoneta y el sable, habiéndome yo puesto á su cabeza, dejando al general Saint-Marc con la caballería para proteger nuestro único y osado recurso. Este general desempeñó tan bien este encargo, como los demas que se le confiaron en el discurso de la accion. Puedo asegurar á V. E. que no he visto otra alguna en que la oficialidad y tropa haya llenado tan completamente sus deberes; pero de los que yo tuve á mis órdenes debo elogiar particularmente al tercer batallon de Reales guardias españolas, y los regimientos de Voluntarios de Castilla, Segorbe y Turia: el digno don Manuel de Velasco, comandante de Artillería de la division de mi mando, don Angel Ulloa, de la del general Saint-Marc, don José Moñino, y don Rafael del Pino, que rodeado de enemigos, clavó parte de la artillería que no pudo retirar, son muy dignos de consideracion por haber destrozado enteramente tres columnas. La pérdida de los enemigos no baja de ocho mil hombres, pudiéndose asegurar así, cuando ellos confiesan pasan de cuatro mil; la nuestra, no obstante que no he aca-

bado de recibir todas las noticias, dudo llegue á dos mil entre muertos, heridos y extraviados. Tengo la satisfaccion de haber salvado la mitad de la artillería por parages impracticables, y todo el parque, y de haber sido testigo próximo de todo hasta el último momento, pudiendo asegurar que en este desgraciado suceso han llenado todos mis súbditos sus obligaciones con el Rey y con la Patria, y que, si el capitan general hubiese mandado obrar á su ejército del centro en nuestro auxilio, seria sin duda el dia mas glorioso para las armas del Rey que se escribiese en la historia de esta guerra. = Dios guarde á V. E. muchos años. Illueca 24 de noviembre de 1808. = Excelentísimo señor. = Juan O-neille. = Excelentísimo señor don José de Palafox.

Parte de la batalla de Tudela: division del mariscal de campo don Felipe Saint-Marc.

Relacion de los muertos, heridos, prisioneros y extraviados que han tenido los cuerpos de dicha division en la batalla de Tudela el dia 23 de noviembre próximo pasado, con las notas de los gefes, oficiales y demas individuos que se han distinguido en ella.

Regimiento de VOLUNTARIOS DE CASTILLA: muertos, heridos y prisioneros siete tenientes, seis subtenientes, un sargento, diez y seis cabos y doscientos soldados: total doscientos treinta. Extraviados tres capitanes y setenta y seis soldados: total setenta y nueve.

PROVINCIAL DE SORIA: muertos, heridos y prisioneros un comandante y cuarenta soldados: total cuarenta y uno.

TURIA: muertos, heridos y prisioneros un teniente coronel, un comandante, tres capitanes, un teniente, cuatro subtenientes, treinta y siete sargentos, y doscientos once soldados: total doscientos cincuenta y ocho.

VOLUNTARIOS DE BORBON: muertos, heridos y prisioneros tres capitanes, cinco tenientes, ocho sargentos, un tambor, nueve cabos y cien soldados: total ciento veinte y seis. Extraviados tres tenientes, un subteniente, un cabo y ciento cuarenta y cinco soldados: total ciento cincuenta.

ALICANTE: muertos, heridos y prisioneros dos capitanes

dos tenientes, un subteniente, siete sargentos, dos tambores, seis cabos y treinta y seis soldados: total cincuenta y seis.

Chelva: muertos, heridos y prisioneros un sargento mayor, dos subtenientes, tres sargentos, un tambor, cinco cabos y ciento treinta y nueve soldados: total ciento cincuenta y uno.

Fernando Séptimo: muertos, heridos y prisioneros un capitan, un sargento y treinta y ocho soldados: total cuarenta. Extraviados sesenta soldados.

Segorbe: muertos, heridos y prisioneros cuatro sargentos, seis tambores y veinte y siete soldados: total treinta y siete.

Zapadores: muertos, heridos y prisioneros un capitan, un tambor, tres cabos y treinta y cinco soldados: total cuarenta.

Artillería: muertos, heridos y prisioneros un sargento y once soldados: total doce.

Numancia: muertos, heridos y prisioneros un teniente coronel, un sargento mayor, tres capitanes, tres tenientes, dos subtenientes y treinta y ocho soldados: total cuarenta y ocho.

Total de muertos, heridos, prisioneros y extraviados: dos tenientes coroneles, dos comandantes, dos sargentos mayores, diez y seis capitanes, veinte y un tenientes, diez y seis subtenientes, sesenta y dos sargentos, once tambores, cuarenta cabos, y mil ciento cincuenta y seis soldados. Total general mil trescientos veinte y ocho.

Me consta, y es bien notorio, que todos los gefes, oficiales y demas individuos de los cuerpos arriba expresados, que componen la citada division, se hallaron el dia 23 de noviembre en la batalla de Tudela, ocupando la línea de la izquierda de ella, que todos han sostenido con el mayor valor, y un incesante fuego, el cual ha causado mucho daño al enemigo, como asímismo las partidas de guerrilla; habiéndose esmerado todos en llenar sus deberes; y en particular no puedo menos de recomendar en el regimiento de infantería de línea de Voluntarios de Castilla al brigadier don Antonio Lechuga Reinoso, coronel de dicho regimiento, al teniente coronel del mismo don Antonio Diaz Berrío que, á pesar de su avanzada edad, y de llevar cuarenta y cuatro años de servicio, se ha portado con el mayor valor, atacando por dos veces con su

batallon al enemigo, y desalojándolo de los puntos que habia ocupado: asímismo son dignos de recomendacion el teniente coronel don Agustin Marrugat, sargento mayor del expresado cuerpo, y los capitanes don Juan Jimenez, y don José Baez Lasquetti, los ayudantes don Andres Alcocér, y el graduado de capitan don Salvador Diaz Berrío, el teniente de granaderos don Jacobo Quijano; y los subtenientes don Francisco Jimena y don Feliciano Roldan; como asímismo los sargentos primeros don Pedro Valcarcel, y Manuel Pardo; y los segundos Manuel Ramirez, herido, y Ramon Palanco. Tambien son muy recomendables todos los oficiales que se hallan prisioneros, particularmente los capitanes, el de granaderos graduado de teniente coronel don José Luis de Amandi, gravemente herido, y don Julian Valverde.

En el regimiento de Turia el coronel de él, brigadier don Vicente Gonzalez Moreno, que se portó con toda bizarría; el teniente coronel don Manuel Gonzalez Moreno, que salió herido; lo mismo que el comandante don José Lamár; igualmente los oficiales y tropa han cumplido exactamente con su obligacion; pero en particular el capitan don Manuel Bertran de Lís, y el de la misma clase don Antonio Sousa; tambien el cadete don Vicente Martí, que salvó la bandera con asta, funda, y todo por completo, sin haber querido tirar el palo, como se le aconsejaba; el soldado Juan Ballester, que defendió á un señor oficial de tres enemigos; y el tambor Francisco García, que, á pesar de su tierna edad, salvó la caja.

En el de Voluntarios de Borbon, los capitanes don Isidro Simon, don Francisco Alonso, y don José Alonso: los tenientes don José Arizala, don Pedro Torres, don Felix Corbaton, y don José Carbonell; el ayudante don Antonio Villar, y los cadetes don Joaquin, don Jaime y don José Belda, y el de la misma clase don Ignacio Arnau; como asímismo don José Rodriguez, que todos se mantuvieron con la bandera hasta el último apuro; y los sargentos primeros Gaspar Estrada, Francisco Valero, Juan Gomez, Juan Antonio García, y el cabo Francisco Sanahuja, que estos mataron á un polaco que los habia cogido prisioneros: pero en particular de este regimiento quien merece mucha consideracion es el sargento

mayor de él, graduado de teniente coronel, don Mariano Bianconi, que, por no abandonar la bandera, hay noticia le mataron los enemigos. Igualmente se portó con mucho valor el subteniente del Real cuerpo de Guardias Walonas don José Cortés.

En el de Voluntarios de Alicante, el coronel de él don Antonio Camps, el comandante don José Cason, el capitan don Juan Perez, y el teniente don Jose Carratalá, que fue herido, y el subteniente don Antonio Laplace; contusos el capitan don Manuel Basanta, y el Ayudante don Tomás Pavía; habiendo sido muerto el Ayudante don Juan de Dios Hernandez. Y me consta por los informes que he adquirido, que sostuvo un obstinado combate este regimiento, resistiendo por tres horas á fuerzas infinitamente superiores, esperándolas hasta medio tiro de pistola, en cuya funcion, tanto los gefes como la oficialidad, el capellan fray Francisco Sanchez, y tropa, se condujeron con toda la bizarría de que es susceptible el honor y patriotismo, pues dicho cuerpo se substrajo de la division por la derecha.

En el de Voluntarios de Chelva, el coronel don Francisco Martinez, y el subteniente don Francisco Serrano: como tambien son dignos de la mayor atencion el sargento mayor don Alonso Hiniesta, y el capitan don Pedro Marquina, que se hallan prisioneros.

En el batallon del campo Segorbino, el comandante el coronel frey don Firmo Valles, el sargento mayor graduado de teniente coronel don Manuel Sanchez de los Reyes, don Antonio Tur, don Vicente Barceló, don Rafael Maroto, y don Francisco Fos, capitanes del expresado cuerpo; el teniente don Juan Antonio Prados; y los subtenientes don José Climent, y don Agustin Fernandez; los cadetes don Patricio Nondedeu, don Bernardo Fernandez, don Pedro Fuster, don Mariano Francés y don Rafael Arias; el capellan fray Andrés Roselló, y el cirujano don José Corachan.

El regimiento provincial de Soria se ha hallado en toda la accion, habiéndose portado con mucho valor, por lo que son dignos de recomendacion el coronel y demas oficiales de dicho regimiento; pero el coronel y tres capitanes se retiraron á Calatayud, por lo que no se puede dar una noticia de los oficiales y tropa que particularmente se hayan distinguido.

En el Real cuerpo de Artillería, el comandante el coronel don Angel Ulloa, el capitan don Francisco Nebot, y el teniente agregado don Nicolas Corona, que dirigieron sus fuegos con tan buen acierto que les causó á los enemigos muchísimo daño; y el sargento primero Jaime Gaist: en las compañías de Zapadores, el capitan don Mariano Zorraquin, que fue contuso, y el de la misma clase don Salvador Manzanares, que fue prisionero.

En el regimiento de Dragones de Numancia merece toda consideracion el brigadier don Gaspar Alvarez Sotomayor, coronel de dicho regimiento, y el agregado á éste don Miguel Valcarcel, el teniente coronel don Diego Francisco Demesa, el sargento mayor don Ignacio Anuncibay, graduado de teniente coronel, que fue gravemente herido de casco de granada; como igualmente el capitan graduado de teniente coronel don Joaquin Navarro, herido de bala de cañon: los capitanes don Ramon de Coba, don Joaquin Campuzano, y don Ramon Vinader: el ayudante don Francisco Jimenez, herido: el teniente don Lázaro Lahoz; y los alféreces don Francisco Lopez, don José de Coba, don Alonso Alhambra, y don José María Faggí.

Estado Mayor. Merece tambien la mayor recomendacion el brigadier don José Aguirre, como asimismo no puedo menos de decir que han acreditado su valor el edecan del general don Felipe Saint-Marc el teniente coronel don Pedro García, y los ayudantes los capitanes don Jacinto Ezpeleta, alferez del Real cuerpo de Guardias Walonas, don José Ordoñez, don Bernardo Villa, don Antonio Boeto, don Joaquin Vizcaino, don José Amat, don Carlos Feliú; y los tenientes don Domingo Sagaseta, del provincial de Soria, y don Juan Aguareta, de Fernando Séptimo, como tambien mis ayudantes el capitan del regimiento de Voluntarios de Borbon don Gabriel Tamayo, y el teniente de Voluntarios de Castilla don Manuel Agulló y Sanchez, quienes, ademas de haber distribuido las órdenes que como mayor general tenia que comunicar á todos los cuerpos de la division, han despreciado todo el fuego del enemigo, internándose hasta las guerrillas mas avanzadas, no habiéndose retirado de la accion hasta que yo lo hi-

ce, que fue despues que lo ejecutaron todas las tropas y baterías, como es bien notorio; habiéndose hecho cuanto se pudo por salvar algunas piezas. Zaragoza 8 de diciembre de 1808.= V.° B.° Felipe de Saint-Marc = El conde de Romré.

NOTA 3.

PÁGINA 41, TOMO 2.°

Este proyecto singular no tuvo progreso, porque cada dia iban creciendo los apuros, y se multiplicaban los objetos verdaderamente interesantes. Para conocer hasta qué punto estaban acaloradas las imaginaciones, y cómo se trataban de cohonestar estas novedades, no será fuera de propósito trasladar el discurso que de los Almogavares se insirió en la gaceta de 24 de diciembre. "Los Almogavares antiguos de España eran la tropa mas selecta de caballería y de infantería ligera, pues aunque algunos autores han opinado que pertenecian exclusivamente á la infantería, lo contradicen expresamente las leyes 3.ª y 4.ª tít. 22, partida 2.ª que hablan de los Almogavares á caballo. Ramon Montaner, escritor de los principios del siglo XIV, que conversó con ellos durante toda la expedicion de Aragoneses y Catalanes en el Oriente, dice que eran unos hombres que regularmente no moraban en las poblaciones, sino que llevaban un género de vida selvática y agreste en los bosques y montes escarpados, donde se habituaban á sufrir con paciencia y resignacion las inclemencias del tiempo, y todas las incomodidades de la vida humana, con un grande ejercicio de caminar á pie. Estas cualidades los hacía muy propios para todas las expediciones que requerian prontitud y ligereza, sin necesitar acopio alguno de comestibles; porque solian caminar tres ó cuatro jornadas alimentándose únicamente de las yerbas del campo. El origen de los Almogavares es tan antiguo, como la invasion de los moros en España, porque habiéndose retirado muchos cristianos á parages inaccesibles para libertarse de la esclavitud, se fueron acostumbrando á la vida montaraz, de que despues hicieron profesion en la milicia.

Dice Montaner que eran hombres feos y desaliñados, y que andaban desarropados para caminar con mas ligereza: calzaban abarcas, sus botines eran lo que se llamó antiguamente *antipaxa*, que solo cubría la espinilla, y sus sombreros eran de cuero de toro trepado. Las armas de esta especie de milicia eran una lanza larga, y algunos dardos llamados *azconas*, los cuales arrojaban con tanta presteza y violencia que atravesaban los hombres y caballos. Por este cúmulo de circunstancias se hicieron formidables á los enemigos de la corona de Aragon, y no habia caballería que les resistiese. Asi se vió en 1297 en la batalla de Catanzaro en la Calábria, en que don Blasco de Alagon, progenitor de los condes de Sástago, que capitaneaba las tropas de don Fadrique Rey de Sicilia, juntamente con el célebre aragonés Martin Lopez de Oliete, derrotó completamente el ejército de Carlos de Anjou llamado el *cojo*, intruso Rey de Nápoles, que era tres veces mas numeroso en caballería que el de don Fadrique; pero de nada le aprovechó esta ventaja, porque, puestos los generales aragoneses á la frente de sus tropas, acometieron con tal denuedo, á tiempo que los Almogavares atacaban por el flanco á la caballería enemiga, que en poco tiempo la desbarataron y destrozaron, haciendo prisioneros á los dos generales del centro y del cuerpo de reserva. El mismo Martin Lopez de Oliete, que fue muy esclarecido por sus hechos de armas, con solo cincuenta Almogavares y algunos de á caballo destrozó en 1287 á un escuadron de caballería francesa á dos leguas de Catania, ciudad principal de la Sicilia.

Los Almogavares hicieron el principal papel en la conquista de Sicilia por el rey don Pedro el Grande de Aragon, cuando los sicilianos lo llamaron en su ayuda para sacudir el tiránico yugo de los franceses, y del pretendido rey de Nápoles y Sicilia Carlos de Anjou hermano de san Luis rey de Francia. Dicho Carlos de Anjou fue el Bonaparte de su tiempo y usurpador de la corona de Nápoles, despues que hizo cortar la cabeza en un cadalso á Conradino, el cual tenia un derecho indisputable á la succesion por su bisabuela doña Constancia, hija de Rogerio III, legítimo soberano de Nápoles y Sicilia; por consiguiente, no pudo comprender á Conradino la

excomunion y exclusion del trono decretada por el Sumo Pontífice contra la Casa de Suecia, siendo evidente que este no derivaba su derecho del emperador Enrique VI, sino de los antiguos reyes Normandos. En esta suposicion parece que fueron vanos los temores de don Jaime II, rey de Aragon, que, por respetos á la Santa Sede, renunció la corona de Sicilia, y aun se coligó con los franceses contra su hermano don Fadrique, cuyo legítimo derecho, reconocido por la nacion Siciliana, defendieron los Almogavares aragoneses y catalanes."
El teniente coronel don Manuel Caballero en su citada obrita, dice que se formó este cuerpo, cuyo uniforme era elegante, y mas todavía sus funciones, porque si iban á los puntos atacados era para celar, ó mas bien para pesquisar.

NOTA 4.

PÁGINA 45, TOMO 2.°

"El mariscal Suchet dice (1) que el quinto cuerpo mandado por el mariscal Mortier habia salido de la Silesia el 8 de setiembre; que el primero de diciembre pasó el Vidasoa para encaminarse á Burgos, pero que recibió órden de marchar al Aragon para reemplazar al sexto cuerpo. Los preparativos de defensa que hacia Zaragoza exigían grandes y poderosos medios de ataque, y aunque Moncey tenia bajo su mando, á una con el tercer cuerpo, mucha tropa de ingenieros y artillería y un gran parque de sitio, necesitaba mas infantería para sitiar y atacar una ciudad grande, poblada, abastecida, determinada á defenderse, y que hacia pocos meses habia contenido á los franceses y precisádolos á retirarse despues de haberse apoderado de una gran parte de su poblacion. El tercero y quinto cuerpos combinados, marcharon sobre la capital el 21 de diciembre. El Mariscal Moncey se apoderó del Monte Torrero que domina la ciudad. El mariscal Mortier atacó el arrabal de la izquierda del Ebro con la division Gazan, segunda del

(1) Memorias del mariscal Suchet sobre sus campañas en España desde 1808 á 1814, tomo 1.° cap. 1.°

quinto cuerpo. La primera que mandaba el mariscal Suchet tomó parte por el pronto en los ataques de la derecha del rio contra el castillo de la Aljafería y la parte del Oeste de la ciudad. Posteriormente el general Junot reemplazó al mariscal al frente del tercer cuerpo; y por último, el mariscal Lannes tomó el mando superior de ambos cuerpos."

"El ejército sitiador, dice el baron de Rogniat (1), se componia del quinto cuerpo, su fuerza diez y siete mil hombres, con orden de tomar parte únicamente en las operaciones indispensables para el bloqueo; y del tercero, compuesto de catorce mil combatientes poco mas ó menos, destinados á ejecutar casi todos los trabajos del sitio. Se habian reunido seis compañías de artillería, ocho de zapadores, tres de minadores, cuarenta oficiales de ingenieros, y un tren de sesenta bocas de fuego."

"Para el ataque de la plaza, dice Daudevard (2), teníamos al tercero y quinto cuerpos del ejército que, con los artilleros, ingenieros, pontoneros y empleados, ascenderían á treinta y cinco mil hombres. Se asegura que el mismo emperador ha trazado las disposiciones generales del sitio en esta forma: El tercer cuerpo se empleará en los trabajos. El quinto, sin tomar una parte activa, cuidará de recorrer las riberas del Ebro, para cubrir á los sitiadores, asegurar los medios de subsistencia y establecer las comunicaciones. La primera division al mando de Suchet arreglará la comunicacion de Madrid, situándose á la parte de Calatayud, y la segunda lo verificará con el general Saint-Cyr, que debe bloquear á Barcelona, atravesando toda la Cataluña. Pero este plan no pudo realizarse porque se vió necesitarse mas fuerzas. Efectivamente el tercer cuerpo, compuesto de los números 14, 44, 115, 116, 117 y 121 de línea, de dos regimientos polacos 1.º y 2.º del Vístula, con la caballería del general Wathier, ascendia de catorce á quince mil hombres, lo cual no era suficiente para bloquear á una ciudad como Zaragoza; y ademas, el general Saint-Cyr estaba

---

(1) Relacion del segundo sitio por el baron Rogniat.
(2) Diario histórico del segundo sitio por Daudevard en la citada carta.

muy distante, y se necesitaba mas fuerza para establecer la comunicacion con aquel ejército.

NOTA 5.

PÁGINA 55, TOMO 2.º

"El ataque del dia 21 se combinó, dice Daudevard (1), segun creo, en esta forma: La division Gazan recibió en Tudela la orden para pasar á la izquierda del Ebro, y la de Suchet para avanzar á Zaragoza. El mariscal Mortier que iba con ella tenia el 13 su cuartel general en Alagon. El 20 llegó á Utebo, y el 21 se arrimó á la ciudad. Despues de hacer algunos reconocimientos, se situó en los olivares inmediatos al convento de San Lamberto, apoyando su izquierda en el Ebro y la derecha con el tercer cuerpo. Tuvieron algunas escaramuzas, y se replegaron las avanzadas. El tercer cuerpo siguió por la derecha del canal imperial, superando el Huerva desde el punto que ocupaba la primera division del quinto hasta la ribera derecha del Ebro. Tal fue la direccion de los dos mencionados cuerpos para caer sobre Zaragoza. La division Gazan se encaminó por Tauste á la villa de Zuera, y el cuartel general pernoctó el 20 en Villanueva, distante unas tres leguas de Zaragoza, poniéndose en marcha la mañana del 21. El general tenia sin duda orden de atacar sin demora, y por ello ni pudo cerciorarse del terreno, ni de las posiciones y medios de defensa del enemigo. Debia atacar el arrabal para tomarlo á la primera embestida, pero debia esperar igualmente que rompiese el fuego en la derecha para atacar á Torrero, aunque era mas importante el ataque de la izquierda. El punto de Torrero podia defenderse, y quizás con otras disposiciones se hubieran podido hacer prisioneras á las tropas que lo guarnecian; pero se salvaron, y por aquella parte quedó todo concluido. Ocupada por consiguiente la Casa blanca, avanzaron hasta la torre de la Bernardona, y ya no ocurrió nada de parti-

(1) Diario histórico del sitio de Zaragoza, carta de primero de enero de 1809.

cular. Pasemos ahora á referir lo que ocurrió á la izquierda. El general Gazan hizo marchar al 10 de Húsares de vanguardia por las inmediaciones ó pendientes de las colinas. El coronel Briche que la mandaba destacó algunos piquetes que al momento dieron con las centinelas enemigas. Los que guarnecian los sitios avanzados se retiraron á nuestro arribo, y se replegaron hasta las inmediaciones de la ciudad. La division hizo alto en los montes de Juslibol, y se atacó la columna por regimientos. Por de pronto se empeñó la primera brigada, y luego la segunda, á excepcion del batallon 103 que se quedó de reserva. Tomada la torre de Lapuyade, avanzaron los cazadores hasta la línea en que el enemigo tenia sus atrincheramientos: reconocieron un gran reducto que cortaba el camino y la línea que á derecha é izquierda habian formado, y algunas de las casas ó torres que era indispensable ocupar, y se conoció la inexactitud de los datos que se habian dado. Apoderados de los primeros reductos y mencionados edificios, llegaron las tropas hasta ponerse bajo el fuego de las casas avanzadas de los arrabales y puestos que formaban su segunda línea; pero se tropezó con nuevos fosos, muros y reductos que superar. La proximidad de la noche, lo precipitado de la marcha, el ver cubiertos los primeros reductos de cadáveres, que las fuerzas del enemigo eran de consideracion, que se descubria una nueva línea de reductos que era preciso tomar, unido á la extension del arrabal, y suponiendo que cada casa, aun cuando se entrase en él, seria una nueva fortaleza; todo esto influyó para que el general abandonase la empresa, pues, de continuarla, hubiese perecido la mitad de la division sin conseguir el objeto. Efectivamente, la primera brigada experimentó una pérdida horrorosa, especialmente del 21. Se condujeron los heridos á Juslibol y la restante tropa tuvo que acamparse en la misma posicion que habia tomado por la mañana. En esta jornada perdimos seiscientos cincuenta soldados, veinte y ocho oficiales y dos gefes de batallon entre muertos y heridos. El cuartel general se estableció en Villanueva. Si se reflexiona, amigo, sobre el modo con que este ataque se ha combinado, se conocerá que, no habiendo defendido el enemigo la posicion de Torrero, debian haberse dirigido otros ataques

por aquella parte sobre la ciudad para continuar la diversion, porque, viendo no les incomodaban por aquel lado, y suponiendo que, habiendo atacado aquella altura tanta gente, seria mayor la fuerza que venia por la parte del arrabal, á causa de ser una empresa mas árdua, reforzaron este cargando fuerzas extraordinarias; por manera que, con menos de siete mil hombres, atacamos á mas de veinte mil perfectamente atrincherados y con mucha artillería. Si se hubiese conocido el terreno, se habria atacado vigorosamente por la izquierda, y tambien por el convento de Jesus, y luego al de San Lázaro que, estando inmediato al puente, hubiera proporcionado cortar la comunicacion, y apoderarse enteramente del arrabal.

NOTA 6.

PÁGINA 75, TOMO 2.°

Estado *de los muertos y heridos que hubo en la salida del 31 de diciembre de 1808, segun el parte que dió el brigadier comandante don Fernando Gomez de Butron.*

Reales guardias Españolas: el abanderado don Pedro Pastor y nueve heridos.

Reales guardias Walonas: un cabo, cuatro soldados muertos y catorce heridos, entre ellos el alferez don Alberto de Suelves.

Suizos de Aragon: un herido.

Granaderos de Palafox: tres heridos.

Primer batallon de Huesca: el capitan don Antonio Morera y el teniente don Joaquin Borgoñon, heridos; el capitan don José Sierra y el subteniente don Paulino Domenec, contusos; un sargento, un cabo y dos soldados muertos, y treinta y seis heridos.

Voluntarios de Cataluña: dos heridos.

Caballería: El capitan de Dragones del Rey don Juan de Pen, contuso.

Fernando Séptimo: el cadete don José Bermudez, herido un soldado muerto, y diez y siete heridos en general.

NOTA 7.

PÁGINA 110, TOMO 2.°

Excelentísimo señor. = Don Nicolas Henarejos, capitan del batallon de tropas ligeras de Floridablanca, y como comandante que soy de la Lancha de fuerza nombrada *nuestra Señora del Portillo*, participo á V. E. que, consiguiente á su orden para que dedique todos mis desvelos á incomodar y hacer el posible daño al enemigo, salí á las dos y media de la tarde de este dia con dicha mi lancha agua arriba, disponiendo que los individuos que tiraban de la sirga llevasen sus fusiles á la espalda, y que el cañon y obuses fuesen en disposicion de hacer un pronto fuego, con todas las demas precauciones conducentes á evitar toda sorpresa. En efecto, al llegar frente al Soto de Mezquita y de la batería que el enemigo tiene á espaldas del castillo, hice amarrar la lancha. La tripulacion, que es aragonesa, salió ácia dicho bosque, batiendo con el mayor denuedo á los franceses que en él habia, los que, á pesar del corto número de que se componia dicha tripulacion, fueron rechazados hasta mucha distancia, retirándose aquella convencida del buen resultado de la accion. Luego que se rompió el fuego de la artillería, correspondió el enemigo con solo tres balas rasas, una despues de otra, las que pasaron la primera muy baja por encima de la lancha, y las otras dos á muy corta distancia de ésta, lo que me hizo creer se hallaba ya imposibilitado de continuar el fuego, mas no podia advertir en razon de la niebla el daño que se les causaba: seguí el fuego, variando algo la puntería á fin de recorrer toda la batería enemiga, hasta que, concluidas todas las municiones, se me hizo indispensable partir en retirada, la que auxilió con un pronto fuego la batería de Sancho.

Igualmente hago presente á V. E. que don José Bernal, subteniente del expresado batallon de Floridablanca, don Juan Puch, interventor de la real Salina, y don José Diaz Teran, fiel del peso de la misma, conducidos por su patriotismo, me acompañaron en la salida; el primero se distinguió haciendo

un vivo fuego con uno de los cañones: y los otros dos dirigiendo á la tripulacion en el bosque. Todo lo cual hago presente á V. E. para su inteligencia y satisfaccion. Cuartel general de Zaragoza 15 de enero de 1809.=Excelentísimo señor.= Nicolas Henarejos.

NOTA 8.

PÁGINA 120, TOMO 2.°

Los paisanos continuaron saliendo á tirotear á los franceses que trabajaban en abrir sus paralelas, y por eso Mr. de Daudevard en su Diario histórico, carta 13 de enero, dice lo siguiente: "nuestros soldados tienen orden de no tirotear. Los españoles son perezosos, no gustan pasar las noches en blanco, y nosotros dormimos mejor; pero por la mañana despues de tomar el chocolate y de comer, vemos acercarse á la línea á algunos paisanos con su fusil debajo de la capa, y se entretienen en hacer fuego á los centinelas. Entre ellos hemos visto á algunos monges con hábitos blancos, y un dia llegó un clérigo con su ropa talar y un crucifijo en la mano hasta los puestos avanzados; y comenzó á exhortar á los soldados, diciéndoles con mucho fervor, que sostenian una mala causa y otras cosas: pero apénas le dispararon algunos fusilazos se retiró á la ciudad." En la del 13 de febrero dice: "los religiosos y las mugeres pelean contra nosotros: se ven á la cabeza de los combatientes frailes con el sable en una mano y el crucifijo en otra arrostrar los mayores peligros; y á las mugeres servir las baterías y animar al soldado en medio de una lluvia de balas y granadas."

NOTA 9.

PÁGINA 124, TOMO 2.°

El mariscal Suchet, que supo apreciar mas que otro alguno el mérito de la resistencia, constancia é intrepidez española, formó un alto concepto del caracter aragonés, dice en sus

Memorias que cuando no salian los habitantes de los pueblos á combatirlos, se dedicaban á contar su fuerza con una perseverancia imperturbable, y en prueba de ello refiere: que en el mes de enero de 1809, época en que estaba la animosidad contra los franceses en toda su fuerza, se mandó desde Calatayud á un pueblo inmediato para que hiciese un sencillo reconocimiento, y con orden de no cometer hostilidades, á el batallon 34 de línea, regimiento de la division Suchet. Cuando llegó estaban los habitantes, segun costumbre, tomando el sol extramuros, y se detuvieron embozados silenciosamente á ver desfilar la tropa. El gefe del batallon, al ver reunida una poblacion numerosa, dejó prudentemente á la tropa sobre las armas, preguntó por el alcalde y despues de tomar algunas disposiciones, entró en el pueblo. El comandante fue á casa del alcalde, y le pidió víveres ó raciones para el batallon. Tenian la costumbre los oficiales de exagerar; ya para imponer, ya para asegurar á la tropa con ventajas su subsistencia. Pidió, pues, mil raciones para la infantería y ciento para la caballería: "yo sé (le dijo el alcalde) que debo dar raciones á vuestros soldados, pero no aprontaré sino setecientas ochenta para la infantería, y sesenta para la caballería"; y efectivamente este era el número exacto de los de á pie y á caballo.

NOTA 10.

PÁGINA 127, TOMO 2.°

Señor general. — El bien de la humanidad me precisa á intimar á V. la rendicion de la plaza, antes de reducirla á cenizas. Ya ha podido V. advertir que tengo cuatro veces mas fuerzas de las que necesito para apoderarme de ella con un asalto (1). Voy á representar en dos palabras la situacion en que V. se halla. El ejército inglés ha sido completamente

(1) Se conoce que el señor mariscal ignora totalmente las reglas de la lógica, y es un pobre hombre si no conoce que mas le importaría apoderarse de una ciudad íntegra, que reducirla á cenizas, de la que no podría sacar utilidad alguna.

derrotado, y se ha visto precisado á embarcarse en la Coruña: le hemos cogido toda su artillería y equipage con siete mil prisioneros y tres mil caballos (1). Las tropas del marques de la Romana se han rendido con sus generales á la frente. Este general se embarcó solo con los ingleses (2).

El mariscal Victor ha hecho diez y ocho mil prisioneros de tropas de línea al señor duque del Infantado el 13 del corriente en Uclés: le ha cogido ademas cuarenta y dos banderas y toda su artillería. ¡*Risum teneatis amici*!

V. habia armado algunos millares de paisanos de la parte de Pina y Perdiguera, que han sido destrozados por nuestras tropas, muy pocos se han escapado á la montaña, los restantes han sido muertos ó prisioneros (3).

Señor general, todo lo que contiene esta carta es la pura verdad, y lo aseguro á V. á fe de hombre de bien. Si, á pesar de esta exposicion, persiste V.ª en defender la plaza, sería muy reprensible. Considere V. con reflexion que sus cien mil habitantes serian la víctima de una obstinacion imprudente (4).

---

(1) Para tener noticia comprehensiva de esta imaginaria y desatinada victoria, seria conveniente que nos dijera en qué parage se ha dado la batalla, porque si ha sido en las cercanías de Madrid, donde los franceses habian reunido sus fuerzas, no se alcanza como pudieron retroceder los ingleses ochenta ó noventa leguas hasta la Coruña, sin hacerse fuertes en los montes del Cebrero. Otra dificultad se ofrece aun á los que ni son militares, y deseamos que el señor mariscal la disuelva. Se reduce á que puestos en retirada los ingleses en dicha plaza no tenian necesidad urgente de embarcarse, antes bien todas las razones políticas y militares les persuadian á permanecer en ella para su defensa y la del Ferrol. Fuera de esto les hubiera sido mas facil y conveniente el retirarse bajo el cañon de la plaza de Almeida.

(2) Este mentiron corre parejas con los sesenta mil prisioneros españoles, que anunció Bonaparte en el Diario diez de su ejército, que dió tanto que reir á las personas sensatas de París. Este torpe y abominable estilo de mentir lo descubre desde luego una vergonzosa contradiccion en solas dos líneas, porque, si el marques de la Romana se rindió prisionero al frente de las tropas, no pudo embarcarse solo con los ingleses. Es tambien digno de notarse que no se hable de Napoleon, ni de su permanencia en Madrid, ni de las proclamas que indefectiblemente hubiera hecho circular por toda España.

(3) ¿Por qué no nos enviaba un par de ellos el mariscal para acreditar su ridículo y pretendido triunfo?

(4) ¡Vaya que el señor mariscal hace alarde de las nociones exactas que

El mariscal Lannes duque de Montebello (1), comandante en gefe de la Navarra, Aragon, y del ejército delante de Zaragoza. = Lannes.

NOTA II.

PÁGINA 161, TOMO 2.°

La casa aislada, dice el señor Caballero en su citada obrita (2), única que los sitiadores trataron de ocupar para llegar á la puerta Quemada, se defendió con el mayor encarnizamiento. El enemigo se internó el 29 de enero por la tarde en la cocina á favor de un petardo; pero los sitiados abrieron en los tabiques del comedor agujeros, por los que hacia fuego el primero que podia situar su fusil; al mismo tiempo les arrojaban granadas de mano por la chimenea: el fuego de fusilería se esparció de una estancia en otra: en la cueva se disputaron el terreno para hacer hornillos y cargarlos de pólvora: en fin, despues de dos dias de combate, el 31 abandonaron los franceses esta empresa, y quedaron los sitiados dueños de aquella fortaleza. Los franceses, dice en otra parte, tenian que sostener tres choques para apoderarse de las casas. Uno para aproximarse y entrar en sus umbrales; otro para ir ganando las estancias superiores, á pesar del fuego que se les hacia desde los graneros y por los tejados; y últimamente cuando unos ú otros las volaban, no podian afianzarse en las ruinas, porque desde las inmediatas que quedaban intactas se les hacia un fuego terrible. Para salvar este inconveniente calcularon los sitiadores la carga de los hornillos para que abriesen brecha sin derribar las casas, pero inútilmente, porque los defensores las incendiaban antes de abandonarlas. La solidez

---

tiene de la Geografía de España, y asi para lo sucesivo enmendaremos la idea equivocada que se tenia de la poblacion de Zaragoza!

(1) Se puede apostar que de aqui á dos años no le darán media peseta por el tal ducado.

(2) Relacion de los dos sitios de Zaragoza por el teniente coronel de ingenieros don Manuel Caballero.

de los edificios hacia que el fuego obrase con mucha lentitud dando lugar á los defensores para fortificarse en los de la espalda. Sin embargo, procuraban embadurnar las puertas y maderas de los techos con resina, betun y otras materias combustibles (1) que sirviesen de pábulo á las llamas, de modo que, para cortar el fuego, tenia que exponerse el enemigo á una lluvia de balas.

NOTA 12.

PÁGINA 170, TOMO 2°.

"Excelentísimo señor. = Señor: Deseoso de contribuir eficazmente por todos medios al mejor servicio de la tan justa causa que defendemos, y de ir acreditando á V. E. con las obras cuanto tuve el honor de manifestarle antes de ayer mañana, debo decir á V. E. que en la orden del cuerpo que me honra, entre otras cosas previne ayer lo que copio: = "Los contínuos desvelos, el acreditado interés, é infatigable celo de nuestro tan digno general en gefe, no bastan para aumentar los fondos que necesita la tesorería para subvenir á todas la atenciones del ejército en las actuales circunstancias de esta plaza, y con particularidad al suministro de pagas y sobras de los señores oficiales y tropa. La indigencia en que se hallan todos los individuos de este cuerpo que me honra me puso en la necesidad de prevenir en la orden del dia 25 del mes anterior, que los señores oficiales sacasen diariamente racion de etapa igual á la del soldado; á su consecuencia se ha formado un rancho en el que soy comprendido; y deseoso de contribuir eficazmente por todos medios al mejor ser-

(1) El traductor de la mencionada obra M. L. V. Angliviel de la Beaumelle, refiere en una nota que un soldado francés observó á dos paisanos que estaban dando resina á las maderas de una estancia, y que no comprendiendo el objeto, se figuró que se entretenian en pintarla. Llamó á sus camaradas, y se pusieron todos á contemplarlos sin disparar un tiro; pero advertidos los paisanos por sus risadas del riesgo que les amenazaba, trasladaron su taller de pintura á otra parte para ocultarse de la vista y balas de semejantes curiosos.

vicio de la justa causa que defendemos, y á los auxilios de mis recomendables subordinados, no obstante no haber percibido mis pagas desde el mes de noviembre próximo pasado, ni las raciones de campaña que me han correspondido y tengo devengadas, desde que se declararon en el ejército de Valencia, y de este reino, á donde tenemos el honor de servir; desde este dia hasta que agote mis últimos recursos suministraré á todos los soldados y cabos que esten aptos para tomar las armas y hacer su servicio un real diario, á los sargentos dos, y á todos los señores oficiales cuatro, á fin de que, unido este corto auxilio al de los ranchos de etapa, puedan ser soportables nuestras constantes fatigas, hasta que logremos sacudirnos de la opresion de nuestro obstinado enemigo, que venceremos con el favor del Señor, y mediacion de la patrona de esta plaza nuestra señora del Pilar. Los señores capitanes y comandantes de compañía me pasarán en el dia de mañana una lista igual á las de revista, especificando á su margen el destino de todos sus individuos. Respecto á la corta fuerza efectiva del cuerpo para poder tomar las armas en las actuales circunstancias, y á fin de aumentar el número de esta, se arrancharán todos los cabos y soldados, é igualmente en otro rancho todos los sargentos: = Cuartel general de Zaragoza 4 de febrero de 1809. = De Leyva = Lo que participo à V. E. para su debida inteligencia. = Nuestro señor guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Zaragoza 5 de febrero de 1809. = Excelentísimo señor. B. L. M. de V. E. = Manuel de Leyva y de Eguiarreta. = Excelentísimo señor don José de Palafox."

NOTA 13.

PÁGINA 171, TOMO 2.º

Los militares manifestaron por esta época que la defensa habia llegado ya al grado de heróica, y que no se veía medio ninguno para salvar la ciudad; pero la idea de que los gefes del paisanage no consentirían el que se capitulase todavía, sofocó enteramente sus indicaciones. Hablando de este particular el señor Caballero, en su citada relacion dice lo siguiente: "Con efecto, se habia ejecutado cuanto exigían las leyes del honor. Los sitiados habian sostenido diferentes asaltos; el enemigo se habia introducido y establecídose en la plaza; no habia ninguna esperanza fundada de que ésta pudiera ser socorrida; la artillería desbarataba los parapetos, las minas volaban los edificios, las bombas llegaban á los sitios mas distantes, y la terrible epidemia se hallaba difundida por los recintos que estaban menos expuestos á la desolacion que ocasionaba la guerra; y sin embargo, la guarnicion y el pueblo continuaron impávidos defendiéndose. La ordenanza de 1801 previene que, cuando el enemigo se haya llegado á establecer sobre la brecha, si el gobernador de la plaza cree exceder los límites de una defensa honrosa y elevarla á la clase de heróica, defendiendo las calles y las casas, se hará acreedor al reconocimiento del gobierno; pero los aragoneses, siempre inflexibles, si reflexionaban sobre su miserable estado, era solo para aumentar su valor y desesperacion, y aunque veían que su pérdida era inevitable, no creían su honor satisfecho, teniendo presente habian jurado sepultarse antes bajo las ruinas de la ciudad. Desechadas las ofertas de la capitulacion, su resolucion noble y uniforme manifestó al mundo entero cuan reducidos eran los límites que se habian designado á la defensa de las plazas, y hasta qué punto puede prolongarla la determinacion enérgica de *morir antes que rendirse*." El general don Luis Gonzaga de Villava, comandante de artillería, en su impreso fecha 20 de agosto de 1809, se produce en estos términos: "Viendo los gefes facultativos en pri-

meros de febrero que la catástrofe de Zaragoza tenia poco remedio, y que en todo el tiempo no se habia hecho una Junta de guerra, ni la mas leve consulta, pidieron por escrito á Palafox se congregase segun lo prevenido por el artículo 24, título 5.°, tratado 3.°, tomo 4.° de las *Reales Ordenanzas*, añadiendo que su objeto no era otro sino el de cubrir su responsabilidad bajo su firma, y que S. E. era árbitro de determinar lo que le pareciera, despues de oir á los gefes, quienes estaban prontos á cuanto resolviese; pero esta séria exposicion no tuvo siquiera la fortuna de ser contestada. Continuaron las desgracias, porque los franceses, dueños ya desde aquellos dias de varios puntos y barrios de la ciudad, se apoderaban de las casas, y minaban, pereciendo en las voladuras, todos los dias las bizarras tropas dignas de suerte mas gloriosa en discreta y racional guerra."

NOTA 14.

PÁGINA 196, TOMO 2.°

El ataque principal contra la última casa de la manzana inmediata á la puerta del Sol ocurrió el 14 de febrero. Los defensores que la guarnecian estaban bajo las órdenes del subteniente de Voluntarios Cazadores de Valencia don Pedro Agustin de Xipell. Este valiente militar que, despues de haberse hallado en la defensa del fuerte de San José, se le destinó á dicho punto y quedó herido en la cabeza en el choque del 27 de enero, defendiendo la casa que se hallaba fortificada al frente de la batería de las Tenerías, dió en este dia una prueba muy singular de su valor y energía. Volada por los sitiadores una parte de las casas de dicha manzana, apareció Xipell despues de la explosion, colgado de una cuerda atada á una viga de un tercer piso medio derruido. En esta actitud tan peligrosa, pues era el blanco de los enemigos, exhortaba á sus compañeros de armas á la defensa con el mayor entusiasmo. Esta ocurrencia tan extraordinaria llamó la atencion de unos y otros combatientes, en términos que se suspendió el fuego, y los sitiados, despues de emplear media hora en

proporcionar medios para salvarle, lo consiguieron, y Xipell continuó con el mismo teson en la defensa de la voladura.

NOTA 15.

PÁGINA 200, TOMO 2.°

Habiendo pedido Palafox noticia de los puntos de que se componia la línea que tenia el comandante Leyva á su cargo, con expresion de los individuos de tropa y paisanos que los defendian, lo ejecutó en esta forma:

Estado *de los puntos que se hallan en la línea de mi cargo, con expresion de los individuos que los guarnecen.*

PUNTOS.	Señores oficiales.	Sargentos.	Cabos.	Soldados.	Paisanos.	Total.
Brecha en la casa de la Morería junto á S. Francisco.	..	..	1	4	5	10
Brecha del Noviciado, de S. Francisco, y jardin de Sástago.	..	2	2	18	14	36
Brecha de casa de Sástago.	1	1	1	18	12	33
Batería del Coso, esquina del Trenque.	1	1	2	5	14	22
Jardin y torre de Fuentes.	1	..	..	..	13	13
Casa de idem.	1	1	1	13	..	15
Convento de S. Camilo.	..	..	..	..	11	11
Casas del rincon de la Morería cerrada.	..	..	..	..	11	11
Batería de la plaza de las Estrévedes.	1	1	..	4	..	5
Batería de la entrada de la Albardería.	..	1	1	3	..	5
Convento de Santa Fé.	..	..	..	..	8	8
Totales.... 11....	5	7	8	65	88	169

Nota. Los individuos de tropa son de los cuerpos siguientes: artillería dos oficiales, tres sargentos, tres cabos y doce

soldados. Regimiento del señor infante don Cárlos: dos sargentos, dos cabos y diez y ocho soldados. Id. de fusileros del reino dos oficiales, dos sargentos, tres cabos y treinta y cinco soldados. Un oficial retirado. = Cuartel general de Zaragoza 17 de febrero de 1809. = El comandante de los expresados dá parte al excelentísimo señor capitan general no haber ocurrido otra novedad que la de haber sido herido un soldado de fusileros, y haberse muerto á dos franceses en la brecha del Noviciado, é igualmente de haber entrado por la brecha de la casa de la Morería hasta la sacristía de la capilla de la Sangre de Cristo, de donde se han sacado á nuestro Señor en la cama ó sepulcro, junto con varios efectos, y reconocido el sitio á donde se hallan los Pasos de Semana Santa, hasta cuyo parage se rechazó al enemigo. Cuartel general de Zaragoza fecha *ut retro*. = Excelentísimo señor. = Manuel de Leyva.

NOTA 16.

PÁGINA 204, TOMO 2.°

ESTADO *de la fuerza total que en los dias* 16 *y* 17 *de febrero de* 1809 *habia en los puntos del arrabal, principal ó vivac, y guarnicion de Zaragoza.*

DIAS.	Fuerza total.	Enfermos.	Ocupados en la mecánica.	Id. en comisiones.	Fuerza disponible.
En 16	20.563	12.740	1.565	2.520	3.818
En 17	20.341	12.460	1.565	2.529	3.879

NOTA 17.

PÁGINA 208 TOMO 2.º

La descripcion que Daudevard hace en la carta á su amigo Felix... fecha 23 de febrero de su diario histórico, de la conquista del arrabal, es muy detallada y contiene particularidades dignas de saberse: "Al amanecer, dice, se pusieron las tropas sobre las armas y se colocaron en las trincheras. El ataque principal debia darse por la izquierda del camino de Barcelona, contra los costados del convento de Jesus. A la derecha del camino se habia abierto una lijera zanja, con el fin de aproximarse á un gran reducto que los sitiados habian construido. Nuestros fuegos se dirigian indistintamente sobre el arrabal para desalojar de él á los habitantes, y hacer callar los de sus baterías. Se asestaron cuatro grandes morteros contra el suntuoso templo de nuestra señora del Pilar, y seis piezas de á veinte y cuatro, que hacian fuego sobre la ribera y el puente. Guarnecidos los conductos ó zanjas, y todo dispuesto, rompió á la vez el fuego de las baterías y continuó á discrecion. Sesenta bocas lanzaban casi á un tiempo sobre los arrabales, aterrando el ánimo de los Españoles, la desolacion y la muerte. No es facil describir con exactitud esta escena. Figúrate estar sentado en un dia tempestuoso sobre las nubes que despiden el trueno, y que allí cercano oyes las redobladas sacudidas del rayo; y apenas podrás formar una idea muy débil de aquel horrible y magestuoso estruendo. Ya se percibian los tiros secos de los cañones, ya el sonido agudo de los morteros, ya el silbido de los obuses de la plaza, ya el esparcimiento de la metralla, ya las bombas estallando con un ruido espantoso é incendiando los edificios. La diversidad de los sonidos, la idea de la muerte que cada estrépito excitaba, la densidad del humo, el olor de la pólvora, las llamas de las casas incendiadas, los ayes de los heridos, la vista de los cadáveres; todo formaba en aquellos momentos un espectáculo imponente y terrible. El horror lo aumentaba el silencio que en algunos intérvalos se notaba, y formaba un contraste

con el estrépito, que hacia temblar la tierra. Esta música infernal, pasada la primera sensacion, producia en medio del espanto, un no sé qué en los oidos del soldado, que exaltaba su corazon guerrero y acrecentaba su valor. Este fuego duró solo dos horas y media. Comenzaron á avanzar los tiradores, y el fuego enemigo que habia obrado con viveza cesó igualmente. Mi batallon debia marchar á las órdenes del capitan Clergé que mandaba los zapadores de nuestro cuerpo. Avanzamos por compañías, y nos apoderamos de un molino que habia al extremo izquierdo, aunque con bastante pérdida, por que teníamos que sufrir el fuego de la ribera opuesta, junto á una casa cuyas tapias fue preciso derribar para ir á la inmediata, y de alli pasar á un molino de aceite en el que murieron bastantes españoles, y tambien de los nuestros (1). Sostenidos siempre por la artillería, fuimos avanzando de casa en casa por unos pasos tan estrechos, que dos fusiles encarados bastaban para contenernos. En prueba de ello voy á referirte un hecho que heló la sangre de mis venas, y te hará ver de lo que depende á las veces nuestra existencia. Habiendo llegado á una puerta estrecha que daba á un corredor, fuimos detenidos por dos españoles que, situados á derecha é izquierda, tiraban oblicuamente cruzando sus fuegos. ¿Qué hombre osado se hubiera atrevido á pasar el primero? Coloqué mis soldados en igual forma, y de una y otra parte se meditaba cómo matar al enemigo. Nos tiroteamos bastante rato inutilmente, cuando apareció Mr. Bonnard, oficial del regimiento, que, habiendo hallado salida por lo alto de la casa, bajó al corredor en que estaban los españoles, los cuales, creyendo que venia mas gente, huyeron por el otro extremo. El humo nos impidió ver su fuga, y avan-

---

(1) Para que formes idea del caracter de firmeza y exaltacion de los españoles, te diré que habiendo hecho prisionero en esta casa á un joven que nunca habia servido hasta aquellas ocurrencias, se le observó tal calma y entereza, á pesar de verse rodeado de los cadáveres de sus compañeros en un momento en que pudo ser muerto á bayonetazos, que lo hallamos comiendo unos peces que traia en el bolsillo. En seguida se dirigió con ademan brusco á un oficial á quien secamente pidió que mandase le devolvieran el capote que le habia cogido un soldado, y que si no se quejaria al general.

zándose el oficial para incorporarse con nosotros creyendo los soldados seria español, se prepararon para tirarle. Uno de ellos apunta, sale fogon y reconoce al oficial que no habia podido ver por el mucho humo. Te aseguro experimenté una comocion dificil de explicar, y no pude menos de admirar el modo con que se salvó casi milagrosamente, pues aquel soldado habria tirado treinta fusilazos y solo aquel le falló. Era preciso romper los tabiques y tapias cuando no se hallaba salida, y así fue como salvamos las baterías enemigas y dejamos inutilizada toda su línea de defensa, hasta llegar al convento de san Lázaro, que está á nuestra izquierda junto al puente de piedra. El capitan Clergé lo dirigia todo con una calma que no podia menos de comunicarse á los demas, y es la prueba del verdadero valor. Todo esto lo ejecutaron las tres primeras compañías de mi batallon; luego vino á reforzarnos otra, y despues una del veinte y ocho. Resolvimos romper la pared de la iglesia para entrar en ella, y desde la bóveda nos hirieron muchos soldados. Nada hay mas peligroso que este modo de hacer la guerra por los edificios. De todos lados nos hacian fuego. Nos tiroteábamos en los aposentos, en las puertas, en las escaleras, y asi fuimos recorriendo el convento. Al salir de la iglesia vimos una muger que con un niño en los brazos bajaba la escalera, y apenas concluyó, cayeron ambos traspasados de las balas que unos y otros tiraban incesantemente. La humanidad nos abandona, querido Felix en semejantes casos. Con el ardor de la lucha, apenas hicimos alto en aquel espectáculo. Al salir del convento hallamos como en otros parages un cañon de corto calibre en la calle, y lo recogimos. Descubrimos la cabeza del puente y avanzamos seis ó siete oficiales. Luego nos siguieron los soldados y comenzamos á atrincherarnos con sacos á tierra, formando una muralla para libertarnos de la metralla que despedian dos piezas colocadas sobre la puerta del Angel. Desde aquel momento quedamos ya dueños del arrabal. Apenas hallamos gente en las casas: pero divisamos por la ribera una muchedumbre de soldados y paisanos que no habian podido pasar el puente arrojados sobre la derecha por nuestra tropa. De estos rindieron las armas á la primera brigada como tres

mil hombres. Una gran porcion de mugeres y paisanos pasaron en dos barcas al lado opuesto, en el que habia muchos espectadores de nuestro triunfo, y á quienes se tiroteó con viveza. El resultado de esta jornada fue tomar el arrabal, ocupar diez y seis piezas de artillería, y hacer de tres á cuatro mil prisioneros, no obstante habernos figurado que el enemigo haria mas resistencia, pues habia tropas formadas en batalla en las plazas y puente para rechazarnos. El terror habia llegado á su colmo, bien fuese por los estragos del bombardeo, ó por el modo improvisto con que se les atacó. Este suceso fue mas brillante por sus resultados que por las dificultades, porque, aunque no carecia de ellas, se disminuyeron por la pericia con que se tomó destruyendo todos los medios de defensa, y esto sorprendió y confundió al enemigo en términos que, antes de ponerse á la defensa, vió su línea enteramente cortada. Sin duda esperaba un ataque de frente, y entonces hubiese hecho mas resistencia. Esta gloria se debe al general Gazan, pues con menos de seiscientos hombres tomó un arrabal defendido por seiscientos y con mucha artillería. Dícese que el mariscal Lannes queria se atacase por columnas, lo que hubiera dado al enemigo unas ventajas extraordinarias; y que el general Gazan le repuso lo dejase á su cargo. En estos dos distintos modos de atacar, se percibe la diferencia que hay entre una audacia impetuosa y el valor reflexivo. Nuestra pérdida fue muy considerable, atendido el número, pero corta con respecto á oficiales. Es preciso hacer justicia á nuestros soldados. No se mostraron tan sanguinarios como era de creer, y algunos gefes los reprendieron porque no habian muerto bastantes españoles. En este dia presencié un hecho que no se me olvidará jamás. Cuando la metralla y las balas caían como el granizo sobre la esplanada inmediata al puente, vimos salir del convento de Altavas, á una religiosa anciana, la cual se adelantó ácia nosotros con un crucifijo en la mano. Tendria unos setenta á ochenta años. Su cabeza cubierta de canas, la calma y serenidad que se descubria en su semblante, unido al trage religioso en medio de tanto horror y estrago, formaba un contraste sorprendente. Pedia con ademan interesante, pero tranquilo, se la dejase pasar por el puente.

Ni hacia caso de la muerte que la rodeaba por todas partes, ni la imponia el estrépito, ni la arredraba la vista de los cadáveres. Parecia sostenida por un poder sobrenatural. No puedes concebir la impresion que me hizo esta buena religiosa. La serenidad que se descubria en todos sus ademanes, tenia no sé qué de imponente; y como si estuviese animada de un rayo de la divinidad, producia una santa sorpresa. Esto prueba, mi querido Felix, la fuerza que tiene la religion sobre los que la respetan, sin internarse con una criminal curiosidad á querer profundizar sus misterios. La condujeron á presencia del general, y con esto la libertaron del peligro que la amenazaba. Nos relevaron tropas de refresco, y ya puedes figurarte como dormiría despues de tamañas fatigas, teniéndome por afortunado en no haber ido á descansar hasta la resurreccion de todos los seres. Por la mañana, cuando iban á continuarse los trabajos, el general Palafox envió un parlamentario para ganar tiempo, pero se desecharon sus proposiciones. El 20 recorrimos el arrabal, y se continuaron los trabajos por la ribera del Ebro. Habia dispuestas varias minas para volarlas el dia inmediato, lo cual hubiera producido un efecto espantoso: pero felizmente no se realizó, porque la Junta envió á capitular á sus diputados. El mariscal Lannes, que no gustaba de dilaciones, les intimó que, si la ciudad no se rendia á discrecion, iba sin demora á asaltarla. Efectivamente, estábamos ya dispuestos, porque, mientras duró el ataque del arrabal, las tropas de la otra parte habian tomado varias casas hasta las inmediaciones del puente de piedra, de modo que no habia que hacer otra cosa sino pasarlo para reunirnos; y verificado, era consiguiente apoderarnos de la ciudad. El 21 habemos ocupado las puertas y los puestos de guardia. La guarnicion ha desfilado por una de ellas, y dejado las armas delante del ejército. Asi es como despues de dos meses de sitio, cincuenta y dos dias de trinchera abierta delante de la ciudad, diez en los arrabales y veinte y cuatro combates dentro de las casas, se ha rendido al fin esta capital que podia aun habernos entretenido algunos dias. Sin embargo, nos ha obligado á permanecer bajo sus muros tanto tiempo como pudiéramos haber estado bajo las

fortificaciones de una plaza de primer orden, y solo se ha sometido en el último apuro. Los habitantes y soldados están medio muertos de fatiga y del peso de las enfermedades. Una epidemia terrible reina en todos los ángulos, y hace perecer diariamente á un gran número; pero no pasemos adelante, y en la inmediata te hablaré del arrabal, de la ciudad y de sus habitantes." No es menos curiosa la de fecha del veinte y seis del mismo mes. "Paredes, dice, salpicadas de balazos, casas arruinadas por las bombas, otras incendiadas, algunas aisladas por haberse librado de la destruccion, cadáveres que infestaban las calles, unos esparcidos por las escaleras y cuevas, y otros sepultados entre las ruinas, obstruido el tránsito por las zanjas y escombros: tal era el aspecto que ofrecia el arrabal cuando regresaron sus moradores. Los que quedaron salvos salieron el 21 de la ciudad para restituirse á sus casas. Parecian sombras lívidas, que volvian de la mansion de los muertos. Una multitud de gentes de ambos sexos y de todas edades fueron á reconocer sus habitaciones. El hijo iba apoyado de la madre, que estaba tan débil como él. Jóvenes muy interesantes excitaban, con su aire lánguido y moribundo, la compasion y el dolor. Este es el espectáculo que presencié. Bien presto se separó cada uno. Quién buscaba su casa entre una porcion de ruinas: quién, arrasados los ojos, contemplaba el sitio que ocupó la suya cubierto de cenizas y despojos: alguno, mas afortunado en medio de la desdicha universal, tenia el consuelo de ver la suya preservada: otro..... ¡cómo pintar su desconsuelo! hallaba bajo vigas ó maderos humeantes ó piedras hacinadas los cuerpos asesinados de su muger é hijos. He visto á uno de estos desgraciados al tiempo de entrar en su casa: abierta la puerta, tropieza con el cadaver de su muger, se detiene, la contempla un momento, y en seguida, la alma atravesada de dolor, la envuelve en su capa, la carga sobre sus hombros, y se dirige suspirando á darle sepultura...." Continúa la carta hablando de la biblioteca de San Lázaro, y de la entrada del mariscal Lannes. "Antes de que se verificase, dice, era casi imposible recorrer las calles. Reinaba un aire infecto que nos sofocaba. Muchas de ellas estaban llenas de sacos á tierra,

maderas y cañones, cerradas con parapetos y con infinitas sanjas. Por todas partes se veían cadáveres de hombres y de animales. En los pórticos de las iglesias estaban hacinados, cubiertos los cuerpos humanos con una sábana atada á los extremos, para sepultarlos en las cisternas ó campos-santos. Todo indicaba que una espantosa epidemia habia despoblado la ciudad. Los que se libertaron del bombardeo y de la fiebre, flacos, exsangües y á manera de espectros ambulantes, salian afanosos al campo para respirar un aire mas puro. Las mugeres no se atrevian á salir. Todos tenian sus puertas cerradas, y solo las abrian con cierto temor. Los cuarteles estaban tan asquerosos que, no pudiendo alojar en ellos á los soldados, se les puso á vivaquear en las calles y plazas. En medio de tan triste espectáculo, muchos monges y frailes se paseaban con una tez fresca por las calles. Me han asegurado que no han padecido mucho, porque tenian almacenes y espaciosas huertas para tomar el aire, y sitios seguros para libertarse del bombardeo. Se conoce que estan muy irritados de nuestro triunfo, pues de hecho ha sido para ellos un golpe mortífero (1). La parte de ciudad que no ha padecido del bombardeo

---

(1) Se ha declamado mucho contra los eclesiásticos regulares y seculares de España que tomaron las armas y excitaban al pueblo á sublevarse: pero esto no es nuevo en la historia. La de España no solo abunda de tales ejemplares, sino que tambien los hay en las de otras naciones de Europa. Se ha visto á los sumos pontífices defender su territorio, y los obispos eran señores espirituales y temporales, y á muchos de los de Francia se les vió batirse contra los hugonotes..... Asi no es extraordinaria la conducta de sus eclesiásticos en el estado actual de cosas, como no lo era el de Francia en épocas antiguas. Estas acciones suelen mirarse bajo dos aspectos: para unos son reprensibles, para otros admirables. Se cita con elogio á los capuchinos de Barcelona por su celo y entusiasmo en defender aquella ciudad en 1706 contra las armas de Felipe V; y la conducta del clero fue la misma que ha tenido al presente el de Zaragoza. Al obispo de Murcia don Luis de Belluga le hicieron cardenal porque defendió valientemente la ciudad contra el archiduque competidor de Felipe V. No trato de excusarle, y sí solo de probar que algunas veces se ha autorizado este abuso, sin embargo de ser contra lo dispuesto por los sagrados cánones. Si un militar tiene que obtener dispensa para ordenarse, es impropio que un eclesiástico haga la guerra. Con efecto, su ministerio es el de la paz y dulzura; y nada mas impropio y opuesto á la moral evangélica que el derramamiento de sangre y el saqueo.

ha servido de asilo á los que se reconcentraron. En los restantes hay barrios enteros arruinados, y para juzgar de la desolacion del sitio, no hay sino ver lo que ocupó el tercer cuerpo. Alli no hay sino una montaña de ruinas como si hubiese ocurrido un temblor de tierra.

NOTA 18.

PÁGINA 220, TOMO 2.°

El general Villava en su folleto, hablando sobre la rendicion de Zaragoza, dice lo siguiente: = "Todavía no ha visto España la capitulacion de Zaragoza publicada por el gobierno con la formalidad que correspondia. Los generales, gefes y oficiales que defendieron aquella plaza ignoran aun el cuando y como se rindió, pues el 22 de febrero por la tarde salieron en confusion, á consecuencia del oficio que circuló el señor regente de la real audiencia de Aragon don Pedro María Ric, por medio de alguaciles, concebido en estos términos: = El excelentísimo señor general Frere me ha prevenido que se haga saber á todos los oficiales y soldados del ejército español que dentro de veinte y cuatro horas salgan de esta ciudad, en inteligencia de que hallándoseles en ella pasado dicho término sin licencia, serán fusilados. = Lo que participo á V. S. para que disponga su cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde &c. Zaragoza 22 de febrero de 1809." = La crítica que hace en el mismo este militar sobre el modo con que se procedió á la entrega, y ocurrencias que le precedieron, no podrá menos de reputarse severa, si se reflexiona que todos los pasos y medidas fueron un efecto necesario del estado tan crítico en que se hallaba la plaza. La Junta oyó á los gefes militares en los momentos de mas confusion y espanto, sin poder usar de los miramientos y atenciones propias solas de tiempos tranquilos. "El pueblo, dice el señor Caballero, siempre inconstante, censuraba el que se tratase de capitular; y, aunque este partido no era el mas numeroso, era el que vociferaba. Algunos de los que capitaneaban las cuadrillas habian formado el proyecto de apoderarse de la artillería y municiones para

compeler á la poca tropa que habia disponible á que siguiese su desesperada determinacion. Asi fue que los individuos de la Junta que habian ido á la Casablanca no se atrevieron á la vuelta á entrar en la ciudad y se retiraron al castillo de la Aljafería, desde donde comunicaron á los demas el resultado de su entrevista. El brigadier Marco del Pont, comandante de la puerta del Portillo, fue el primero en tomar disposiciones para contener cualquiera agitacion, que no hubiera dejado de producir funestos resultados, y lo mismo ejecutaron los de la puerta de Sancho y Casa de la Misericordia: por manera, que en la noche del 20 al 21, no solamente fue preciso estar alerta en toda la línea, sino tomar precauciones contra el pueblo insurreccionado." En semejante premura y desorden no habia mas arbitrio que ceder á la orden del mariscal; y como este en la contestacion dada á Palafox habia dicho concederia un perdon general á los habitantes, y respetaría sus vidas y propiedades: partió de esta base, y asi fue que en la gaceta extraordinaria de Zaragoza de 26 de febrero se insertaron los artículos, y no se puso al fin sino la fecha del 20, sin ninguna firma, diciendo antes que, enterada la Junta del lamentable estado de la plaza, y de los estragos á que estaban expuestas una infinidad de persona, inocentes de la ciudad, y tambien sus bienes, habia resuelto, con arreglo al uniforme dictamen de los gefes militares de los cuerpos facultativos, y de los mayores generales, procurar lograr, y habia conseguido del señor mariscal, con intervencion de la ciudad, curas y lumineros de las parroquias, una capitulacion por la cual, en nombre del emperador Napoleon y del rey José primero, concedia perdon á todos los habitantes, bajo las condiciones que quedan referidas. A seguida de la fecha se añadió que la Junta habia acordado comunicar esta orden á todos los corregidores del reino, para que, circulando las correspondientes á los pueblos de sus respectivos partidos, quedasen enterados de dicha capitulacion, y que en su virtud concurriesen á traer víveres á la capital y cualesquiera efectos de comercio, sin riesgo ni recelo de ser incomodados por las tropas francesas; pues el general Lavall, gobernador de la plaza, dispondria lo conveniente para que no se les pusiese el menor óbice; y asi en esta forma se cir-

culó con fecha del 22 firmada por el secretario don Miguel Dolz. La Junta conceptuó que, pues se habia descendido á designar los once artículos mencionados y á firmarlos, debia considerarse como una capitulacion cuyas condiciones dictó el mariscal y fueron admitidas. Sin embargo, éste ofició al gobernador Lavall diciéndole solamente que habia concedido perdon á los habitantes de Zaragoza; y asi se publicó en la misma gaceta con el fin acaso de desvanecer aquel concepto. En la de Madrid de 24 de febrero se insirió la de Zaragoza, y dos dias despues en el correo de España, que se publicaba en idioma frances: pero á pocos dias se mandó recoger por orden del emperador.

NOTA 19.

PÁGINA 221, TOMO 2.°

El mariscal Suchet en sus citadas *Memorias* hace el detalle de las operaciones del tercero y quinto cuerpo; y despues de manifestar su regreso en los primeros de enero á Zaragoza, en donde dice *que cada dia se desplegaban mas y mas los extraordinarios esfuerzos de la tenacidad española*, continúa en estos términos: "Palafox habia hecho tomar las armas á los mas vigorosos é inflamados de la poblacion aragonesa. Encerrada ésta en la capital, luchaba diariamente pie á pie, cuerpo á cuerpo, de casa en casa, de un muro al otro, contra la pericia, la perseverancia, y el valor sin cesar renaciente de nuestros soldados, conducidos por los zapadores é ingenieros mas valerosos y decididos. Deben leerse, en la relacion del general Rogniat, los detalles de este sitio memorable, y que no puede compararse con ningun otro. El 18 de febrero la artillería hizo un fuego formidable y diestramente combinado contra el convento de San Lázaro que cubria la entrada del puente. La toma del arrabal con su guarnicion, y los progresos hechos dentro de la ciudad por la otra parte, no dejaron ninguna esperanza de ser socorridos á los defensores de Zaragoza. El 21 de febrero pidió la Junta capitulacion, y se vió precisada á rendirse á discrecion. El mariscal Lannes les hizo prestar de

nuevo juramento de fidelidad. No es facil describir el espectáculo que ofrecia entonces la desgraciada Zaragoza. Los hospitales colmados de heridos y enfermos. Los cementerios no bastaban á contener los muertos. Los cadáveres amortajados tendidos á centenares por los pórticos de las iglesias. Un tifo contagioso habia ocasionado los mayores desastres. Se calculó el número de muertos, tanto en la defensa como del contagio, en mas de cuarenta mil."=Sobre los abusos que cometieron los franceses con las tropas prisioneras, refiere el coronel Marin que la escolta encargada de su conduccion al mando del general Morlot fusiló en el tránsito que hay desde Zaragoza á Pamplona á mas de doscientos cincuenta y cinco, que por su debilidad, como recien salidos de los hospitales, no podian soportar la marcha, y el general Villava lo confirma diciendo "que, apenas llegaron nuestras tropas á la Casa blanca, empezó el robo de caballos y equipages, y que, habiéndose quejado al comandante general Morlot que las conducia, respondió que eran entregados á discrecion, y de consiguiente nada tenian que reclamar. Fusilaban á nuestros soldados que se quedaban atrás por no poder resistir la fatiga de tan violenta marcha, y se pasaba por encima de los cadáveres tendidos en el camino real hasta el número de doscientos setenta desde Zaragoza á Pamplona, sin contar con otros que fusilaron en los campamentos y en las divisiones de los caminos." El teniente coronel Caballero tuvo que ceñirse, por sus circunstancias, á decir que la capitulacion fue observada por el mariscal Lannes con bastante exactitud; que los oficiales franceses apreciaron en lo general los esfuerzos de la guarnicion; y que el general Morlot obsequió á algunos gefes con una comida, y dió orden para que les volviesen los caballos que les habian quitado los soldados.

NOTA 20.

PÁGINA 223, TOMO 2.°

Como la desastrosa muerte del P. Basilio y del presbítero Sas ocurrieron en los primeros momentos de la entrada de las tropas francesas, no pudo saberse con certeza el modo con que la ejecutaron. El coronel Marin sienta que los fusilaron sacrílega y atrozmente en el puente de piedra, arrojando sus cadáveres al Ebro, y Daudevard en su carta de 30 de febrero de 1809 refiere: "que al primero le arrancaron violentamente de su convento á media noche, y no se habia sabido mas de él. Dícese, añade, que le propusieron debia emplear sus talentos al lado del Rey José, y que contestó que su conciencia no se lo permitia, por lo que le mataron á bayonetazos, y le arrojaron desde el puente al Ebro. Efectivamente yo he visto un cuerpo sobre el agua que me aseguraron era el suyo. Esta fue una venganza tanto mas horrorosa, cuanto se habia ofrecido por la capitulacion respetar indistintamente las personas y sus opiniones." El hecho se ejecutó á sazon que fueron pocos los que pudieron presenciarle, y los primeros rumores se fijaron en que habia sido á bayonetazos por la soldadesca, y que los habian arrojado al Ebro, lo cual se confirmó mas, porque, entrado el dia, se divisaron dos cadáveres sobre el agua. El haber dado al P. Basilio y al presbítero Sas la desastrosa muerte que queda referida, fue porque creyó Lannes que Palafox se dirigia en todo por los consejos del primero, y que el segundo era el que con su influencia y valentía sostenia el entusiasmo popular. A este concepto coadyuvaron los espías y los militares, especialmente suizos que se pasaban, y lo confirma Daudevard en su carta de 14 de febrero, pues dice: "todos los que desiertan de la plaza son suizos; apenas se han pasado dos españoles. Ayer llegó á nuestros puestos avanzados una guardia entera de cincuenta hombres con armas, bagages, y su oficial al frente: nos aseguraron que la ciudad estaba dividida en dos facciones, que los frailes lo dirigian todo, que el general Palafox era un hombre muy amable,

SUSCRIPTORES.

EN MADRID.

Consejo Supremo de la Guerra *por dos ejemplares.*
Excelentísimo Señor Marqués de la Reunion, del Consejo de S. M. en el de Estado.
Excelentísimo Señor Marqués de santa Bárbara.
Excelentísimo Señor don Pascual Vallejo, consejero de Estado.
Señor don Antonio Joaquin de Cuadros.
El honorable don Juan Meade, consul por S. M. B.
Señor don Antonio Madera y Guzman, brigadier coronel del regimiento de infantería de Borbon.
Señor don Miguel Perez.
Señor don Miguel Vallejo, coronel.
Señor don Blas Barreda, coronel del regimiento provincial de Laredo.
Señor don Carlos de la Maza, teniente coronel de idem.
Señor don Mariano de Ciria, sargento mayor de idem.
Señor don Valentin de Quevedo, ayudante de idem.
Señor don Francisco Diaz Lamadrid, capitan de idem.
Señor don Leon de Billota, idem de idem.
Señor don Vicente Noriega, teniente de idem.
Señor don Doroteo Vivanco, subteniente de idem.
Señor don Leandro Arredondo, cadete de idem.
Señor don José Morales.
Señor don Pedro Corcuera.
Señor don José Joaquin del Álamo, gentil-hombre de Cámara de S. M.
Señor don Antonio Siles, abogado del colegio de esta corte.

Señor don José Aranalde, intendente honorario de Provincia, y segundo gefe de la contaduría general de Valores.

El Ayuntamiento de la villa de Palomeque, partido de Toledo.

El de la villa de Irun, provincia de Güipuzcoa.

El de la villa de Medellin, provincia de Extremadura.

Señor don Luis Molina.

Señor don Juan Nuñez, contador de propios y arbitrios de Sória.

Señor don José Muñoz Maldonado.

Señor marqués de Casares, coronel de infantería.

Señor don Juan Ballesteros.

Señor don Vicente Benedit, coronel.

Señor don Domingo Diaz Perez, brigadier gobernardor de Santander.

Señor don Vicente Jimenez.

Señor don José Buesa.

Señor doctor don Damian Gordo Saez.

El P. Bartolomé Miralles, de la Escuela pia.

Señor don F. E.

Señor don J. S.

Señor don Manuel Obregon.

El R. P. Guardian de san Gil.

Señor don Sebastian Perati, agente de negocios.

Señor don José Fagoaga y Dutariz.

Señor don Jose Ferrer, brigadier.

Señor doctor don Ambrosio de Velasco y Ordoña.

Señor don José Corus.

Señor don Luis Armero.

Señor don José Masso.

Señor don Pedro Miguel de Peiro.

El Ayuntamiento del lugar de Marmolejo, provincia de Jaen, partido de Andujar.

Señor don José María Cambronero.

Señor don Francisco Antonio Cortabarría.

Señor don Ramon Abad, rector de la parroquial de Orihuela de Aragon.

Señor don José Diaz Gonzalez.

Señor don Vicente Minio, coronel de coraceros.

REINO DE ARAGON.

Señor don Salvador Nogueras.
Señor don Mariano de Villaya, abogado del colegio de Zaragoza y fiscal de la real Hacienda.
Señor don Blas Ballester.
Señor don Gil de Yarza, abogado de los Reales Consejos.
Señor don Salvador Gaitan.
Señor don Antonio de Torres, mariscal de campo.
El Ayuntamiento de la villa de Oliete, partido de Alcañiz.
El de la villa de Rafales idem.
El de la villa de Maella idem.
El de la villa de Fabara idem.
El del lugar de Letux, partido de Zaragoza.
El de idem de Almonacid de la Cuba, idem.
El de la villa de Velilla de Ebro, idem.
El de la villa de Longares, idem.
El de la villa de Almonacid de la Sierra, idem.
El de la villa de Sariñena, partido de Huesca.
El de la villa de Ayerve idem.
El de la villa de Murillo de Gallego, partido de las Cinco Villas.
El de la villa de Ejea de los Caballeros, idem.
El del lugar de Tierga, partido de Calatayud.
El de la villa de Tramacastiel, partido de Albarracin.
El del lugar de Ibsa, partido de Daroca.
Señor don Antonio Jimeno, rector por el Ayuntamiento de Ojos negros, partido de Daroca.
Señor conde de Balviani, gobernardor de Daroca.
Señor don Vicente Ibañez de Aoïz.
Señor don José Eresue, presbítero.
Senor don Francisco Alonso.
Señor don José Rubio Cabiedes.
La real maestranza de caballería de Zaragoza.
Señor don Miguel Gorriz, procurador de la real Audiencia de Aragon.

Señor don Juan Ricardo Aguirre.
Señor don Felix Esteban.
Señor don Mariano Navarro.
Señor don Pascual Marraco.
Señor don Vicente Lezcano, intendente honorario de provincia y administrador tesorero de Cruzada.
El señor conde de Robres, alguacil mayor de la Real Audiencia de Aragon.
Señor don Manuel María Melgares, abogado del colegio de Zaragoza.
Señor don Antonio Beguería.
Señor don José Yagüe.
Señor don Antonio Larío, rector de Cosa, partido de Daroca.
Señor don Mariano Vicien, cura del lugar de Chodes, partido de Calatayud.
Señor don Ramon Borruel, rector de la parroquial de Hoz, partido de Barbastro.
Señor don Juan Bautista de Cristobal, cura párroco de Abizanda, idem.
Señor don Gerónimo Larruga, vecino de Huesca.
Señor don Pascual Ucelay, idem de Moros.
El R. P. Prior de la Correa, en su convento de Calatayud.
Señor don Vicente Ena, capitan de cazadores del batallon de voluntarios realistas de Calatayud.
Señor don J. M.
Señor don Roque Clavería, vecino de Ejéa.

PRINCIPADO DE CATALUÑA.

Señor don Pedro Lamperez, brigadier coronel del primer regimiento de la guardia real de infantería.
Señor don Antonio María de San Andrés, coronel y primer comandante de batallon del primer regimiento de la Guardia Real de infantería.
Señor don Juan de la Vera, coronel de ingenieros.
Señor don Manuel de Soria, teniente coronel mayor del regimiento de Soria.
La señora baronesa del Albí.

Señor don Joaquin Compta.

Señor don Feliciano Tarin, capitan de caballería del 6.º ligero.

Señor don Ciriaco García, capitan de infantería.

Señor don Vicente Garcés.

Señor don Manuel Ortells.

El Ayuntamiento de la villa de Berga, corregimiento de Manresa.

Excelentísimo señor conde de santa Coloma.

Señor don Ignacio Soriano, capitan.

Señor don Pablo Tapia, subteniente.

Excelentísimo señor don José Carratalá, gobernador militar y político de Gerona.

Señor don Buenaventura Corominas, residente en Lérida, *por dos ejemplares.*

Señor don Joaquin Puigrubi, idem en Tortosa.

Señor don José Masgrau, vecino de la ciudad de Vich.

Señor don Felix Ruiz, residente en Tarragona.

PROVINCIA DE CUENCA.

Señor don Manuel Domingo Navarro.

Señor don Leandro Alvarez de Toledo.

PROVINCIA DE LA CORUÑA.

Señor don Eusebio del Valle, del comercio.

PROVINCIA DE CÓRDOBA.

El Ayuntamiento de la villa de Santaella, partido de santa Eufemia.

El de la villa de Pedroches, partido del Carpio.

Señor don Joaquin Muro.

Señor don Jaime Gregorio de Moya.

Señor don Antonio Mauri, sargento mayor del regimiento provincial de Ecija.

Señor don José de Tena, capitan de idem.

Señor don Francisco Mendez, idem de idem.
Señor don Federico de Bernuy, coronel del regimiento provincial de Bujalance.
Señor don Segundo Balmaseda, teniente coronel de idem.
Señor don Miguel de Andía, sargento mayor de idem.
Señor don Vicente Toledo, ayudante de idem.
Señor don Antonio Polo, capitan de idem.
Señor don José Luis Noguera idem de idem.
Señor don Juan José Osuna, idem de idem.
Señor don Francisco de Paula Aguayo idem de idem.
Señor don Antonio Osuna Marquez, teniente de idem.
Señor don Francisco Madolell, idem de idem.
Señor don Juan Calvo de Leon, idem de idem.
Señor don Juan Manzano, idem de idem.
Señor don Luis Aguilar, idem de idem.
Señor don José María Ortega, subteniente de idem.
Señor don Andres de Olaegui, idem de idem.
Señor don Francisco de la Fuente, idem de idem.
Señor don Pedro Antonio Calbache, idem de idem.
Señor don Juan José Bladezo, idem de idem.
Señor don Cristoval Tamariz, idem de idem.
Las clases de sargentos y cabos reunidos, *por cinco ejemplares.*

PROVINCIA DE EXTREMADURA.

El Ayuntamiento de la Aldea de Garvayuela, partido de Trujillo.
El de la Aldea de Guareña, idem.
El de la villa de Malpartida, partido de Villanueva de la Serena.

PROVINCIA DE JAEN.

El Ayuntamiento de la villa de Menjibar, partido de Jaen.
El de la villa de Jimena, idem.
El de la villa de Torres, eximido de la jurisdicion de Jaen.
El de la villa de Lopera, partido de Martos.
El de la villa de Pozo Haleon, partido de Úbeda.
El de la villa de Iznatoraf, idem.

Señor don Francisco de Paula Amigo, contador principal de Propios.

PROVINCIA DE LA MANCHA.

El Ayuntamiento de la villa de la Puebla de don Rodrigo, partido de Almagro.

El de la villa de la puebla de Almoradiel, partido de Ocaña.

El de la villa del Bonillo, partido de Alcaráz.

REINO DE MURCIA.

Señor don Gabriel Gonzalez Maldonado, intendente de Murcia.

El Ayuntamiento de la ciudad de Lorca.

El de la ciudad de Almansa.

El de la villa de Cotillas, partido de Cuenca.

El de la villa de Tovarra, partido de Hellin.

El de la villa de Yecla, partido de Villena.

El de la villa de Caravaca, partido de Cieza.

El de la villa de Alama, partido de Murcia.

El de la villa de Fortuna, idem.

El de la villa de Alguazas, idem.

El de la ciudad de Chinchilla.

El de la villa de Villa-Rodrigo, partido de Segura de la Sierra.

Señor don José Santa María.

Señor baron del Solar de Espinosa, coronel del regimiento provincial de Chinchilla, *por ocho ejemplares para igual número de individuos del mismo.*

REINO DE NAVARRA.

Señor don Miguel Daoiz, enfermero de la catedral de Pamplona.

Señor don Manuel de Hierro y Oliver, comisario de guerra honorario.

Señor don Luis Iñarra.

Señor don Ciriaco Guenque.
Señor don José Ramon Pajadas.

PROVINCIA DE PALENCIA.

El Ayuntamiento de la villa de Añoza, provincia de Toro, partido de Carrion.
El de la villa de Reinosa, idem, cabeza del partido.
El de la jurisdiccion de Reinosa.
El de la villa de Tariego, partido de Cerrato.
El de la villa de Piñeldearriba, idem.
El de la villa de Hornillos de Cerrato, idem.
El de la villa de Castroverde, idem.
El de la villa de Ontoria, idem.
El de la villa de Soto de Cerrato, idem.
El de la villa de Villaviudas, idem.
El de la villa de Paredes de Nava, partido de Campos.
El de la villa de Villamartin, idem.
El de la villa de Amayuelas de abajo, partido de Nuevevillas.
El de la villa de Villodre, idem.
El de la villa de Castromocho, provincia de Valladolid, partido de Rioseco.
El del lugar de Pinilla del Campo, provincia de Soria, sexmo de Frentes.
El de la villa de Oyos y San Martin.
El del Valle de Valderredible.
El de la villa de Pesquera, provincia de Toro, partido de Reinosa.
El de la villa de Rioseco, idem, idem.
El del lugar de Quintanilla de la Cueza, idem, partido de Carrion.
El de la Calzada de los Molinos, idem, idem.

PROVINCIA DE SALAMANCA.

Señor don Agustin Otermin, coronel del regimiento provincial de Salamanca.
Señor don Ignacio Martinez, capitan de idem.
Señor don Pedro Rodriguez. idem de idem.
Señor don Demetrio Tolosa, idem de idem.
Señor don Pedro Agreda, idem de idem.
Señor don Juan Franz, idem de idem.
Señor don Ventura Bordona, idem de idem.
Señor don Tomas Hidalgo, teniente de idem.
Señor don Juan Hernandez, idem de idem.
Señor don José Montes, idem de idem.
Señor don Vicente Laporta, idem de idem.
Señor don Francisco Pineda, subteniente de idem.
Señor don Sebastian Arias, idem de idem.
Señor don Luis Montero, idem de idem.
Señor don Domingo Arias, cabo primero de idem.

PROVINCIA DE SANTIAGO.

Señor don Plácido Soto, procurador general de la jurisdiccion de Poyo.
El Ayuntamiento de la villa de Fefiñanes, jurisdiccion del mismo nombre.
Señor don Salvador Bodaño, asesor de la ordenacion militar de Santiago.
Señor don Juan Nolasco Rodriguez, vista de la Aduana de la ciudad de Tuy.
Señor don Manuel de la Rua, juez de la jurisdiccion de Peñaflor.
Señor don José de la Encina, procurador de la real Audiencia de Santiago.

PROVINCIA DE SEVILLA.

Señor don Francisco Aparicio, comandante del presidio de Algeciras.

Señor don Manuel Moscoso, capitan de Marina de idem.
Señor don Andres Fresno.
Señor don Judas García.
Señor don J. S. I. L.
Señor don Miguel Pascual, teniente coronel.

PROVINCIA DE TOLEDO.

Señor don Pedro Anchuelo, racionero de la S. I. Primada.
Señor don Juan Navasa, racionero prebendado de idem.
El Ayuntamiento de la villa de Villanueva de Bogas, partido de Ocaña.
El de la aldea de Villasequilla de Yepes, idem.

PROVINCIA DE VALLADOLID.

Señor don Millan Alonso.

PROVINCIA DE ZAMORA.

Señor don Mariano Gomez de la Torre, primer oficial de la Contaduría de Propios de Zamora.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

RESUMEN HISTÓRICO.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS.

Habiéndose observado que en el primer tomo hay algunas leves equivocaciones, y períodos que necesitan aclaracion, se ha creido oportuno especificarlas en obsequio de la exactitud que exigen las obras de esta naturaleza, por el siguiente orden:

La resistencia que se dice hicieron varias plazas fuertes en la pág. XII, lín. 24 de la exposicion preliminar, debe entenderse de los siglos XVI, XVII y XVIII.

El brigadier don Santiago Guzman y Villoria fue gobernador de Tortosa, y para que el período que principia en la lín. 9, pág. 43 del cap. III, tenga el sentido correspondiente, despues de la palabra Tarragona debe añadirse: «y que lo hubiesen verificado en Tortosa, á no haber ocurrido la muerte de su gobernador.»

En la pág. 47, lín. 9 de idem, debe leerse: «y el 10 por la tarde, reunidos los dos tercios, partieron al pueblo de Pinseque, distante una media legua del de Alagon.»

En la del 59 lín. 24, cap. V, debe leerse: «la de la izquierda forma una línea recta hasta el puente del rio Huerva, y la de la derecha otra igual....»

En el epígrafe del cap. XII debe fijarse la entrada en Zaragoza del general Palafox en la tarde del primero de julio, como se refiere á la pág. 137, lín. 11 de dicho capítulo.

Las compuertas de que se habla en la pág. 145, lín. 11, cap. XIII, son las existentes en el bocal para introducir el agua del Ebro en el canal, por medio de la gran presa construida sobre el expresado rio.

El señor don Pedro María Ric no fue arrestado como se refiere en la pág 170, lín. 23 del cap. XVI: habiendo motivado esta equivocacion el connotado de regente de la audiencia que entonces no tenia, pues su nombramiento se verificó posteriormente y despues de levantado el primer sitio, á causa de haber exonerado del referido destino á don José Villa y Torres, á quien se condujo el 22 de agosto al castillo de Jaca.

Las tropas que entraron el 9 de agosto en Zaragoza no eran las del marques de la Romana, como se sienta en la pág. 241, lín. 4 del cap. XXII; sino las que guarnecian á Mallorca, como se refiere en la 79 del cap. VI, y en la nota 10, pág. 282.

En el período que comienza en la lín. 33, pág. 257, del cap. XXIV, debe rectificarse la palabra *evacuarla*, entendiéndose que lo que abandonaron fue el campo y no la ciudad, pues ya se dice que fueron vencidos delante de sus muros.

El señor marques de Lazan no desalojó á los franceses de la villa de Sos como se sienta en la pág. 265, lín. 16 del cap. XXIV; aunque asi se publicó en las gacetas y en un folleto sin nombre de autor, titulado *Acontecimientos ocurridos en Aragon*.

En la pág. 332, lín. 6 de la lista de suscriptores, debe leerse: señor don José María Alvarez Arias de Doro, alcalde mayor de Haro. En idem lín. 8 de idem, debe leerse: El hermano Fr. Mariano del Pilar, carmelita descalzo en el de Guadalajara, condecorado con la cruz de distincion concedida á los defensores de Zaragoza. En la del 334, lín. 15 de idem, debe leerse: señor don Antonio Cuadros y Romero, marques de san Miguel de la Vega.

El parte oficial que comienza en la lín. 16, pág. 94 del cap. VII del tomo 2.º termina en la lín. 4.ª de la 98, y el apartado que sigue es una adicion que se puso á continuacion del mismo en la gaceta en que se publicó fecha 17 de enero de 1809.

Se advierte por último á los señores Suscriptores, que al tiempo de coordinar los materiales de que debe constar el Suplemento anunciado, se ha visto que es muy embarazoso dividirlo en dos partes como se indicó, aunque condicionalmente, en el primer volumen: pues vendrá á componer casi un tercer tomo, y de consiguiente se ha preferido publicarlo todo junto, y unir los planos al fin del mismo en disposicion de poder usarse con la mayor comodidad; y el precio de suscripcion será el de 16 rs. vn. en Madrid y 18 rs. vn. en las provincias á la rústica, debiendo entenderse de plata en las posesiones de Ultramar.

